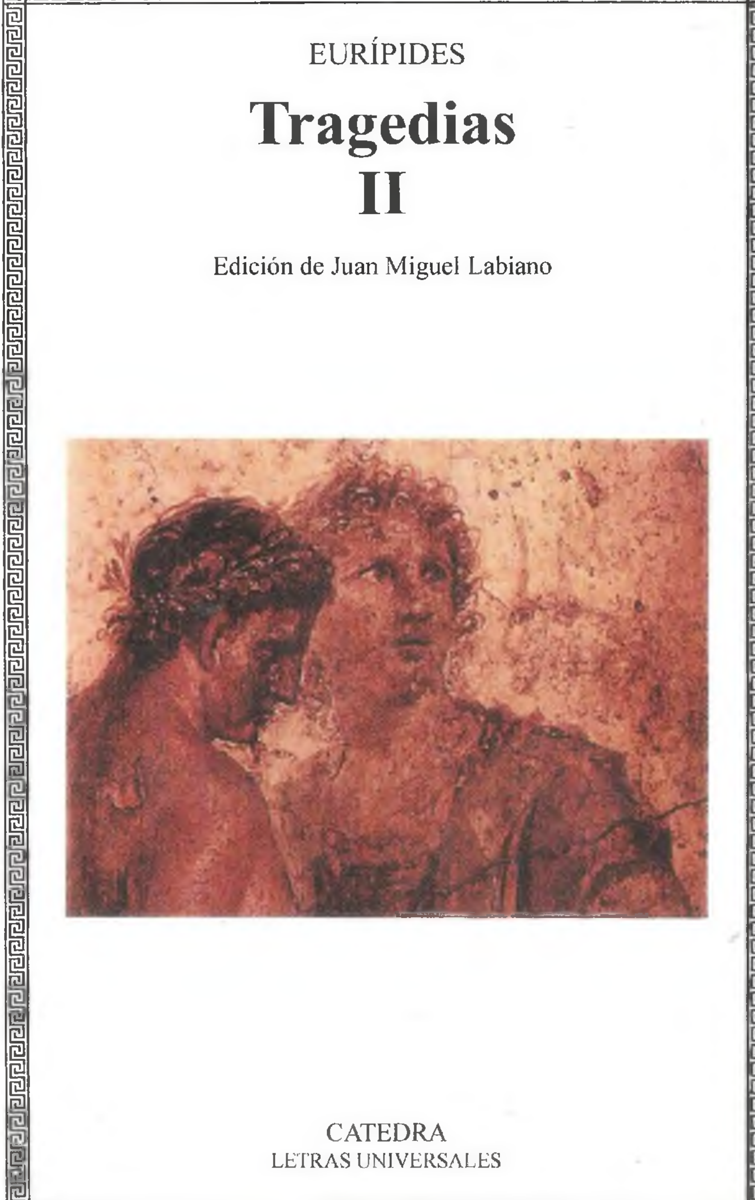


EURÍPIDES

Tragedias II

Edición de Juan Miguel Labiano

CATEDRA
LETRAS UNIVERSALES

TRAGEDIAS
II

Letras Universales

EURÍPIDES

Tragedias
II

Edición de Juan Miguel Labiano

Traducción de Juan Miguel Labiano

CUARTA EDICIÓN

CÁTEDRA
LETRAS UNIVERSALES

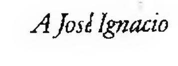
Títulos originales de las tragedias con traducción:
Ἱκέτιδες (*Las Suplicantes*)
Ἠλέκτρα (*Electra*)
Ἡρακλῆς (*Heracles*)
Τρῳάδες (*Las Troyanas*)
Ἰφιγένεια ἡ ἐν Ταύροις (*Ifigenia entre los Tauros*)
Ἴων (*Ión*)

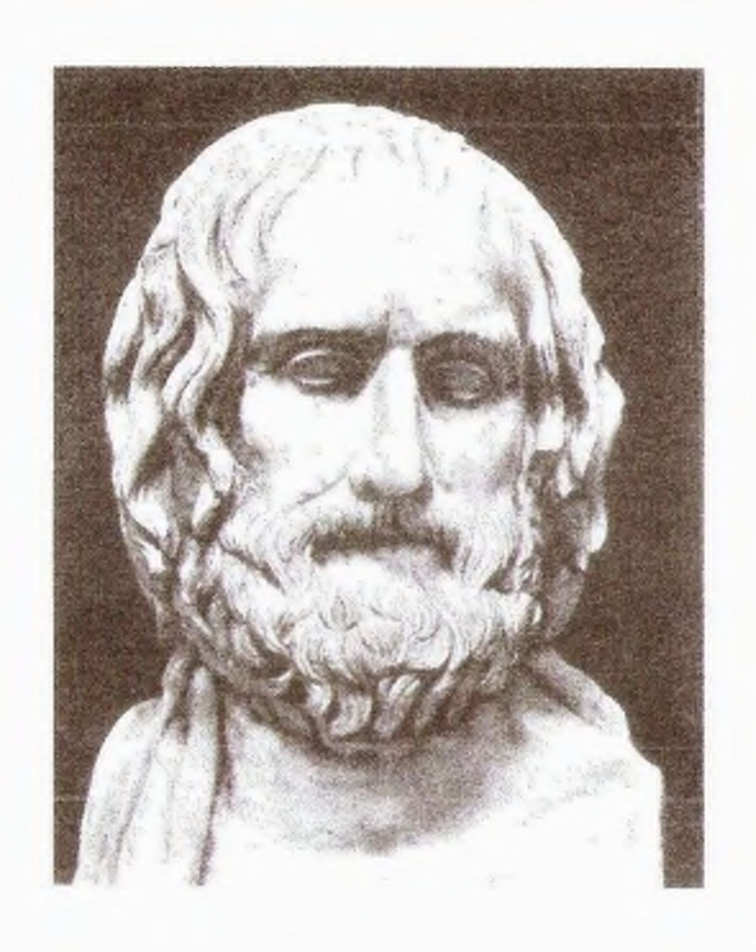
1.ª edición, 1999
4.ª edición, 2005

Diseño de cubierta: Diego Lara



Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
Depósito legal: M. 49.469-2005
ISBN: 84-376-1741-3
Printed in Spain
Impreso en Anzos, S. L.
Fuenlabrada (Madrid)


A José Ignacio



Euripides.

PRÓLOGO

El presente libro recoge las seis tragedias correspondientes al segundo volumen de la edición oxoniense de J. Diggle: *Las Suplicantes, Electra, Heracles, Las Troyanas, Ifigenia entre los Tauros* e *Ión*, «quas olim Gilbertus Murray uolumini secundo editionis suae Oxoniensis inseruit», «que en su día G. Murray incluyó en el segundo volumen de su edición oxoniense»[1]. En efecto, la mayor parte de las traducciones actuales de las tragedias que contiene este ejemplar se basan en la antigua edición de Murray pero, en este caso, se ha adoptado como texto base la más reciente edición de Diggle.

Este tomo, al que seguirá un tercero, está precedido, a su vez, por un primero que contiene la traducción del primer volumen oxoniense, que en su día tradujo el doctor Juan Antonio López Férez para esta colección de Letras Universales, en la editorial Cátedra[2]. A él remitimos al lector en relación con la estupenda introducción que, en torno a la figura de Eurípides, nos presenta el profesor López Férez. Asimismo, dentro del manual de historia de la literatura griega, del cual es también editor de conjunto, en la editorial Cátedra[3], recomendamos vivamente el capítulo con que dicho helenista presenta y desarrolla la vida y obras del autor que nos ocupa.

---

[1] J. Diggle, *Euripides Fabulae, II*, Nueva York, Oxford University Press, 1981, pág. V.

[2] Juan Antonio López Férez, *Eurípides. Tragedias I*, Madrid, Cátedra, 1992.

[3] Juan Antonio López Férez, «Eurípides», en *Historia de la literatura griega*, Juan Antonio López Férez (ed.), Madrid, Cátedra, 1988, págs. 352-405.

Como ya se ha mencionado antes, ofrecemos la traducción de seis de las tragedias de Eurípides. Hemos acompañado el texto de notas que informan al lector sobre aspectos de mitología, de *realia*, y hemos procurado reducir al máximo las anotaciones técnicas y filológicas, que podrían resultar farragosas al lector no iniciado en la filología y el mundo griego de la Antigüedad. En ese sentido, las explicaciones van orientadas precisamente a un público no especialista, con vistas a que pueda disfrutar al máximo de la apasionante experiencia de leer tragedia griega. Apasionante, desde luego, debía de parecerle a Dioniso, a juzgar por las palabras que en boca del dios leemos en estos versos (52-4) de la comedia *Las Ranas* de Aristófanes: «Y entonces, mientras leía para mí en mi barco la *Andrómeda (sc.* de Eurípides), de repente un deseo me golpeó el corazón, no puedes imaginarte con qué fuerza.» Se trata de un deseo, como él mismo explica más adelante, por Eurípides.

Avisamos, en todo caso, de que conviene no perder la adecuada perspectiva: aunque nosotros hoy día nos acercamos a estos textos dramáticos como un acto de lectura, eran en realidad —y esto no debe olvidarse— representaciones teatrales que tuvieron una efectiva puesta en escena en el teatro, con un público, unos actores, una escena y unas concretas circunstancias. Es decir, esto es teatro *de verdad*, y no textos para la mera lectura, aunque ello sea perfectamente posible, como hemos visto que hace el Dioniso aristofánico, sin que pierdan su fuerza y vigor. Por este motivo, insistimos en el hecho de que es necesario hacer el oportuno esfuerzo imaginativo por representarse todo lo que el texto dice; y lo que no dice, también, pues la comunicación no verbal, aunque no se codifique lingüísticamente de modo, quizá, expreso[4], existe igual-

[4] Aunque puede reconocerse, hasta cierto punto, con un adecuado acercamiento metodológico. El autor de estas líneas cree que ambos niveles, el verbal y el no verbal, ni se superponen el uno al otro, ni simplemente se complementan, sino que, de hecho y no sólo de palabra en los manuales de lingüística, interactúan mutuamente de modo activo, mayor o menor según la situación de comunicación. Las consecuencias de este hecho son fáciles de extraer. No obstante, éste es el tipo de cuestiones técnicas de las que deseamos huir en este momento.

mente con la misma realidad corpórea y extracorpórea que usted y yo.

Se ha intentado poner en relación unas tragedias con otras, cuando así ha sido posible y oportuno, y hacer que unos pasajes llamen a otros. Hay, evidentemente, elementos comunes e interrelacionados, tanto porque se trata de tópicos repetidos hasta la saciedad en este género dramático concreto y en la literatura griega en general, como porque estos textos se basan en historias que frecuentemente —por no decir siempre— beben de una común tradición, que hemos intentado conectar entre sí. De este modo se demuestra algo muy evidente, a saber, el hecho de que una tragedia griega no es un ente aislado que no tiene nada que ver con sus compañeras, sino que muchas veces una es la continuación de la acción desarrollada en otra, o, de modo mucho más simple, que, al estar asentadas sobre un mundo de creencias, hechos y personajes forjados a lo largo de un riquísimo patrimonio cultural tradicional, acumulado lentamente en el espacio y en el tiempo, no pueden entenderse ni lo uno ni lo otro, ni las tragedias ni ese patrimonio acumulado, sin observarlo todo como un conjunto más o menos mejor trabado, pero, en definitiva, íntimamente relacionado. Consecuencia de este hecho son las referencias cruzadas a unos y otros pasajes de los textos de las tragedias recogidas en este volumen.

Al margen de dioses, héroes y hombres, incluso anacronismos, hay una ciudad a la que, siempre que se puede —y se puede muchas veces—, se elogia y se ensalza a la más mínima ocasión. ¿Fervor patriótico? ¿Propaganda política? Es la ciudad de Palas, de Cécrope, de Erecteo, de Teseo, próspera, civilizada, piadosa y auxiliadora de los oprimidos en toda la Hélade. Es, en definitiva, la ciudad de Atenas.

Sin más preámbulos, damos paso ya a nuestra traducción. Ésta consiste en una versión en prosa que no ha tratado de ocultar o disimular la desigualdad, en ocasiones, de los propios versos euripideos. Cada una de las piezas va precedida de una breve introducción que, sin ánimo de exhaustividad, resalta los elementos que hemos considerado de mayor relevancia. Al final de dicha introducción, indicamos debida-

mente los versos en los que nos hemos apartado de la edición oxoniense de Diggle.

No deseamos concluir este *Prólogo* sin hacer una agradecida mención al profesor Antonio López Eire que, con su entusiasmo de maestro y amigo, tanto nos ha alentado en esta empresa.

LAS SUPLICANTES



INTRODUCCIÓN

Este drama suele fecharse en torno al 423 a.C., especialmente por razones métricas. Además, algunas otras alusiones permiten, efectivamente, situar la pieza entre los años 424 y 421 a.C. El enfrentamiento producido entre Tebas y Atenas forma parte, desde luego, del mito, pero es evidente asimismo que algunos pasajes deben de hacer referencia concreta a sucesos específicos acaecidos poco tiempo antes. De esta manera, la larga discusión entre el rey ateniense Teseo y el heraldo tebano, que es un duro ataque a la ciudad de Tebas, sugiere que la fecha de composición pudiera situarse poco después de la batalla de Delio, en el 424 a.C., en la que, aunque Tebas logró la victoria sobre Atenas, adoptó una actitud que ya criticó en su momento el historiador Tucídides[1].

El tema central corresponde al ciclo tebano. Las madres y los hijos de los 'Siete contra Tebas' acuden a Eleusis, junto con el rey de Argos, Adrasto, para lograr la intercesión de Etra, madre del rey ateniense Teseo, con vistas a que éste les ayude a recuperar los cadáveres de sus familiares, caídos en la guerra, que los vencedores se niegan a entregarles.

Los antecedentes son bien conocidos. A la muerte de Edipo, sus dos hijos, Eteocles y Polinices, llegan al siguiente acuerdo: cada uno de ellos reinaría por un tiempo y, tras finalizar dicho período, el uno cedería el poder al otro. Cuando a Eteocles, que reina el primero, le llega el momento de traspa-

[1] Tucídides, IV, 90 ss.

sar el poder a su hermano Polinices, se niega. El hermano ultrajado abandona, entonces, Tebas en dirección a Argos, donde se casa con una de las hijas del rey Adrasto. Este monarca es quien, para satisfacer a su yerno, comanda la famosa expedición formada por los siete caudillos, que lucharararán ante las otras tantas puertas de la fortaleza tebana. La expedición fracasa, los siete caudillos caen muertos, y los vencedores, violando las leyes helenas, se niegan a entregar los cadáveres caídos para que se les tributen las debidas honras funerarias.

Teseo se resiste inicialmente a prestar su ayuda a las madres de los caídos, pero al final cede, convencido por su madre, y accede a intentar recuperar los cadáveres. Ya Esquilo había tratado este tema en sus *Eleusinos*, donde parece que se opta por una solución pacífica y diplomática. En el drama euripideo, en cambio, aunque ésta es una de las opciones que se plantean, Teseo se ve obligado a luchar contra los tebanos, coronando con éxito su expedición. Una vez más, Eurípides introduce innovaciones en el tratamiento del mito antiguo. A partir de aquí, podemos comentar los siguientes aspectos.

En el resumen que ofrecen los manuscritos de esta pieza pueden leerse las siguientes palabras: «el drama es un elogio de Atenas». Con esto, ya está dicho casi todo. Sin lugar a dudas, estamos ante la celebración del valor marcial ateniense, no en defensa propia, sino para proteger los derechos de los indefensos y los oprimidos en cualquier lugar. Éstos son los argumentos que utiliza la madre de Teseo para convencer a su hijo; una vez que éste los ha escuchado, no puede ya negarse a prestar el favor que le piden. La exaltación patriótica se va dibujando de diversas maneras. Nos encontramos en estas fechas en los inicios de la guerra del Peloponeso y la visión de la guerra es muy distinta de la que seguirá en los años siguientes, donde se irá sustituyendo este marcial entusiasmo, esta confianza en el poder de Atenas, por los acentos más patéticos que rodean las contiendas bélicas. Éste es el contraste fundamental entre esta pieza, *Las Suplicantes*, y otra radicalmente distinta, *Las Troyanas*, donde el saqueo de la ciudad está rodeado de muerte y destrucción. El elemento común es el dolor, presente en ambas piezas, por los seres queridos muertos. Los diálogos líricos son de gran emotividad: las madres por

sus hijos, y los hijos de éstos por sus padres, entonan cantos funerarios en los que se insiste tanto en el valor heroico y patriótico de los seres perdidos, como en los llantos de tono mucho más intimista y familiar por los abrazos y besos que ya nunca más podrán dar ni recibir del ser querido muerto.

El famoso debate entre el rey Teseo y el heraldo tebano, la disputa sobre tiranía y democracia, es más complejo de como suele retratarse. Esta tragedia, junto con *Los Heraclidas*, está tachada de 'política' y, ciertamente, lo es. Cuando se perfila a Teseo como el adalid de la democracia, frente a los desmanes de la tiranía, lo de menos es el anacronismo que supone atribuir a este monarca la instauración de la democracia en Atenas. Eurípides no es, desde luego, un profesor de historia. Lo importante es ensalzar a Atenas y los valores democráticos que encarna. Ahora bien, en la defensa de la tiranía que ejerce el heraldo tebano, resuenan claramente ecos procedentes de la crítica política a la democracia formulados por sus mismos defensores. Más allá del aparente enfrentamiento maniqueo entre una y otra postura, la crítica a los políticos demagogos y manipuladores de la voluntad popular, de acuerdo a sus propios intereses, aflora en el discurso del tebano, y a él no podían sentirse ajenos muchos atenienses defensores de su sistema. Hay sones de alabanza política a Atenas, ciertamente, pero también un ligero toque de atención ante algunos peligros presentes en el sistema democrático. La crítica a los demagogos recuerda a la de las primeras comedias de Aristófanes.

Uno de los caudillos caídos, al haber muerto víctima del rayo de Zeus, recibe una sepultura especial, como es preceptivo en estos casos. Nos referimos a Capaneo. Pues bien, Eurípides, en un intento de aumentar el *pathos* y de prolongar la acción y la tensión dramática, introduce en los momentos finales de la pieza un episodio en el que Evadna, su viuda, se sube en lo alto de un precipicio que domina la pira en la que va a arder su esposo muerto y, tras mantener un breve diálogo con el Coro y con su padre, se arroja al fuego para morir junto a su esposo y no abandonarlo jamás. Al margen de la conveniencia estructural o no de introducir este episodio de autoinmolación, hay ciertos puntos seguros: se consigue un

efectivo aumento de la tensión dramática, se ejemplifica con un personaje individual y concreto el drama humano que representa la obra, y se alcanza una belleza excelsa en las palabras de la viuda. Los versos que pronuncia Evadna, los recuerdos dichosos del día de su boda, el amor constante más allá de la muerte, alcanzan elevadísimas cotas de hermosura estética, colmadas de delicada ternura y pasión.

Al final de la tragedia, aparece Atenea como *dea ex machina*, con el propósito de ordenar a Teseo que establezca un pacto entre Atenas y Argos.

Volviendo sobre nuestras palabras, concluiremos que la pieza encierra un gran contenido político que ensalza la democracia, los valores que ésta encarna y sus ventajas por encima de los regímenes tiránicos, que no dudan en violar y suprimir los derechos humanitarios de las ciudades griegas y atentar, asimismo, incluso contra el derecho divino. Atenas encarna estos valores de justicia y democracia, que no duda en prestar su auxilio a los necesitados, asumiendo esta conducta casi como una obligación de la que no puede ni debe escapar. Eurípides introduce algunas innovaciones en la historia, orientadas a alcanzar este fin. Su carácter de 'tragedia política' no merma en punto alguno la calidad del drama.

Nota bibliográfica

Borowska, M., «Controverse au sujet d'Alcibiade dans la tragédie d'Euripide: Les Suppliantes, Hélène, Les Phéniciennes», *PHist*, LXX, 1979, págs. 239-251.

Burian, P. H., «Euripides, Supplices 694 ff.», *CR*, XXIV, 1974, páginas 175-176.

— «Logos and pathos. The politics of the Suppliant women», en *Directions in Euripidean criticism. A collection of essays*, Durham, Duke Univ. Pr., 1985, págs. 129-155.

Cerri, G., *Legislazione orale e tragedia greca. Studi sull' Antigone di Sofocle e sulle Supplici di Euripide*, Nápoles, 1979.

Collard, Chr., *Supplices. Introduction and text. Commentary*, I y II, Groningen, 1975.

Diggle, J., «Euripides, Supplices 508-9», *Prometheus*, VII, 1981, pág. 122.

DIRAT, M., «Variations sur le thème du progrès dans la tragédie grecque», *BSTEC*, 177-178, 1978-1979, págs. 31-39.
HAUS, H. U., «Inszenierungsprobleme mit den Hiketides von Euripides», en *Antikerezeption heute. Protokoll eines Kolloquiums*, Kunze M. (ed.), Stendal, 1985, págs. 65-75.
HUEBNER, U., «Interpolationen in Euripides' Supplices», *RhM*, CXXVIII, 1985, págs. 23-40.
JOUAN, F., «Euripide et la rhétorique», *LEC*, LII, 1984, págs. 3-13.
MARCO, M. di, «Il dibattito politico nell'agone delle Supplici di Euripide. Motivi e forme», *Helikon*, XX-XXI, 1980-1981, págs. 163-206.
MIRTO, M. S., «Il lutto e la cultura delle madri. Le Supplici di Euripide», *QUCC*, 47, 1984, págs. 55-88.
MITCHELL, Robin, «Interpolationen und Korruptelen in Euripides' Hiketiden», *A&A*, XXXIII, 1987, págs. 108-121.
MUSSO, O., «Tre note al testo delle Supplici di Euripide», *RhM*, CXXIX, 1986, págs. 93-94.
PADUANO, G., «Interpretazione delle Supplici di Euripide», *ASNP*, 35, 1966, págs. 193-249.
PÒRTULAS, J., «Les Suplicants d'Eurípides i la crisi de la forma tràgica», *AFFB*, VIII, 1982, págs. 57-94.
RIBEIRO FERREIRA, José, «Political aspects in Euripides' Suppliants», *Humanitas*, XXXVII-XXXVIII, 1985-1986, págs. 87-121.
SMITH, W. D., «The funeral Oration in Euripides Supplices», *BICS*, 19, 1972, págs. 39-53.
WESTMAN, R., «Euripides, Hiketiden 280 und 644», en *Opuscula exegetica Aboensia in honorem R. Gyllenberg octogenarii*, Lindeskog G. (ed.), Ebo Akad, 1973, págs. 101-103.
WHITEHORNE, J. E. G., «The dead as spectacle in Euripides' Bacchae and Supplices», *Hermes*, CXIV, 1986, págs. 59-72.
ZUNTZ, G., *The Political Plays of Euripides*, Manchester, 1955.

SOBRE EL TEXTO

Nos hemos apartado de la edición oxoniense de J. Diggle en los siguientes versos: 44, 221, 249, 252, 371, 636, 760, 1014.

ARGUMENTO

La escena tiene lugar en Eleusis. El Coro lo componen mujeres argivas, madres de los héroes caídos en Tebas. El drama es un elogio de Atenas.

PERSONAJES DEL DRAMA

ETRA, *madre de Teseo*
CORO DE SUPLICANTES, *las madres de los héroes caídos en Tebas*
TESEO, *rey de Atenas*
ADRASTO, *rey de Argos*
HERALDO *de Creonte, rey de Tebas*
MENSAJERO *ateniense*
EVADNA, *viuda de Capaneo, uno de los Siete Caudillos*
IFITO, *padre de Evadna*
CORO DE NIÑOS, *hijos de los Siete Caudillos*
ATENEA, *diosa*

(La acción se desarrolla en Eleusis. Al fondo de la escena se encuentra el templo de Deméter. En el lateral hay una gran roca. Delante del templo hay un altar desde el que la anciana ETRA *dirige sus palabras al comienzo de la obra. A su alrededor, en las gradas del altar, el coro de las madres de los Siete Caudillos caídos porta ramos de suplicantes. Cerca del altar yace postrado* ADRASTO *junto a unos niños, hijos de los Siete Caudillos.)*

ETRA.—*(En actitud de súplica.)* ¡Tú, Deméter, señora de los altares de esta tierra de Eleusis, y vosotros, servidores de la diosa que sus templos custodiáis! Que seamos felices yo, mi hijo Teseo, la ciudad de Atenas, y el país de Piteo, donde a mí, Etra, en ricas mansiones mi padre me crió y entregó en calidad de esposa al hijo de Pandión, a Egeo, en virtud de un oráculo de Loxias[2]. *(Señalando a las* SUPLICANTES.) Es al ver a estas mujeres de aquí por lo que acabo de formular esta plegaria, a estas ancianas que, tras abandonar sus casas en tierra de Argos, con ramos de suplicantes andan postrándose a mis rodillas. Terrible padecimiento padecen. Cuando en torno a las puertas de Cadmo murieron sus siete hijos bien nacidos, en ese momento sin hijos ellas quedaron. Allí Adrasto, soberano de Argos, los condujo en mala hora con la intención de recuperar para su yerno, el exiliado Polinices, su parte en la

2 Loxias, 'el ambiguo', es uno de los nombres, junto con el de Febo, con el que se llama al dios Apolo, hijo de Zeus y de Leto, y hermano de Artemis. Constantemente se hace alusión a su función profética y a sus oráculos. A tal efecto tenía un templo en Delfos. La tragedia *Ión* se desarrolla precisamente en ese escenario.

herencia de Edipo[3]. Estas madres quieren sepultar y honrar los cadáveres de los caídos en combate, pero los vencedores se lo impiden, y tampoco permiten que recojan sus cuerpos, haciendo caso omiso de las normas divinas. Y compartiendo con éstas el oneroso trabajo de solicitar mi ayuda, con el rostro empapado en lágrimas, postrado aquí se encuentra Adrasto, pues se siente desconsolado por la guerra y por la muy infortunada expedición que hizo partir de su patria. Él es quien me está urgiendo a que a mi hijo persuada con súplicas para que sea él quien se ocupe de los cadáveres y quien se responsabilice de su entierro, bien por la razón, bien por la fuerza de las armas. Por igual a mi hijo y a la ciudad de Atenas encomienda este quehacer.

Yo salía de mi casa en dirección a este recinto, donde por vez primera se levantó y erizó sobre la tierra la mies fecunda, y aquí me encuentro, por ventura, ofreciendo sacrificios en pro de esta tierra de labranza. Retenida por nudos de ramos que no anudan[4], permanezco junto a los santos altares de las diosas Core y Deméter, de un lado, por la compasión que siento por estas madres ancianas privadas de sus hijos, de otro, por el respeto a sus sagradas ínfulas[5].

De mi parte ha marchado ya a la ciudad un heraldo para llamar y traer aquí a Teseo, para que eche fuera del país la

[3] La ciudad de Cadmo es Tebas, por cuanto Cadmo es el fundador mítico de la ciudad. El episodio al que se refiere es el siguiente. A la muerte de Edipo, sus dos hijos, Eteocles y Polinices, acuerdan reinar cada uno de ellos durante un período de tiempo determinado, a cuyo término uno cedería el poder al otro. Eteocles incumple este acuerdo y Polinices, enojado, se dirige a Argos, donde se casa con una de las hijas de Adrasto. Éste, para contentarlo, organiza una expedición contra Tebas mandada por los siete famosos caudillos. El resto de la historia la misma Etra lo va narrando en este prólogo.

[4] Oposiciones muy del gusto de Eurípides. Cfr. *Heracles,* 1061: «Duerme un sueño funesto que no es tal sueño.» 1133: «Hijo, te enzarzaste precipitadamente en una guerra, que no era tal guerra, contra tus hijos.» *Ifigenia entre los Tauros,* 512: «Huyo desterrado, de algún modo, más o menos, voluntario e involuntario.» 566: «Por desgraciada gracia de una mujer malvada murió.» 568: «Vive desgraciado —eso sí— en todas y en ninguna parte.» 887: «Recorriendo caminos que no son caminos.»

[5] Apartar o deshacerse de los ramos de las suplicantes constituiría un acto de sacrilegio intolerable.

tristeza de estas personas[6], o para que cumpla con los apremios de las suplicantes, [40] actuando píamente conforme a los dioses. Es razonablemente sensato, en verdad, que las mujeres se ocupen de sus asuntos a través de los hombres.

CORO[7].

Estrofa 1.ª.

A ti dirijo mis súplicas, anciana, con mi anciana boca, postrándome ante estas tus rodillas. Rescata a nuestros hijos. No observan ley[8] *quienes abandonan los miembros de los cadáveres consumidos a la muerte que los miembros desata, pasto para fieras montaraces.*

Antístrofa 2.ª.

Contempla dignas de compasión las lágrimas de mis ojos en torno a los párpados, [50] y rugosos en mis ancianas carnes los arañazos de mis manos. ¿Pues qué? Ni a mis hijos consumidos expuse en su hogar, ni tampoco de sus tumbas el túmulo de tierra veo.

Estrofa 2.ª.

También tú, señora, alumbraste en buena hora un hijo, por lo que amado para tu esposo hiciste el lecho. Comparte, pues, con los míos tus propósitos, comparte este dolor tan desgarrador que estoy sufriendo yo por los miembros de los muertos que alumbré. [60] Ingéniatelas para convencer —¡Ay! Te lo suplico— a tu hijo, de que venga al Ismeno[9] *y que en mis brazos deposite los cuerpos vigorosos de estos muertos que errantes vagan sin sepultura.*

Antístrofa 2.ª.

No por piedad, mas por necesidad, por echarme a tus pies para implorarte, vine a estos altares que acogen el fuego divino. Nuestra

---

6 Únicamente el rey tiene la potestad de hacer salir a las suplicantes, bien garantizando que va a dar firme cumplimiento a sus peticiones, bien rechazando su requerimiento y ordenándoles que abandonen el lugar.

7 En este punto suele tener lugar la *párodos* o entrada del coro en escena. En esta tragedia, sin embargo, el Coro de Suplicantes se encuentra en la escena desde el comienzo mismo de la obra, como ya ha manifestado Etra en los versos 8 y siguientes.

8 Seguimos la lectura de los manuscritos.

9 El Ismeno es un río que fluye a uno de los lados de Tebas, en Beocia. En este caso, ir al Ismeno significa ir a Tebas. Otro de los ríos que pasan junto a Tebas es el Dirce, mencionado más adelante. También suele citarse a Tebas, según ya hemos visto, como la ciudad de Cadmo, por cuanto éste es el mítico fundador de la ciudad.

petición es legítima, y tú tienes poder para, en virtud de la noble casta de tu hijo, poner fin a mi infortunio. Porque dolores padezco merecedores de compasión, por eso te suplico que tu hijo en mis brazos —¡desgraciada!— ponga el cadáver del mío, [70] para poder abrazar los tristes miembros de mi hijo.

Estrofa 3.ª.

Tras vuestros sollozos vienen a rivalizar ahora estos otros sollozos. Resuenan las manos de las siervas. ¡Ea, compañeras de canto de nuestros males! ¡Ea, compañeras de nuestros dolores! ¡Coro que Hades venera! Con las uñas por la blanca mejilla extended la sangre, ensangrentad la piel sangrienta[10]*. ¡Ay, ay! Que el duelo por los muertos es honra para los vivos.*

Antístrofa 3.ª.

Insaciable me arrastra este gozo de sollozos muy doloroso. [80] Como la gota que fluida corre desde elevado risco, pausa no conocen por siempre estos sollozos míos. Que, por los hijos muertos, dolorosa se engendra en las mujeres una inclinación al llanto. ¡Ay, ay! ¡Ojalá muerta olvidase estos dolores![11].

(TESEO *entra por un lateral.)*

TESEO.—¿De quiénes son esos sollozos que he escuchado, y los golpes de pecho y los trenos funerarios? De estos santuarios el eco procede. De qué manera el miedo me da alas, [90] no sea que mi madre, a la que estoy buscando, pues falta de palacio desde hace ya un buen rato, me traiga alguna novedad inesperada. *(Ve a su madre* ETRA *y al* CORO.) ¡Eh! ¿Qué ocurre? Ya estoy viendo el comienzo de nuevas palabras: mi madre anciana sentada junto al altar y, allí mismo, unas mujeres forasteras que de distintas maneras se aferran a sus males, pues de sus ancianos ojos dejan caer al

[10] Estas desgarradoras muestras de dolor, consistentes en abrirse la carne de la cara con las uñas, las encontramos también en las tragedias *Electra*, vv. 140-150, en *Las Troyanas*, vv. 279-80, y en esta misma, más adelante, en los versos 826-7.

[11] Cfr. *Las Troyanas*, 606: «¡Los muertos olvidan el dolor!» Cfr. también *Las Troyanas*, 637-8: «Morir es mejor que vivir con pena, pues de nada se sufre cuando uno no se percata de ninguno de sus males.»

suelo lágrimas que mueven a la compasión. Su corte de pelo —rapado— y sus peplos no son de fiesta[12].

(Dirigiéndose a su madre.) ¿Qué es esto, madre? Cosa tuya es dármelo a conocer, y mía escuchar, pues sospecho algo inesperado.

ETRA.—Hijo, éstas son las madres de los siete caudillos —sus hijos— que murieron en torno a las puertas cadmeas. Con ramos de suplicantes, como ves, montan guardia a mi alrededor en círculo, hijo.

TESEO.—¿Y quién es ése que llora tan lastimosamente en la puerta?

ETRA.—Adrasto, según dicen, soberano de Argos.

TESEO.—¿Y los niños que están a su alrededor? ¿Acaso son sus hijos?

ETRA.—No, son los hijos de los cadáveres muertos.

TESEO.—¿Y por qué han acudido a nosotros con mano de suplicante?

ETRA.—Yo lo sé, mas de ellos la palabra desde ahora es, hijo.

TESEO.—*(Dirigiéndose a* ADRASTO.*)* A ti, al que se cubre con un manto, a ti te estoy preguntando. Descúbrete la cabeza, detén el llanto y habla, pues nada llega a su término si no es por la lengua.

ADRASTO.—*(Levantándose.)* ¡Oh, Teseo, glorioso vencedor, soberano de Atenas! En calidad de suplicante tuyo y de tu ciudad he venido.

TESEO.—¿Qué es lo que persigues? ¿Qué súplica tienes?

ADRASTO.—¿Tienes noticia de la funesta expedición que comandé?

TESEO.—Sí, pues no atravesaste Grecia precisamente en silencio.

ADRASTO.—Allí perdí a los más sobresalientes varones de entre los argivos.

TESEO.—Tales sucesos llevan a término las tristes guerras.

ADRASTO.—Fui a la ciudad para reclamar sus cadáveres.

TESEO.—¿Te serviste de heraldos de Hermes, con vistas a enterrarlos?

ADRASTO.—Sí, aunque los que los mataron no me lo permiten.

---

[12] Cfr. *Electra*, 148-9: «Las manos me echo a la cabeza, rapada, por tu muerte.»

TESEO.—¿Y qué alegan? Pues lo que pides es justo.

ADRASTO.—¿Que qué? Aunque tienen éxito, no saben administrarlo.

TESEO.—Entonces, ¿has venido hasta mí para que te aconseje, o con qué otro fin?

ADRASTO.—Con intención de que tú, Teseo, rescates a los hijos de los argivos.

TESEO.—¿Y aquel Argos vuestro? ¿Dónde está? ¿Acaso todo fueron vanas bravatas?

ADRASTO.—Hemos fracasado y estamos perdidos. Por eso hemos acudido a ti.

TESEO.—¿La decisión es sólo tuya o de toda la ciudad?

ADRASTO.—[130] Todos te suplican que entierres a los cadáveres de los danaidas[13].

TESEO.—¿Y por qué lanzaste siete batallones contra Tebas?

ADRASTO.—Para hacer este favor a mis dos yernos.

TESEO.—¿Y con quiénes de entre los argivos casaste a tus hijas?

ADRASTO.—No las uní en matrimonio con maridos nacidos en mi propia patria.

TESEO.—Entonces, ¿casaste a tus hijas argivas con forasteros?

ADRASTO.—Sí, con Tideo y con Polinices, que en Tebas nació.

TESEO.—¿Por qué llegaste a desear esta unión?

ADRASTO.—Me lo insinuó, con dudosas intenciones, un oráculo de Apolo, difícil de interpretar[14].

---

[13] La palabra 'danaidas' significa 'los hijos y descendientes de Dánao' y, al igual que el homérico 'dánaos', suele aplicarse a los griegos en general, pero en este pasaje concreto se refiere únicamente a los argivos. No en vano, Dánao es el fundador mítico de la ciudadela de Argos.

[14] No va a ser ésta la primera ocasión en que se critiquen, sutil o abiertamente, los oráculos de Apolo, para poner de manifiesto la inoportunidad y falta de acierto de sus oráculos, bien porque éstos son difíciles de interpretar, bien porque son, simplemente, disparatados. Por ejemplo, cfr. *Electra*, 1301-2: «La fatalidad y el destino lo hacían necesario, y asimismo también las insensatas palabras de boca de Febo.» En la tragedia *Ión* la figura del dios tampoco sale muy bien parada. Eurípides no duda en mostrar su escepticismo con respecto a las creencias religiosas. Se puede ver puntualmente, por poner algunos ejemplos, en *Las Suplicantes*, 221, en *Electra*, 737-8, y se puede también comprobar a lo largo de todo el *Ión*, donde Apolo es un ser que ha violado a una jovencita a la que luego deja desamparada, y que vaticina oráculos para su propio provecho. En dicha tragedia es, de entre las que componen este volumen, donde mejor se ejemplifica todo cuanto acabamos de decir.

TESEO.—Pues, ¿qué dijo Apolo al decretar las bodas de tus hijas?

ADRASTO.—[140] Que entregase mis dos hijas a un jabalí y a un león.

TESEO.—Y tú, ¿cómo interpretaste las palabras del oráculo del dios?

ADRASTO.—Dos fugitivos vinieron una noche a mi puerta.

TESEO.—¿Quién es cada uno? Pues me estás hablando de dos al mismo tiempo.

ADRASTO.—Tideo y Polinices. Entonces los dos trabaron combate a la vez[15].

TESEO.—¿Es que les entregaste tus hijas como si ellos fuesen las fieras?

ADRASTO.—Sí. Comparé su lucha a la de dos bestias salvajes.

TESEO.—¿Y cómo, pues, rebasaron las fronteras de su patria y llegaron hasta ahí?

ADRASTO.—Tideo andaba huido del país por un asunto de sangre familiar.

TESEO.—Y el hijo de Edipo, ¿por qué abandonó Tebas?

ADRASTO.—[150] Por las maldiciones paternas, no fuese a matar a su hermano.

TESEO.—Sensato, desde luego, este destierro voluntario del que hablas.

ADRASTO.—Pero los que se quedaron obraron injustamente contra los ausentes.

TESEO.—¿No será, quizá, que su hermano le despojó de sus bienes?

ADRASTO.—Allí marché a reclamar justicia; luego vino mi ruina.

TESEO.—Pero, ¿fuiste a consultar a los adivinos y observaste el fuego de las víctimas?

---

[15] El emblema de Tebas es un león, y el de la ciudad de Tideo era un jabalí. Los dos pretendientes fugitivos exhibían esas figuras en sus escudos. Esa noche, en el palacio de Adrasto, comenzaron a disputar sobre las riquezas y glorias de sus respectivas ciudades, y habrían llegado al extremo del asesinato si Adrasto no lo hubiese impedido.

ADRASTO.—¡Ay de mí! Me alcanzas por el punto en que cometí mi mayor error[16].

TESEO.—No fuiste, según parece, con el favor de los dioses.

ADRASTO.—Y lo que es más, fui sin quererlo Anfiarao[17].

TESEO.—¿Con esa ligereza volviste la espalda a los dioses?

ADRASTO.—[160] El alboroto de los dos jóvenes me aturdió.

TESEO.—Te dejaste llevar precipitadamente por la pasión, en vez de por la prudencia.

ADRASTO.—Eso, precisamente eso aniquiló a muchos caudillos. *(Arrodillándose ante* TESEO.) ¡Ay, tú, la figura más poderosa de la Hélade, soberano de Atenas! Siento vergüenza al arrojarme al suelo para abrazar con mis manos tus rodillas[18], yo, un hombre anciano ya, otrora un rey feliz. Mas es fuerza ceder a mis desgracias. Salva mis muertos y compadécete de mis males y de estas madres cuyos hijos han muerto. [170] Estas pobres van a llegar a la cana vejez privadas de sus hijos. Con todo, han tenido valor para venir hasta aquí y poner su pie en tierra extranjera, a pesar del esfuerzo que les cuesta menear sus ancianos miembros. No es ésta una peregrinación a los misterios de Deméter, sino para enterrar a sus muertos, por cuyas manos precisamente ellas deberían haber sido enterradas en el momento esperado[19].

En verdad, lo sensato es que la pobreza mire en dirección a la opulencia, que el pobre vuelva su mirada hacia los ricos con afán de emulación, a fin de que se apodere de él un deseo por la riqueza, y que con especial atención miren

---

16 Es decir, Adrasto inició la guerra sin contar con el beneplácito de los dioses, lo cual explica el fracaso de su expedición. Así lo refiere el propio Teseo más adelante, en los versos 229-31: «Por conducir a la batalla a todos los argivos despreciando los oráculos que te transmitieron los adivinos y dejando a los dioses de lado a la fuerza, por todo eso causaste la ruina de tu ciudad.»

17 El adivino y guerrero al que consultó. En los versos 500-1 se cuenta cómo un torbellino se tragó a este personaje, hecho que vuelve a referirse en los versos 925-7. Anfiarao se oponía a esta expedición militar ya que, gracias a su don profético, conocía el desastroso desenlace de la empresa.

18 Acto ritual del suplicante.

19 Cfr. las palabras de Hécabe ante el cadáver de su nieto Astianacte, *Las Troyanas*, 1185-6: «Mas no tú a mí, sino yo a ti, aun siendo más joven, anciana sin ciudad y sin hijos estoy enterrando este desgraciado cadáver.»

los que no son desafortunados las cosas dignas de compasión. Y que el poeta al componer sus cantos lo haga con alegría, ya que, si no siente este sentimiento, verdaderamente no podrá, si alberga tristeza en su interior, regocijar a los demás, pues no tiene derecho[20].

Al punto, en verdad, podrías decir: «¿Por qué dejas a un lado la tierra pelopia?[21]. ¿Cómo es que encomiendas esta carga a Atenas?» Justo es que te lo explique con detalle. Esparta es cruel y su carácter pérfido; los demás son pequeños y débiles. Tu ciudad es la única que podría arrostrar y cargar sobre sí este peso, pues fija su mirada en las desgracias y tiene en ti a un pastor joven y bravo, por cuya carencia numerosas ciudades han perecido, faltas de un caudillo.

CORIFEO.—También yo hago mías estas palabras que a ti te digo, Teseo: que te hagas cargo de mi suerte, por compasión.

TESEO.—Con otros ya he tenido ocasión de discutir arduamente sobre este argumento. Sí, pues uno argumentaba que los males de los mortales son más numerosos que sus bienes. Yo, en cambio, frente a esa postura, tengo otra idea, a saber, que los beneficios son más numerosos que los males. Pues, si esto no fuese de este modo, ni siquiera nos alumbraría la luz del sol[22].

Dirijo mis alabanzas a aquel de entre los dioses que apartó nuestra existencia de la confusión y la brutalidad. En primer lugar, nos infundió el entendimiento y, después, nos dio la lengua, heraldo de la razón, de modo que aprendiésemos a discernir las palabras. Nos dio también el alimento de los frutos de la tierra, y a los frutos las líquidas gotas procedentes del cielo que riegan los productos de la tierra y revitalizan sus entrañas. Nos dio, además, abrigo para el mal tiempo y para apartar el calor ardiente del dios; y la navegación por mar para que intercambiemos unos

---

[20] Hemos presenciado una digresión muy al gusto de Eurípides. El lector tendrá ocasión de encontrárselas con relativa frecuencia.

[21] La tierra pelopia, de Pélope, es el Peloponeso, Esparta.

[22] Es decir, ni siquiera estaríamos vivos.

con otros los productos que nuestras respectivas tierras no produzcan. Y aquello que es ininteligible y que no llegamos a percibir con claridad, mirando el fuego o los pliegues de las entrañas, o a partir del vuelo de las aves, los adivinos nos lo aclaran. Cuando dios nos da tales recursos para vivir, ¿no somos, entonces, nosotros unos arrogantes caprichosos, al no sernos esto suficiente?

Pero la razón persigue ser más fuerte que dios y, cuando nos hemos apoderado de una buena dosis de arrogancia en el corazón, nos parece que somos más sabios que la divinidad. De esta ralea me parece que eres también tú, pues no has sido sensato cuando a tus hijas, bajo el yugo de los oráculos de Febo, a forasteros de este modo entregaste, como si los dioses existiesen[23], y, al mezclar tu ilustre familia con una turbia, has propinado un duro golpe a tu hogar.

El hombre sensato, en efecto, no debe mezclar a individuos deshonestos con honestos, sino granjearse amistades dichosas para su casa. Pues la divinidad, al creer en la comunidad de sus actos, por las calamidades del que sufre lleva a su perdición al que nada sufría y al que ningún acto injusto había cometido.

Por conducir a la batalla a todos los argivos despreciando los oráculos que te transmitieron los adivinos y dejando a los dioses de lado a la fuerza, por todo eso causaste la ruina de tu ciudad. Te dejaste arrastrar por unos jóvenes que se complacen con los honores, que multiplican las guerras desprovistas de justa causa, aunque provoquen la muerte de sus ciudadanos. Uno, con vistas a comandar ejércitos y porque al sentir el poder en sus manos se cree con derecho a ser insolente; otro, por afición a sus beneficios, y ninguna preocupación por la multitud y el daño que pueda sufrir con estas acciones. Porque tres son los tipos de ciudadanos. Los ricos no sirven para nada y siempre desean ser más ricos. Los desposeídos que carecen de recursos son terribles y más bien propensos a la envidia, y disparan sus aguijones ve-

---

23 Lectura de los manuscritos.

nenosos contra los opulentos, engañados por las lenguas de malvados gobernantes. De las tres clases, la de en medio es la que salva las ciudades, ya que observa el orden establecido por la ciudad.

Por consiguiente, ¿he de convertirme en aliado tuyo? ¿Qué razón honesta daré a estos ciudadanos míos? Márchate en hora buena. Pues, si no tomaste una buena decisión, tú mismo asume tu suerte, y a nosotros déjanos tranquilos[24].

CORIFEO.—[250] Erró, sí, mas de los jóvenes es algo propio y debemos perdonarle.

ADRASTO.—No te elegí, en verdad, como juez de mis males. Antes bien, como médico de ellos, soberano, hasta ti hemos venido[25]. Tampoco, si en algo soy hallado culpable, como amonestador o azote, mas para recibir tu auxilio. Con todo, si no quieres asistirme, forzoso será plegarse a tu voluntad. Pues, ¿qué otra cosa puedo hacer? ¡Vamos, ancianas, en marcha! El verde follaje aquí mismo dejad de ramas coronado[26], [260] y a los dioses, a la tierra, a Deméter, la diosa de las antorchas, y a la luz del sol poned por testigos de que las súplicas a los dioses de nada nos han servido.

CORIFEO.—[...][27] que de Pélope era hijo. Y nosotras, oriundas de tierra pelopia, esa misma sangre paterna compartimos contigo. ¿Qué vas a hacer? ¿Vas a traicionarla y a expulsar del país a estas ancianas que no han obtenido nada de lo que necesitaban? No, de ninguna manera. ¿No halla refugio la fiera en la gruta y el siervo en las aras de los dioses? ¿Y un estado a otro estado no acude a cobijarse cuando una tempestad lo agita? [270] Y es que, de entre los asuntos de los mortales, ninguno hay que hasta el fin próspero se mantenga[28].

---

[24] Way en la edición Loeb.

[25] Aceptamos la propuesta de Barnes, que sitúa aquí este verso, y no después del verso 251, como figura en los manuscritos.

[26] Señal de que su petición no ha sido atendida. En caso contrario, se habrían llevado los ramos.

[27] Laguna en el texto.

[28] Es éste un tópico que se repite en numerosas ocasiones.

CORO.

SEMICORO A.—*Echa el paso, infeliz, retírate de la sagrada llanura de Perséfone*[29], *echa el paso y acude a su encuentro envuelta en súplicas. Echa sobre sus rodillas tus manos. Que de mis hijos muertos los cuerpos recobre —¡ay desgraciada de mí!— esos mozos que a los pies de las murallas cadmeas perdí.*

SEMICORO B.—*¡Ay de mí! Tomad, sostened, conducid las viejas manos de esta anciana. Por tu barba, oh amigo, oh tú, el más reputado de la Hélade, acudo a tu encuentro envuelta en súplicas y abrazándome a tus rodillas y brazos, infeliz de mí. [280] Compadécete de mí, de esta suplicante errabunda que por sus hijos un triste lamento, triste sí, entona.*

SEMICORO A.—*Hijo, no desprecies bajando los ojos a mis hijos, insepultos en tierra de Cadmo, regocijo de las fieras, en edad vigorosa, como tú. Te lo ruego.*

SEMICORO B.—*Mira en mis párpados las lágrimas. Sobre tus rodillas de esta guisa caigo para que se consuma el enterramiento de mis hijos.*

TESEO.—*(Observando que su madre, conmovida, ha empezado a llorar.)* Madre, ¿por qué estás llorando? ¿Por qué pones ese fino paño sobre tus ojos? ¿Acaso es por el triste llanto que estás escuchando de estas mujeres? También a mí me ha impactado un poco. Levanta tu canosa cabeza, no derrames lágrimas [290] mientras estás sentada en el ara venerable de Deó[30].

ETRA.—¡Ay, ay!

TESEO.—Las desdichas de éstas no tienen que ser motivo de lamentos para ti.

Etra.—¡Oh, sufridas mujeres!

TESEO.—Tú no eres una de ellas.

---

[29] Perséfone, diosa de los infiernos, es hija de Zeus y Deméter, a quien está dedicado el templo en que se hallan. Deméter y Perséfone, madre e hija, están estrechamente ligadas a Eleusis, en cuyos misterios ambas figuran. Aquí las mujeres se están refiriendo al templo al que han acudido en calidad de suplicantes.

[30] Hipocorístico. Se refiere a Deméter.

ETRA.—Hijo, ¿os digo a ti y a la ciudad algo conveniente?[31].

TESEO.—Sí, pues muchas opiniones sensatas pueden provenir incluso de las mujeres.

ETRA.—Sin embargo, a la timidez me mueven las palabras que refreno.

TESEO.—Eso que has dicho es feo. ¡Ocultar a los amigos consejos útiles!

ETRA.—Bien cierto es que no. No silenciaré, pues, mis palabras, y en el futuro no tendré que reprocharme algún día por este silencio de ahora que obré mal al guardar silencio. Tampoco, por temor a que resulte inútil el hecho de que las mujeres pronuncien sabios discursos, abandonaré al miedo esa opinión mía que ahora nos conviene.

En primer lugar, hijo, te invito a que observes los principios divinos, no sea que por despreciarlos sufras una desgracia, pues ése sería tu único error, siendo como eres prudente en lo demás. A esto se añade el hecho de que, si no fuese necesario ser audaz en favor de quienes son víctimas de una injusticia, me habría quedado completamente callada. Y sábetelo bien, cuánta honra te ha de procurar esta empresa. Por eso mismo no me asusta darte este consejo, hijo: que a esos hombres violentos, que incluso a unos cadáveres impiden tener un funeral y exequias, les impongas con tu brazo el acatamiento de la ley, y que los hagas cesar en su empeño de trastocar las normas de toda la Hélade. Pues no cabe duda de que lo que mantiene unidas a las ciudades de los hombres es esto, que cada una cumpla las leyes. Y además, alguien podría decir que te entró miedo y que renunciaste por falta de hombría en tus brazos, aun cuando te era posible conseguir para tu ciudad una co-

[31] No es ésta la primera ocasión en que se pone de manifiesto el recato con el que conversan las mujeres con los hombres, o en la que se plasman las relaciones de subordinación de la mujer al hombre (*Las Suplicantes*, versos 40-1: «Es razonablemente sensato, en verdad, que las mujeres se ocupen de sus asuntos a través de los hombres»). En el caso de un hombre de noble carácter, como es Teseo, la respuesta suele ser amable y condescendiente. Habrá ocasión de presenciar más situaciones como ésta, como, por ejemplo, en *Electra*, 900: «Me da vergüenza, mas con todo quiero hablar», donde Electra se dirige así a su hermano Orestes.

rona bien afamada; y que trabaste combate con un jabalí salvaje[32], afanándote en un trabajo sin importancia, pero que, cuando tenías que aplicarte con todo tu empeño y poner la vista en el casco y la lanza, fuiste sorprendido siendo todo un cobarde. Desde luego que no, tú no, en modo alguno, por cuanto que eres hijo mío, no vas a hacer eso. ¿No ves cómo tu patria, cuando la vituperan por inconsciente, a quienes la vituperan una feroz mirada dirige? Y eso es así porque se crece ante las dificultades. Las ciudades, cuando actúan de modo pacífico entre tinieblas, igualmente entre tinieblas viven por tímidas. ¿No vas a ir en auxilio, hijo, de esos muertos y de estas mujeres esforzadas que te necesitan? Que por ti yo no albergo temor alguno, pues emprendes una empresa justa. Y aunque me doy cuenta de que el pueblo de Cadmo tiene la suerte de su parte, todavía le toca lanzar una tirada de dados de distinto signo, pues la divinidad lo coloca todo patas arriba[33].

CORIFEO.—¡Oh, queridísima mía! ¡Qué adecuadas palabras nos has dicho a tu hijo y a mí! Doble alegría es esto.

TESEO.—Mis palabras, madre, las que he dicho antes, albergan el juicio correcto con respecto a este individuo, y yo sólo mostré mi opinión sobre el tipo de decisiones que ocasionaron su desgracia. Pero veo también los reproches que precisamente me estás echando en cara, a saber, que a mi carácter no se ajusta ese rehuir los peligros. Pues, por ser autor de muchas y hermosas acciones, mostré sin lugar a dudas a los helenos mi natural acostumbrado a ser restaurador del orden castigando a los malvados. De ninguna manera me es posible renunciar a estos trabajos. ¿Qué dirán de entre todos los mortales los que precisamente me odian, cuando tú, que me has engendrado y que más que nadie tenía que temer por mí, eres la primera en incitarme a que arrostre este trabajo?

---

[32] Se refiere a la lucha que mantuvo Teseo con un jabalí en Corinto (Plutarco, *Teseo*, 9).

[33] Esta mudanza entre bienes y males es otro de los tópicos que se repite constantemente.

Lo voy a hacer. Iré y rescataré los cadáveres con la persuasión de mis palabras. Y si no, por la fuerza de las armas será entonces, y no con la negativa de los dioses. Mas necesito la aprobación de toda la ciudad, [350] y lo aprobará si yo lo quiero. Cierto es que si le doy al puebo también la palabra, lo tendré mejor dispuesto, porque yo instituí su soberanía cuando liberé a esta ciudad por la igualdad de voto[34]. Tomaré a Adrasto como prueba de mis palabras y me dirigiré a la asamblea de los ciudadanos. Cuando los haya convencido, escogeré y congregaré de entre los atenienses a algunos mozos y me llegaré hasta aquí. Y mientras aguardo en armas, le haré llegar mis razones a Creonte, junto con la reclamación de los cuerpos de los muertos. *(Dirigiéndose a las* SUPLICANTES.*)* Y ahora, ancianas, apartad de mi madre las venerables ínfulas, [360] que a casa de Egeo[35] la llevo tomando su mano amada. Es un miserable todo aquel que no se ocupa como hijo de quienes lo engendraron, la más hermosa ayuda, pues, el que da recibe a cambio de sus hijos aquello que él mismo dio a sus progenitores.

(Salen ADRASTO *y* TESEO, *llevando a su madre de la mano.)*

CORO.
Estrofa 1.ª.
¡Oh Argos, criadora de caballos, oh llanura de mi patria! ¿Lo habéis oído? ¿Habéis oído al rey sus santas palabras sobre los dioses, y de trascendental importancia para el país pelasgio y para Argos?
Antístrofa 1.ª.
¡Ojalá al término, por fin, de mis males llegue, [370] tras rescatar su cadáver cubierto de sangre, gloria[36] en estos momentos de

---

[34] La igualdad de voto se consiguió en el 408 a.C., con Clístenes. Se trata aquí de un anacronismo. En la literatura política de la época se atribuía a Teseo la creación de la democracia.
[35] Marido de Etra, como ha señalado ella misma en el prólogo de esta tragedia (versos 6-7).
[36] Lectura de los manuscritos.

una madre! ¡Ojalá con la tierra de Inaco[37] *provechosa amistad se trabe!*

Estrofa 2.ª.

Hermoso adorno son para las ciudades los piadosos trabajos que gratitud traen eterna. ¿Qué decisión tomará la ciudad en mi favor? ¿Acaso un pacto alcanzará y para nuestros hijos funerales conseguiremos?

Antístrofa 2.ª.

¡Defiende a una madre, ciudad de Palas[38], *defiéndela! ¡Que las leyes de los mortales nadie mancille! Tú, en verdad, veneras la justicia, reduces la injusticia a su mínima expresión [380] y toda desgracia siempre amparas.*

(Entra TESEO *con un contingente de tropas armadas, acompañado de* ADRASTO, ETRA *y un heraldo.* TESEO *se dirige al heraldo.)*

TESEO.—*(Dirigiéndose al heraldo.)* Siempre con este mismo oficio me prestas tus servicios a mí y a la ciudad, llevando mensajes aquí y allá. Por eso, atraviesa el Esopo y las aguas del Ismeno[39], y al altivo rey de los cadmeos anúnciale lo siguiente: «Teseo te pide, por favor, que se tributen honores funerarios a los muertos; te pide, asimismo, alcanzar lo que se merece, pues habita tierra vecina, y trabar amistad con el pueblo de Erecteo.» En el supuesto de que acepten, tras darles las gracias, te vienes de vuelta. Pero si no se dejan convencer, éstas son tus segundas palabras: [390] «Mi cortejo acoged portador de escudos.»

(Dirigiéndose ya a todos.) El ejército está acampado y, una vez que ha superado la revista, se encuentra ahí preparado junto al venerable Calícoro[40]. Muy contenta, sí, y gustosa-

---

[37] Río de Argos.

[38] Atenas.

[39] El Asopo se encuentra en el valle del mismo nombre, en la región meridional de Beocia. El Ismeno, como se ha dicho antes, fluía junto a la ciudad de Tebas.

[40] Fuente sagrada de Eleusis.

mente ha aceptado la ciudad este trabajo, porque al punto se percató de que yo lo quería[41].

(Entra un heraldo tebano.) ¡Eh! ¿Quién es éste que viene e interrumpe mis palabras? Parece, aunque no estoy seguro del todo, un heraldo cadmeo. *(Dirigiéndose al heraldo ateniense.)* Aguarda, por si éste que llega se anticipa a mis deseos y te libra de tu trabajo.

HERALDO.—¿Quién es el monarca de esta tierra?[42]. ¿A quién tengo que anunciar las palabras de Creonte, que gobierna en el país de Cadmo desde que a Eteocles matara al pie de las Siete Puertas la mano fraterna de Polinices?

TESEO.—En primer lugar, das comienzo a tu discurso con un error, forastero, si vienes buscando un monarca aquí, pues no existe el gobierno de un solo hombre, sino que es libre la ciudad y el pueblo ostenta su soberanía por relevos periódicos una vez al año. Y al rico no concede privilegio alguno, sino que el pobre en igualdad tiene los mismos derechos[43].

HERALDO.—Sólo esto que acabas de decir es ya, como en los dados, una ventaja para nosotros. Pues la ciudad de la que yo provengo está gobernada conforme al criterio de un solo hombre, no del populacho. Así no hay quien la hinche de vanidad hasta el aturdimiento con sus discursos, con vistas a su propio beneficio, y quien la haga dar de continuo vueltas unas veces a un lado, otras a otro. Al punto amable otorga numerosos favores, en otra ocasión la perjudica, después con nuevas calumnias intenta disimular los errores de antes y se escapa de la justicia. Pues, ¿de qué otra manera el pueblo, que no es capaz de pronunciar rectos discursos, podría rectamente gobernar una ciudad? El tiempo da un aprendizaje más sólido que la precipitación. Un pobre labriego, incluso aunque dejase de ser un

---

[41] Cfr. versos 349-50: «Mas necesito la aprobación de toda la ciudad, y lo aprobará si yo lo quiero.»

[42] Estas palabras del heraldo de Creonte van a dar lugar al interesante debate sobre tiranía y democracia que entablan seguidamente Teseo y este heraldo.

[43] En el discurso fúnebre que Tucídides hace pronunciar a Pericles en el libro II de su *Historia de la guerra del Peloponeso*, encontramos ideas y expresiones similares.

ignorante, por causa de sus ocupaciones no sería capaz de mirar por el bien común. Es francamente como para ponerse enfermo de muerte, a ojos de un ciudadano más honrado, que un hombre despreciable goce de buena reputación por el hecho de adueñarse de la ciudad a través del ejercicio de la lengua. ¡Uno, que nada era antes![44].

TESEO.—¡Ingenioso, sí señor, el heraldo este, y amigo de apostillas! *(Dirigiéndose directamente al* HERALDO.*)* Como tú mismo has empezado esta discusión, ahora escúchame, pues eres tú el que ha puesto por delante este combate dialéctico.

(A todos.) Nada hay más odioso que un monarca para el estado. En primerísimo lugar, porque no hay leyes comunes y porque gobierna un solo individuo, que se apropia de la ley en su propio beneficio, y esto de ningún modo es equitativo.

En cambio, cuando hay leyes escritas, el débil y el rico tienen idénticos derechos. El más débil puede replicarle al rico si le insulta, y vence el pequeño al grande cuando tiene razón. Esto es la libertad: «¿Quién quiere, si lo tiene, proponer públicamente algún consejo útil para la ciudad?»[45]. Y el que lo desea, se luce, y el que no quiere, se calla. ¿Qué es más equitativo que esto para una ciudad? Y todavía hay más, pues cuando el pueblo es el que gobierna un país, se alegra de que los jóvenes sean la base del cuerpo ciudadano, mientras un rey interpreta esta situación como algo aborrecible; y a los ciudadanos sobresalientes y a los que considera que son sensatos, a ésos los mata, porque teme antes y ahora por su poder absoluto. Y digo yo, ¿cómo es posible, entonces, que algún día llegue a ser poderoso un estado en el que un individuo, como espigas de un prado en primavera, a tajos siega y arranca la juventud? ¿Qué necesidad hay de procurar riquezas y medios de vida para nuestros hijos, para que

[44] Estas críticas a los demagogos están también presentes en la comedia política de Aristófanes.

[45] Palabras con las que se invitaba al pueblo a intervenir en la Asamblea.

con nuestro duro trabajo mejore la vida del monarca? ¿O de criar y conservar hermosamente vírgenes a nuestras hijas en casa, delicioso placer para el monarca cuando es su deseo, pero que lágrimas nos procuran a nosotros? ¡Que no viva yo ya más si mis hijas han de contraer forzosas nupcias! En conclusión, éstos, sí señor, éstos son los dardos que contra los tuyos disparo.

Y ahora bien, ¿por qué has venido hasta aquí y qué es lo que quieres de esta tierra? Que tú, por lo que a ti respecta, llorando te habrías ido de inmediato si no te hubiese enviado un estado, por tu verborrea insolente. Pues la obligación de un mensajero es [460] la de transmitir todo cuanto se le ha ordenado y regresar al punto. De ahora en adelante, que a mi ciudad Creonte envíe mensajeros menos charlatanes que tú.

CORIFEO.—¡Ay, ay! ¡El malvado, cuando la providencia lo trata con generosidad, se colma de soberbia, como si siempre fuese a irle bien![46].

HERALDO.—Hablaré sin más demora. De los asuntos que hemos discutido, tú puedes ser de esa opinión, pero yo soy de la contraria. *(Recitando el mensaje de* CREONTE.) «Yo prohíbo, y conmigo todo el pueblo de Cadmo, acoger a Adrasto en esta tierra. Y si ya está en esta tierra, antes de que se ponga la luz del astro divino, [470] deshaz los sagrados misterios de las ínfulas y expúlsalo de aquí. No retires los cadáveres por la fuerza, pues ningún asunto de la ciudad de Argos a ti te concierne. Si me obecedes, libre de marejadas la nave del estado pilotarás[47]. En caso contrario, tendremos nosotros, tú y tus aliados un tempestuoso mar de lanzas.» Reflexiona en todo caso, no sea que, irritado por mis palabras y por entender que tu ciudad es libre, respondas con palabras vigorosas al igual que tus poderosos brazos.

Las expectativas de futuro, que a muchas ciudades enfrentaron [480] empujando los corazones a los mayores excesos, no son dignas de crédito. En efecto, cuando la gue-

---

[46] Nuevamente, la idea de la suerte cambiante y la mudanza de bienes y males.

[47] La metáfora de la nave del estado viene ya de antiguo.

rra se somete a votación popular, nadie en ese momento tiene minuciosamente en cuenta su propia muerte, sino que siempre se piensa que ese infortunio le sucederá a los demás. Pero si la muerte estuviese a la vista en el momento de recoger los votos, entonces la Hélade no estaría dispuesta a perecer presa de rabia guerrera. Sea como fuere, el hecho es que de entre los dos razonamientos, el bueno y el malo, todos los hombres conocemos el mejor, por cuanto mejor que la guerra es la paz para los mortales. Ésta es, antes que nada, muy querida a las Musas, —en cambio, es enemiga de las Furias— se regocija con la buena crianza de los hijos y se congratula por la riqueza. Sin embargo, solemos arrojar lejos todos estos planteamientos, declaramos guerras como seres malvados y a otros más malvados todavía nos sometemos, los hombres a otros hombres y un estado a otro estado.

¿Quieres, entonces, prestar el servicio de recuperar y tributar honores funerarios a unos hombres que son enemigos y que, además, ya están muertos? A éstos su soberbia los perdió. ¿Acaso, pues, no fue justo que, fulminado por un rayo, ardiese hasta quedar reducido a cenizas el cuerpo de Capaneo que, lanzándose con una escala contra las puertas, juraba que iba a asolar la ciudad, tanto si lo querían los dioses como si no? ¿Y que un torbellino se llevase al adivino[48] precipitando su cuadriga al abismo? ¿Y que los demás caudillos yazgan abandonados junto a las puertas, con las articulaciones de sus huesos descoyuntadas por las piedras?

Reconoce con firmeza que o eres más sensato tú que Zeus, o que los dioses con toda justicia acaban con los malvados. Nada hay más cierto que el hecho de que los hombres sensatos deben primeramente querer a sus hijos; después también a sus progenitores y a su patria, a la que deben engrandecer y no destruir[49]. Problemáticos son tan-

---

[48] Anfiarao, que ya se nos presentó en el verso 158 como no partidario de esta guerra. La tierra se lo tragó para no ver el bochorno de la derrota.

[49] El heraldo, en un alarde de superioridad, aconseja a Teseo que no comprometa el futuro de su ciudad, pues da como hecho seguro que, en caso de enfrentamiento armado, Tebas derrotará a Atenas.

to un gobernante como un capitán de navío temerarios. El hombre sensato sabe permanecer sosegado en el momento oportuno. [510] Y en esto precisamente consiste la valentía, en ser prudente.

CORIFEO.—Ya fue suficiente el castigo de Zeus y no había necesidad alguna de que vosotros os regodeaseis con semejante ultraje.

ADRASTO.—¡Oh, malvado redomado!

TESEO.—*(A* ADRASTO.*)* ¡Silencio, Adrasto, contén tu lengua! Y no interrumpas con tus palabras las mías. Este heraldo no ha venido para hablar contigo sino conmigo, así que somos nosotros los que tenemos que responderle.

(Al HERALDO.*)* Y en primer lugar, a aquello primero que dijiste he de contestarte. Yo no tengo noticia de que Creonte sea mi señor, ni de que sea más poderoso, hasta el punto de obligar [520] a Atenas a hacer eso que dice, pues hacia arriba fluirían las corrientes de los ríos si de ese modo nosotros recibiésemos y aceptásemos sus órdenes. ¡Eso es público y notorio! Ésta no es mi guerra, yo no marché en compañía de éstos contra el país de Cadmo.

Estoy reclamando como un acto de justicia, sin causar daño a tu ciudad ni traer luchas homicidas, enterrar los cadáveres de los muertos, para preservar de este modo las leyes de todos los griegos. De todo esto, ¿qué es lo que no está bien? Pues, si habéis padecido algún perjuicio por parte de los argivos, ellos ya están muertos, rechazasteis a los enemigos valientemente, [530] para su vergüenza, y el castigo toca a su fin. Da tu consentimiento de inmediato para que la tierra recubra los cadáveres; que cada elemento, de donde a la luz llegó, allí retorne, el espíritu al éter y el cuerpo a la tierra. Ya que en modo alguno nos pertenece el cuerpo como posesión nuestra, sino que únicamente lo habitamos en vida, y luego hay que devolvérselo a aquella que lo alimentó[50].

¿Crees que dañas únicamente a Argos por no enterrar sus cadáveres? Lo más mínimo. Es éste un asunto que con-

---

[50] Es decir, la tierra.

cierne a toda la Hélade, cuando alguien tiene privados de honores funerarios a unos muertos, pues se les ha arrebatado algo que debían haber recibido conforme a su destino. [540] Esta práctica, si llegase a imponerse, induciría a los valientes a la cobardía. Además, ¡vienes a mí amenazándome con aterradoras palabras y sois vosotros, sin embargo, los que estáis aterrorizados ante la idea de enterrar unos cadáveres! ¿Qué puede llegar a sucederos? ¿No será, acaso, que socaven vuestros terrenos si en ellos son sepultados? ¿O que en los abismos de la tierra engendren hijos, origen de alguna futura venganza? No sirve de nada despilfarrar palabras sobre este asunto: ¡atemorizarse por miedos cobardes y sin fundamento!

No obstante, insensatos, reconoced las miserias de los hombres: [550] nuestra vida es un combate por asaltos. De entre los mortales, unos tienen éxito rápidamente, otros más tarde, y otros ya mismo. La divinidad, en cambio, se entrega a la vida regalada. Pues por parte del infeliz, con vistas a alcanzar la felicidad, se la venera con honores, y el rico, que teme exhalar el último suspiro, la eleva a las alturas. Toda vez, entonces, que tenemos conocimiento de esto, tenemos la obligación, cuando seamos objeto de alguna injusticia que no sea desmedida, de no dejarnos llevar por la ira y no devolver el golpe con semejantes injusticias.

Por consiguiente, ¿cómo tendrían que ser las cosas? Permitidnos que enterremos los cadáveres de los muertos, pues queremos obrar conforme manda la divinidad. [560] Si no, bien claro está lo que sucederá: iré yo y les daré sepultura por la fuerza. Pues nunca, en buena hora, a los helenos se les relatará cómo, cuando acudió a mí y a la ciudad de Pandión[51], fue conculcada la antigua ley de los dioses.

CORIFEO.—¡Valor! Sábete bien que si la luz de la justicia salvas de su extinción, escaparás a muchos reproches de los hombres.

HERALDO.—¿Quieres que te diga resumidamente unas palabras?

[51] Atenas.

TESEO.—Dilas si quieres, pues no eres precisamente un hombre callado.

HERALDO.—Nunca te llevarás contigo de esta tierra a los hijos de los argivos.

TESEO.—Y tú a mí ahora escúchame, si quieres, otra vez.

HERALDO.—[570] Te escucho, pues hay que respetar los turnos.

TESEO.—Voy a arrancar de la tierra del Asopo[52] los cadáveres y luego los voy enterrar.

HERALDO.—Primero tienes que afrontar el peligro armado con escudos.

TESEO.—Como es bien sabido, a muchas y diversas pruebas me he atrevido.

HERALDO.—¿Acaso tu padre te engendró para hacer frente a todos?

TESEO.—Al menos a cuantos se insolentan. A los buenos no los castigamos.

HERALDO.—Estáis acostumbrados a manejar muchos asuntos, tú y tu ciudad.

TESEO.—Desde luego que sí y, por mucho esforzarse, alcanza el éxito en muchas empresas.

HERALDO.—Ven, que a ti los sembrados[53], lanza en ristre, en nuestra ciudad te alcanzarán con gran sorpresa por tu parte.

TESEO.—Pero, ¿cómo Ares[54] iría a tornarse violento a partir de una serpiente?

HERALDO.—[580] Lo sabrás cuando te pase. Ahora todavía eres joven.

TESEO.—De ningún modo vas a provocarme hasta el punto de inundar de cólera mi ánimo por tu jactancia. Ahora, toma las provocadoras palabras que trajiste y aléjate de esta tierra, que no llegamos al final de nada. *(Sale el* HERALDO.*)*

---

[52] El ya mencionado valle y río de Beocia.

[53] Cadmo, fundador de Tebas, dio muerte a un dragón y, siguiendo el consejo de Atenea, sembró los dientes de la bestia. Así lo hizo, y en seguida brotaron del suelo hombres armados, a los que se llamó los *Spartoí*, «los sembrados», hombres prodigiosos de aspecto amenazador. A partir de este hecho, se llama a los tebanos con este nombre. Cfr. los versos 5, 252-3 y 794 de *Heracles*.

[54] Metonimia por 'un guerrero'.

Obligado es que se ponga en camino todo hombre, tanto hoplita como conductor de carro; que los caballos se pongan en movimiento en dirección a la tierra de Cadmo empapando de espuma sus testeras. Voy a avanzar contra las Siete Puertas de Cadmo, blandiendo el afilado hierro con mis propias manos. Yo en persona voy a ser el heraldo. *(Dirigiéndose a* ADRASTO.) Y a ti, Adrasto, te ordeno que aquí permanezcas y que con la mía no mezcles tu suerte. He de dirigir el ejército con mi propio sino. A nueva guerra, nuevo jefe. Una única cosa me es necesaria, a saber, que los dioses tenga de mi lado, a todos los que sienten respeto por la justicia. Estos factores, si juntamente se reúnen, otorgan la victoria; pues a ningún lugar conduce a los mortales el valor, si no es con la aquiescencia divina[55]. *(Sale* TESEO *con su escolta.)*

CORO. *(Dividido en dos semicoros que dialogan.)*

Estrofa 1.ª.

A.—*¡Oh madres atribuladas de atribulados capitanes! ¡Cómo a mí, donde el pecho abajo, un lívido espanto se me revuelve!*

B.—*¿Qué nuevo grito es ése que profieres?*

A.—*¿La expedición de Palas en qué modo se resolverá?*

B.—*¿Te refieres a si será por las armas o como resultado de conversaciones?*

A.—*Más nos aprovecharía eso último, ya que, si la ciudad se llenase de muertos caídos en combate, de luchas y del resonar de golpes de pecho, ¡desgraciada!, ¿qué palabras, qué responsabilidad por todo esto yo tendría?*

Antístrofa 1.ª.

B.—*Mas al que brilla por su buena suerte, el destino abatirlo puede de nuevo. La confianza en esta circunstancia me envuelve.*

A.—*De divinidades justas, y no otras, estás hablando.*

B.—*Pues, ¿quiénes otras reparten el azar?*

A.—*Observo que gran parte de lo divino no está en consonancia con los mortales.*

B.—*Aún te perturba tu miedo de antes. Justicia a justicia llama, y muerte a muerte. De los males alivio los dioses a los mortales reparten, pues de todas las cosas el fin ellos tienen.*

---

[55] Buena prueba de ello es la fallida expedición de Adrasto.

Estrofa 2.ª.

A.—*A los llanos de hermosas torres, ¿cómo llegaríamos, tras abandonar la divina agua de Calícoro?*[56].

B.—*¡Si alada a ti algún dios te hiciese, para que a la ciudad de los dos ríos*[57] *llegases, verías la suerte de tus amigos, sí, la verías!*

A.—*¿Qué destino en buena hora? ¿Qué hado, entonces, aguarda al vigoroso soberano de esta tierra?*

Antístrofa 2.ª.

B.—*Aunque ya los hemos invocado, volvamos a invocar una vez más a los dioses, pues contra el miedo ésta es nuestra primera garantía.*

A.—*¡Oh, Zeus, semental de la antigua madre, de la ternera de Inaco nacida*[58], *sé favorable aliado de esta mi ciudad!*

B.—*Los firmes cimientos de mi ciudad, que son adorno tuyo, llévamelos a la pira, sálvamelos de la soberbia*[59].

(*Entra un* MENSAJERO.)

MENSAJERO.—¡Mujeres, vengo con excelentes noticias que contaros! Yo he regresado sano y salvo (pues fui hecho prisionero en la batalla que disputaron los batallones de los Siete Caudillos muertos[60] junto a las corrientes dirceas)[61] y os anuncio la victoria de Teseo. Pero te voy a ahorrar unas cuantas preguntas. Soy un servidor de aquel Capaneo al que Zeus con su ígneo rayo dejó reducido a cenizas.

CORIFEO.—¡Oh, amigo! ¡Buena noticia es ésa, la de tu regreso, y las palabras sobre Teseo! Y si, además, todo el ejército de Atenas se encuentra a salvo, entonces todas tus noticias serían estupendas.

---

[56] La fuente sagrada de Eleusis, ya mencionada antes.

[57] Tebas.

[58] La ternera en cuestión es Io, amada de Zeus, que fue transformada en dicho animal por obra de Hera. Entonces Zeus se transformó en toro y la fecundó.

[59] Esos firmes cimientos de la ciudad son sus hijos caídos.

[60] Lectura de los manuscritos.

[61] El Dirce es un arroyo de Tebas.

MENSAJERO.—Sí, a salvo, y además ha llevado a término lo que habría sido necesario que hubiese hecho Adrasto acompañado de los argivos, a los que hizo venir desde el Inaco[62] para comandarlos contra la ciudad de los cadmeos.

CORIFEO.—¿Y cómo a Zeus trofeos levantó el vástago de Egeo[63] y los que con él blandían las lanzas? Cuéntanoslo. Como tú estabas presente, a los que no lo estábamos danos esa alegría.

MENSAJERO.—[650] Los resplandecientes destellos del sol —claro marcador— herían la tierra. Alrededor de la puerta Electra me quedé firme en pie y tomé como observatorio una torre despejada, desde la que todo se veía. Veo entonces tres grupos de otras tres respectivas secciones del ejército: a las huestes hoplitas[64] que se extendían hacia arriba en dirección a la loma ismenia (que era su nombre), al soberano en persona, el ínclito hijo de Egeo, y con él, en perfecta formación en el flanco derecho, a los habitantes de la antigua Cecropia[65], y a Páralo, dispuesto con su lanza [660] junto a la fuente misma de Ares. En segundo lugar, la tropa de caballería, formada en los extremos del campamento en igual cantidad. Por último, el baluarte de carros de combate al pie, abajo, del venerable monumento de Anfionte. Las huestes de Cadmo estaban situadas delante de las murallas, detrás de los cadáveres por los que se había entablado el combate.

Luchaban unos caballeros contra otros caballeros, y al encuentro de las cuadrigas los carros iban. En ese momento, un heraldo de Teseo dirigió a todos estas palabras: «¡Silencio, hombres, silencio, soldados cadmeos, [670] escuchad! Nosotros hemos venido en busca de los cadáveres. El motivo es que queremos darles sepultura, preservando así la ley de todos los helenos, y no es nuestro deseo prolongar esta desgracia homicida.» Pero a estas palabras nada or-

---

62 Río de Argos.

63 Egeo, como ya se ha dicho, es el esposo de Etra y padre de Teseo.

64 Los soldados de infantería. Luego se enumeran la caballería y los carros.

65 Atenas. Cécrope es uno de los míticos reyes de Atenas, el primero, según la tradición legendaria más corriente.

denó Creonte que sus heraldos contestasen, e igualmente silencio reinó entre las armas. Entonces los conductores de las cuadrigas continuaron con la batalla allí donde la habían dejado. Tan pronto como arrearon los carros los unos frente a los otros, dispusieron a los guerreros que les acompañaban en orden de combate. Éstos luchaban con todas sus fuerzas a espada mientras los conductores les acercaban de nuevo los caballos para seguir luchando. [680] Y, en cuanto vio la multitud de carros de combate Forbante, que marchaba en su caballo, soberano que era de los erecteidas, él y los que por su parte mandaban la caballería de Cadmo trabaron combate. Y ora eran más fuertes, ora lo eran menos. Yo estaba viendo todo esto (no lo oía, pues estaba precisamente allí mismo donde los carros y los jinetes combatían), todas las numerosísimas calamidades de allí mismo, y no sé por dónde empezar primero, si por el polvo que se elevaba hacia el cielo —que lo había en gran cantidad— o por los cuerpos arrastrados de un lado para otro [690] por las riendas, o por los ríos de roja sangre de los que caían o de los que desde los asientos de su carro hecho pedazos, de cabeza a tierra se precipitaban dando volteretas violentamente, abandonando la vida junto a las astillas de sus carros destrozados[66].

Como quiera que Creonte tuviese alguna sospecha de que la porción del ejército allí situado acabaría venciendo con la caballería, embrazando su escudo de mimbre, avanza antes de que el desánimo pudiese llegar a apoderarse de sus guerreros. Mas por lo que a Teseo respecta, impasible el ademán, al punto se puso en acción tomando con decisión sus brillantes armas. Chocaban todos unos con otros en pleno centro de la batalla, [700] mataban, morían, se pasaban las órdenes de unos a otro con innúmeros gritos: «¡Golpea, aguanta firme la lanza contra los erecteidas!»[67]. El batallón nacido de los dientes de la serpiente era un ad-

---

[66] No se ahorran los detalles escabrosos de la batalla. Todo el tono de la escena tiene un claro sabor épico.

[67] Los descendientes de Erecteo, otro de los míticos reyes de Atenas. De ahí, con el nombre de los erecteidas se refiere a los atenienses.

versario terrible y doblegó nuestro flanco izquierdo. Pero un flanco suyo, más débil que nuestro derecho, se puso en fuga. El combate se mantenía igualado. Mas por esto que sigue habría que celebrar a nuestro caudillo, porque como este mencionado éxito no le parecía suficiente ganancia, se dirigió al flanco donde nuestro ejército estaba siendo castigado, [710] y allí rompió a gritar en modo tal que la tierra con su eco respondía a sus palabras: «¡Oh, hijos míos! ¡Si no contenéis las obstinadas lanzas de estos hombres sembrados[68], adiós a la ciudad de Palas!»[69]. Y espabiló el ánimo de todo el ejército cranaida[70]. Él mismo blandía su arma de Epidauro, su terrible maza[71], la hacía girar como una honda y tanto cuellos como cabezas coronadas de yelmos segaba y tronchaba con el tajo. En medio de grandes dificultades pusieron, por así decirlo, pies en polvorosa. Yo, entonces, empecé a dar gritos, a saltar, a bailar, [720] a aplaudir. Ellos se dirigieron hacia las puertas. Por toda la ciudad se elevó un griterio quejumbroso de jóvenes y ancianos que llenaron hasta rebosar los templos a causa del miedo.

A pesar de que tenían la posibilidad de rebasar los muros, Teseo se abstuvo de ello. Insistía en que no había ido a devastar la ciudad, sino a reclamar los cadáveres. Es a generales de esta talla, no cabe duda, a quienes hay que elegir: a aquellos que en medio del peligro son valientes y desprecian a los soldados ambiciosos que, cuando tienen un éxito, por pretender alcanzar todavía los más altos peldaños

---

[68] Cfr. *supra*.

[69] Palas Atenea es la diosa epónima de la ciudad de Atenas.

[70] Los descendientes de Cránao, es decir, los atenienses. Cránao fue uno de los primeros y míticos reyes de Atenas. Un poco más arriba hemos visto que se les llamaba también erecteidas, descendientes de Erecteo, y que se llamaba a Atenas la tierra cecropia. Cécrope, Cránao y Erecteo, en calidad de reyes atenienses, sirven para referirse a la ciudad de Atenas y sus habitantes, los atenienses, al igual que la referencia a la ciudad de Palas, en directa alusión a la diosa Palas Atenea.

[71] Había en Epidauro un salteador de caminos, de nombre Perifetes, a quien Teseo dio muerte. Como tenía débiles las piernas, se sostenía con la ayuda de una muleta o de una maza de bronce, con la que asimismo derribaba a los viajeros. Cuando Teseo se lo encontró en uno de sus viajes de regreso al Ática, lo mató y se quedó con su maza.

de la pendiente, [730] pierden la dicha de la que podían haber seguido disfrutando!

CORIFEO.—Ahora que veo este día no esperado, en los dioses creo y me parece que más pequeños son mis infortunios, toda vez que éstos han pagado su pena.

ADRASTO.—¡Oh Zeus! ¿Por qué, entonces, dicen que los desdichados mortales tenemos entendimiento? Pues de ti dependemos y actuamos conforme a lo que tú precisamente deseas. A nuestro juicio, Argos estaba en la cresta de la ola, éramos muchos y jóvenes nuestros brazos. Cuando Eteocles nos ofreció un convenio [740] ajustado a deseos razonables, nosotros no quisimos aceptarlo y, consiguientemente, caminamos hacia nuestra perdición. El que en otro tiempo gozaba de fortuna, como el pobre que pasa a ser nuevo rico, se colmó de soberbia y, por colmarse de soberbia, por ello ha vuelto a perecer, el pueblo insensato de Cadmo. ¡Oh, vanos mortales, que tensáis el arco con más fuerza de la oportuna y que por ello de parte de la justicia padecéis males en gran número! No os dejáis convencer por los amigos, sino por los hechos[72]. Y vosotras, las ciudades, que podríais a través de las palabras doblegar los males, resolvéis vuestros asuntos con muertes, no con palabras. [750] Pero, ¿a qué viene todo esto? Lo que quiero saber es cómo te salvaste. Después te preguntaré por el resto.

MENSAJERO.—Una vez que el alboroto de las lanzas estremeció a la ciudad, yo atravesé las puertas por las que precisamente estaba entrando el ejército.

ADRASTO.—¿Traéis los muertos por los que se entabló el combate?

MENSAJERO.—Sí, al menos los de quienes estaban al frente de los famosos Siete Batallones.

ADRASTO.—¿Cómo dices? ¿Dónde, pues, están los demás soldados muertos?

MENSAJERO.—Están enterrados al pie del Citerón.

ADRASTO.—¿Por la parte de allí o por la de aquí?[73]. ¿Y quién los enterró?

---

[72] Se entiende que por los hechos ya consumados.

[73] Por la de Atenas o por la de Beocia. El Citerón es un monte de Beocia.

MENSAJERO.—Teseo, allí, donde la umbrosa roca Eleutéride.

ADRASTO.—[760] Y los cadáveres que no enterró, ¿dónde los ha dejado según venía?[74].

MENSAJERO.—Cerca. Pues todo lo que precisa atenciones se encuentra próximo.

ADRASTO.—¿Acaso los sirvientes se los llevaron del campo de batalla con cierta pena?

MENSAJERO.—Ningún esclavo de los que había cargó con este trabajo.

ADRASTO.—[...][75].

MENSAJERO.—Así lo afirmarías, de haber presenciado el cariño con que trataba los cadáveres.

ADRASTO.—¿Limpiaba él en persona las heridas de esos desdichados?

MENSAJERO.—Sí. Les preparó un lecho funerario y envolvió sus cuerpos.

ADRASTO.—¡Onerosa carga! ¡Qué indigna!

MENSAJERO.—¿Qué tienen de vergonzoso para los hombres sus mutuos males?

ADRASTO.—¡Ay de mí! ¡Cómo habría preferido morir en su compañía!

MENSAJERO.—[770] *(Las mujeres, que están a su alrededor, al oír a* ADRASTO *se estremecen y empiezan a llorar.)* Con ese vano lamento tuyo estás haciéndoles brotar el llanto a estas mujeres.

ADRASTO.—Así lo creo, mas ellas de por sí son ya maestras en ese menester[76]. En fin, me voy a marchar para levantar mis brazos, acudir al encuentro de los cadáveres, y verter, a modo de torrente de lágrimas, mis cantos a Hades. Como son amigos a quienes despido, amigos de los que me veo privado, desgraciado de mí, lloro solitarios llantos. Los mortales tienen una única posesión que no es posible recuperar una vez gastada, a saber, la vida humana. Por el contrario, para las riquezas hay remedio.

---

[74] Lectura de los manuscritos.

[75] Falta este verso en los manuscritos. Los intentos de reconstrucción sugieren algo así: «¿Fue Teseo quien se encargó de ello?»

[76] Es decir, las mujeres son de llanto fácil.

(*Sale el* MENSAJERO.)

CORO.
Estrofa 1.ª.

¡Éxitos aquí, fracasos allá! Para la ciudad, buena reputación. [780] Y para los caudillos del ejército, honra duplicada. Para mí, en cambio, de mis hijos sus miembros contemplar, ¡qué amargo! Mas, ¡qué hermoso espectáculo! Veo por fin el día no esperado, veo de entre todos el mayor de los dolores.

Antístrofa 1.ª.

¡Sin boda por siempre Crono, el anciano padre de los días, debiera haberme dejado! Pues, ¿qué necesidad tenía yo de hijos? [790] ¿Por qué creía que padecería padecimientos desbordantes, si no me ataba al yugo conyugal? ¡Ahora veo más claramente que nunca el dolor de verme privada de mis hijos, lo que más amaba!

(*Entra el cortejo fúnebre, formado por guerreros de Atenas, portando los cadáveres. Detrás,* TESEO *y sus acompañantes.*)

CORIFEO.—*Mas ahí, ahí veo los cuerpos de mis hijos muertos. ¡Pobre de mí! ¿Cómo podría yo perecer para acompañar a estos hijos míos, y descender junto a ellos al Hades, nuestro común destino?*[77].

Estrofa 2.ª.

ADRASTO.—*¡Dejad oír vuestros suspiros, madres, por los cadáveres que han de yacer bajo tierra! [800] ¡Dejadlos oír, como antífona de estos lamentos míos que estáis escuchando!*[78].

CORO.—*¡Oh hijos! ¡Oh amarga llamada la de vuestras queridas madres! ¡A ti me dirijo, a ti que estás muerto!*

ADRASTO.—*¡Ay de mí!*

CORO.—*¡Qué desgracias estas las mías!*

ADRASTO.—*¡Ay, ay!*

CORO.—[...][79].

ADRASTO.—*¡Oh! Padecemos...*

---

[77] Estas palabras de la mujer conteo parecen presagiar una de las escenas que va a acontecer más adelante, y que preferimos no anticipar. El lector la reconocerá fácilmente.

[78] Es decir, suspiros en respuesta a los suyos.

[79] Pequeña laguna de siete sílabas en el texto.

Coro.—... *de entre los males los dolores más perros!*

Adrasto.—*¡Oh, ciudad de Argos! El destino que me ha caído, ¿no lo estáis viendo?*

Coro.—*Lo están viendo, y también a mí, desgraciada, que me he quedado sin mis hijitos.*

Antístrofa 2.ª.

Adrasto.—*Traed, traed los cuerpos que gota a gota se desangran de esos desdichados sobre los que cayó un mal destino, degollados sin merecerlo por gente, entre las que tuvo lugar el combate, indigna de semejante acto.*

Coro.—*Dádmelo, para que, abrazándolo y acomodándolo entre mis manos, ponga a mi hijo entre mis brazos.*

Adrasto.—*¡Lo tienes, lo tienes!*

Coro.—*¡La carga de mis penas, qué enorme!*

Adrasto.—*¡Ay, ay!*

Coro.—*Y por las madres, ¿no lo dices?*

Adrasto.—*¡Ahí*[80] *me lo estáis oyendo!*

Coro.—*Te lamentas por nuestro mutuo sufrimiento.*

Adrasto.—*¡Ojalá a mí en el combate las filas cadmeas me hubiesen abatido sobre el polvo!*

Coro.—*¡Ojalá nunca mi cuerpo se hubiese uncido al lecho de varón!*

Epodo.

Adrasto.—*¡Contemplad qué mar de desgracias, oh madres desdichadas por vuestros hijos!*

Coro.—*Con las uñas nos hemos desgarrado las carnes*[81]*, sobre nuestra cabeza en derredor hemos espolvoreado ceniza.*

Adrasto.—*¡Ay de mí! ¡Ay de mí! ¡Ojalá la tierra me tragase, y en mil pedazos un huracán me partiera, y el relámpago del fuego de Zeus sobre mi cabeza cayese!*

Coro.—*¡Amargas ves mis bodas, amargo de Febo el oráculo! A nuestro encuentro, tras abandonar las mansiones de Edipo la Erinia*[82] *vino dolorosa.*

---

[80] Hemos intentado reproducir el juego de palabras del original con el grito 'ay'.

[81] Cfr. para las mismas manifestaciones de dolor, *Las Suplicantes*, vv. 75-6, *Electra*, vv. 140-50 y *Las Troyanas*, vv. 279-80.

[82] Personificación, en este caso, de la maldición paterna. En general, las Erinias son unas divinidades violentas y vengadoras, especialmente de los crímenes familiares, como protectoras del orden social. Aparecerán de nuevo en las

TESEO.—*(Dirigiéndose al* CORO.) Iba a hacerte algunas preguntas mientras apurabas por el ejército tu llanto, pero no lo haré. Ahí os dejo [840] y guardo mis palabras. Ahora, en cambio, voy a interrogar a Adrasto. *(Dirigiéndose a* ADRASTO.) ¿Cuál es el origen, en buena hora, de que estos hombres destacasen tanto, en virtud de la fortaleza de su ánimo, entre los mortales? Cuéntaselo, en calidad de hombre más sabio que estos ciudadanos, a estos jóvenes, pues tú lo sabes mejor. Yo conocía la audacia de sus actos —superiores a lo que podría contarse con meras palabras— con los que abrigaban la esperanza de conquistar la ciudad. Una única cosa no te preguntaré, a fin de que no seas objeto de mofas: con quién luchó cada uno de ellos en la batalla, y de qué enemigo recibió la herida de la lanza. Estas palabras son de poco fundamento tanto por parte de quienes las oyen [850] como de quien las relata, quienquiera que sea y que, habiéndose encontrado allí en la batalla, con un constante ir y venir de lanzas ante sus ojos, pretenda relatar quién fue verdaderamente valiente. Yo no sería capaz ni de preguntar esos detalles ni de creer a quienes se atreviesen a contarlos, toda vez que apenas alguien podría ver lo más mínimo, si efectivamente a pie firme se mantiene haciendo frente a los enemigos.

ADRASTO.—Ahora escucha tú. Como me das la oportunidad —y yo con gusto la acepto— de hablar en honor de estos hombres, quiero sobre mis amigos relatar la verdad en modo justo.

[860] ¿Ves a quién ha atravesado de parte a parte el rayo con todo su energía? Se trata de Capaneo. Poseía en vida enormes recursos, pero en modo alguno presumía de su riqueza, y su orgullo no era mayor que el de un hombre pobre. Huía de todos aquellos que en la mesa se hinchaban desmesuradamente y despreciaban lo que debía bastarles. Afirmaba que la virtud consiste no en engordar el vientre,

tragedias *Electra* e *Ifigenia entre los Tauros,* en cruel persecución acosando a Orestes, quien asesinó a su madre Clitemestra, que a su vez había dado muerte a su marido Agamenón. De esta manera, Orestes quería vengar la muerte de su padre descargando la venganza sobre su madre.

sino en tener suficiente con una mesa moderada. Era amigo verdadero de sus amigos, tanto si estaban presentes como si no lo estaban; su número no era grande. Su carácter no era falso. Su boca, afable: nunca habló con palabras salidas de tono ni a sus esclavos ni a sus ciudadanos. Y del segundo hablo ahora, de Eteoclo, que moldeaba otra clase de bondad. De joven carecía de recursos, mas gozaba de la mayor estima en tierra de Argos. Sus amigos muchas veces le obsequiaron con dinero, pero no permitió que entrase en su casa, de suerte que esclavizasen sus costumbres, si éstas se sometían al yugo del dinero. A los que cometían faltas los odiaba, pero no a su ciudad, puesto que, a su parecer, en nada era responsable la ciudad si tenía mala reputación, a causa de un mal timonel. Por su parte, el tercero de éstos, Hipomedonte, era de esta naturaleza que ahora te voy a contar. Cuando era sólo un niño, tuvo el valor de no volcarse con todo su empeño hacia los placeres de las musas, a la vida muelle, sino que, viviendo en el campo y endureciendo su naturaleza, disfrutaba con la virilidad. Y cuando iba de caza, disfrutaba de los caballos y tensaba el arco con sus dos manos, porque quería ofrecer a la ciudad un cuerpo sano y robusto. Y ese otro, el hijo de la cazadora Atalante, el joven Partenopeo, de aspecto el más guapo y sobresaliente, era arcadio, pero, como vino a las corrientes del Inaco[83], fue educado en Argos. Mientras se estuvo criando allí, según deben los extranjeros metecos, no fue molesto ni motivo de envidia para la ciudad, ni un testarudo agitador de disputas (por lo que incómodo en sumo grado sería tanto un ciudadano como un extranjero). Durante su incorporación a filas, defendía el territorio como si hubiese nacido en Argos y, cuando a la ciudad le iba bien, se alegraba, mas, si algo marchaba mal, lo soportaba con pena. Aunque podía disponer de muchos amantes y de cuantas mujeres desease, procuraba no cometer ninguna falta. De Tideo haré un elogio en breves palabras, mas no por ello menos importante: por sus palabras no era un

[83] Río de Argos.

personaje brillante, pero con el escudo era un maestro formidable a la hora de trazar numerosos planes inteligentes. Inferior a su hermano Meleagro en sabiduría, se procuró un nombre igual gracias al arte de la guerra, al idear una ciencia perfecta con el escudo. De carácter muy ambicioso, su orgullo estaba a la par que sus hechos, no de sus palabras.

A partir de todo esto que te he contado, no te preguntes ya con admiración, Teseo, cómo estos hombres tuvieron el valor de morir delante de las torres. La educación sin cobardía conlleva pundonor; y todo hombre, si ha practicado el bien, se avergüenza de ser cobarde. La hombría de bien puede aprenderse si a un niño, desde pequeñito, se le enseña a decir y escuchar aquello que no sabe. Y si adquieren estos conocimientos, querrán conservarlos hasta la vejez. Por consiguiente, a vuestros hijos educadlos bien.

CORO.—*¡Oh hijo! ¡Infeliz te llevé dentro de mí, en mi vientre! ¡Infeliz yo te crié, con el trabajo y dolor que me costó parirte! ¡Ahora es Hades quien tiene el fruto de mi fatiga! ¡Qué lucha la mía! ¡Ya no tengo de mi vejez el báculo aunque di a luz a un hijo! ¡Qué desgraciada!*

TESEO.—Y eso no es todo. Al noble hijo de Ecles[84], aunque los dioses lo arrastraron vivo a las profundidades de la tierra junto con su cuadriga, lo elogian abiertamente. Y del hijo de Edipo —a Polinices me refiero—, si hablásemos a su favor, no diríamos mentira alguna, pues era mi huésped antes de que dejase Cadmo y se dirigiese a Argos en exilio voluntario. Pero, lo que quiero que hagas con éstos, ¿lo sabes?

ADRASTO.—No sé nada, menos una cosa: obedecer tus palabras.

TESEO.—A Capaneo que fue fulminado por el rayo de Zeus...

ADRASTO.—¿Acaso vas a enterrarlo aparte como a cadáver sagrado?[85].

TESEO.—Sí, y a todos los demás en una sola pira.

---

[84] El adivino y guerrero Anfiarao.

[85] En efecto, por haber muerto de este modo, fulminado por el rayo de Zeus, debe recibir un enterramiento distinto al del resto.

ADRASTO.—¿Dónde, entonces, vas a poner su monumento, si lo vas a colocar aparte?

TESEO.—Aquí mismo. Construiré su tumba junto a estos templos.

ADRASTO.—De este trabajo se podrían ocupar ya mismo los esclavos.

TESEO.—[940] Sí, y nosotros de estos otros. ¡Que marche alguien a por la triste carga de los cadáveres!

ADRASTO.—*(Dirigiéndose al* CORO.*)* Id, madres desgraciadas, a por vuestros hijos.

TESEO.—En modo alguno, Adrasto, es conveniente eso que dices.

ADRASTO.—¿Cómo? ¿No es conveniente que quienes los han engendrado toquen a sus hijos?

TESEO.—¡Morirían si viesen cómo han quedado de desfigurados!

ADRASTO.—¡Amarga visión, sí señor, la de la sangre y las cicatrices de los cadáveres!

TESEO.—Entonces, ¿por qué vas a aumentar su pena?

ADRASTO.—Tú ganas. *(Dirigiéndose al* CORO.*)* Preciso es que permanezcáis aquí pacientemente, pues Teseo tiene razón. Cuando los hayamos pasado por la pira, entonces os llevaréis sus huesos.

¡Oh desgraciados mortales! [950] ¿Por qué tenéis armas y os matáis unos a otros? Desistid, pues, si dejáis las fatigas de la guerra, las ciudades conservaréis tranquilas entre tranquilos ciudadanos. ¡La cosa esta de la vida, qué pequeña es![86]. Y hay que pasar por ella lo más cómodamente posible, no entre fatigas[87].

(TESEO, ADRASTO *y el cortejo fúnebre desaparecen.)*

CORO.

Estrofa.

¡Ya no tengo la gozosa alegría de mis nobles hijos, de mis buenos mozos! ¡Ya no tomo parte en la felicidad de las fértiles muchachas

---

[86] Locución coloquial en el original griego.

[87] Cfr. *Heracles*, 503-5: «En fin, ancianos, la vida es breve. Pasad por ella lo más dulcemente posible, sin apenaros de la mañana a la noche.»

de Argos! ¡Tampoco Ártemis, diosa de los partos, dirigirá la palabra a unas mujeres que ya no tienen hijos! [960] ¡Qué vida más desdichada! ¡Como nube errante me van arrastrando ráfagas de viento tempestuoso!

Antistrofa.

¡Siete madres a siete hijos engendramos, nosotras desgraciadas, ellos los más renombrados en Argos! Mas ahora, sin hijos, sin mozos, vieja me voy haciendo en el mayor de los infortunios. Ni entre los muertos ni entre los vivos me cuento, [970] que un destino separado de unos y otros tengo.

Epodo.

Lágrimas sólo me quedan. Yacen inertes en mi hogar los recuerdos de mi hijo: tonsuras de luto, coronas para sus cabellos, libaciones por los cadáveres muertos, cantos que Apolo de rubios cabellos no aprueba. Me levantaré al alba tras haber pasado la noche en vela entre lamentos. Con lágrimas humedeceré eternamente los pliegues de mi ropa contra el pecho, hasta dejarlos empapados.

(Unos esclavos levantan la pira de Capeno, fulminado por un rayo. Aparece EVADNA *sobre una roca que domina dicha pira.)*

CORIFEO.—[980] Por cierto, que ya estoy viendo ahí la fúnebre morada de Capaneo, y su sagrado túmulo; y fuera del recinto, las ofrendas de Teseo en honor de los muertos. También estoy viendo ahí cerca a la renombrada esposa de aquel que fue fulminado por el rayo, a Evadna, la hija que el soberano Ifito engendró. ¿Por qué, en buena hora, se ha quedado firme en pie sobre esa elevada roca que domina las alturas del templo? ¿Por qué ha emprendido este camino?

EVADNA.—[990] *(Vestida con sus mejores galas.) ¡Con qué brillo y qué resplandor conducían en otro tiempo su carro a lo largo y ancho del éter el sol y la luna, cuando las doncellas llevaban, como quien velozmente cabalga, las teas*[88] *a través de la nocturna oscuridad, cuando la ciudad de Argos cantos por la felicidad de mis bodas y por mi esposo Capaneo, el de broncínea armadura, com-*

[88] Las antorchas que en las bodas portaban las doncellas.

ponía tan altivos como torres![89]. *[1000] Me he acercado, saliendo de mi casa a la carrera, presa de furor báquico, hasta la luz de esta pira, hasta este túmulo, porque lo mismo deseo para mí: desasirme enteramente, camino del Hades, de esta dura vida y de la fatiga de los años que pasan. ¡Que —dejadme que os diga— la muerte más dulce es la de morirse junto con los muertos que uno ama, cuando la divinidad así lo ha decretado!*[90].

CORIFEO.—Estás contemplando, desde luego, cerca de donde te has puesto, [1010] la pira, tesoro de Zeus, donde se encuentra tu esposo, derribado por los resplandores que fulminan.

EVADNA.—*Aquí donde estoy veo, más bien, mi final. La fortuna guía mis pasos*[91]. *Y ahora, por mi buena reputación voy a arrojarme de aquí, desde esta roca, y voy a saltar al interior de la pira. Voy a unir mi cuerpo entre las chispeantes llamas [1020] con el de mi amado esposo, voy a poner mi carne junto a su carne, voy a dirigirme a las moradas de Perséfone*[92]*: a ti, ni aun muerto ni bajo tierra, jamás te traicionaría en mi vida. ¡Adiós luz, adiós bodas! ¡Ojalá bodas de justos himeneos en Argos resplandezcan para mis hijos! ¡Ahora, que esposo y esposa reposen juntos consumidos en lecho común y que su alma se diluya por los aires! [1030]*[93].

CORIFEO.—Por cierto, he aquí a tu mismísimo padre que se acerca, el anciano Ifito, y viene al encuentro de tus muy recientes palabras, que no conocía antes. En cuanto las oiga, se afligirá.

---

[89] Presentes están en el pasaje en que nos encontramos elementos rituales del matrimonio, las procesiones de doncellas con antorchas y los cantos festivos. De todos los ritos matrimoniales que conocemos, ninguno parece destinado a consagrar de manera evidente la unión íntima de los cónyuges; al contrario, todo está, más bien, orientado a la prosperidad del hogar, el elemento que aquí se pone de relieve.

[90] La mujer corifeo ha expresado con anterioridad un deseo semejante. Cfr. versos 795-7: «¿Cómo podría yo perecer para acompañar a estos hijos míos, y descender con ellos al Hades, nuestro común destino?»

[91] Lecturas de los manuscritos.

[92] Perséfone es diosa de los Infiernos y compañera de Hades. Figura, junto con Deméter, en los misterios de Eleusis.

[93] Los versos 1026-29 presentan graves problemas de transmisión y de interpretación. Hemos intenado reproducir, aproximadamente y con cierta libertad, el sentido que parece desprenderse de ellos.

(Aparece IFITO, *que al principio no ve a su hija.)*

IFITO.—¡Muy desgraciadas vosotras, y muy desgraciado este pobre anciano que soy yo! He venido aquí porque doble es el dolor que tengo a causa de los de mi sangre: de una parte, el de transportar por mar hasta su patria el cadáver de Eteocles, mi hijo muerto por arma tebana; y de otra parte, el de buscar a mi hija que repentinamente se ha marchado perdiendo de vista la casa, la esposa de Capaneo, [1040] que quería morir junto con su esposo. La pura verdad es que antes, durante un tiempo, la tenía sometida a vigilancia en casa, pero, en cuanto bajé la guardia en medio de estos males que se nos han venido encima, ha desaparecido. Pero creo que es posible que se encuentre aquí. Decidme si la habéis visto.

EVADNA.—¿Por qué se lo preguntas a ellas? Aquí estoy, padre, encima de esta roca, sobre la pira de Capaneo como un pájaro que tristemente planea.

IFITO.—¡Hija! ¿Qué viento te ha dado? ¿Qué significa este viaje? ¿Por qué motivo has salido de casa a escondidas y has venido a este lugar?

EVADNA.—[1050] Montarías en cólera si mi resolución escuchases. Padre, prefiero que no la oigas.

IFITO.—Pero, ¿por qué? ¿No es normal que tu padre lo sepa?

EVADNA.—No serías el mejor juez de mi decisión.

IFITO.—Ese traje, ¿por qué engalanas tu cuerpo con él?

EVADNA.—Este vestido de gala tiene como propósito algo renombrado, padre.

IFITO.—¡Pues no se te ve propiamente de luto!

EVADNA.—Es que estoy ataviada para una acción insólita.

IFITO.—¿Y por eso apareces junto a un túmulo y una pira?

EVADNA.—Aquí precisamente voy a alcanzar mi victoria más hermosa.

IFITO.—[1060] ¿A quién vas a vencer? ¡Quiero saberlo de ti!

EVADNA.—A todas las mujeres que el sol ha contemplado.

IFITO.—¿En las labores de Atenea[94] o en prudencia de tu mente?

[94] Las labores de Atenea son las propias del hogar.

EVADNA.—En valor, pues voy a yacer muerta en compañía de mi esposo.

IFITO.—¿Qué estás diciendo? ¿Qué enigma es ése que no acabas de contarme claramente?

EVADNA.—Voy a arrojarme a la pira del difunto Capaneo.

IFITO.—¡Hija! ¡No digas eso ante tanta gente!

EVADNA.—Pero es que eso es precisamente lo que quiero, que lo sepan todos los argivos.

IFITO.—¡Pero yo no puedo permitir que lo hagas!

EVADNA.—Da igual, pues ya no puedes alcanzarme y cogerme con tus brazos. [1070] ¡Ya, ya mi cuerpo está cayendo! No es agradable para ti, mas sí para mí y mi esposo que conmigo se quema.

(Se lanza a la pira.)

CORO.—*¡Oh! ¡Mujer, terrible acto has ejecutado!*

IFITO.—¡Estoy perdido, mísero de mí, mujeres argivas!

CORO.—*¡Ah, ah! Después de sufrir estas penalidades, ¿vas todavía, desgraciado, a contemplar este acto de audacia extraordinaria?*

IFITO.—¡A ningún otro más castigado que yo encontraríais!

CORO.—*¡Oh, desdichado! Recibiste de la fortuna de Edipo, anciano, tu parte. Tú y también mi pobre ciudad.*

IFITO.—[1080] ¡Ay de mí! ¿Por qué a los mortales no les es posible ser dos veces jóvenes y viejos? Pues en casa, cuando algo no está bien, con una segunda decisión lo enderezamos, pero la vida no tenemos posibilidad de enderezarla. Sin embargo, si fuésemos jóvenes y viejos dos veces, en caso de que alguien llegase a cometer un error, por tener dos vidas al punto podríamos enderezarlo. Yo, por ejemplo, cuando veía a otros que tenían hijos, me volví un apasionado de los hijos y me consumía de ganas por tenerlos. Mas, si hubiese llegado a este estado, y hubiese experimentado con mis hijos [1090] qué cosa es que un padre llegue a perder a esos hijos, entonces nunca habría llegado yo a esta situación, al mal de ahora: yo, que fui padre y engendré un joven excelente para después verme ahora privado de él.

En fin, ¿qué debe hacer este desgraciado que soy yo? ¿Ir a casa y luego ver la completa soledad de mi morada y la sinrazón de mi vida? *(Señalando a Capaneo.)* ¿O me dirijo a la morada de Capaneo? Muy querida era antes, cuando mi hija vivía. Pero ella ya no está, que a mi mejilla acercaba su boca y que con cariño solía asir esta cabeza mía con sus manos. Nada hay más dulce para un padre que su hija, cuando es ya un anciano. El hombre varón tiene un espíritu más noble, pero menos dulce en mimos.

¿No vais, entonces, a llevarme con la mayor rapidez a casa y me entregaréis a la oscuridad? Allí, consumido por el ayuno, haré perecer este anciano cuerpo mío. ¿De qué me va a servir tocar los huesos de mi hija? ¡Oh vejez difícil de combatir! ¡Cómo te aborrezco porque te tengo! ¡Cómo aborrezco también a todos los que desean prolongar su vida con alimentos, bebedizos y encantamientos mágicos, procurando desviar el curso de la vida para no morir! Debían éstos, en cuanto de nada sirviesen a su patria, desaparecer con su muerte y dejar espacio libre a los jóvenes.

(Sale ÍFITO. *Reaparecen* TESEO, ADRASTO *y los* HIJOS, *que llevan unas urnas cinerarias.)*

CORO.—*¡Oh! ¡Aquí ya los traen por fin, los huesos de mis hijos muertos! Coged, sirvientas, a esta débil anciana*[95] *—que no tengo fuerzas por el duelo de nuestros hijos— que mucho tiempo ha vivido y que gota a gota se desvanece por el mucho sufrir. Pues, ¿qué sufrimiento mayor todavía que éste para los mortales podrías encontrar, mayor que a tus hijos verlos muertos?*

Estrofa 1.ª.

HIJOS.—*¡Conmigo traigo, traigo, desdichada madre mía, de la pira los miembros de mi padre! ¡Lastre que el pesar hace más grave! ¡En tan poco espacio todo lo mío deposito!*

CORO.—*¡Oh, oh! ¡Hijo, lágrimas traes a esta querida madre por los*

95 Otros traducen «cogedlos (*sc.* los restos de los hijos)».

que murieron! ¡Un pequeño puñado de cenizas a cambio de aquellos cuerpos, en el pasado tan celebrados en Micenas![96].

Antístrofa 1.ª.

HIJOS.—*¡Privada de hijos, privada tú! ¡Y yo abandonado por mi desdichado padre, pobre de mí! ¡Soy un huérfano en una casa abandonada! ¡Ya no me refugiaré más entre los brazos del padre que me engendró!*

CORO.—*¡Oh, oh! ¿Dónde están las fatigas por mis hijos, dónde la alegría del parto, los cuidados de una madre, el trabajo de unos ojos en vela sin sueño, los besos cariñosos en el rostro?*[97].

Estrofa 2.ª.

HIJOS.—*¡Ya no están aquí, ya no existen! ¡Ay de mí, padre! ¡Ya no están aquí!*

CORO.—*El éter ya los tiene, fundidos en la pira, entre cenizas. Alcanzaron alados el Hades.*

HIJOS.—*¡Oh, padre! ¿Oyes los llantos de tus hijos? ¿Podré acaso algún día embrazando ya el escudo devolver...?*

CORO.—*¿Su muerte? ¡Ojalá eso llegue a suceder, hijo!*

Antístrofa 2.ª.

HIJOS.—*¡Ojalá llegase ya mismo —así lo quiera dios— la justicia para mi padre!*

CORO.—*¿Aún no se apacigua este dolor? ¡Ay, ay! ¡Qué fortuna! ¡Qué profusión de llantos y de dolores tengo!*

HIJOS.—*¡Algún día las aguas del Asopo a mí me recibirán con broncíneas armas como caudillo de los danaidas...!*

CORO.—*¡De tu padre muerto vengador!*

Estrofa 3.ª.

HIJOS.—*Todavía, padre, me parece que te estoy viendo con mis ojos...*

CORO.—*Dándote un beso en tu querida mejilla.*

HIJOS.—*Pero el aliento de tus palabras se lo ha llevado el viento y se ha ido.*

CORO.—*Pena a su madre ha dejado, y a ti jamás el dolor por tu padre te abandonará.*

---

[96] Propiamente esperaríamos que se nombrase a Argos, patria de los caídos. En este caso, se ha intercambiado por Micenas. Este hecho sucede constantemente.

[97] Cfr. *Las Troyanas,* 1187-8: «¡Ay de mí! Los abrazos sin número, mis cuidados, y aquellos sueños se me han ido.»

Antístrofa 3.ª.

HIJOS.—*Llevo una carga tan pesada que va a acabar conmigo.*

CORO.—*¡A ver, que ponga bajo mi pecho las cenizas!*

HIJOS.—*[1160] Lloro al escuchar estas palabras, las más tristes. ¡Tocan mi corazón!*

CORO.—*¡Oh, hijo! ¡Te fuiste! ¡Ya no he de verte más, imagen querida de tu querida madre!*

TESEO.—¡Adrasto y mujeres de linaje argivo! Ved a estos hijos que tienen entre sus dos manos los cuerpos de sus muy valientes padres que yo levanté y retiré. A ellos la ciudad y yo se los entregamos como regalo. Vosotros tenéis que conservar el recuerdo de este favor, [1170] sin perder de vista todo cuanto de mí habéis alcanzado, y tenéis que contarles a vuestros niños estas palabras, que honren esta ciudad, transmitiendo sucesivamente de padres a hijos el recuerdo de cuanto habéis alcanzado. Sea Zeus testigo y los dioses del cielo de cuán grande es este beneficio con el que honrados por nosotros os veis.

ADRASTO.—Teseo, somos conscientes de todo lo que generosamente has hecho por la tierra argiva cuando necesitaba un bienhechor, y te guardaremos gratitud eterna. Como hemos recibido un trato noble, estamos obligados a devolvéroslo a vosotros.

TESEO.—[1180] ¿Os puedo ser de ayuda todavía en alguna otra cosa?

ADRASTO.—¡Salud! ¡Que tú y tu ciudad bien la merecéis!

TESEO.—Así sea. ¡Ojalá tú también tengas esa misma buena suerte!

(Aparece la diosa ATENEA *sobre el templo.)*

ATENEA.—Escucha, Teseo, estas palabras de Atenea, escucha lo que tienes que hacer; redundará en beneficio tuyo si lo pones en práctica. No permitas a estos hijos que se lleven los huesos a tierra argiva, al menos consintiéndolo con tanta facilidad. Antes bien, a cambio de estos trabajos, tuyos y de la ciudad, primeramente tómales juramento. Ha de prestar juramento Adrasto. Él, como monarca absoluto que es, [1190] que jure por toda la tierra de los

danaidas[98]. El juramento será que jamás los argivos a esta tierra declararán guerra armada, y que, si otros lo hiciesen, que en su camino interpongan sus armas. En caso de que marchasen contra tu ciudad transgrediendo el juramento, dirige contra ellos una maldición y que el país de los argivos perezca de mala muerte.

En qué modo es preciso que inmoles a las víctimas, escucha que te lo diga. Tienes un trípode de broncíneas patas en el interior de tu casa que un día, después de devastar los cimientos de Ilión y de emprender presuroso un nuevo trabajo, Heracles[99] te confió para que lo irguieses junto al altar pítico[100]. Corta sobre él, vertiendo su sangre, la garganta de tres ovejas, graba los juramentos en la cavidad cóncava del trípode, y después entrégaselos al dios que cuida de Delfos[101] para que los conserve en calidad de recuerdo de los juramentos y testimonio para la Hélade. El afilado cuchillo con que abras las víctimas y les inflijas la mortal herida, ocúltalo en las profundidades de la tierra, junto a las siete piras de los cadáveres. Pues, si algún día vienen contra la ciudad, al mostrárselo les infundirá temor de dios y un mal regreso de vuelta. Tan pronto como hayas hecho esto, escolta fuera de esta tierra a los cadáveres. Y el lugar donde sus cuerpos sean purificados por el fuego, conviértelo en espacio sagrado del dios junto a la encrucijada del Istmo. Esto a ti te digo.

Ahora me dirijo a los hijos de los argivos. Asolaréis, cuando os hagáis hombres, la ciudad del Ismeno reivindicando justa venganza por la muerte de vuestros padres. Tú, Egialeo[102], te colocarás en el puesto de tu padre como nue-

[98] De los argivos. La palabra 'danaidas' significa 'los hijos y descendientes de Dánao' y, al igual que el homérico 'dánaos', suele aplicarse a los griegos en general, pero en este pasaje concreto se refiere únicamente a los argivos.

[99] Heracles, acompañado de Telamón, preparó una expedición de jóvenes selectos para devastar Troya. El motivo fue que, tras prestar el héroe su ayuda para acabar con el monstruo marino que había enviado Posidón contra sus costas, Laomedonte, rey de la ciudadela, no pagó a Heracles la recompensa acordada.

[100] Se refiere al templo de Apolo en Delfos, su sede oracular.

[101] Nuevamente Apolo en su templo de Delfos.

[102] Hijo de Adrasto.

vo caudillo, y desde Etolia te acompañará el hijo de Tideo, a quien su padre dio por nombre Diomedes. Pero hasta que no os asome la barba, no debéis anticiparos y poner en marcha el broncíneo ejército de los danaidas contra la ciudad cadmea de las Siete Puertas, de torres bien provista. Amargos para ellos llegaréis vosotros que habéis sido criados como cachorros de león, fieros devastadores de su ciudad. No puede ser de otro modo. 'Epígonos'[103] a lo largo y ancho de toda la Hélade se os llamará e inspiraréis cantos a las generaciones venideras[104]. ¡Semejante expedición con la voluntad de dios haréis marchar![105]. *(Se marcha.)*

TESEO.—¡Soberana Atenea! Obedeceré tus palabras, pues tú me guías rectamente con vistas a no cometer falta alguna. *(Señala a* ADRASTO.) Unciré a este hombre al yugo del juramento. Tú sólo dame fuerzas. Contigo favorable a la ciudad, viviremos seguros en el futuro.

CORO.—*¡Vamos, Adrasto, prestemos juramento a este varón y a la ciudad! ¡Han arrostrado por nosotros trabajos dignos de honra y veneración!*

(Salen todos.)

[103] Es decir, descendientes, que han nacido después.

[104] Cfr. *Las Troyanas,* 1242-5: «Mas, si un dios no hubiese dado la vuelta a lo de arriba derribándolo hacia abajo, una vez desaparecidos no habríamos sido el tema central de poemas ni habríamos dado a las musas de las generaciones futuras motivo para sus cantos.» No es éste el único elemento común entre ambas piezas; el dolor por los hijos muertos, el desvalimiento de la vejez, la censura a la guerra y la ambición humana, los bellos diálogos líricos entre personajes que sufren amargamente y el azaroso destino trágico son ingredientes que se prestan muy bien a la temática de ambas tragedias.

[105] Así sucedió diez años más tarde. Después del fracaso de la primera guerra, los hijos de los héroes caídos ante Tebas decidieron vengar a sus padres. Primero consultaron al oráculo, y éste les vaticinó la victoria siempre que llevasen por jefe a Alcmeón, el hijo de Anfiarao al que se tragó la tierra. Alcmeón accedió, aunque a regañadientes, y el resultado fue la toma victoriosa de la ciudad de Tebas.

ELECTRA

INTRODUCCIÓN

Se suele fechar entre el 417 y el 413 a.C. El tema central de la pieza es la venganza de los hijos de Agamenón —Orestes y Electra— sobre su madre Clitemestra y su amante y usurpador del trono, Egisto, en compañía del cual tramó en su día el asesinato del rey Agamenón a su vuelta de la guerra de Troya. Orestes regresa del exilio a raíz de un oráculo revelado por Apolo para, con la ayuda de su hermana, vengar a su padre muerto.

El tema fue tratado también en las tragedias *Las Coéforos* de Esquilo y en la *Electra* de Sófocles. Las diferencias entre los tres trágicos son bien evidentes. Ésta es una de esas privilegiadas ocasiones en que tenemos oportunidad directa de establecer comparaciones en el tratamiento de una misma historia. El drama sofocleo está dominado por los sentimientos obsesivos de odio y los deseos de venganza de Electra; se centra especialmente en el restablecimiento de la justicia. Esquilo y Eurípides, en cambio, pasan a primer plano el matricidio cometido por Orestes. También hay diferencias entre los personajes; en el encuentro producido entre Electra y su madre Clitemestra, ésta se muestra mucho más cruel en la pieza sofoclea que en la euripidea, donde alcanza incluso puntos de compasión y comprensión. Aunque en términos generales Esquilo y Eurípides se encuentran más próximos, lo cierto es que la tragedia de este último es, en algún modo, aunque no exclusivamente, un reto de principio a fin a la versión canónica de Esquilo, como bien puede verse en la escena de reconocimiento de ambos hermanos, y que hemos señalado en el

momento oportuno de la pieza. No vamos a ahondar más por ahora en esta interesante cuestión, sino que nos adentraremos en el drama que nos ocupa.

Es un acierto de Eurípides situar la escena en el campo, en las fronteras del país, y no en pleno palacio real de Argos. Esta circunstancia procura un escenario más adecuado para hechos como, por ejemplo, el reconocimiento de los dos hermanos y las intrigas, luego ejecutadas, de los asesinatos de Clitemestra y su amante.

Eurípides se preocupa especialmente por intensificar los rasgos patéticos, la crueldad del destino de Electra y el carácter malvado de Orestes y su hermana. Asimismo, en íntima relación con esto que acabamos de mencionar, tiene lugar una degradación del carácter heroico de los personajes. No olvidemos que estamos hablando de una muy ilustre familia, la de los Atridas. Agamenón es, nada más y nada menos, el comandante en jefe de las tropas griegas en la gran contienda de Troya; su esposa Clitemestra y sus hijos Orestes y Electra participan de la gloria del hogar en que habitan. Todo esto se produce del siguiente modo.

La única humillación que ha sufrido la Electra de Sófocles es la de verse reducida a la impotencia y a consumirse obsesivamente entre sentimientos de odio. Ahora bien, la Electra euripidea, tras ver cómo su madre se ha casado con el asesino de su propio padre, ha sido echada de casa y la han obligado a vivir en una humilde morada en el campo, en las fronteras más alejadas del país, casada con un pobre hombre muy honrado, que la respeta escrupulosamente, pero que no es más que un simple campesino sin ningún brillo familiar, en vez de algún príncipe o algún rey, que es lo que rectamente le hubiese cuadrado, de acuerdo con su noble linaje. Al comienzo de la obra la vemos incluso cargando con un cántaro para ir a por agua al río y entregada a las faenas domésticas; no lo hace —según ella misma expresa— forzada por la indigencia, sino para intensificar a ojos de los dioses las humillaciones a las que se ve sujeta. Se comporta como una esposa ordinaria que procura tener la casa en orden para cuando regrese su marido de trabajar. No olvidemos que seguimos hablando de una princesa de sangre real. Cuando su esposo invita a casa a los

ilustres extranjeros que han acudido a visitar a Electra (en realidad, su hermano Orestes y su séquito), vemos a la muchacha recriminando a su marido por ofrecer su pobre hospitalidad a visitantes tan ilustres; es decir, una vez más aparece volcada en asuntos domésticos y de llana intendencia. Electra odia a su madre no tanto por el hecho de haber matado a su padre, como por las estrecheces y apuros a los que se ve sometida.

Orestes, por su parte, en el momento de regresar del exilio para ejecutar la venganza por su padre, es un individuo huido, que entra al país camuflado para que nadie le reconozca, y que sólo se arrima a las fronteras del país para poder optar a una fácil y rápida huida en caso de necesidad, si no se ve suficientemente respaldado. Actúa como un desterrado que vuelve a casa en secreto para tramar conspiraciones. Es un cobarde vacilante que necesita del refuerzo de su primo Pílades y de su hermana Electra. No es el héroe dispuesto a todo, de acuerdo con las órdenes recibidas de Apolo, sino que incluso se atreve a albergar dudas sobre si realmente había sido Apolo quien le había revelado el oráculo. A Egisto lo mata mediante intrigas y atacándole por la espalda, acercándosele de puntillas.

Éstos que acabamos de describir son el Orestes y la Electra del drama euripideo. Los dos príncipes de real familia pierden completamente su estatuta heroica y no se comportan, obligados, quizá, por las circunstancias, como propiamente les corresponde. La traicionera muerte de Egisto y el asesinato a sangre fría de su madre, mientras ésta les tiende agonizante sus manos, no se presenta ante nuestros ojos como obra del destino o de una maldición, ni siquiera como el cumplimiento de un mandato divino, sino más bien como un crimen cometido por hombres corrientes.

Hay cuatro discursos marcadamente llamativos. Uno de ellos es el relato del mensajero que narra cómo Orestes ha matado a Egisto. El segundo es el que dirige Electra al ya cadáver de Egisto; aprovecha la ocasión para despacharse a gusto, quedarse desahogada y dirigir a su padrastro todos los insultos que hubiese deseado proferir ante él, pero que, a causa del temor, se guardó para sí. La alocución es dura, cruel, calculada y, en definitiva, cobarde, pues se atreve a insultar al Egis-

to muerto, no al vivo. Se pone en evidencia todo el resentimiento que Electra ha ido acumulando.

Los siguientes discursos son los que se cruzan Clitemestra y su hija. Primero interviene la madre para justificar su acto criminal del pasado. Se considera con razones suficientes para haber matado a su marido, por cuanto éste provocó la muerte de una de sus hijas, Ifigenia[1], mediante taimados engaños urdidos por Odiseo, y por haberse traído una amante a su regreso de la guerra de Troya[2]. La defensa surte su efecto, al menos desde la perspectiva del espectador. Si hasta este momento ella había sido «la mala», toda vez que únicamente conocíamos la versión de sus hijos, ahora se nos revelan eficazmente las razones que la impulsaron a actuar del modo en que lo hizo, y no se la ve desprovista del todo de motivos para ello.

A continuación, hablando con total libertad, Electra acusa a su madre cara a cara de todos los crímenes de los que la cree culpable. Esta vez actúa de frente, pero sabe bien que su madre es una mujer ya desvalida, privada de su esposo, y que en breves instantes no va a ser sino un triste cadáver postrado en el suelo de su casa, como de hecho sucede. Las concesiones al pudor en las palabras de Electra son mínimas. No en vano es rencorosa y mala en extremo.

Al final de la obra tienen que intervenir los Dióscuros, como *dei ex machina,* para decretar el matrimonio de Electra con su primo Pílades, y para dar a Orestes las instrucciones oportunas con las que poder librarse de la persecución de las Erinias —personificación de la sangre vertida en el mismo clan— mediante el juicio en el tribunal ateniense del Areópa-

---

[1] La tragedia *Ifigenia en Áulide* desarrolla esta trama. En este mismo volumen, la pieza *Ifigenia entre los Tauros* nos sirve también para revivir la historia. El adivino Calcante predijo a Agamenón que no podría hacer zarpar la flota griega del puerto de Áulide hasta que sacrificase a su hija Ifigenia. Entonces, a sugerencia de Odiseo, la hizo llamar con la idea —falsa— de casarla con Aquiles, cuando en realidad la iba a sacrificar. Ártemis la salvó en el último momento y la llevó a su templo en tierra táurica en calidad de sacerdotisa, si bien todos la dan por muerta.

[2] Casandra, hija de Príamo y Hécabe, reyes de Troya. En *Las Troyanas* se relata este hecho.

go y su posterior exculpación. De todos modos, el problema no se solucionará tan fácilmente, y la trama se complicará, pero ésa es otra historia[3]. Lo que queda claro es que Apolo no siempre acierta con sus oráculos pues, en definitiva, él es el responsable mayor de lo sucedido. En el tratamiento de los conflictos criminales se reconoce la infamia cometida por Clitemestra, pero no queda libre de culpas la venganza decidida por el mismísimo Apolo. Los Dióscuros reconocen que su hermano no ha obrado correctamente, pero por respeto al dios se callan y no lo declaran abiertamente, sino que guardan un prudente pero elocuente silencio.

Nota bibliográfica

Arnott, W. G., «Double the vision. A reading of Euripides' Electra», *G&R*, XXVIII, 1981, págs. 179-192.

Bain, D., «Electra 518-544», *BICS*, XXIV, 1977, págs. 104-116.

Basta Donzelli, G., «Note di metrica e critica testuale. Euripide Elettra 487; Aristofane Rane 1314 e 1348», *SicGymn*, XXVII, 1974, págs. 89-120.

— *Studio sull'Elettra di Euripide*, Catania, 1978.

Burnett, A., «Trojan Women and the Ganymede Ode», *YClS*, XXV, 1977, págs. 291-316.

Diggle, J., «Notes on the Electra of Euripides», *ICS*, II, 1977, páginas 110-124.

Fréris, G., «Électre. L'incarnation d'une énigme», *Dodone*, VI, 1977, págs. 15-39.

Gellie, G., «Tragedy and Euripides' Electra», *BICS*, XXVIII, 1981, págs. 1-12.

Goldhill, S., «Rhetoric and relevance. Interpolation at Euripides, Electra 367-400», *GRBS*, XXVII, 1986, págs. 157-171.

Hammond, N. G. L., «Spectacle and parody in Euripides' Electra», *GRBS*, XXV, 1984, págs. 373-387.

Haslam, M. W., «"O ancient Argos of the land". Euripides, Electra 1», *CQ*, XXVI, 1976, págs. 1-2.

Hirata, Shogo, «Orestes as viewed in the messenger's report of Aegisthus' murder, Euripides' Electra 774-858», *JCS*, XXXVI, 1988, págs. 33-43.

[3] Concretamente, de la *Ifigenia entre los Tauros*.

JOUANNA, J., «Notes sur la scène de la reconnaissance dans les Choéphores d'Eschyle (v. 205-211) et sa parodie dans l'Électre d'Euripide (v. 532-537)», en *Mélanges offerts à Léopold Sédar Senghor. Langues, littérature, histoire anciennes*, Dakar, Les Nouv. Ed. Africaines, 1977, págs. 185-200.

KAMERBEEK, J. C., «Some notes on Euripides' Electra», *Mnemosyne*, XL, 1987, págs. 276-285.

KING, K. C., «The force of tradition. The Achilles ode in Euripides' Electra», *TAPhA*, CX, 1980, págs. 195-212.

KONSTAN, D., «Philia in Euripides' Electra», *Philologus*, CXXIX, 1985, págs. 176-185.

LLOYD, Michael, «Realism and character in Euripides' Electra», *Phoenix*, XL, 1986, págs. 1-19.

MARTINA, A., *Il riconoscimento di Oreste nelle Coefore e nelle due Elettre*, Roma, 1975.

MIRTO, M. S., «Il sacrificio tra metafora e mechanema nell'Elettra di Euripide», *CCC*, I, 1980, págs. 299-329.

MORWOOD, J. H. W., «The pattern of the Euripides Electra», *AJPh*, CII, 1981, págs. 362-370.

MULRYNE, J. R., «Poetic structures in the Electra of Euripides», *LCM*, II, 1977, págs. 31-38, 41-50.

RONNET, G., «L'ironie d'Euripide dans Électre, vers 513 à 546», *REG*, LXXXVIII, 1975, págs. 63-70.

SMITH, L. P., *Studies of characterization in Euripides. The Medeia, Elektra, and Orestes*, Princeton University, NJ, 1976.

THURY, E. M., «Euripides' Electra. An analysis through character development», *RhM*, CXXVIII, 1985, págs. 5-22.

WALSH, G. B., «The first stasimon of Euripides' Electra», *YClS*, XXV, 1977, págs. 277-289.

WHITEHORNE, J. E. G., «The ending of Euripides' Electra», *RBPh*, LVI, 1978, págs. 5-14.

SOBRE EL TEXTO

Nos hemos apartado de la edición oxoniense de J. Diggle en los siguientes versos: 102, 546, 776, 928, 943, 984.



PERSONAJES DEL DRAMA

CAMPESINO, *esposo supositicio de Electra*
ELECTRA, *hija de Agamenón*
ORESTES, *hijo de Agamenón*
PÍLADES, *personaje mudo que acompaña a Orestes, primo y amigo suyo*
CORO DE MUJERES ARGÓLICAS
ANCIANO, *antiguo ayo de Agamenón*
MENSAJERO, *un servidor de Orestes*
CLITEMESTRA, *madre de Electra y Orestes*
DIÓSCUROS, *hermanos de Clitemestra*

(La escena tiene lugar en el campo, a las puertas de la modesta casa del CAMPESINO *de Micenas, esposo supositicio de* ELECTRA, *situada en los confines de la Argólide, lejos de la ciudad. Todavía es de noche, pero falta poco para que amanezca.)*

CAMPESINO.—*(Sale de su casa con los habituales aperos de labranza.)* ¡Oh antigua tierra de Argos, corrientes del Inaco[4], de donde en buena hora, con marcial entusiasmo, a bordo de mil navíos embarcó rumbo a tierras troyanas el soberano Agamenón! En habiendo dado muerte al gobernante del país de Ilión, a Príamo, y capturado la ilustre ciudad de Dárdano[5], regresó a Argos y en sus altos templos ofrendó muchísimos despojos de los bárbaros[6]. Allí sí que fue afortunado, mas en sus palacios encontró la muerte por dolo de su esposa Clitemestra, a manos de Egisto, el hijo de Tiestes. En efecto, pereció y dejó tras de sí el antiguo cetro de Tántalo[7], mientras Egisto dio comienzo a su reinado sobre la región, tras tomar a su esposa, la muchacha tindári-

---

[4] El Inaco es un río que se encuentra en Argos.

[5] Dárdano es hijo de Zeus y progenitor de los troyanos. En consecuencia, la «ciudad de Dárdano» es Troya.

[6] Se ha resumido aquí, brevemente, el papel que desempeñó Agamenón en la guerra de Troya, al frente del mando supremo del ejército aqueo. En la tradición tan pronto se le presenta como rey de Argos como de Micenas; en la tragedia que nos ocupa se sienta sobre el trono de Argos.

[7] Tántalo es hijo de Zeus y padre de Pélope, que a su vez es padre de Atreo, que engendró a Agamenón, y de Tiestes. De este modo, a Agamenón se le llama, en razón de la estirpe de sus antepasados, de varias maneras: atrida, pelópida, e incluso tantálida.

Otro Tántalo al que hay que tener en cuenta es un hijo del Tiestes anterior-

da[8]. A los hijos que en sus palacios dejó cuando a Troya arribó, un varón, Orestes, y un retoño de mujer, Electra, al primero un anciano ayo de su padre se lo lleva furtivamente, pues Orestes estaba a punto de morir a manos de Egisto, y se lo entrega a Estrofio[9], encomendándole que lo críe en tierras de la Fócide; a Electra, por su parte, que se quedó en los palacios de su padre, según le iba llegando el florido tiempo de la pubertad, los principales pretendientes de la tierra helena la iban reclamando. Mas como temía que con alguno de aquellos nobles engendrase un hijo vengador de Agamenón, Egisto la iba reteniendo en las mansiones y no la entregaba a novio alguno. No obstante, como había algo que le inspiraba todavía mucho más temor, a saber, que en secreto con un varón bien nacido engendrase hijos, cuando él quiso matarla, su madre, igualmente de duro corazón, la salvó de manos de Egisto, pues con respecto a su marido tenía un pretexto para matarlo, pero por sus hijos temía que fuese mirada con malos ojos si también se atrevía a asesinarlos. A raíz de esto, pues, Egisto maquinó la siguiente estratagema. A quien diese muerte al hijo de Agamenón, que se había escapado huido de su patria, le propuso una suma de oro, y a mí, como es bien sabido, me otorgó el tomar a Electra por esposa, sien-

mente citado, hermano menor de Atreo y tío de Agamenón. Clitemestra estuvo casa primero con este Tántalo, al que Agamenón dio muerte, junto a sus dos hijos. Perseguido por los Dióscuros, hermanos de Clitemestra, Agamenón fue obligado a casarse con ella. Al marchar el soberano a la guerra de Troya, su esposa le fue infiel por diversos motivos (cfr. versos 1018-1050) y entre ella y Egisto, su amante, tramaron el asesinato de Agamenón a su regreso de la guerra. El resto de la historia es el que se relata en esta tragedia.

[8] Clitemestra es hija de Tindáreo y de Leda. Es hermana gemela de la famosa Helena, aunque ésta es fruto de las relaciones que mantuvo su madre con Zeus. Ambas dos son también hermanas de los Dióscuros, que aparecen al final de esta tragedia.

[9] Estrofio es cuñado de Agamenón, y recibe el encargo de cuidar y educar a su sobrino Orestes. Asimismo es padre del Pílades que aparece luego junto a Orestes; ambos son primos y muy buenos amigos. Continúan juntos sus andanzas en la tragedia *Ifigenia entre los Tauros*, pues Pílades se convierte en compañero fiel e inseparable de su primo y amigo.

do como soy de padres miceneos (eso al menos no lo niego, pues aunque de brillante linaje, por contra son pobres de dineros, y de ahí la nobleza suele echarse a perder), con intención de que, al entregarla a un hombre débil, débil igualmente fuese el temor que le preocupase. [40] Pues si la hubiese tomado un varón de alta categoría, habría despertado tras un largo sueño el crimen de Agamenón, y la justicia habríale llegado a Egisto más tarde o más pronto.

A ella jamás este hombre de aquí *(Señalándose a sí mismo.)* —Cipris es mi confidente— la ha mancillado en el lecho, y sigue siendo virgen todavía. Vergüenza sentiría yo si tomase a la hija de hombres opulentos y la deshonrara, sin ser yo suficientemente digno. Me lamento también por el desdichado Orestes, que es mi cuñado de palabra, por si alguna vez a Argos regresara y las bodas de su hermana desafortunadas considerase. [50] Mas aquel que afirme que soy un loco, por no tocar a una doncella joven que he cogido para casa, sepa que, como mide la moderación con criterios de entendimiento malvados, el que en realidad es un loco es él.

ELECTRA.—*(Sale de casa con un cántaro en la cabeza, pobremente vestida. Sigue siendo de noche.* ELECTRA *habla para sí.)* ¡Negra noche, nodriza de áureos astros, en que este cántaro posado sobre esta cabeza mía llevo para ir a por agua al río! Y no es que la pobreza me haya empujado a tal extremo, sino que lo hago para mostrar a los dioses los ultrajes de Egisto. Llantos lanzo al ancho éter por mi padre[10]. [60] Esa completa ruina, la hija de Tindáreo, mi madre, me echó fuera de palacio, por concederle esa gracia a su esposo, toda vez que, al engendrar otros hijos junto a Egisto, a Orestes y a mí nos toma por estorbo en su casa.

CAMPESINO.—*(Dirigiéndose a* ELECTRA.*)* Pero ¿por qué, desdichada, te andas afanando para mí cargando con esos trabajos? ¡Con la buena crianza que recibiste en el pasado! ¿Por qué no dejas eso, cuando soy yo el que te lo dice?

ELECTRA.—En ti tengo a un amigo a los dioses semejante,

10 Hemos seguido el orden de versos de los manuscritos.

pues en medio de mi desgracia no me tratas mal. Qué suerte tienen los mortales cuando encuentran un médico para sus males, justo como yo a ti te tengo. De todos modos debo, aunque no me lo mandes, en la medida de mis fuerzas, aliviar tus fatigas, para que las soportes con más facilidad, y llevar juntamente contigo los mismos trabajos. Ya tienes en cantidad suficiente labores en el campo. De las labores domésticas preciso es que yo me ocupe del todo. Para un trabajador es agradable encontrar bien dispuesto todo lo de puertas para adentro cuando regresa a su hogar.

CAMPESINO.—Si te parece, pues, ve, que el río no está lejos de casa. *(Está empezando a amanecer.)* Yo por mi parte, ahora al amanecer, soltaré las vacas en el campo y sembraré las tierras. Ningún individuo ocioso, ni aun teniendo a los dioses constantemente en la boca, podría ganarse la vida sin trabajar.

(Ambos se marchan, cada uno por su lado. Entran en escena ORESTES *y* PÍLADES, *con un grupo de sirvientes.)*

ORESTES.—Pílades, entre todos te aprecio a ti el primero como mi más fiel huésped y amigo, como es público y notorio, pues tú eres el único de entre mis amigos que a este Orestes respetas, tal como me van las cosas, con las terribles penas que he sufrido por culpa de Egisto, que asesinó a mi padre junto con esa terrible ruina, mi madre. He venido, a raíz de una revelación divina, a suelo argivo sin que nadie lo sepa, para devolver el asesinato de mi padre a su asesino. Esta noche he ido ante el túmulo de mi padre, he derramado unas lágrimas y le he ofrecido como primera ofrenda unos mechones de mi cabello[11]. Luego he sacri-

[11] Gesto habitual. También la reina de Troya, Hécabe, lo hace ante los túmulos de sus hijos caídos en la guerra: *Las Troyanas,* 479-80: «A ellos yo los vi caer alcanzados por griega lanza, y estos cabellos me corté ante sus túmulos funerarios.» También Astianacte se los prometía a su abuela Hécabe, *Las Troyanas,* 1182-4: «Ten por seguro que pienso cortarme esta espesa melena de rizos en tu honor y que hasta tu tumba he de llevar una procesión de camaradas, para ofrecerte una querida despedida.» También en *Ifigenia entre los Tauros,* 172-3, 703 y 820-1.

ficado sobre la pira la sangre de un cordero, aunque pasando inadvertido a los monarcas que gobiernan esta tierra.

Evidentemente, no intento encaminar mis pasos al interior de los muros, sino que me he acercado a los confines de esta tierra para aunar con ello un doble propósito: poder encaminar fuera mis pasos a otro país, en caso de que algún vigilante me reconozca, y buscar a mi hermana (pues se dice que vive unida en matrimonio y que ya no es doncella), [100] con la finalidad de encontrarme con ella y, haciéndola cómplice de mi plan mortal, informarme con detalle de lo que hay muros adentro[12].

Ahora, pues, que la aurora[13] va levantando ya su blanca mirada, alejemos nuestras huellas fuera de este sendero. Sin duda se nos acabará apareciendo algún labrador o alguna criada, a la que podremos preguntar si mi hermana habita estos parajes. *(Ve llegar a* ELECTRA *que regresa con el cántaro de agua.)* ¡Eh! Estoy viendo ahí a una sirvienta que lleva sobre su cabeza rapada un cántaro de agua de la fuente. Agazapémonos y permanezcamos atentos [110] a esta esclava, Pílades, por si conseguimos alguna información sobre el asunto por el que a esta tierra hemos venido.

(Se agazapan tras un matorral. ELECTRA *no los ve y comienza a cantar.)*

ELECTRA.
Estrofa 1.ª.
¡Acelera el ritmo de tus pies, que ya es hora! ¡Oh, adelante, adelante, llora amargamente! ¡Ay de mí, mísera! Nací de Agamenón y me parió Clitemestra, la odiosa hija de Tindáreo, mas a mí los ciu-

---

[12] Aquí Orestes actúa movido por cobardía más que por prudencia. En *Heracles*, el padre del héroe recomienda a su hijo, en una situación parcialmente comparable, que aguarde en su casa y que no se encamine derechamente a la ciudad, pero en este caso sí se trata realmente de prudencia y oportunidad; cfr. *Heracles*, 601-5: «El soberano en persona volverá aquí para arrastrar a la muerte a tu mujer e hijos y para matarme también a mí. Si le esperas aquí, todo resultará en tu provecho y ganarás en seguridad. Y a la ciudad no la alborotes, hijo, antes de que el asunto esté ya bien resuelto.»

[13] Lectura de los manuscritos.

dadanos me llaman la desgraciada Electra. [120] ¡Huy, huy, qué trabajos más penosos y qué vida más aborrecible! Oh padre, tú, en cambio, en el Hades yaces por el crimen de tu esposa y de Egisto. ¡Agamenón!

Mesoda 1.ª.

¡Ea! ¡Despierta tus lamentos, siempre los mismos! ¡Entona tus cantos llorosos! ¡Qué gusto!

Antístrofa 1.ª.

¡Acelera el ritmo de tus pies, que ya es hora! ¡Oh, adelante, adelante, llora amargamente! ¡Ay de mí, mísera! [130] ¿En qué ciudad, en qué hogar, desdichado hermano, vagando andas? Atrás has dejado a tu hermana, digna de toda compasión, en la morada paterna, en dolorosa coyuntura. ¡Ojalá llegases en calidad de libertador de mis fatigas, triste mujer! ¡Oh Zeus, Zeus! ¡De mi padre, por el muy infame derramamiento de su sangre, sé el vengador! ¡Encamina a Argos tu pie errante!

Estrofa 2.ª.

[140] Coge y quítate el jarro este de la cabeza, para gritar en alta voz por mi padre lamentos de nocturnidad. ¡Aullido, canto, melodía de Hades! Padre, por ti que yaces bajo tierra, entono lamentos que constantemente cada día derramo como ofrenda en tu honor, en tanto querida con mis uñas desgarro mi mejilla[14] *y las manos me echo a la cabeza, rapada, por tu muerte*[15].

Mesoda 2.ª.

[150] ¡Ay, ay! ¡Aráñate la cabeza! Como un cisne chillón que en las aguas de un río a su muy querido padre llama, toda vez que éste ha perecido víctima de los dolosos lazos de una red, así yo por ti, desgraciado, padre mío, lloro muy amargamente.

Antístrofa 2.ª

¡Oh baño postrero que a tu cuerpo diste! ¡Lecho mortal digno de la mayor compasión posible![16]. *¡Ay, ay de mí, ay de mí! [160] ¡Qué*

---

[14] Para este gesto de abrirse las mejillas con las uñas, cfr. *Las Suplicantes*, 75-6, 826-7, y *Las Troyanas*, 279-80.

[15] Ya hemos visto en otro lugar esta señal de luto: *Las Suplicantes*, 97: «Su corte de pelo —rapado— y sus peplos no son de fiesta.»

[16] Clitemestra preparó a su marido un vestido con el cuello y las mangas cosidas. Esto dificultó que Agamenón pudiese ponérselo al salir del baño, momento que fue aprovechado para darle muerte como aquí mismo se relata. El motivo del baño mortal de Agamenón se repetirá más adelante.

amargos los cortantes golpes del hacha, qué amargo también el designio de tu regreso de Troya! No te recibió tu esposa, no, con diademas, ni con guirnaldas; más bien con la espada de doble filo de Egisto cometió un ultraje luctuoso, para luego casarse con esposo traicionero.

(Entra el CORO *de Mujeres Argólicas.)*

Estrofa.

CORO.—*¡Hija de Agamenón, Electra! Hasta tu morada en el campo me he llegado. Ha venido alguien, ha venido un hombre, un bebedor de leche, [170] un miceneo que recorre las montañas. Me ha traído la noticia de que los heraldos argivos andan proclamando fiesta de tres días, y que todas las doncellas van a marchar al templo de Hera*[17].

ELECTRA.—*Amigas, ni para festejos ni para collares de oro tengo yo el ánimo, desgraciada. No me sumaré a las danzas en compañía de las jóvenes argivas [180] ni curvos he de batir mis pies. Entre lágrimas paso las noches, y durante el día lo que quiero, pobre de mí, es llorar. Mira mis sucios cabellos y estos harapos que son mis ropas. Mira si cuadran bien a la hija real de Agamenón, o a Troya, que todavía se acuerda de mi padre, cuando antaño fue por el conquistada.*

Antístrofa.

CORO.—[190] *Grande es la diosa, así que —¡venga!— acéptame este manto bien tejido para que te vistas con él, y unas joyas de oro que esplendor den a tus encantos. ¿Crees que con tus lágrimas, sin honrar a los dioses, vas a imponerte sobre tus enemigos? En verdad, no con gemidos, sino con súplicas a los dioses, dando culto, has de alcanzar el día de la felicidad.*

ELECTRA.—*Ninguno de los dioses escucha las tristes voces de esta desafortunada, [200] ni el antiguo sacrificio por el que murió mi padre. ¡Ay de mí, por el muerto, y por el vivo errante, que sin duda otras tierras habita, desgraciado, vagabundo, con hogares serviles*

[17] En Argos había un importante templo dedicado a Hera. Cfr. *Ifigenia entre los Tauros*, 217-21: «¡Ay, ay! Sin embargo, ahora habito en casa estéril como huésped del mar inhóspito, sin boda, sin hijos, sin patria, sin amigos, la que antaño era cortejada por parte de los griegos, sin celebrar a la Hera de Argos.»

como destino, aun nacido de ilustre padre! Yo misma en casa de un trabajador estoy viviendo, consumiéndoseme el espíritu, expulsada de los palacios paternos, [210] arriba a lo largo de estos riscos montañosos y abruptos. Mi madre, en cambio, en lechos de sangre homicida casada con otro habita.

CORIFEO.—De muchos males, en perjuicio de los helenos, la culpa tiene Helena[18], la hermana de tu madre, y también en perjuicio de tu familia.

(ORESTES *y* PÍLADES, *hasta este momento ocultos, salen de su escondrijo.* ELECTRA, *al verlos, se asusta e intenta huir.)*

ELECTRA.—¡Ay de mí, mujeres! ¡Basta de quejas lastimeras! Hay ahí unos extraños que junto a la casa tenían su guarida, y que ahora se están levantando tras salir de su escondite. Escapa tú por el sendero, yo en mi casa trataré de refugiarme de estos hombres malvados.

ORESTES.—[220] ¡Quieta, desgraciada, no temas mis manos!

ELECTRA.—¡Oh Febo Apolo, te lo imploro, que no muera!

ORESTES.—A otros mataría mucho más odiosos que tú.

ELECTRA.—Márchate, no toques lo que no debes tocar.

ORESTES.—No hay persona a quien tocase con más razón.

ELECTRA.—Pero, ¿cómo es que vas armado de espada, delante de mi casa, en emboscada?

ORESTES.—Aguarda y escucha. Al punto mis palabras han de ser las tuyas también.

ELECTRA.—Plantada me quedo. Soy toda tuya, pues eres más fuerte que yo.

ORESTES.—He venido trayéndote unas palabras de parte de tu hermano.

ELECTRA.—¡Oh mi buen amigo! ¿Es que vive, o está muerto?

ORESTES.—[230] Vive, sí; en primer lugar las buenas nuevas anunciarte deseo.

ELECTRA.—Así seas feliz en pago de tan dulces palabras.

ORESTES.—Te garantizo que ambos dos alcanzaremos juntos ese deseo tuyo.

---

[18] La tragedia *Las Troyanas* es un buen ejemplo de ello.

ELECTRA.—¿En qué lugar de la tierra el desdichado su exilio tiene, igualmente desdichado?

ORESTES.—Anda consumiéndose sin tener el hábito de permanecer en una única ciudad.

ELECTRA.—¿No será que carece de los medios de vida para cada día?

ORESTES.—Los tiene, sí, pero, como es bien sabido, el hombre desterrado no anda sobrado de recursos.

ELECTRA.—¿Y cuáles son, pues, las palabras que de su parte vienes a traerme?

ORESTES.—Su intención es saber si vives y en qué desgracias se ve envuelta tu vida.

ELECTRA.—¿Pues no estás viendo ya, para empezar, qué enjuto está mi cuerpo?

ORESTES.—[240] Por las penas, desde luego, consumido se halla, hasta un punto tal que yo mismo me lamento.

ELECTRA.—Y mi cabeza y cabellos, rapados a navaja como los escitas[19].

ORESTES.—Dentelladas de dolor debes de sufrir a causa de tu hermano, y en igual medida por tu padre muerto.

ELECTRA.—¡Ay de mí! ¿Pues qué cosa me es más querida que ellos?

ORESTES.—¡Huy, huy! Y tú a tu vez, ¿qué crees ser para tu hermano?

ELECTRA.—Un ser querido ausente, no presente.

ORESTES.—¿Y por qué vives aquí, lejos de la ciudad?

ELECTRA.—Contraje, forastero, un matrimonio de muerte.

ORESTES.—Me lamento por tu hermano. ¿Con qué micenneo?

ELECTRA.—No con el hombre al que mi padre hubiese esperado entregarme algún día.

---

[19] La expresión viene de la costumbre escita de arrancar el cuero cabelludo a los enemigos muertos. Cfr. también, pero esta vez en señal de humildad y no de luto, con distinto prefijo en el original griego, *Las Troyanas*, 1025-8: «Tendrías que haber venido en actitud humilde con jirones de ropa, temblorosa entre escalofríos y con la cabeza afeitada como los escitas, haciendo gala de moderación más que de impudicia, después de todos tus errores del pasado.»

Orestes.—Cuéntame y así, lo que oiga, se lo diré a tu hermano.

Electra.—En esta apartada casa suya vivo.

Orestes.—¡Un cavador o un pastor de bueyes son dignos de semejante morada!

Electra.—Es un hombre pobre, aunque noble, y muestra piedad hacia mí.

Orestes.—Y la piedad esa de tu esposo, ¿en qué consiste?

Electra.—Jamás hasta la fecha mi lecho se ha atrevido a tocar.

Orestes.—¿Por haber ofrecido su castidad a los dioses o porque te cree indigna y te rechaza?

Electra.—Ultrajar a mis progenitores es lo que no considera digno.

Orestes.—¿Y cómo es que no se alegra al contraer semejante matrimonio?

Electra.—Cree que no tiene autoridad legítima aquel que me entregó, forastero.

Orestes.—Comprendo, no sea que a Orestes tenga que rendir cuentas algún día.

Electra.—Eso mismo es lo que teme, pero además es también un hombre honesto.

Orestes.—¡Huy! De un varón bien nacido acabas de hablar, y su recompensa ha de tener[20].

Electra.—Siempre que algún día regrese al hogar aquel que en la actualidad se encuentra ausente.

Orestes.—Y la madre que te parió, ¿lo tolera?

Electra.—Las mujeres aman a sus maridos, forastero, no a sus hijos.

Orestes.—¿Por qué motivo ha cometido Egisto estos ultrajes contra ti?

Electra.—Su intención era, al entregarme a este hombre, que pariese hijos débiles.

Orestes.—O sea, que no parieses hijos vengadores.

Electra.—Ésas eran sus intenciones, por las que me infligió este castigo.

[20] Éste es el destino que al final de la tragedia determinan los Dióscuros para el campesino: versos 1286-7: «Al que ha sido tu cuñado de palabra, que Pílades lo lleve hasta la tierra de los focenses y lo colme de inmensas riquezas.»

ORESTES.—¿Y sabe que eres virgen el esposo de tu madre?

ELECTRA.—No, no lo sabe. En silencio se lo hemos ocultado.

ORESTES.—*(Señalando a las mujeres del* CORO.) ¿Son buenas amigas tuyas éstas que andan escuchando lo que decimos?

ELECTRA.—Sí, hasta el punto de mantener bien en secreto tus palabras y las mías.

ORESTES.—¿Qué pensaría, entonces, Orestes en relación con todo esto, si a Argos regresara?

ELECTRA.—¿Lo preguntas? Eso que dices es odioso. ¿Acaso no es ya ahora momento de actuar?

ORESTES.—Y si es que llegase a venir, ¿cómo daría muerte a los asesinos de vuestro padre?

ELECTRA.—Cometiendo las mismas audacias que sus enemigos cometieron contra nuestro padre.

ORESTES.—¿Acaso te atreverías, junto con él, a matar incluso a vuestra madre?

ELECTRA.—¡Con la misma hacha con la que murió nuestro padre!

ORESTES.—¿Le cuento esto, más la firmeza que estás mostrando por tu parte?

ELECTRA.—Así muera yo al derramar la sangre de mi madre.

ORESTES.—¡Huy! Ojalá estuviese Orestes cerca para escuchar esto.

ELECTRA.—Pero, forastero, no lo reconocería ni aunque lo viese.

ORESTES.—¡Claro! No es nada sorprendente: joven eras cuando de él fuiste separada.

ELECTRA.—Una sola persona, entre mis seres queridos, sería capaz de reconocerlo.

ORESTES.—¿Acaso aquel que dicen que lo sustrajo de la muerte?

ELECTRA.—Sí, un anciano, un antiguo preceptor de mi padre.

ORESTES.—Y al morir, ¿tuvo tu padre una tumba?

ELECTRA.—Tenerla la tuvo, sí, aun siendo arrojado fuera de sus palacios.

ORESTES.—¡Ay de mí! ¡Qué cosas estás diciendo! Porque el darse cuenta de las desgracias, incluso de las que están lejos, hiere a los mortales. Cuéntame, para que, cono-

ciéndolas, a tu hermano transmita tus palabras, tristes aunque necesarias de oír. En la ignorancia no existe conmiseración alguna, salvo entre los hombres sabios, pero ni siquiera queda libre de pagar un precio entre los sabios el juicio en exceso prudente.

CORIFEO.—También yo albergo en mi mente el mismo deseo que éste, pues, al estar lejos de la ciudad, no conozco los males que allí acontecen, pero ahora quiero yo también enterarme de ellos.

ELECTRA.—[300] Contaré, si es preciso —y lo es, contárselo a un amigo—, los onerosos infortunios, los míos y los de mi padre. Y toda vez que me mueves a hablar, te lo ruego, forastero, anúnciale a Orestes mis males y los de éste. En primer lugar, con qué clase de vestimentas ando por casa, y qué cantidad de suciedad tengo encima, y bajo qué techos habito, proviniendo de reales palacios. Yo misma elaboro mis vestidos con el telar; de lo contrario no tendría qué ponerme e iría con el cuerpo desnudo. Y yo misma también ando yendo y viniendo a por agua al río. [310] No tomo parte en fiestas y coros, rehúyo a las mujeres por ser virgen, y siento vergüenza ante Cástor que, antes de convertirse en dios, era mi pretendiente, como pariente mío que era.

Mientras, mi madre, rodeada de despojos frigios, se sienta en el trono y junto a su cátedra se sitúan las sirvientas asiáticas que mi padre conquistó, y los mantos troyanos abrochados con hebillas de oro. Sin embargo, la sangre de mi padre en su casa todavía sigue oscura en estado de putrefacción. Y aquel que lo mató [320] anda paseándose continuamente de aquí para allá en el mismísimo carro de mi padre, y el cetro, con el que a los griegos comandaba, se enorgullece de tomarlo entre sus manos impuras de sangre.

Deshonrada y privada de sus derechos, la tumba de Agamenón jamás libación alguna o ramas de mirto recibe. Su altar está desprovisto de ornamentos. Embriagado de vino, el esposo de mi madre, 'el ilustre', según dicen, se dedica a saltar sobre su tumba y a apedrear la lápida del monumento de mi padre, e incluso se atreve a decir palabras como éstas en relación con nosotros: [330] «¿Dónde está tu hijo

Orestes? ¿Acaso aquí presente defiende con valor tu tumba?» Estos ultrajes recibe en su ausencia.

Así que te lo ruego, forastero, comunícale estas noticias. Muchos le envían mensajes, y yo soy la intérprete: mis manos, mi lengua, mi pobre corazón, mi cabeza bien rapada, y aquel que lo engendró. Pues sería una vergüenza que, si mi padre conquistó a los frigios, siendo él uno solo no pueda matar a un único hombre, toda vez que es joven y procede de un mejor padre.

(El marido de ELECTRA, *el* CAMPESINO, *regresa de sus labores en el campo.)*

CORIFEO.—Por cierto, ya lo estoy viendo —me refiero a tu esposo— [340] que ya ha terminado su trabajo y viene para casa.

CAMPESINO.—¡Eh! ¿Quiénes son esos extraños que estoy viendo ahí, ante la puerta? ¿Con qué motivo han venido hasta las puertas de esta casa de campo? ¿Es que me necesitan? *(Dirigiéndose a* ELECTRA.) Para una mujer —que lo sepas— es feo hallarse en compañía de unos jóvenes.

ELECTRA.—Querido mío, no llegues a recelar de mí. Al punto vas a saber de qué hablábamos. Pues sí, éstos son unos forasteros que han venido a traerme noticias de parte de Orestes. *(Dirigiéndose a los forasteros.)* Perdonad por tanto, forasteros, las palabras que ha dicho.

CAMPESINO.—¿Qué dicen? ¿Vive tu hermano? ¿Sigue viendo la luz?

ELECTRA.—[350] Vive, de acuerdo al menos con sus palabras, y hablan de modo que me parece sincero.

CAMPESINO.—¿Acaso se acuerda todavía de tus males y de los de tu padre?

ELECTRA.—Esa esperanza albergo. Un hombre desterrado no anda sobrado de fuerzas.

CAMPESINO.—¿Y qué noticias de Orestes han venido a traerte?

ELECTRA.—Los ha enviado para comprobar el estado de mis males.

CAMPESINO.—Unos los están viendo, otros se los estás relatando, ¿no es eso?

ELECTRA.—Ya los conocen, no les falta ni uno de ellos.

CAMPESINO.—Y, entonces, ¿no debíamos haberles abierto ya hace un rato nuestras puertas? Pasad a casa, que a cambio de estas buenas nuevas una acogida hospitalaria habréis de obtener, todo cuanto mi humilde morada esconde. *(Dirigiéndose a los servidores de* ORESTES.) Vosotros, criados, entrad en casa todo el equipaje. *(Dirigiéndose a* ORESTES *y a* PÍLADES.) Y vosotros no repliquéis nada, que venís como amigos de parte de otro amigo. Pues si bien es cierto que pobre soy, no he de mostrar por ello un talante miserable.

ORESTES.—¡Por los dioses! ¿Éste es el hombre que simula junto a ti tus bodas, por no querer deshonrar a Orestes?

ELECTRA.—Sí, éste es el esposo de esta desgraciada.

ORESTES.—*(Aparte.)* ¡Huy! Con respecto a la hombría de bien, no hay indicio preciso y exacto. Bien cierto es que en los seres humanos todo anda revuelto. Pues sí, yo he visto hombres de noble padre que nada eran y, por contra, hijos excelentes de hombres miserables: hambre en la mente del hombre rico y una gran inteligencia en el cuerpo del pobre. ¿Cómo va uno a estudiar, analizar y emitir un juicio sobre esta cuestión? ¿Basándose en el dinero? Mala cosa es eso de servirse de semejante criterio. ¿Entonces sobre los que nada tienen? Ya, pero la pobreza es angustiosa e instruye al hombre en el vicio, en caso de necesidad. ¿Entonces hay que acudir a las armas? ¡Pero quién con el ojo puesto en la lanza podría dar testimonio sobre qué individuo es valiente! Lo más seguro es dejarlo en manos de la suerte. Ahí tenéis, por ejemplo, a este hombre: entre los argivos no era poderoso, ni aparenta vanagloriarse por su casa. Sin embargo, aun siendo uno del montón, resulta que se ha mostrado como el mejor. ¿No vais a recuperar la cordura quienes andáis despistados, llenos de vanas quimeras, y vais a juzgar a los bien nacidos a partir de su trato y de su forma de ser? Pues lo que así son, gobiernan en buena armonía las ciudades y los hogares, pero los cuerpos de mente huera son meras estatuas de adorno en la plaza pública. Ni tampoco un brazo robusto aguanta la lanza mejor que uno débil: esto es cosa del carácter y de las ganas.

Bueno, como lo merece el presente y a la vez no presen-

te hijo de Agamenón, por el que precisamente hemos venido, aceptemos el alojamiento en esta casa. *(Dirigiéndose a sus sirvientes.)* Sirvientes, hay que entrar dentro de esta morada. Que mi hospedador, más pobre que rico, es generoso. *(Dirigiéndose a* ELECTRA.) Aunque acepto con sumo gusto el recibimiento en casa de este hombre, preferiría, no obstante, que me acogiese tu hermano en su hogar, cuando éste y él lleguen a ser dichosos. Posiblemente vuelva: los oráculos de Loxias[21] son firmes, [400] pero las profecías de los mortales las mando a paseo. *(Entran en la casa.)*

CORIFEO.—Electra, más ahora que nunca nos está subiendo la temperatura del corazón, pues puede que tras tanto penoso caminar la fortuna se nos presente con buena cara.

ELECTRA.—*(Dirigiéndose a su marido* CAMPESINO.) ¡Atrevido! Conociendo la pobreza de tu casa, ¿por qué has acogido a estos huéspedes que son mejores que tú?

CAMPESINO.—¿Y qué? Si precisamente son, como parecen, nobles, ¿no han de contentarse lo mismo tanto con poco como con mucho?

ELECTRA.—Bueno, como ya has cometido el error, con todo lo humilde que eres, vete adonde el antiguo y querido ayo de mi padre, [410] que junto al río Tánao, ése que marca los límites de la tierra argiva y de Esparta, al cargo está de unos rebaños, después de haber sido expulsado de la ciudad. Pídele que venga a casa y que prepare algo para dar de comer a nuestros huéspedes. ¡Bien que va a alegrarse y a dirigir alabanzas a los dioses cuando oiga que vive el niño al que antaño salvó! No conseguiríamos nada del hogar paterno por parte de mi madre. Más bien le llevaríamos una amarga noticia, si esa desgraciada llegara a enterarse de que Orestes todavía vive.

CAMPESINO.—[420] Pues, si a ti te lo parece, estas noticias le anunciaré al anciano. Tú entra en casa a toda prisa y prepara todo lo de dentro. Déjame que te diga que una mujer, siempre que tenga buena voluntad, puede encontrar muchas provisiones. Además, en casa quedan todavía

---

[21] Apolo.

suficientes alimentos como para saciar su apetito, por lo menos durante un día. (ELECTRA *entra en casa.)* En circunstancias como éstas, cuando me pongo a pensar, observo la riqueza, qué gran poder tiene para atender a huéspedes, o para sanar con todo tipo de dispendios un cuerpo que ha caído enfermo. Pero su importancia para la alimentación de cada día [430] queda reducida a poco: todos los hombres, tanto ricos como pobres, necesitan lo mismo para saciarse. *(Se marcha. El* CORO *de Mujeres Argólicas queda solo en la escena.)*

CORO[22].

Estrofa 1.ª.

Ilustres naves, que un día rumbo a Troya zarpasteis impulsadas por innumerables remos. Acompañabais los coros y danzas de las hijas de Nereo. A lo largo del viaje el delfín, amigo de la flauta, saltos daba al tiempo que giraba alrededor de los azulados espolones de proa. Al hijo de Tetis, a Aquiles, ágil saltador, llevabais, [440] en compañía de Agamenón, hacia Troya, junto a las orillas del Simunte.

Antístrofa 1.ª.

Las Nereidas, tras dejar a un lado los promontorios de Eubea, llevaban la labor surgida de los yunques de Hefesto: el escudo y las armas de oro. Por el Pelión, por los protegidos valles sagrados del Osa, atalaya de las ninfas, al muchacho buscaban. Allí su padre, caballero, lo crió, luz de Grecia, [450] hijo de la marina Tetis, de pies ligeros entre los Atridas.

Estrofa 2.ª.

A alguien llegado de Ilión oí hablar, en los puertos de Nauplia, de tu magnífico escudo, oh hijo de Tetis, de los signos labrados en círculo, terror de los frigios. En el remate de los bordes, Perseo segador de gargantas sobre la superficie del mar, [460] con sus aladas sandalias, sostiene la testa de Gorgona, acompañado de Hermes, mensajero de Zeus, el hijo agreste de Maya.

---

22 Este estásimo coral, en el que se celebran las portentosas glorias del escudo y las armas de Aquiles, da agudo relieve a la naturaleza poco heroica del retorno de Orestes a Argos.

Antístrofa 2.ª.

En la mitad de su enorme escudo, el círculo del sol brilla radiante desde las alturas, sobre caballos alados. Los corros danzantes de astros en el éter, las Pléyades, las Híades, terribles a los ojos de Héctor. En el yelmo labrado en oro, unas esfinges llevan en sus garras la presa ganada con sus cantos. Y en la coraza, en torno a los costados, resoplando fuego una leona se lanza a la carrera, al ver el potro de Pirene.

Epodo.

En la espada matadora brincaban con sus cuatro patas unos caballos, y oscuro alzábase a ambos lados de sus lomos el polvo. Al soberano de estos esforzados hombres en el uso de la lanza lo mató tu lecho, Tindárida, mujer malintencionada. Así es, por tanto, por lo que las divinidades del cielo algún día habrán de enviarte la muerte como acto de justicia. Aún, aún de tu garganta por abajo he de ver la sangre derramándose roja por efecto del hierro.

(Llega el ANCIANO, *el antiguo ayo de Agamenón, y entra en la escena con los preparativos que, por medio del* CAMPESINO, ELECTRA *le había encargado para agasajar a sus huéspedes.)*

ANCIANO.—¿Dónde, dónde está la augusta joven y princesa, la hija de Agamenón, al que un día yo crié hasta que mozo se hizo? ¡El acceso a esta casa, qué escarpado lo tienen para subirlo los pies de este arrugado anciano! Con todo, si es por los seres queridos, habré de arrastrar este arqueado espinazo mío y mis combadas rodillas[23]. *(Ve a* ELECTRA.) Hija, pues justo ahora te estoy viendo junto a la casa, he venido a traerte de mis reses esta criaturita recién nacida que me he llevado a escondidas del rebaño, unas guirnaldas, unos quesos que he cogido de la encella, y este

[23] Quejas similares escuchamos en la boca del anciano pedagogo del padre de Creúsa en la tragedia *Ión: Ión,* 738-40: «Tira, tira de mí y llévame hasta el templo. Cuesta arriba se me hace el oráculo este. Ayuda en su trabajo a los miembros de este anciano y sé mi cura.»

añejo tesoro[24] de Dioniso, de exquisito aroma, poco, pero agradable si lo mezclas en un vaso con una bebida más suave. [500] Que alguien vaya y se lo lleve a los huéspedes a casa. *(No puede evitar derramar unas lágrimas.)* Yo, mientras, con un jirón de mis ropas quiero secarme los ojos que acabo de humedecer de lágrimas.

ELECTRA.—Pero, anciano, ¿por qué tienes los ojos enrojecidos y empapados? ¿Acaso mis males, después de tanto tiempo, te han hecho acordarte de los tuyos? ¿O te lamentas por el desdichado exilio de Orestes, o por mi padre, a quien antaño teniéndolo entre tus brazos criabas, sin que os haya aprovechado a ti o a tus seres queridos?

ANCIANO.—¡Sin provecho! Sin embargo, hay una cosa que sí que no aguanto. Fui junto a su sepulcro, aprovechando que me pillaba de paso [510] y, postrándome ante él, rompí a llorar, pues resulta que me hallaba solo; abrí el odre que traigo para tus huéspedes, hice unas libaciones y deposité alrededor del sepulcro unas ramas de mirto. Pero sobre el altar mismo he visto inmolada una oveja de lana oscura, sangre que no hacía mucho rato que se había derramado, y unos rizos de cabello rubio allí cortados. Y me pregunté con sorpresa, hija mía, quién en buena hora se habría atrevido a llegarse hasta la tumba. ¡Seguro que ningún argivo! Pero quizá ha podido ser que tu hermano ha venido en secreto y al venir honró la desdichada tumba de vuestro padre. [520] *(Saca los rizos que ha encontrado sobre la tumba de*

---

[24] En palabras del anciano leemos, en el original griego, unas modernas formaciones en *-ma* para nombrar, con el mismo significado, los «quesos» y el «tesoro añejo de Dioniso», con que se refiere al vino. Los términos de nuevo cuño *tyreúmata,* 'quesos', y *thesaúrisma,* 'tesoro', constrastan con los más castizos *tyrós* y *thesaurós.* Son buena muestra, al menos, de que en la tragedia, en palabras de Chantraine *(La formation de noms en grec ancien,* París, 1933, pág. 185), se constata lo siguiente: este sufijo aparece profusamente empleado entre los trágicos, especialmente en Eurípides; sirven para designar, aparte de otras nociones más diversas y específicas (un estado, derivados verbales próximos a los nombres en -sis, etc.), cualquier tipo de objeto en general, incluso personas; con frecuencia constituyen el doblete enfático de un sustantivo más usual. Estamos ante una directa influencia del vocabulario jónico. Los ejemplos son muy numerosos.

Agamenón.) Pero mira, compara este mechón con tu pelo: su color es el mismo que el de estos bucles cortados. Por lo general, aquellos que tienen la misma sangre por parte de padre, tienen idénticas la mayoría de las partes del cuerpo.

ELECTRA.—Querido anciano, no estás diciendo palabras dignas de un hombre sensato si crees que, a escondidas por miedo a Egisto, mi valiente hermano ha venido a esta tierra[25]. Además, ¿cómo van a coincidir estos mechones de cabello, unos los de un noble varón que ha crecido en las palestras, y otros de mujer que se peina? ¡Es, por tanto, imposible! [530] Podrías encontrar a muchos hombres con el cabello de idéntico aspecto, sin necesidad de que fuesen de la misma sangre, anciano.

ANCIANO.—Entonces, ven adonde la huella de sus botas y mira si su pie no tiene la misma medida que el tuyo, hija.

ELECTRA.—Pero, ¿cómo sobre un suelo rocoso va a quedar marcada la impronta de los pies? Y aunque así fuese, no sería idéntico el pie de dos hermanos, un hombre y una mujer, sino que el masculino será más grande.

ANCIANO.—¿No sería posible, si tu hermano regresara aquí, que reconocieses la tela salida de tu telar, [540] con la que entonces me lo llevé lejos para que no muriese?

ELECTRA.—¿No sabes que, cuando Orestes se fue al destierro lejos de esta tierra, yo era todavía una niña? Incluso si realmente tejí esos vestidos, ¿cómo, siendo un niño entonces, iba a llevar la misma ropa en la actualidad, a no ser que los vestidos crezcan a la vez que el cuerpo? Por consiguiente, o algún forastero sintió lástima de su tumba y se los cortó a escondidas de los guardias, o quizá haya sido alguien de este país[26].

---

[25] Eso es precisamente lo que ha sucedido: su valiente hermano ha venido a escondidas. Éste es uno de los aspectos de la degradación heroica de Orestes. Su hermana da por imposible una circunstancia que, de hecho, ya ha acontecido.

[26] Es inevitable, en este punto, la comparación con la correspodiente escena de *Las Coéforos* de Esquilo, pieza dramática que desarrolla el mismo tema que la *Electra* de Eurípides. Allí aparecen también, de modo nada casual, los mechones de cabello, la huella del pie y la ropa tejida por Electra para su pequeño hermano antes de escapar. En el drama esquíleo, es la propia Electra quien rápidamente identifica estos elementos con los de su hermano, sin im-

ANCIANO.—Y los forasteros esos, ¿dónde están? Quiero verlos y hacerles algunas preguntas sobre tu hermano. *(Salen de la casa* ORESTES *y* PÍLADES.)

ELECTRA.—Ahí están, ésos que salen de casa con pie veloz.

ANCIANO.—[550] Nobles parecen desde luego, pero ése es un signo falso, ya que muchos, aun siendo nobles de nacimiento, son malvados en realidad. Bueno, da igual. *(Dirigiéndose a los forasteros.)* Hola, forasteros, os saludo.

ORESTES.—Hola, anciano. *(Dirigiéndose a* ELECTRA *en voz baja.)* Electra, esta vieja reliquia de hombre, ¿de cuál de tus amigos es el esclavo?

ELECTRA.—*(Dirigiéndose a* ORESTES *igualmente en voz baja. Entretanto el* ANCIANO *no deja de mirar a* ORESTES.) Éste es el que crió a mi mismísimo padre, forastero.

ORESTES.—¿Qué estás diciendo? ¿Aquel que a tu hermano se llevó furtivamente?

ELECTRA.—Éste es el que lo salvó, si es que todavía sigue vivo.

ORESTES.—¡Eh! ¿Por qué me está mirando lo mismo que si observase el brillante troquelado de una moneda de plata? ¿Acaso me está comparando con alguien?

ELECTRA.—[560] Se alegra al ver que eres de la misma edad que Orestes.

ORESTES.—Claro, de su querido niño. Pero, ¿por qué está dando vueltas a mi alrededor?

ELECTRA.—También me sorprendo yo misma al verlo, forastero.

ANCIANO.—*(Ha reconocido finalmente a* ORESTES.) ¡Oh augusta hija, Electra! ¡Alaba a los dioses!

ELECTRA.—*(Ignorando el descubrimiento del anciano.)* ¿Por qué? ¿Por algo que me falte o por algo que ya tenga?

---

portarle las oportunas objeciones que en nuestro presente drama interpone Electra a las palabras del anciano, que aquí se nos presenta como un ser senil que no razona adecuadamente. También en la pieza de Esquilo, Orestes se presenta en el mismísimo palacio real de Argos, mientras que aquí se acerca primera y cautelosamente a las fronteras, para informarse bien de la situación con vistas a desarrollar más calculada y exitosamente su plan. El drama de Esquilo es más intenso y emotivo, quizá, mientras que Eurípides nos ofrece una versión más realista de la historia. La *Electra* de Eurípides es, de principio a fin, un reto a la versión canónica de Esquilo, aunque no sea ése su único y principal objetivo.

ANCIANO.—Por recobrar un preciado tesoro que dios te está mostrando.

ELECTRA.—¡Velay! Invoco a los dioses. Pero, ¿qué es lo que quieres decir, anciano?

ANCIANO.—¡Pero mírale! *(Señalando a* ORESTES.) ¡Tu ser más querido, hija!

ELECTRA.—Hace un rato que lo estoy viendo. ¿Acaso es que ya no estás en tu sano juicio?

ANCIANO.—¿Que no estoy en mi sano juicio, y estoy viendo a tu hermano?

ELECTRA.—[570] *(Incrédula todavía.)* ¿Qué palabras más increíbles estás diciendo, anciano?

ANCIANO.—Que éste que estoy viendo es Orestes, el hijo de Agamenón.

ELECTRA.—¿Qué tipo de marca has visto, que me convenza?

ANCIANO.—Una cicatriz junto a la ceja, que hace tiempo se hizo con sangre al caerse, en la casa de vuestro padre, cuando perseguía un cervatillo contigo.

ELECTRA.—*(Excitada.)* ¿Qué estás diciendo? ¡Estoy viendo, sí, sí, la señal de su caída!

ANCIANO.—¿Y tardas tanto, entonces, en echarte sobre tu ser más querido y abrazarlo?

ELECTRA.—No por más tiempo, anciano, que con tus indicios ya me he convencido. *(Se echan los dos hermanos el uno en los brazos del otro.)* ¡Después de cuánto tiempo has aparecido! ¡Ya te estoy estrechando contra toda esperanza!

ORESTES.—¡También yo te estoy estrechando después de tanto tiempo!

ELECTRA.—[580] ¡Jamás llegué a creerlo!

ORESTES.—¡Tampoco yo lo esperaba!

ELECTRA.—¿Eres tú de verdad?

ORESTES.—Sí, tu aliado, el primero y el último. Y si lanzo la red que he preparado... pero estoy seguro, o en caso contrario no habría que creer ya más en los dioses, si la injusticia prevalece sobre la justicia.

CORO.—*¡Has llegado, ya has llegado, ay, día tardano! En lo alto nos alumbras. A la ciudad has mostrado una bien visible antorcha que, en un destierro ya añoso, lejos del hogar paterno, triste ca-*

minaba errante![27]. *[590] ¡Un dios, sí, un dios, nuestra nos trae la victoria, amiga mía! ¡Levanta las manos, levanta tu voz, dirige tus súplicas a los dioses! ¡Gracias a la fortuna, a tu fortuna, tu hermano sus pies pone en la ciudad!*

ORESTES.—Bien. Estoy disfrutando de este deseado placer de los abrazos, pero ya seguiremos luego con ello, en otro momento.

A ver, tú, anciano, como has llegado justo en el momento oportuno, dime qué tendría que hacer para vengarme del asesino de mi padre [600] y de su cómplice en su sacrílega boda, mi madre. ¿Qué amigos tendría bien dispuestos en Argos? ¿O estamos completamente arruinados, como nuestra fortuna? ¿Con quién he de aliarme? ¿Sería por la noche o por el día? ¿Qué camino he de seguir para que se vuelva contra mis enemigos?

ANCIANO.—Hijo mío, ahora que eres desafortunado no tienes ningún amigo. Hallazgo sorprendente, déjame que te diga, es pues la cosa esta, compartir en común lo bueno y lo malo. Tú, como en todo has desaparecido de raíz para tus amigos y no has dejado atrás esperanza alguna, escúchame y sábete bien [610] que todo depende de estas manos tuyas y de tu suerte, para recuperar el hogar paterno y tu ciudad.

ORESTES.—¿Qué tendríamos, entonces, que hacer para conseguir este objetivo?

ANCIANO.—Matar al hijo de Tiestes y a tu madre.

ORESTES.—He venido a por este triunfo. Pero, ¿cómo podría lograrlo?

ANCIANO.—Yendo dentro de las murallas no sería posible, desde luego, aunque quisieses[28].

ORESTES.—¿De centinelas y diestras de lanceros está bien provista?

ANCIANO.—Eso ya lo sabes. Te tiene miedo y no duerme seguro.

---

[27] Esta antorcha es la luz de su hermano.

[28] En la tragedia *Las Coéforos*, de Esquilo, es precisamente esto lo que hace, hasta el punto de llamar a las mismísimas puertas del palacio real.

ORESTES.—Bien. Dame, pues, ahora algún consejo, anciano.
ANCIANO.—Escúchame entonces, que se me acaba de ocurrir algo.
ORESTES.—[620] Por favor, explícame esa buena idea, pero que yo lo entienda.
ANCIANO.—He visto a Egisto cuando venía para aquí.
ORESTES.—Comprendo lo que dices. ¿En qué lugar?
ANCIANO.—Cerca de estos prados, donde pacen los caballos.
ORESTES.—¿Qué estaba haciendo? Estoy viendo una esperanza en medio de mi falta de recursos.
ANCIANO.—Preparaba una fiesta en honor de las ninfas, según creo.
ORESTES.—¿En pago por los cuidados de algún hijo, o por alguno que va a nacer?
ANCIANO.—Lo único que sé es que preparaba la inmolación de un buey.
ORESTES.—¿En compañía de cuántos hombres? ¿O sólo con sus sirvientes?
ANCIANO.—No estaba presente ningún argivo. Eran un puñado de los de palacio.
ORESTES.—[630] ¿No habrá nadie que pueda llegar a reconocerme si me ve, anciano?
ANCIANO.—Había sólo sirvientes que, lo que es a ti, nunca te han visto.
ORESTES.—¿Nos serían favorables, en caso de que nos impusiésemos?
ANCIANO.—Sí, es lo propio de los esclavos, y conveniente para ti.
ORESTES.—¿Cómo podría, pues, llegar a acercarme hasta él?
ANCIANO.—Enfilando un camino desde el que te pueda ver cuando sacrifique el buey.
ORESTES.—Junto al camino ese, según parece, tiene sus campos.
ANCIANO.—Al verte allí, te invitará al banquete.
ORESTES.—Amargo convidado, sí, si dios quiere.
ANCIANO.—A partir de ese momento, tienes que discurrir tú mismo el plan, según vayan desarrollándose los acontecimientos.

ORESTES.—[640] Tienes razón. Y nuestra madre, ¿dónde está?

ANCIANO.—En Argos. Pero se reunirá con su esposo en el banquete.

ORESTES.—¿Por qué no salió mi madre a la vez que su esposo?

ANCIANO.—Se quedó atrás por temor al reproche de sus conciudadanos.

ORESTES.—Comprendo. Sabe que se le mira con desconfianza en la ciudad.

ANCIANO.—Así es. Una mujer impía es objeto de odio.

ORESTES.—¿Entonces qué? ¿Los mato a ella y a él a la vez?

ELECTRA.—De la muerte de nuestra madre ya me encargo yo.

ORESTES.—Sin lugar a dudas, la suerte dispondrá con éxito todo aquello.

ELECTRA.—¡Que obedezca las órdenes de ambos!

ORESTES.—[650] Así ha de ser. ¿Cómo piensas matar a nuestra madre?

ELECTRA.—Anciano, irás y le dirás esto a Clitemestra. Anúnciale que acabo de dar a luz a un niño varón.

ANCIANO.—¿Le digo que has dado a luz hace tiempo, o más bien hace poco?

ELECTRA.—Hace diez días, después de los cuales ya está limpia la parturienta.

ANCIANO.—A ver, pero, ¿en qué modo ayuda esto a la muerte de tu madre?

ELECTRA.—Ella vendrá aquí al oír lo de mi parto.

ANCIANO.—¿Cómo? Pero, ¿crees que tú le importas algo, hija?

ELECTRA.—Sí, e incluso llorará por el valor de mi hijo.

ANCIANO.—Tal vez. Ve otra vez al grano.

ELECTRA.—[660] Está bien claro que morirá cuando acuda aquí.

ANCIANO.—*(El* ANCIANO *empieza a imaginar la situación.)* Vamos a ver: está ya ante la misma puerta de tu casa.

ELECTRA.—¿No van a convertirse, pues, en ese momento prácticamente en las puertas del Hades?

ANCIANO.—Pues sí. Morir podría yo entonces después de haberlo presenciado.

ELECTRA.—Lo primerísimo de todo, guía a Orestes, anciano.
ANCIANO.—¿Donde Egisto se encuentra ahora disponiendo los sacrificios en honor de los dioses?
ELECTRA.—Sí. Después ve al encuentro de mi madre y comunícale mis palabras.
ANCIANO.—De modo que parezca que salen de tu propia boca.
ELECTRA.—*(Dirigiéndose a* ORESTES.*)* Ahora es ya cosa tuya[29]. Te ha tocado a ti el primer asesinato.
ORESTES.—Enfilaría al punto mi camino, si algún guía me enseñase el camino.
ANCIANO.—[670] Pues yo mismo, sí señor, he de acompañarte, y no contra mi voluntad.

(Inician juntos las plegarias a los dioses.)

ORESTES.—¡Oh Zeus paterno y garante de la victoria sobre mis enemigos!
ELECTRA.—Compadécete de nosotros, que padecemos sufrimientos dignos de compasión.
ANCIANO.—Compadécete de estos vástagos que de ti proceden.
ORESTES.—Hera, tú que imperas sobre los altares de Micenas...
ELECTRA.—...concédenos la victoria, si pretendemos un fin justo.
ANCIANO.—Concédeles, sí, justicia vengadora por su padre.
ORESTES.—Tú, padre, que bajo tierra habitas sin un funeral digno, víctima de una acción impía...
ELECTRA.—... y Tierra soberana, a la que mis brazos entrego...
ANCIANO.—...protege, protege a estos queridísimos hijos.
ORESTES.—[680] Ahora, ven tomando por aliados a todos los muertos...
ELECTRA.—...que contigo a los frigios mataron a golpe de lanza...
ANCIANO.—...y cuantos aborrecen a los impíos criminales.

---

[29] Expresión coloquial en el original.

ORESTES.—¿Lo has oído, padre, que has padecido sufrimientos terribles por parte de mi madre?

ANCIANO.—Todo —yo lo sé— lo oye tu padre. Pero ya es el momento justo de marchar.

ELECTRA.—*(Dirigiéndose a* ORESTES.*)* Todo, lo sé. En esta empresa es preciso que te comportes como todo un hombre. Y antes que nada, te digo que Egisto ha de morir. Pues, si durante la lucha caes con un golpe mortal, muerta estoy yo también, y ya no podrás contarme entre los vivos, ya que tendría que asestar un golpe a esta cabeza mía con una espada de doble filo. Voy a ir dentro de casa a disponer los preparativos. Si llegan noticias dichosas sobre ti, toda la casa ha de irrumpir en un griterío total. En cambio, si mueres, sucederá todo lo contrario. Esto te digo. (ORESTES *se va. Ahora* ELECTRA *se dirige a las mujeres.)* Y vosotras, mujeres, dadme gritos para indicarme el desenlace del combate. Yo, mientras, montaré guardia manteniendo en vilo en todo momento en mi mano la espada; que jamás a mis enemigos, si resulto vencida, la satisfacción he de ofrecerles de infligir ultrajes a mi cuerpo. *(Entra en casa.)*

CORO.

Estrofa 1.ª.

Aún perdura en antiguos relatos la leyenda de que Pan, señor de los campos, al compás de una bella melodía inspirada en su bien trabada flauta, arrancó de su madre un hermoso cordero de áureo vellocino y que desde las montañas de Argos lo trajo. Y que entonces sobre un pétreo pedestal, firme en pie, un heraldo proclamaba: «A la asamblea, a la asamblea, varones de Micenas, enfilad el camino, y veréis el terrible portento de los monarcas bienaventurados.» Y los coros honraron la casa de Atreo.

Antístrofa 1.ª.

Los altares trabajados en oro se abrían, e iluminaba la ciudad de Argos la llama de las aras. La flauta de loto emitía el más hermoso de sus sones, sierva de las Musas, y los cantos alzábanse deliciosos por el cordero de oro. Luego se sucedieron los dolos de Tiestes[30]

[30] El texto está corrupto. Seguimos la propuesta de Camper.

[720], pues, tras atraer para su causa a la querida esposa de Atreo, se acuesta secretamente con ella, lleva el portento a sus mansiones y, tras regresar a la asamblea, a gritos proclama que en casa tiene la cornuda res del vellocino de oro[31].

Estrofa 2.ª.

Entonces, sí, sí, entonces fue cuando Zeus trastocó el resplandeciente curso de los astros, el fulgor del sol, [730] y el albo rostro de la Aurora. El sol se dirigió al occidente con su cálida llama, inflamada por los dioses, y las nubes enchidas de agua en dirección a la Osa. Las áridas sedes de Amón se consumieron sin probar la escarcha, privadas de las muy beneficiosas lluvias de parte de Zeus.

Antístrofa 2.ª.

Cuéntase esto, mas escaso crédito, al menos para mí, tiene: que el cálido sol se dio la vuelta, [740] trastocando el curso de su áureo rostro para desgracia de los hombres, por el delito de un hombre. Estas leyendas, que miedo inspiran entre los mortales, únicamente a los dioses benefician.

No recordaste nada de esto y a tu esposo diste muerte, mujer emparentada de nacimiento con ilustres hermanos[32].

(Se escuchan ruidos que provienen de lejos, del campo. Son las voces de Egisto mientras está siendo asesinado por ORESTES*)*[33].

CORIFEO.—¡Eh, eh! Amigas, ¿habéis escuchado un grito, o una vana sospecha en mí se ha deslizado, como un trueno

---

[31] Tiestes, hermano gemelo de Atreo, sedujo a su cuñada Aérope para que ésta le entregase el cordero de oro que aseguraba a su marido Atreo el poder real. Con todo, Atreo consiguió conservar la corona gracias a la intervención de Zeus. En el debate que se planteó a los habitantes de Micenas, Tiestes propuso que fuese elegido rey aquel que pudiese mostrar un vellón de oro. Atreo aceptó, ignorante del hurto, perdió y Tiestes fue proclamado rey. Pero Atreo argumentó, con ayuda de Zeus, que el verdadero soberano fuera designado a raíz de otro prodigio, a saber, invertir el curso del sol. Así sucedió, y Atreo recuperó el trono.

[32] Se refiere a Clitemestra. Sus ilustres hermanos son la famosa Helena y los dos Dióscuros, hijos de Zeus.

[33] La escena del crimen está demasiado lejos en realidad, como para que se puedan oír sus gritos desde la casa de Electra. Se trata de una convención teatral a efectos dramáticos.

subterráneo de Zeus? ¡Velay! Un sonido ya más perceptible se está elevando por el aire. [750] Señora, Electra, sal de casa.

ELECTRA.—*(Saliendo de casa.)* Amigas, ¿qué pasa? ¿Cómo vamos en el combate?

CORIFEO.—Sólo sé una cosa: estoy oyendo gritos de muerte.

ELECTRA.—También yo los oigo, de lejos, sí, pero los oigo.

CORIFEO.—Lejana llega una voz, pero bien clara, desde luego.

ELECTRA.—¿Son de un argivo los lamentos, o de mis amigos?

CORIFEO.—No lo sé, pues el concierto de gritos está todo mezclado.

ELECTRA.—Estás proclamando mi pena de muerte. ¿Por qué la estamos retrasando?

CORIFEO.—Espera hasta llegar a conocer en concreto tu suerte.

ELECTRA.—No es posible. Hemos sido vencidos. ¿Dónde están, si no, los mensajeros?

CORIFEO.—[760] Ya vendrán. No es nada sencillo matar a un rey.

(Llega un mensajero. En realidad es un siervo de ORESTES.*)*

MENSAJERO.—¡Oh, gloriosa victoria, doncellas de Micenas! Que ha vencido Orestes yo lo anuncio a todos sus amigos, y que el asesino de Agamenón, Egisto, yace muerto en el suelo. ¡Venga! Hay que dar gracias a los dioses.

ELECTRA.—¿Y quién eres tú? ¿En qué modo son fiables las señales que me estás dando?

MENSAJERO.—¿No me conoces, si me has visto antes como sirviente de tu hermano?

ELECTRA.—Amigo mío, déjame que te diga que por el miedo te desconocía el rostro, pero ahora claro que te conozco. ¿Qué estás diciendo? ¿Está muerto el abominable asesino de mi padre?

MENSAJERO.—[770] Muerto está. Dos veces te lo digo, si ése es tu deseo.

ELECTRA.—¡Dioses! ¡Justicia que todo lo ves, por fin has llegado! ¿De qué manera, qué orden han seguido los pasos de la muerte del hijo de Tiestes? Quiero saberlo.

MENSAJERO.—Después de partir de esta casa, fuimos avanzando por la carretera de doble carril hasta el lugar en el que estaba el ilustre soberano de los miceneos. Se encontraba en los jardines bien regados a los que había acudido, cortando y trenzando tiernas ramas de mirto para su cabeza. Entonces, al vernos, nos grita: «Bienvenidos, forasteros. ¿De qué lugar venís? ¿De qué tierra sois?» Y Orestes entonces dice: «Tesalios. Nos dirigimos al Alfeo para ofrecer nuestros sacrificios al Zeus de Olimpia.» Al escuchar esto, Egisto se dirige a nosotros del siguiente modo: «Pues ahora estáis obligados a disfrutar de mi hospitalidad y uniros junto con nosotros a este banquete. Resulta que me encuentro sacrificando una vaca en honor de las ninfas. Si mañana os levantáis temprano de la cama, recuperaréis este tiempo. ¡Venga! Vayamos a casa —al tiempo que decía estas palabras, nos tomaba de la mano y nos iba conduciendo— no os podéis negar.» Luego, cuando ya estábamos en casa, dijo esto: «Que alguien traiga a toda prisa agua de baño para los forasteros, para que así puedan acercarse al ara junto al agua lustral.» Pero replicó Orestes: «Acabamos de purificarnos con las cristalinas aguas de la corriente de un río. Si nosotros, forasteros, tenemos que celebrar un sacrificio en compañía de tus ciudadanos, Egisto, listos estamos y nada objetamos, soberano.» Así, a medias, pusieron fin a la conversación.

Una vez que los sirvientes dejaron en el suelo sus lanzas, protección de su señor, se pusieron todos manos a la obra. Unos traían el cuenco donde se recogería la sangre de la víctima, otros sostenían las cestas, y otros iban encendiendo fuego y disponiendo derechamente junto a las aras las marmitas. El edificio entero resonaba. El marido de tu madre coge unos granos de cebada y los arroja al altar, al tiempo que pronuncia estas palabras: «Ninfas que habitáis entre las rocas. Que muchas veces yo os ofrezca sacrificios de vacas, y que a mi esposa, la hija de Tindáreo que en casa está, y a mí nos siga yendo tan bien como hasta ahora; a mis enemigos, en cambio, que les vaya mal», con lo que quería referirse a Orestes y a ti. Mi amo, por su parte, suplicaba lo contrario —mas sin hacer oír sus palabras—, es decir, recuperar los palacios paternos.

Tras coger Egisto de la cesta un cuchillo sacrificial recto, corta un mechón de pelo de la ternera, lo echa al fuego sagrado con su diestra, degüella la ternera que unos sirvientes sostienen con sus dos manos de sus patas, y dice lo siguiente a tu hermano: «Una de las virtudes de las que se ufanan los tesalios es la de despedazar bien al toro y hacer a los caballos obedientes al bocado. Toma el cuchillo, forastero, y demuestra que es fama verdadera entre los tesalios». Y él, arrebatándole de las manos la bien forjada herramienta doria[34], [820] quitándose de los hombros la elegante capa[35], toma a Pílades como asistente para la faena y manda salir fuera a los sirvientes. Toma una pata de la ternera y, estirando los brazos, va desnudando las blancas carnes. La despelleja con más rapidez que con la que un corredor a caballo culmina una carrera doble, y va abriendo sus costados. Tomando entre sus manos las partes sagradas, Egisto las va observando. Al hígado le faltaba el lóbulo[36], y sus hendiduras y el depósito de la bilis ofrecían un funesto aspecto al examinador. [830] Entonces, se pone de mal humor y mi señor le pregunta: «¿Qué cosa te disgusta?» «Forastero, temo una trampa procedente del exterior. De entre todos los mortales, mi mayor enemigo es el hijo de Agamenón, hostil a mi casa.» Y él dijo: «¿Estás asustado, entonces, por las trampas de un fugado, cuando tú eres el soberano de la ciudad? ¿No va alguien a traernos, para que nos regalemos con un buen festín, un hacha de Ftía en vez de este cuchillo dorio, para abrir de nuevo una brecha en el costillar?» La coge y hace un corte. Egisto toma las vísceras y las observa separándolas una a una. Y mientras éste permanece inclinado hacia abajo, [840] tu hermano se coloca de puntillas, le asesta un golpe en el espinazo y le quiebra los huesos de la espalda. Todo su cuerpo se agitaba convulsivamente arriba y abajo entre jadeos, y se retorcía muriendo de lenta y penosa muerte[37].

---

[34] Se refiere, obviamente, a un cuchillo dorio usado en los sacrificios.
[35] Se trata de un tipo de capa o manto ceñido con un broche.
[36] Este elemento era importante a la hora de examinar las entrañas del animal.
[37] Nótese la crudeza del relato, que no ahorra detalles escabrosos.

Los sirvientes, al verlo, al punto se precipitaron sobre sus lanzas, para combatir a dos personas, siendo ellos numerosos como eran. Gracias a su hombría, Pílades y Orestes permanecieron firmes frente a frente blandiendo sus armas. Y les dijo: «No he venido con ánimo hostil contra la ciudad ni contra mis sirvientes, sino que yo, el desdichado Orestes, acabo de vengarme del asesino de mi padre. Así pues, no me matéis, antiguos sirvientes de mi padre.» Ellos, después de escuchar sus palabras, detienen los mangos de sus lanzas. Entonces lo reconoció un viejo anciano de la casa. Al punto cubrieron con guirnaldas la cabeza de tu hermano, regocijándose en medio de un potente griterío. Viene para mostrarte su cabeza, no la de Gorgona, sino la de Egisto, a quien tú aborreces. Sangre a cambio de sangre: cara y amarga la amortización del préstamo que le ha llegado al que acaba de morir ahora[38].

Estrofa 1.ª.

CORO.—*¡Pon a bailar, querida mía, tus pies, como cervatillo que al cielo eleva sus brincos jubilosos! Conquista tu hermano una victoria más valiosa que las que se ganan cabe a las corrientes del Alfeo. ¡Bravo! Entona una canción de victoria para acompañar mi danza.*

ELECTRA.—*¡Oh resplandor, oh brillo del carro solar, oh tierra y noche que hasta este momento sólo veía! Ahora estos ojos míos libres son para desplegar su mirada, toda vez que ha caído Egisto, el asesino de mi padre. ¡Ea! Saquemos todas las joyas que en casa para mi cabello tengo yo guardadas, queridas amigas, que voy a coronar la cabeza de mi hermano vencedor. (Electra entra en casa.)*

Antístrofa 1.ª.

CORO.—*Saca y trae, pues, las joyas para coronar su cabeza. Nosotras daremos paso a nuestra querida danza en honor de las Musas. Ahora los amados reyes de nuestra tierra, los de antaño, son nuestros soberanos con toda justicia, en habiendo derrocado a los injustos. Pero, ¡venga! ¡Que en estrecha armonía de gozo suenen las flautas y los cantos!*

---

[38] A la hora de saldar sus deudas, Egisto ha tenido que pagar un alto precio.

(Entran en escena Orestes *y* Pílades. *Algunos de sus servidores cargan con el cadáver de Egisto. En este momento sale* Electra *con las joyas que ha ido a buscar.)*

Electra.—¡Oh glorioso vencedor, Orestes, nacido de padre victorioso en la batalla sobre Ilión! Acepta esta diadema sobre los rizos de tu cabello, pues retornas a casa no tras disputar una carrera inútil de seis pletros[39], mas habiendo dado muerte a un enemigo, a Egisto, que fue el causante de la ruina de tu padre y el mío. *(Dirigiéndose ahora a* Pílades.*)* Y tú, Pílades, compañero de armas, discípulo de un hombre de la mayor piedad, acepta de mis manos una guirnalda, pues llevas tú también igual parte que éste en el combate. Así siempre os vea yo a los dos gozando de buena fortuna.

Orestes.—A los dioses, lo primero de todo, Electra, considera los responsables de esta buena suerte, luego alábame, sí, a mí, como ejecutor de los dioses y de la fortuna, pues estoy de regreso tras matar a Egisto, no de palabra sino de hecho. Y, a fin de añadir certeza visual de ello, te traigo al muerto en persona. Si lo deseas, dáselo de pasto a las fieras, o, como despojo para las aves, hijas del éter, clávalo y ensártalo en un palo. Ahora es esclavo tuyo aquel al que, poco ha, llamabas amo.

Electra.—Me da vergüenza, mas con todo quiero hablar[40].

Orestes.—¿Qué cosa? Dilo, que estás ya fuera de peligro.

Electra.—Insultar a los cadáveres. No sea que alguien me eche el mal de ojo.

Orestes.—No hay nadie que vaya a reprochártelo.

Electra.—Difícil de satisfacer y amiga de los vituperios es nuestra ciudadanía.

Orestes.—Habla, si algo quieres decir, hermana, que compartimos un odio sin tregua hacia él.

---

[39] Medidad de longitud equivalente a 100 pies.

[40] Éste es el recato propio de las mujeres al hablar. Ya lo vimos también en los versos 40-41 y 293-300 de *Las Suplicantes,* y en *Las Troyanas,* 654. También, más adelante, en los versos 945-6.

ELECTRA.—*(Se dirige al cadáver.)* Bien. ¿Con qué maldades sobre ti podría empezar mis palabras, cuáles dejo para el final, cómo dispongo la parte central de mi discurso?[41]. La verdad es que nunca, a lo largo de cada día, he dejado de mascullar una y otra vez lo que hubiese deseado decirte a la cara, si hubiese estado, por supuesto, libre de los temores del pasado. Ahora por fin lo estamos, así que te dedico todos aquellos insultos que hubiese querido decirte en vida. Acabaste conmigo, y a éste *(Señalando a su hermano* ORESTES) y a mí nos dejaste huérfanos de padre, y eso que no sufriste daño alguno.

Te casaste de un modo completamente vergonzoso con mi madre y mataste al hombre que comandó a los griegos, sin ni siquiera haber ido tú a Frigia. Llegaste a un punto tal de insensatez, que confiabas en que no tendrías a mi madre mal dispuesta con respecto a ti, si te casabas con ella, y mancillaste el lecho de mi padre. Sábete que cuando alguien busca la ruina de la esposa de algún hombre acostándose secretamente con ella, y luego se ve forzado a tomarla, es un miserable si cree que ella, que no ha tenido continencia entonces, la va a tener en el futuro con él. Has estado llevando una vida dolorosa en sumo grado, aunque tú no creyeras que vivías mal, ya que sabías entonces que habías contraído unas nupcias no santas, y mi madre a su vez sabía que tenía un marido impío: tú. Siendo como erais los dos unos malvados, habéis recibido[42] cada uno la suerte del otro, ella la tuya, y tú el mal de ella.

En todo Argos oías que decían «el marido de la mujer», y no «la mujer del marido». Y esto es un hecho bien vergonzoso, que la mujer vaya por delante en la casa,

---

[41] La influencia de la retórica en las obras de Eurípides llega hasta el punto de que un personaje se plantee, como en este caso, el orden y la disposición que va a seguir en su discurso. Ya sea abiertamente como aquí, ya sea más solapadamente, los discursos de las tragedias de Eurípides acostumbran a estar muy bien construidos. Conscientemente retóricos o no, los personajes de Eurípides se preocupan por que sus palabras alcancen el efecto deseado. Cfr. *Las Troyanas*, 909-10: «Todo mi discurso, una vez compuesto, a muerte la va a condenar *(sc.* a Helena) en forma tal que no tiene escapatoria alguna.»

[42] Lectura de los manuscritos.

y no el marido. Me resultan verdaderamente odiosos los hijos que no reciben entre sus conciudadanos el nombre de su padre, sino el de la madre. Cuando un hombre contrae un matrimonio notable y de clase superior, el nombre del varón no es nada, sólo el de la mujer. Te jactabas de ser alguien por el poder de tus riquezas —esto es lo que más te engañaba, sin tú saberlo—, [940] pero éstas no son nada que no sea compañía para poco rato. El temple de una persona, ése es el valor seguro, no sus riquezas. Lo primero aleja los males a fuerza de resistir siempre, mas la riqueza, si es injusta y está en malas manos, se escapa volando de casa tras florecer corto tiempo.

Con respecto a las mujeres, guardaré silencio, pues para una doncella hablar no es decoroso; no obstante, insinuaré de forma velada algunas cosillas fáciles de comprender. Como eras dueño de una casa real y estabas bien provisto de belleza, te comportabas sin mesura. Pero por lo que a mí respecta, que mi esposo no sea de aspecto mujeril, sino de carácter varonil, [950] pues los hijos de éstos se aferran devotamente a Ares[43], pero los niños monos, como todo el mundo sabe, sólo sirven de adorno en las danzas. ¡Vete a...![44]. Ha resultado que no sabes nada de aquello por lo que, andando el tiempo, has pagado tu pena. Por consiguiente, que ningún facineroso crea, si ha corrido bien la primera parte de la carrera, que ha vencido a la Justicia antes de llegar a la línea de meta y alcanzar el término de su vida[45].

CORIFEO.—Ejecutó actos terribles y terrible es el pago que os ha devuelto a ti y a tu hermano. En verdad, la Justicia tiene gran poder.

ELECTRA.—Bien. Sirvientes, hay que llevar su cuerpo dentro y ocultarlo en la oscuridad [960] para que, cuando llegue mi madre, no vea el cadáver antes de que ella misma muera.

---

[43] Es decir, a la guerra.
[44] La expresión del original tiene cierto tono de maldición.
[45] Nuevamente se repite el tópico de la inconstancia de la fortuna.

ORESTES.—*(Ve llegar a lo lejos a su madre.)* Espera. Hablemos de otro asunto.

ELECTRA.—¿Qué pasa? ¿Es que estás viendo venir de Micenas a hombres que acuden a prestar su auxilio?

ORESTES.—No, más bien a la madre que me parió.

ELECTRA.—*(Viéndola también.)* Justamente se está encaminando del modo que nos conviene al centro de la trampa. ¡Y bien que se rodea de brillo con sus carruajes y sus vestidos de gala![46].

ORESTES.—¿Qué vamos a hacer entonces? ¿Vamos, pues, a asesinar a nuestra propia madre?

ELECTRA.—¿Es que te ha entrado compasión, al ver la figura de nuestra madre?

ORESTES.—¡Huy! ¿Pero cómo voy a matar a la que me alumbró y crió?

ELECTRA.—[970] Tal cual como precisamente ella dio muerte a tu padre y al mío.

ORESTES.—¡Oh Febo! Muy insensata, sí, es la profecía que revelas...

ELECTRA.—Pero, si Apolo es torpe, ¿quiénes son sabios?

ORESTES.—...al proclamar tu oráculo que mate a quien no debo: a mi madre.

ELECTRA.—¿Pero en qué te perjudica vengar a tu padre?

ORESTES.—Tendría que expatriarme entonces, siendo como soy inocente en este momento.

ELECTRA.—Y si no prestas este servicio a tu padre has de ser un hombre impío[47].

ORESTES.—Lo sé. Pero tendré que pagar la pena por el asesinato de nuestra madre.

---

[46] Éste debe ser el estilo de las hermanas Helena y Clitemestra. Sobre la primera, cfr. *Las Troyanas*, 1022-8: «Y después de esto, sales aquí a lucir el palmito, bien ataviada, y contemplas el mismo cielo que tu esposo. ¡Habría que escupirte a la cara! Debías haber venido en actitud humilde, con jirones de ropas, temblorosa entre escalofríos y con la cabeza afeitada como los escitas, haciendo gala de moderación más que de impudicia, después de todos tus errores del pasado.» Incluso en una situación crítica, estas mujeres no pierden la elegancia y el *glamour*.

[47] Si mata a su madre por vengar a su padre va a quedar manchado pero, por no ejecutar la debida venganza, igualmente recibiría otra mancha. Este hecho también queda reflejado en *Las Coéforos* de Esquilo.

ELECTRA.—¿Y qué pasará si renuncias a la venganza por nuestro padre?

ORESTES.—¿Y si fue un espíritu vengador el que hablaba, fingiendo ser un dios?

ELECTRA.—[980] ¿Sentado sobre el trípode sagrado? Yo, desde luego, no lo creo.

ORESTES.—Pues yo no me dejaría convencer de que ese oráculo está bien revelado.

ELECTRA.—No te acobardes y caigas en falta de hombría; antes bien, ve a tenderle el mismo engaño con el que destronó y mató a su marido, con la ayuda de Egisto[48].

ORESTES.—Voy a entrar. Estoy emprendiendo un cometido terrible, y voy a realizar una acción verdaderamente terrible. Si así lo han resuelto los dioses, así sea. Amarga, pero también dulce, me resulta la proeza esta[49].

(ORESTES *y* PÍLADES *entran en casa. Llega* CLITEMESTRA *montada en un carro y acompañada por un séquito de mujeres troyanas.)*

CORIFEO.—¡Oh, reina del país argivo, hija de Tindáreo, [990] y hermana de los dos nobles vástagos de Zeus[50], que el llameante éter entre los astros habitan, en medio de las rugientes olas del mar, en cumplimiento de misión salvadora de mortales! ¡Salud! Te venero igual que a los dioses por tu dichosa riqueza y tu inmensa felicidad. De cuidarse de tu fortuna es ahora el momento justo, oh reina.

---

[48] Wilamowitz.

[49] En *Las Coéforos* de Esquilo, Orestes no pone en duda en ningún momento la validez del oráculo de Apolo, como sí hace aquí, además de modo insistente. En la tragedia esquilea duda inicialmente cuando ve llegado el momento de acometer el asesinato de su madre, pero, tras ser inteligentemente aleccionado por Pílades, se lanza plenamente decidido a completar su venganza. El Orestes esquileo es, si puede decirse así, más valiente, más entero y más héroe que el Orestes de Eurípides, que deja asomar sin pudor sus temores y su indecisión. No actúa en modo alguno por plena y propia convicción, sino forzado por las circunstancias.

[50] Los Dióscuros Cástor y Polideuces, que más tarde aparecen al final de la pieza para resolver la situación planteada.

CLITEMESTRA.—Bajad del carro, troyanas, y tomadme de la mano para que pueda asentar mis pies fuera de este carruaje. Las moradas de los dioses están adornadas con despojos de Frigia, y yo a estas mujeres las puse aparte del sorteo de la tierra troyana, corta recompensa a cambio de la hija que perdí[51], y las he tomado como hermosa posesión para mi hogar.

ELECTRA.—¿Acaso yo —ya que como si fuese una esclava fui echada de la casa paterna y desgraciada habito esta casa— no puedo tomarte de tu dichosa mano?

CLITEMESTRA.—Las esclavas están aquí para ese cometido. No te fatigues tú por mí.

ELECTRA.—¿Y qué? Como a una cautiva —déjame que te diga— me sacaste fuera de mi hogar. Al ser conquistados los palacios, conquistada fui yo, al igual que estas mujeres, huérfana además de padre.

CLITEMESTRA.—Así es, en efecto. Tales resoluciones tu padre dejó determinadas en relación con aquellos seres queridos suyos, contra los que menos debería haber obrado así. Te lo voy a contar, aunque, cuando una mujer es presa de mala reputación, hay una cierta acritud en sus palabras. Por lo que a mí respecta, no sin buenas razones; tras conocer y comprender la historia, en caso de que haya motivos para odiarme, justo será que efectivamente me odies; pero, si no los hay, ¿qué necesidad hay de odios?

Tindáreo me entregó en matrimonio a tu padre no para que muriésemos yo o los hijos que engendrase. En cambio él, engañando a mi hija so pretexto de unas bodas con Aquiles, se marchó y se la llevó de nuestra casa rumbo a Áulide, el refugio de los barcos[52]. Allí, tras ponerla bien extendida sobre una pira, desgarró las blancas mejillas de

[51] Se refiere a Ifigenia. Cfr. nota más adelante.

[52] Dícese que en Áulide estaba amarrada la flota griega en la guerra contra Troya. Según la tragedia *Ifigenia entre los Tauros*, 10-14: «Hasta allí, como es bien sabido, el soberano Agamenón condujo una flota griega de mil navíos, porque quería tomar para gloria de los aqueos la bella corona del triunfo sobre Ilión, tratando de vengar las oprobiosas bodas de Helena, y hacer un favor a Menelao.»

Ifigenia[53]. Y si, bien por dar completo remedio a la conquista de la ciudad, o por prestar un servicio a su patria, o por salvar a sus demás hijos, hubiese matado a una única hija por el bien de muchos, podría haber sido perdonable dicha acción. Pero en este caso particular, como Helena es una desvergonzada y su marido no supo castigar a su esposa por traidora, por todo ello hizo matar a mi hija. Pues bien, después de estos hechos, aunque yo había sufrido un trato injusto, no me enfurecí ni habría llegado al punto de matar a mi esposo, pero entonces él me vino con una ménade poseída, una muchacha; la trajo y la metió en su cama, así que éramos dos las mujeres que tenía a la vez en la misma casa[54].

No cabe duda, las mujeres somos un poco alocadas, no digo lo contrario, pero cuando, en tales circunstancias, el marido comete un desliz y deja a un lado la cama casera, imitar desea la mujer al marido, y hacerse con otro amante. ¡Y luego sobre nosotras brillan como luz del día los insultos, y los hombres, en cambio, responsables de esto, no oyen hablar mal de ellos!

Y si Agamenón hubiese sido raptado de su casa en secreto, ¿habría tenido yo que matar a Orestes para salvar a Menelao, el esposo de mi hermana? Y tu padre, ¿cómo lo ha-

[53] En la tragedia *Ifigenia entre los Tauros,* en este mismo volumen, se relatan más en detalle estos hechos, a los que Eurípides dedicó una pieza completa, *Ifigenia en Áulide.* El adivino Calcante profetizó a Agamenón que no conseguiría hacer zarpar la flota griega, amarrada en Áulide, hasta que no sacrificase a su hija Ifigenia. La hizo ir hasta Áulide con el pretexto de casarla con Aquiles, pero en realidad sus intenciones eran las de inmolarla. Ártemis salvó a Ifigenia en el último momento, poniendo un cervatillo en su lugar, aunque todos la creen muerta, y se la llevó a su templo en tierra de los tauros, en la actual Crimea, para que ejerciese allí de sacerdotisa.

[54] Se está refiriendo a Casandra, hija de Príamo y Hécabe, a quien tomó a la fuerza después de conquistar Troya. Cfr. *Las Troyanas,* 41-44: «Y a aquella que como delirante doncella consagró el soberano Apolo, a Casandra, la ha tomado Agamenón por la fuerza como esposa en secreto, a expensas de dejar a un lado lo divino y lo piadoso.» Casandra poseía el don de la profecía, que le venía de Apolo. El dios tomaba posesión de ella y, en pleno delirio, ella formulaba sus oráculos. Por ello son frecuentes las alusiones a ella como 'la ménade poseída' y expresiones similares.

bría soportado? Entonces, ¿no tendría que haber muerto, toda vez que él mató a mis hijos? ¿Tengo que sufrir yo por ello? Lo maté, me dirigí hacia sus enemigos, la única vía posible. Pues, ¿quién de sus amigos habría tomado parte conmigo en el asesinato de tu padre?

Habla, si quieres, y contraargumenta con franqueza el modo en que tu padre no murió conforme a la justicia.

Corifeo.—Has dicho palabras de justicia, pero esa justicia tuya se sostiene sobre grandes torpezas. Pues sí. La mujer debe acomodarse al marido en todo, al menos la que sea sensata. Y la que no crea esto, no entra en el número de mis cálculos.

Electra.—Recuerda, madre, las últimas palabras que has dicho, al darme franqueza para hablarte.

Clitemestra.—Y ahora lo vuelvo a afirmar y no lo niego, hija.

Electra.—¿No vas, después de oírme, madre, a obrar mal conmigo?

Clitemestra.—No, no. A tus sentimientos he de aplicar dulzura[55].

Electra.—Entonces voy a hablar. Éste es el comienzo de mis primeras palabras[56]: ojalá tuvieses, madre, mejores sentimientos. Desde luego, vuestra belleza es digna de alabanza, la de Helena y la tuya —las dos sois hermanas—: pero ambas sois insensatas e indignas de Cástor. Ella porque fue raptada de buen grado y se buscó la ruina, y tú porque has acabado con el hombre más excelente de Grecia, aunque alegabas como pretexto que mataste a tu esposo en nombre de tu hija, pues los demás no te conocen bien, al menos no como yo misma.

---

[55] Clitemestra se muestra bondadosa con su hija, e incluso se ha tomado la molestia de ofrecer y explicar a Electra las razones que tenía para ejecutar su crimen aunque, como su hermana Helena en *Las Troyanas*, omite del relato elementos que de ningún modo puede justificar y que indefectiblemente la condenarían, como, por ejemplo, el mal trato que ha infligido a sus hijos inocentes.

[56] Nuevamente, Electra da muestras evidentes y explícitas de querer disponer ordenadamente sus palabras.

Antes de que se hubiese decidido el sacrificio de tu hija, [1070] y cuando tu marido acababa de partir lejos de casa en barco, ya estabas tú atusándote ante el espejo los rizos de tu rubia melena. Y a la mujer que, cuando su marido se encuentra ausente de casa, se dedica tanto a su belleza, táchala de ser poco decente, ya que no necesita lucir de puertas para fuera un bello rostro, a no ser que ande buscando algún mal. Tú eras la única de entre todos los griegos, que yo sepa, que, cuando los troyanos tenían éxito, se alegraba, y que, cuando resultaban derrotados, ensombrecías la mirada porque no deseabas que Agamenón regresara de Troya[57]. [1080] ¡Y bien fácil que te habría resultado ser honesta! Tenías por esposo a un hombre no peor que Egisto, y al que la Hélade había elegido como su general. Como tu hermana había ejecutado semejantes acciones, tenías la posibilidad de conseguir gran gloria, ya que los males sirven de ejemplo y espectáculo a las buenas gentes. Y si, como dices, nuestro padre mató a tu hija, ¿mi hermano y yo qué injusticia hemos cometido contra ti? ¿Cómo es que, una vez que mataste a tu esposo, no nos entregaste la casa de nuestro padre, sino que a tu matrimonio te llevaste [1090] lo de otros, comerciando con tus bodas a este precio?

Y no es tu esposo el que anda desterrado en lugar de tu hijo, ni ha muerto en la medida que yo, pues dos veces tanto más que a mi hermana[58] me ha matado aun estando viva. Y si a un asesinato le sigue otro asesinato para que se haga justicia, mi hermano Orestes y yo hemos de matarte en venganza por nuestro padre, pues, si justas fueron aquellas muertes, conforme a justicia ha de ser también ésta. Todo aquel que, fijándose en su riqueza y nobleza, se casa

---

[57] Este severo reproche, aunque en sentido opuesto por distintos motivos, se dirige a su hermana Helena en la tragedia *Las Troyanas*, versos 1002-7: «Después que a Troya llegaste —y luego los argivos tras tus huellas— y se inició el combate a punta de lanza, si te traían noticias de que eran superiores a éste, alababas a Menelao, a fin de que mi hijo se apenase por tener un poderoso rival amoroso. Por contra, cuando los troyanos tenían éxito, nada significaba tal hecho.» En ambos casos, se caracteriza a las hermanas Clitemestra y Helena como traidoras a los intereses de su patria, real y adoptiva.

[58] Su hermana Ifigenia, inmolada por orden de su padre.

con una esposa malvada, es un insensato. Sin duda un matrimonio humilde con una mujer sensata en casa es mejor que uno por todo lo alto.

CORIFEO.—[1100] Las bodas de las mujeres son cuestión de suerte. Las jugadas de los mortales veo que unas caen bien, y otras no tan bien.

CLITEMESTRA.—Hija, tu natural siempre se ha sentido inclinado hacia tu padre. Así son las cosas: unos son del varón, y otros quieren a sus madres más que a su padre. Te lo perdono, pues no es que me alegre precisamente demasiado, hija, por mis acciones. ¡Ay de mí, desgraciada! ¡Qué designios los míos! [1110] Que más de lo preciso me he dejado llevar por la ira contra mi esposo.

ELECTRA.—Demasiado tarde te andas lamentando, cuando ya no puedes remediarlo. Mi padre está muerto y bien muerto. Y a tu hijo que está fuera del país, vagabundo ¿cómo es que no lo haces venir?

CLITEMESTRA.—Le tengo miedo, y miro por mí, no por él. Es que, según cuentan, está lleno de cólera por el asesinato de su padre.

ELECTRA.—Y además, ¿por qué andas predisponiendo a tu esposo contra nosotros?

CLITEMESTRA.—Su carácter es así. También tú eres de natural arrogante.

ELECTRA.—Porque tengo penas, pero voy a dejar de enfadarme.

CLITEMESTRA.—Pues entonces ya no te resultará difícil de soportar.

ELECTRA.—[1120] Es un orgulloso, y además vive en mi casa.

CLITEMESTRA.—¿Estás viendo? Ya estás otra vez provocando una discusión.

ELECTRA.—Ya me callo, que temerlo, lo temo, sí.

CLITEMESTRA.—Deja ya de hablar. A ver, ¿por qué me has hecho llamar, hija?

ELECTRA.—Ya has oído, creo, lo del nacimiento de mi hijo. Hazme en su favor, pues yo no sé, el sacrificio que es costumbre oficiar a la décima luna del niño. Yo no tengo experiencia, pues hasta ahora no había dado a luz.

CLITEMESTRA.—Esto es trabajo de otra, de la mujer que te asistió en el parto.

ELECTRA.—Yo misma me asistí en el parto y sola parí al recién nacido.

CLITEMESTRA.—[1130] ¿Así de pobre de vecinos y amigos es tu casa?

ELECTRA.—Nadie quiere tener amigos pobres.

CLITEMESTRA.—Pero, ¿estás así, sin lavar y vistiendo tu cuerpo con harapos, si estás recién dada a luz? Bueno. Iré y oficiaré el sacrificio por el niño en honor de los dioses, pues ya se ha cumplido el plazo establecido. Tan pronto como te haya hecho este favor, iré al campo en el que mi esposo se encuentra sacrificando un ternero a las ninfas. *(Dirigiéndose a sus sirvientes.)* Y este carruaje, vosotros, sirvientes, conducidlo y metedlo en el establo, y cuando creáis que yo ya he terminado con este sacrificio, presentaos aquí, que también debo satisfacer a mi esposo.

ELECTRA.—Ven a mi pobre casa, pero ten ciudado, [1140] no sea que las paredes ennegrecidas por el humo te manchen el vestido. (CLITEMESTRA *entra en la casa y desde el exterior* ELECTRA *sigue hablando, sin que su madre la oiga.)* Ahora sí que vas a ofrecer a los dioses el sacrificio que debes. La cesta está lista y afilado el cuchillo sacrificial que abatió al toro, junto al que vas a caer herida[59]. Vas a ser entregada en matrimonio en la morada de Hades a aquel con quien justamente dormías en vida. Yo voy a recompensarte a ti con un favor de estas dimensiones, y tú a mí con el castigo por mi padre.

(ELECTRA *entra en casa. El* CORO *de Mujeres Argólicas permanece en el exterior.)*

CORO.

Estrofa 1.ª.

Con crímenes se pagan los crímenes. Cambian de rumbo los vientos de esta casa. Hace ya tiempo en los baños cayó mi señor, sí, sí, el mío[60]. *[1150] Retumbaban los techos y las pétreas cornisas de*

[59] El toro es su marido Egisto, a quien han escondido, muerto, dentro de casa.

[60] Agamenón, cuya historia ahora relatan las mujeres del coro.

palacio, al tiempo que estas palabras pronunciaba: «¡Oh, malvada! ¿Por qué a mí, esposa mía, por qué me matas ahora que tras diez siembras[61] *regreso a mi querida patria?*[62].

Antístrofa 1.ª.

Con flujo de vuelta a esta mujer la justicia la sorprende por sus amoríos extraviados. A su desgraciado esposo, que tras largo tiempo regresaba a casa y a las ciclópeas murallas que al cielo alcanzan[63], *con arma de afilada punta mató, con sus propias manos, [1160] cuando el hacha con ambas manos empuñó. ¡Oh desdichado esposo! ¿Qué mal poseía en aquel momento a esa desgraciada? Salvaje como leona que selvas de fértiles y ricas tierras habita, estos actos llevó a término.*

CLITEMESTRA.—*(Desde el interior de la casa.)* ¡Hijos míos! ¡Por los dioses! ¡No matéis a vuestra madre!

CORIFEO.—¿Oyes el griterío de dentro?

CLITEMESTRA.—*(Desde el interior de la casa.)* ¡Ay, ay de mí!

CORIFEO.—También yo lanzo 'ayes'. ¡Asesinada a manos de sus propios hijos!

CORO.—*En verdad, la divinidad imparte justicia, cuando corresponde. [1170] Sufres algo terrible, pero, por tu parte, en connivencia con el compañero de tu lecho, desgraciada, obraste de modo impío.*

(Salen de la casa ELECTRA, ORESTES *y* PÍLADES. *Las puertas, al estar abiertas, dejan visibles los dos cadáveres en el interior.)*

CORIFEO.—Por cierto, ya salen de casa completamente empapados con la sangre aún fresca de su madre. Trofeos,

---

61 Metáfora agrícola para referirse a un periodo de diez años.

62 A partir de aquí hay una pequeña laguna en el texto.

63 Micenas. Los Cíclopes tienen un único ojo en medio de la frente y se caracterizan, entre otras cosas, por su fuerza y su habilidad manual. Se les atribuía la construcción de todos los monumentos prehistóricos que se pueden ver en Grecia, Sicilia y otros lugares, integrados por enormes bloques de piedra, cuyo peso y masa parecen desafiar las fuerzas humanas. Micenas es una de las construcciones que tradicionalmente se les atribuye.

muestra de un desafortunado sacrificio. No existe ni ha existido jamás casa alguna más desafortunada que la de los vástagos de Tántalo.

Estrofa 1.ª.

ORESTES.—*¡Oh Tierra y Zeus que a todos los mortales ves! Contemplando estáis estos actos asesinos, repugnantes, dos cuerpos sobre tierra yacentes heridos por mi mano, precio pagado por mis desgracias.*

ELECTRA.—*De tus muchas lágrimas, hermano, la responsable yo soy. En fuego vivo, desgraciada de mí, me abrasaba de odio contra mi madre, la que me parió.*

CORO.—*¡Oh qué fortuna, qué fortuna la tuya, madre, que pariste para padecer lo tristemente insufrible, más aún a manos de tus propios hijos. Pero expiaste con justicia el asesinato de nuestro padre.*

Antístrofa 1.ª.

ORESTES.—*¡Oh Febo! Tu oráculo anunciaba una justicia no visible, mas evidentes son los sufrimientos que a término has llevado, y criminal es el destino, lejos de la tierra helena, con que me has obsequiado. ¿A qué otra ciudad me encaminaré? ¿Qué huésped, qué hombre piadoso mirará mi rostro, el de quien ha matado a su madre?*

ELECTRA.—*¡Ay, ay de mí! ¿Adónde marcharé, qué coro, qué bodas? ¿Qué esposo me acogerá en lecho conyugal?*

CORO.—*De nuevo, de nuevo tu mente se endereza con otro aire. Ahora sí tienes pensamientos píos, antes no, sino que un mal terrible, querida, le causaste a tu hermano, aunque él no quería.*

Estrofa 2.ª.

ORESTES.—*¿No veías abajo en el suelo cómo esa desgraciada se arrancaba el vestido y nos enseñaba su pecho mientras moría, ay de mí, postrando sobre el suelo esos miembros de quien nacimos? Y yo del pelo...*

CORO.—*Bien lo sé. Te traspasaría el dolor al oír los 'ayes' y lamentos de la madre que te parió.*

Antístrofa 2.ª.

ORESTES.—*En voz alta gritaba y arrimaba su mano a mi barbilla, «¡Hijo mío, te lo suplico!», y se colgaba suspendida de mis mejillas, hasta el punto que de mi mano se me fue el arma.*

CORO.—*¡Infeliz! ¿Cómo es que te atreviste a contemplar con tus*

propios ojos la sangre [1220] de tu madre mientras exhalaba el espíritu?

Estrofa 3.ª.

ORESTES.—*Eché un manto sobre mis ojos y, con ayuda de una espada, di comienzo al sacrificio hundiéndosela en la garganta a mi madre.*

ELECTRA.—*Y yo te animaba y empujaba la espada al mismo tiempo. He causado el más horrible de los sufrimientos.*

Antístrofa 3.ª.

ORESTES.—*Toma, cubre los miembros de nuestra madre con estos velos y honra sus heridas. Pariste a los que iban a ser tus asesinos.*

ELECTRA.—[1230] *(Cubre a su madre.) ¡Velay! Querida y no querida, le echamos estos mantos encima a ambos lados. El fin de grandes males en nuestra casa.*

> *(Aparecen en lo alto de la casa los Dióscuros,* CÁSTOR *y* POLIDEUCES. *Sólo habla* CÁSTOR *mientras su hermano permanece a su lado.)*

CORIFEO.—Por cierto, he aquí que sobre lo más alto de la casa alguien está llegando, espíritus[64] o dioses de los cielos, pues no es éste, desde luego, camino propio de mortales. ¿Por qué, en buena hora, se harán visibles a la vista de los mortales?

CÁSTOR.—Hijo de Agamenón, escucha. Te llaman los hermanos gemelos de vuestra madre, los Dióscuros, [1240] yo Cástor y éste de aquí, mi hermano Polideuces. Acabamos de detener el encrespado oleaje del mar, que abatía terroríficamente a un barco, y hemos venido a Argos tan pronto como hemos conocido la muerte de nuestra hermana y madre vuestra. Ella ciertamente ya tiene lo que le correspondía, pero tú no has obrado bien. Y Febo, Febo... bueno, como es mi soberano, guardaré silencio, pero, aunque él sí es sensato, no lo fue el oráculo que te reveló. Con todo, forzoso es aceptarlo. No obstante, a partir de este

[64] En griego *daímones*, refiriéndose a divinidades espirituales o semidivinas, de rango inferior a los dioses propiamente dichos.

momento, es preciso poner en práctica lo que Destino y Zeus han dispuesto sobre ti.

A Pílades entrégale a Electra en calidad de esposa para que la lleve a su casa, [1250] y tú abandona Argos, toda vez que, al haber dado muerte a tu madre, no puedes tomar posesión de tu herencia, de esta ciudad.

Las temibles Ceres[65] destructoras, unas diosas de aspecto de perro, te conducirán enloquecido de aquí para allá en un continuo errar. Dirígete a Atenas y póstrate ante la venerable estatua de Palas, pues ella tenderá sobre tu cabeza su redondo escudo con la fiera mirada de Gorgona[66] y las alejará aterrorizadas, de suerte que no te toquen con sus temibles serpientes.

Allí hay una colina de Ares[67], donde por primera vez los dioses se sentaron para juzgar por votación un delito de sangre, [1260] cuando Ares sin ninguna piedad mató a Halirrocio, hijo del señor de los mares, en venganza por las impías bodas de su hija. Por ese motivo allí la imposición del voto es la más pía y firme. También tú debes apresurarte a ir allí para ser juzgado por tu crimen. Los votos, depositados a partes iguales en el proceso judicial, te absolverán de la pena capital, ya que Loxias atraerá sobre sí mismo la responsabilidad del crimen, por revelarte el oráculo del asesinato de tu madre. Y en los procesos restantes se establecerá esta norma de jurisprudencia, a saber, que en igualdad de votos el reo gane siempre la causa. [1270] Entonces, las diosas terribles, abatidas por este doloroso golpe, al pie de

---

[65] Se identifica aquí a las Ceres, imagen de la muerte, con las Erinias, divinidades violentas y vengadoras, especialmente de los crímenes familiares como protectoras del orden social, en calidad de personificación de los remordimientos de conciencia después de insultar, desobedecer o ejercer la violencia contra una madre, en este caso particular. Son viejas, con serpientes por cabellera, cabezas de perro, cuerpos negros como el carbón, alas de murciélago y ojos inyectados en sangre. Llevan en sus manos azotes tachonados con bronce y sus víctimas mueren atormentadas. Para librarse de ellas, los Dióscuros ordenan a Orestes que se encamine a Atenas.

[66] Atenea fijó en su escudo la cabeza de Gorgona, que Perseo le había entregado y que tenía la propiedad de convertir en piedra a quien la mirase.

[67] La colina de Ares es, palabra por palabra, el famoso Areópago. En los versos 961-67 y 1469-2 de *Ifigenia entre los Tauros* vuelve a recordarse esta cuestión.

la colina misma se hundirán en las profundidades de ese lugar, venerable sede oracular para los hombres piadosos[68].

Luego deberás vivir en una ciudad de Arcadia, sobre las corrientes del Alfeo, próxima al santuario Liceo[69], que habrá de recibir tu nombre. Esto es lo que a ti te digo.

Por lo que respecta al cadáver de Egisto, sus conciudadanos de la tierra de Argos lo enterrarán en un sepulcro. En cuanto a tu madre, la enterrarán Menelao, que acaba de llegar a Nauplia de conquistar Troya, [1280] y Helena, que regresa de la casa de Proteo después de dejar Egipto, sin haber ido jamás a Frigia (Zeus, para sembrar muerte y discordia entre los mortales, envió a Ilión un fantasma de Helena)[70].

Sigamos. Que Pílades se encamine a su hogar en tierra aquea con su joven esposa; y al que ha sido tu cuñado de palabra, que lo lleve hasta la tierra de los focenses y lo colme de inmensas riquezas. Tú atraviesa a pie el cuello del Istmo y dirígete a la bienaventurada colina de Cecropia[71]. [1290] Una vez que hayas dado cumplida satisfacción a los requerimientos del destino a causa de tu crimen, serás feliz, libre ya de estas penalidades.

CORIFEO.—¡Oh hijos de Zeus! ¿Nos concedéis la venia para dirigiros unas palabras?

CÁSTOR.—Tenéis la venia. No estáis contaminadas con estas muertes.

CORIFEO.—¿Cómo es que, siendo dioses como sois, y hermanos de la finada, no protegisteis estos techos [1300] de las diosas de la destrucción?

---

[68] En realidad, no sucedió exactamente así. Cfr. *Ifigenia entre los Tauros*, 968-71: «Cuantas Erinias se sometieron al resultado del juicio, obtuvieron junto al mismo lugar de la votación un espacio delimitado como santuario; pero las que no se sometieron a la ley, me iban persiguiendo en agobiante carrera.»

[69] El santuario en honor del Zeus Liceo o arcadio.

[70] De esta manena Helena queda exonerada de culpas. En este mismo volumen, en la tragedia *Las Troyanas*, en cambio, aparece como la esposa infiel que abandonó, raptada con sumo gusto, a su esposo Menelao a cambio del joven, apuesto y rijoso Paris.

[71] Cécrope es uno de los reyes míticos de Atenas. Se refiere, por tanto, a esta ciudad. Le está recordando lo que ya le ha dicho antes.

CÁSTOR.—La fatalidad y el destino lo hacían necesario, y asimismo también las insensatas palabras de boca de Febo[72].

ELECTRA.—¿Puedo yo también hablar, tindáridas?

CÁSTOR.—Sí, tú también. Esta acción homicida se la atribuyo a Febo.

ELECTRA.—¿Qué Apolo, qué oráculos permitieron que yo fuese la asesina de mi madre?

CÁSTOR.—Acciones comunes y destinos comunes. A ambos dos una sola maldición paterna os devoró.

ORESTES.—¡Ay, hermana mía! Ahora que por fin te veía después de tanto tiempo, al punto quedo privado de tu cariño y a abandonarte voy al tiempo que tú me dejas.

CÁSTOR.—Ella tiene casa y esposo. No está sufriendo nada malo, excepto el hecho de que abandona la ciudad de Argos.

ELECTRA.—¿Y qué otra pena hay mayor que dejar tras de sí las fronteras de la tierra patria?

ORESTES.—También yo me voy de la casa de nuestro padre, a someter al voto de extraños el asesinato de nuestra madre.

CÁSTOR.—Tranquilo, vas a ir a la venerable ciudad de Palas, así que ánimo[73].

---

[72] Los oráculos de Febo están siendo repetidamente criticados y tachados de insensatos. No es, desde luego, la primera vez que se pone de manifiesto en las tragedias de Eurípides la inoportunidad y falta de acierto de los oráculos de Apolo, bien porque éstos son difíciles de interpretar, bien porque son, simplemente, disparatados. Cfr. *Las Suplicantes,* 138: «Me lo insinuó, con dudosas intenciones, un oráculo de Apolo, difícil de interpretar.» En la tragedia *Ión* la figura del dios tampoco sale muy bien parada. Eurípides no duda en mostrar su escepticismo con respecto a las creencias religiosas. Lo hemos podido ver puntualmente, por poner algunos ejemplos, en *Las Suplicantes,* 221, en *Electra,* 737-8, y se deja ver a lo largo de todo el *Ión,* donde Apolo es un ser que ha violado a una jovencita a la que luego deja desamparada, y que vaticina oráculos para su propio provecho. En dicha tragedia es, de entre las que componen este volumen, donde mejor se ejemplifica todo esto.

[73] No se desperdicia la más mínima ocasión para dirigir algún elogio a la ciudad de Atenas. Las mujeres cautivas de la tragedia *Las Troyanas,* a las que les espera un futuro de esclavitud, prefieren Atenas como el mejor de los destinos. Parecer ser que ir a dicha ciudad, incluso en las circunstancias más adversas, nunca es una desgracia. Cfr. *Las Troyanas,* 208-9: «¡Al ilustre, dichoso país de Teseo ojalá fuésemos!»

Electra.—Arrima tu pecho al mío, queridísimo hermano. Nos separa lejos de la morada paterna la maldición de la sangre de nuestra madre.

Orestes.—Rodéame y abrázame. Llora por mí como si estuviese muerto en la tumba.

Cástor.—¡Huy, huy! Acabas de pronunciar palabras terribles de oír incluso para los dioses, pues un sentimiento de compasión nos está entrando a mí y a los dioses del cielo por estos mortales tan atormentados.

Orestes.—Ya no te he de ver más.

Electra.—Ni yo me acercaré a tus ojos.

Orestes.—Éstas son las postreras palabras que me diriges.

Electra.—¡Oh, adiós, ciudad! ¡Adiós también a vosotras, para siempre, mis conciudadanas!

Orestes.—¡Oh, mi más fiel hermana! ¿Ya enfilas tu camino?

Electra.—Ya lo enfilo, sí, con los ojos tiernamente humedecidos.

Orestes.—Pílades, adiós, vete, toma por esposa a Electra.

(Pílades *y* Electra *se van.)*

Cástor.—Ellos se ocuparán de la boda. ¡Venga! Escapa de estas perras y enfila tu camino en dirección a Atenas. Su paso amenazador ya precipitan sobre ti, con sus brazos de serpiente y su negra piel; su satisfacción la obtienen a partir de espantosos dolores. (Orestes *abandona la escena.)* Nosotros dos, por nuestra parte, a toda prisa nos dirigimos al mar de Sicilia para salvar las proas marinas de unos barcos. Cuando marchamos a través de la superficie celeste a los miserables no prestamos nuestro auxilio, sino que a aquellos que aman la santidad y la justicia a lo largo de su existencia, a ésos es a los que, liberándolos de sus duras penas, nosotros salvamos. Por consiguiente, que nadie desee cometer actos injustos ni que a la mar se haga en compañía de un perjuro. Como dios que soy, a los mortales dirijo estas proclamas. *(Se marchan ambos Dióscuros.)*

CORIFEO.—¡Salud! De entre los mortales, todo aquel que puede gozar de salud y que no anda apurado por algún infortunio, lleva una vida feliz.

(Desfila el CORO *lentamente hacia la salida.)*

HERACLES



INTRODUCCIÓN

ESTA pieza es de difícil datación. Mientras algunos estudiosos la fechan entre los años 420 y 415 a.C., motivos esencialmente métricos apuntan al año 414 a.C.

La estructura de la pieza es relativamente compleja. Durante la estancia de Heracles en los infiernos para cumplir uno de los trabajos encargados por Euristeo, un usurpador del trono se apodera del poder en Tebas, tras matar al rey Creonte, y se propone llevar a cabo una «depuración» de enemigos matando a los familiares del rey caído. Esto supone que quiere matar a la esposa de Heracles, hija del rey, junto a sus hijos y al abuelo paterno de éstos, el anciano padre de nuestro héroe. Todos ellos se refugian en calidad de suplicantes ante el altar de Zeus Salvador, sin resultado alguno. Heracles regresa de su misión en el momento oportuno, mata al usurpador y libra de la muerte a su familia. Cuando todo, pues, parece estar resuelto, llegan la mensajera Iris y Locura para hacer presa en el héroe, por encargo de la celosa y vengativa Hera, de modo que mate a su mujer e hijos. Así sucede, y cuando recupera el juicio, al contemplar el penoso espectáculo de los cadáveres tendidos en el suelo, se desespera y desea morir, como única vía de salvación posible y digna para él. No ocurre, sin embargo, así. Teseo, su gran amigo, un amigo de los de verdad, llega a Tebas con intención de prestar su ayuda al amigo que lo necesita y sin temer contaminarse con el crimen porque, como él mismo dice, «No hay vengador para los amigos de los amigos.» Evita así el suicidio, alienta al héroe con sus reconfortantes palabras a seguir soportando la vida, por terrible

que sea, y le ofrece vivir en Atenas, prestándole todo tipo de asistencia. En definitiva, no ha sido Zeus Salvador quien ha ayudado a Heracles y su familia, a pesar de que el dios altísimo es su padre. Ha sido un amigo del héroe, al que en el pasado prestó una serie de favores, el que no lo abandona en la adversidad. Teseo es el verdadero héroe salvador.

La mitología griega no es, desde luego, un relato «revelado», dogmático y contenido en un libro «sagrado» de forma incontrovertible. Antes bien, se trata de relatos tradicionales, formados a lo largo de un lento proceso, antiquísimo, en el que unas tradiciones se cruzan con otras, en un proceso que siempre se encuentra abierto a la reelaboración. Éste es el aspecto que queremos poner ahora de relieve, porque lo cierto es que las consideraciones sobre la mitología serían interminables. Pues bien, ¿qué queremos decir con esto? Buena parte de la tradición mítica situaba los trabajos de Heracles después del infanticidio cometido. Dos rasgos que caracterizan a las figuras heroicas son la desmesura y la ambigüedad, en palabras de Purificación Nieto Hernández[1]. La desmesura se pone de manifiesto, en el caso del que estamos hablando, en el terrible asesinato de su mujer e hijos; la ambigüedad reside en el hecho de que un héroe como Heracles se encuentre sometido a Euristeo, un ser mortal e inferior a la talla del héroe. Eurípides reelabora el mito e invierte la secuencia cronológica de los hechos. Heracles culmina con éxito sus trabajos y luego comete el nefando crimen. Es decir, de la gran victoria pasa a la enorme e inconmensurable desgracia y abatimiento. En ese momento, cuando la única vía posible de solución parece el suicidio, llega el auxilio del amigo que reconforta y anima a seguir viviendo. Dramáticamente la secuencia y progresión de cada una de las escenas está muy bien trabada y conseguida. Eurípides no duda en reelaborar un mito, hecho, por otra parte, muy habitual en él, para lograr un desarrollo y una tensión dramática con una muy efectiva resolución.

[1] Purificación Nieto Hernández, «Algunas reflexiones sobre mitología griega», *EC*, XL, 114, 1998, págs. 7-39.

Vamos a comentar unos cuantos aspectos más. El viejo Anfitrión, caracterizado como un anciano que no hace más que recordarse a sí mismo y a los demás que, a su edad, ya no vale para nada, critica audazmente a Zeus por olvidarse de su familia y no prestarle ningún auxilio. Lo hace valientemente, sin temer nada. Sin embargo, pierde todas sus agallas en el momento en el que, después del infanticidio, Heracles permanece sumido en un pesado sueño, que le ha hecho cesar en su ataque de locura. Los temores del anciano por si su hijo se despierta y recupera el furor de antes llegan, incluso, al extremo de lo verdaderamente cómico, al menos a ojos del espectador. No para de hacer recomendaciones al Coro, que entretanto va entonando sus trenos funerarios, para que se calle o para que cante en voz más baja. El exceso de tensión provoca que se cruce esa línea que, por parte de quien lo contempla, separa el miedo de la risa.

Volviendo a la valoración de la divinidad, a la que el anciano censuraba, Teseo, el amigo consolador, enumera una serie de vicios y pecados que acostumbran a cometer los dioses, sin que por ello dejen de vivir tranquilamente en el Olimpo. De este modo pretende disuadir a su querido amigo de que se quite la vida. Llegamos al momento cumbre cuando Heracles niega, atribuyéndoselo a historias desafortunadas de poetas, el relato de esos pecados de los dioses, entre los que se incluye el adulterio. La paradoja resulta del hecho de que precisamente Heracles es fruto de un adulterio, el de cuando su padre Zeus se introdujo disfrazado en el lecho de Alcmena, la esposa de Anfitrión. Heracles defiende con vehemencia a los dioses, afirma que no cree en esas historias falaces y que nunca conseguirían convencerlo de ello. La ironía sigue, porque cuanto más defiende nuestro héroe a los dioses, más y más nosotros nos horrorizamos porque inevitablemente aparece ante nuestros ojos la reciente aparición de Iris y Locura, provocadoras del terrible infanticidio. La clave es la siguiente, y Eurípides lo sabe: nosotros, espectadores o lectores, sí hemos visto ese acto de crueldad, pero Heracles, aunque ha sido su ejecutor, no lo ha visto, porque, en palabras de Locura, «el matador no verá que está asesinando a los hijos que engendró hasta que se libere de mi locura». Es una cuestión de diferente perspectiva, de lo que cada uno ha visto y sabe.

El Heracles que pinta y retrata Eurípides está idealizado: buen padre, marido e hijo, vengador de los oprimidos, realiza sus proezas por altruismo, y no tiene nada que ver con la figura del bruto comilón y salvaje que aparece en otras tradiciones míticas y literarias.

NOTA BIBLIOGRÁFICA

BARLOW, S. A., «Structure and dramatic realism in Euripides' Heracles», *G&R*, XXIX, 1982, págs. 115-125.

BOLLACK, J., «Vie et mort, malheurs absolus. Quatre notes sur Euripide (Héraclès 1291-1300, Troyennes 634-635, 636-640; 1168-1172)», *RPh*, XLVIII, 1974, págs. 46-53.

BROWN, A. L., «Wretched tales of poets. Euripides, Heracles 1340-6», *PCPhS*, XXIV, 1978, págs. 22-30.

CARRIÈRE, J., «Art et lyrisme. Une galerie de métopes dans un chœur tragique», *Pallas*, XXII, 1975, págs. 13-22.

CROPP, M. J., *A stylistic and analytical commentary on Euripides' Herakles 1-814, with an introduction to the play as a whole*, University of Toronto, 1976.

DESCH, W., «Der Herakles des Euripides und die Götter», *Philologus*, CXXX, 1986, págs. 8-23.

DIGGLE, J., «On the Heracles and Ion of Euripides», *PCPhS*, XX, 1974, págs. 3-36.

— «P. Hibeh 179 and the Heracles of Euripides», *ZPE*, XXIV, 1977, págs. 291-294.

FURLEY, D., «Euripides on the sanity of Herakles», en *Studies in honour of T. B. L. Webster*, J. H. Betts, J. T. Hooker y J. R. Green (eds.), Bristol, 1986, págs. 102-113.

GREGORY, J. W., *Madness in the Heracles, Orestes and Bacchae. A study in Euripidean drama*, Harvard University Cambridge, MA, 1974.

— «Euripides' Heracles», *YClS*, XXV, 1977, págs. 259-275.

GRUMMOND, W. W. de, «Heracles' entrance. An illustration of Euripidean method», *Eranos*, LXXXI, 1983, págs. 83-90.

HALLERAN, M., «Rhetoric, irony and the ending of Euripides' Herakles», *ClAnt*, V, 1986, págs. 171-181.

HANGARD, J., «Remarques sur quelques motifs répétés dans l'Héraclès d'Euripide», en *Miscellanea tragica in honorem J. C. Kamerbeek*, J. M. Bremer, S. L. Radt y C. J. Ruijgh (eds.), Amsterdam, 1976, págs. 125-146.

HARTIGAN, K., «Euripidean madness. Herakles and Orestes», *G&R*, XXXIV, 1987, págs. 126-135.

HIGGINS, W. E., «Deciphering time in the Herakles of Euripides», *QUCC*, 47, 1984, págs. 89-109.
LUPPE, W., «Ein weiteres Indiz für eine Zweitfassung des Euripideischen Herakles?», *ZPE*, XXVI, 1977, págs. 59-63.
MERIDOR, R., «Plot and myth in Euripides' Heracles and Troades», *Phoenix*, XXXVIII, 1984, págs. 205-215.
PIKE, D. L., «Hercules furens. Some thoughts on the madness of Heracles in Greek literature», *PACA*, XIV, 1978, págs. 1-6.
ROMILLY, J. de, «Le refus du suicide dans l'Héraclès d'Euripide», *Archaiognosia*, I, 1, 1980, págs. 1-10.
RUCK, C. A. P., «Duality and the madness of Herakles», *Arethusa*, IX, 1976, págs. 53-75.
SHELTON, J. A., «Structural unity and the meaning of Euripides' Herakles», *Eranos*, LXXVII, 1979, págs. 101-110.
TARKOW, T. A., «The glorification of Athens in Euripides' Heracles», *Helios*, V, 1, 1977, págs. 27-35.
WEST, M. L., «Critical notes on Euripides' Heracles», *Philologus*, CXVII, 1973, págs. 145-151.
WILLINK, C. W., «Sleep after labour in Euripides' Heracles», *CQ*, XXXVIII, 1988, págs. 86-97.

SOBRE EL TEXTO

Nos hemos apartado de la edición oxoniense de J. Diggle en los siguientes versos: 121, 226, 257, 599, 641, 870, 938, 956, 957, 1218, 1312, 1414.

ARGUMENTO

Heracles contrajo matrimonio con Mégara, la hija de Creonte, y tuvo hijos con ella. Los dejó en Tebas y se dirigió a Argos, para ocuparse de los trabajos de Euristeo. Como en todo aventajaba a todos, descendió a la mansión de Hades y, como quiera que estuviese allí mucho tiempo, dejó entre los vivos la idea de que estaba muerto. Los tebanos se sublevaron contra su soberano Creonte y de Eubea trajeron a Lico.

PERSONAJES DEL DRAMA

ANFITRIÓN, *esposo de Alcmena y padre mortal de Heracles*
MÉGARA, *hija del rey Creonte y esposa de Heracles*
CORO DE ANCIANOS, *tebanos compañeros de armas de Anfitrión*
LICO, *usurpador del trono de Tebas*
HERACLES, *héroe, hijo de Zeus y de Alcmena*
IRIS, *mensajera de los dioses*
LOCURA
MENSAJERO
TESEO, *rey de Atenas*

(La escena tiene lugar en Tebas. Al fondo se sitúa el palacio real. Frente a él, en el centro, hay un altar consagrado a Zeus Salvador. En este momento ANFITRIÓN *y* MÉGARA, *ambos en actitud de suplicantes, y los tres hijos de* HERACLES *permanecen en las gradas del altar.* ANFITRIÓN *comienza a hablar.)*

ANFITRIÓN.—[1] ¿Quién, de entre los mortales, no conoce al que el lecho con Zeus compartió, al argivo Anfitrión, al que otrora Alceo, hijo de Perseo, engendró, al padre que aquí veis de Heracles, que en Tebas moraba, donde, nacida de la tierra, germinó la espiga de los sembrados[2], de cuya estirpe Ares salvó un pequeño número, que la ciudad de Cadmo pueblan con sus hijos y los hijos de sus hijos? De ahí nació Creonte, hijo de Meneceo, soberano de esta tierra. Y Creonte es el padre de Mégara, [10] a la que los cadmeos, todos unidos, saludaron jubilosamente con los cantos de boda de sus flautas, cuando a mi palacio el ilustre Heracles la trajo como esposa.

Mi hijo abandonó Tebas, lugar en que yo establecí mi casa, a Mégara y a sus suegros, porque anhelaba habitar las murallas de Argos y la ciudad ciclópea[3], de la que tuve que

[2] Cadmo, fundador de Tebas, dio muerte a un dragón y, siguiendo el consejo de Atenea, sembró los dientes de la bestia. Así lo hizo, y en seguida brotaron del suelo hombres armados, a los que se llamó los *Spartoí*, «los sembrados», hombres prodigiosos de aspecto amenazador. A partir de aquí se refiere a los tebanos. Cfr. los versos 252-3 y 794 de esta misma tragedia y los versos 578-9 de *Las Suplicantes*.

[3] Micenas. Los Cíclopes tienen un único ojo en medio de la frente y se caracterizan, entre otras cosas, por su fuerza y su habilidad manual. Se les atribuía la construcción de todos los monumentos prehistóricos que se pueden ver en Grecia, Sicilia y otros lugares, integrados por enormes bloques de piedra, cuyo peso y masa parecen desafiar las fuerzas humanas. Micenas es una de las construcciones que tradicionalmente se les atribuye.

exiliarme por dar muerte a Electrión. Para aligerar esta desafortunada acción mía[4] y porque quería habitar en su patria, ofrece a Euristeo a cambio del regreso —ya sea sometido a los dardos de Hera, ya sea conforme a su destino— una gran retribución, [20] a saber, limpiar la tierra de bestias salvajes[5]. Ha ejecutado ya con gran esfuerzo varios trabajos y para el último se ha adentrado en el Hades a través de la boca del Ténaro[6], con vistas a traer de nuevo a la luz al perro de tres cabezas, pero hasta la fecha[7] no ha vuelto de regreso.

Al hilo de otro asunto, existe un antiguo relato, como es sabido, entre los cadmeos, según el cual hubo antaño un tal Lico, esposo en el lecho de Dirce, que gobernó la ciudad de las Siete Puertas antes de que monarcas de esta tierra fuesen Anfión y Zeto, [30] los dos vástagos de Zeus de albos corceles[8]. Un hijo suyo que recibió el mismo nombre que su padre, aun no siendo Cadmeo sino llegado de Eubea, asesina a Creonte y, a raíz de este asesinato, gobierna sobre el país, toda vez que se ha abalanzado sobre una ciudad que estaba enferma de disensiones. El parentesco que fuertemente nos liga a Creonte se ha convertido, según parece, en un perjuicio enorme. Sí, pues mi hijo se encuentra en las profundidades de la tierra y el nuevo gobernante del país, el Lico ese, quiere quitar de en medio a los hijos de

---

[4] A saber, que Anfitrión mató accidentalmente a Electrión, padre de su futura esposa Alcmena y, a la sazón, rey de Micenas.

[5] Por medio de los famosos Doce Trabajos de Heracles que Euristeo le impuso. Sobre esta cuestión, véase la introducción a esta tragedia.

[6] El Ténaro es un promontorio situado en el extremo sur de Laconia. Aunque no es el principal, es uno de los accesos al mundo subterráneo de los muertos. Por él entró Heracles y por él habían entrado previamente también Teseo y Pirítoo, para raptar a Perséfone, la esposa de Hades.

[7] El undécimo trabajo encomendado por Euristeo a Heracles consistía en descender a los Infiernos y traer de allí al Can Cerbero, que vigilaba la entrada del mundo subterráneo para que ni entrasen los vivos ni saliesen los muertos.

[8] Ambos eran gemelos. Su madre Antíope fue prisionera de su tío Lico mientras Dirce, esposa de éste, celosa de su belleza, la trataba como a una esclava. Sus hijos, cuando lo descubrieron, la vengaron matando a Lico y a Dirce, con lo que ellos pasaron a reinar sobre Tebas.

Heracles y matar a su esposa, para apaciguar un crimen con otro crimen, y a mí también (si es que en alguna medida a mí hay que contarme entre los hombres, siendo como soy un viejo que no sirve para nada), no sea que éstos algún día, al llegar a la edad adulta, exijan venganza de sangre por la rama familiar materna.

Por eso yo, como mi hijo en palacio me dejó al cuidado de sus hijos y de la casa cuando se dirigió a la negra oscuridad de la tierra, me hallo sentado ante esta ara de Zeus Salvador que, como ofrenda de su lanza gloriosamente vencedora, erigió mi noble vástago al imponer su poderío sobre los minias[9]. Guardamos con celo esta postración carentes de todo, de comida, bebida, ropa, echando nuestros lomos en el duro y desnudo suelo[10]. Permanecemos sentados fuera de palacio, pues ha sido clausurado con un sello, sin provisión de salvación. De entre nuestros amigos, unos veo que no son amigos de fiar, y otros que rectamente lo son, veo que son incapaces de prestarnos su ayuda. Así actúa sobre los hombres la desgracia, que ojalá jamás toque en suerte a quien, aun en escaso grado, me sea querido. Ésta es una prueba refutatoria de la amistad que nunca engaña.

MÉGARA.—¡Anciano que en el pasado la ciudad de los tafios arrasaste cuando comandabas una ilustre expedición del ejército cadmeo![11]. ¡Nada de lo divino nos resulta claro

[9] Al pasar junto a Tebas tras regresar de una cacería, Heracles se encontró con los emisarios de Ergino, rey de los minias de Orcómeno, en Beocia, que se dirigían a Tebas para cobrar el tributo anual al que esta ciudad se encontraba sometida. Entonces, Heracles mutiló a estos emisarios cortándoles las narices y las orejas, se las ató al cuello y les dijo que llevasen este tributo a su rey. Cuando los minias atacaron Tebas para responder a este ultraje, Heracles intervino en la batalla y consiguió la victoria de Tebas. En premio a su valor y al servicio prestado, el rey de Tebas, Creonte, le concedió la mano de su hija Mégara.

[10] Todos los términos apuntados en este pasaje se refieren a las actitudes de los suplicantes que, sentados, permanecen inmóviles junto al altar privados de todo alimento y comodidad.

[11] Alcmena fue entregada en matrimonio a Anfitrión, pero éste no podía consumar la unión hasta que no hubiese vengado la muerte de los hermanos de su virginal esposa, asesinados por los hijos del rival de su padre, a la sazón en guerra, en alianza con los habitantes de la isla de Tafos. Obviamente, Anfitrión ejecutó la venganza y consumó su matrimonio.

a los mortales! A mí, en efecto, no me faltó la gloria de mi padre, quien, a causa de su riqueza, fue muy renombrado en sus tiempos, cuando tenía la monarquía, a cuyo alrededor saltan de deseo en gran número las lanzas contra los individuos afortunados. De los hijos que tuvo, a mí me entregó al tuyo, para unir en matrimonio con Heracles un ilustre linaje. Ahora, en cambio, todo aquello muere y alza el vuelo para desaparecer.

Tú y yo estamos a punto de morir, anciano, y también los hijos de Heracles, a los que bajo mis alas trato de preservar del peligro, como un ave a los polluelos acurrucados bajo su madre. Primero uno y luego otro y otro me asaltan a preguntas, «Madre», dice uno, «¿en qué lugar de la tierra está nuestro padre?», «¿Qué está haciendo?», «¿Cuándo va a volver?» Ellos, confundidos por su juventud, se ponen a buscar al que los engendró, y yo sigo contándoles historias. Y cuando las puertas hacen algún ruido, se preguntan con curiosidad quién podrá ser y todos se ponen de pie como si fuesen a lanzarse sobre las rodillas de su padre. Ahora entonces, anciano, ¿qué esperanza o qué vía para salvarnos estás preparando? Pues hacia ti dirijo mi mirada, toda vez que ni a las fronteras del país podríamos llegar a escondidas, pues los guardianes son más fuertes que nosotros a lo largo de las salidas, ni entre nuestros amigos nos quedan ya esperanzas de salvación. Así que, cualquiera que sea la idea que tengas, ponla en común, para que no esté ya prácticamente resuelta nuestra muerte.

ANFITRIÓN.—Hija, no es fácil —fíjate— dar a la ligera y sin trabajo consejos serios de semejante envergadura. Tomémonos más tiempo, estando como estamos sin fuerzas.

MÉGARA.—¿Necesitas alguna pena más o hasta tal punto amas la luz?[12].

ANFITRIÓN.—No sólo con ella me colmo de alegría, sino que amo las expectativas que ofrece.

---

[12] La vida. Esta metáfora es muy usual, así como la expresión «ver la luz» por «vivir».

MÉGARA.—También yo, pero no hay que imaginar lo inimaginable, anciano.

ANFITRIÓN.—En la dilación de los males es posible su remedio.

MÉGARA.—Pero me reconcome de angustia el tiempo que entretanto va transcurriendo.

ANFITRIÓN.—Con todo, hija, todavía podría nuestra trayectoria volverse favorable, lejos de estos males presentes, míos y tuyos; todavía podría venir mi hijo y esposo tuyo. ¡Venga! Tranquilízate y detén esas fuentes, esos torrentes de lágrimas que brotan de los ojos de tus hijos, y cálmalos con tus palabras, aunque sea simulando tristes engaños a base de cuentos. Lo cierto es que las desgracias, incluso las de los mortales, acaban por cansarse, y que el soplo de los vientos no mantiene para siempre su vigor, y que los bienaventurados no son bienaventurados hasta el final, pues todo cambia radicalmente de una dirección a otra. El que confía en sus expectativas, ése es el mejor hombre; sin embargo, perder el norte es propio de un hombre cobarde.

(Entra en escena el CORO DE ANCIANOS, *tebanos compañeros de armas de* ANFITRIÓN.*)*

CORO.

Estrofa.

Hasta esta morada de elevados techos y yacijas viejas, sirviéndome de apoyo la compañía de un báculo, he venido, anciano aedo de lúgubres sones, como cana ave. Sólo un canto y una visión que por las noches aparece de nocturnos sueños, temblorosos, sí, mas con todo animosos. ¡Oh hijos, hijos que ya no tenéis padre! ¡Oh tú, anciano, y desgraciada madre que por tu esposo te andas lamentando! En la casa de Hades él está.

Antístrofa.

No rindáis vuestro pie a la fatiga ni desfallezca pesado vuestro cuerpo, como el caballo uncido al yugo que por rocoso risco arrastra la pesada carga del carro que guian sus ruedas[13]. *Cógete*

[13] Nos encontramos ante un pasaje muy corrupto. Nos hemos decidido por las propuestas de Nauck.

de las manos y de los vestidos de aquel que atrás ha dejado la huella casi imperceptible de su pie. Que el anciano al anciano acompañe, a aquel junto al que se hallaban, cuando joven, las jóvenes fuerzas de las armas que en su compañía combatían, en tiempos entonces de aquellas fatigas de cuando teníamos la misma edad, sin deshonrar a la bienafamada patria.

Epodo.

¡Ved qué fiero el brillo de sus ojos, igual que el de su padre! El infortunio no los tiene abandonados ni siquiera desde niños, mas la gracia no ha desaparecido. ¡Oh, Hélade! ¡De aliados de qué categoría, al perderlos, vas a ser despojada!

(Ven acercarse al usurpador del trono, Lico, *que se aproxima en dirección a ellos.)*

Corifeo.—Por cierto, he aquí a Lico, señor de esta tierra, que entra cerca de palacio.

Lico.—Del padre de Heracles y de su esposa, si puedo, reclamo unas respuestas; y bien que puedo, toda vez que me he erigido en soberano vuestro, averiguar lo que deseo. ¿Hasta qué momento deseáis prolongar vuestra vida? ¿A qué esperanza o ayuda dirigís vuestra mirada con vistas a no morir? ¿Acaso confiáis en que regrese el padre de estos niños, que en el Hades yace? Más allá de lo que se merece estáis levantando vuestro luto, siendo como es preciso que muráis.

(A Anfitrión.*)* Tú a lo largo y ancho de toda la Hélade vas disparando tus vacuas jactancias de que compartiste tu lecho con Zeus y de que tenéis un hijo en común[14].

(A Mégara.*)* En cuanto a ti, eres la esposa de un hombre excelente. Pero, en realidad, ¿qué magníficos actos ha ejecutado ese esposo tuyo? ¿Destruir y matar a la hidra

[14] No se trata de que ambos se acostasen juntos y de que tuviesen un hijo, sino que compartieron la misma mujer. Del trato carnal con Zeus, Alcmena concibió a Heracles; del inmediatamente posterior con Anfitrión fue concebido Ificles, hermano gemelo de Heracles pero de ascendencia exclusivamente humana.

de los pantanos[15], o al león de Nemea[16], del que afirma que, aunque a lazo lo cazó, lo remató estrangulándolo con sus brazos? *(De nuevo a los dos.)* ¿Con esas armas queréis discutir? ¿Por eso justamente es por lo que los hijos de Heracles no deben morir? Él, aunque era un don nadie, gozaba de buena reputación por su coraje en combates contra fieras, pero en lo demás no era en absoluto un hombre resuelto. Jamás un escudo embrazó en su mano izquierda[17] y nunca se acercó a una lanza, sino que prefería su arco, un arma de las más cobardes, con la retirada siempre al alcance de la mano. La prueba auténtica del coraje de un hombre no es el arco, sino el quedarse plantado, mirando y clavando la mirada fijamente, frente a frente, al surco veloz de la lanza, con el pie dentro de la fila.

Mi decisión no está motivada por la desvergüenza, anciano, sino por la precaución. Soy consciente, ciertamente, de que he matado a Creonte, padre de esta mujer, y de que estoy usurpando su trono; por consiguiente, no deseo dejarme por detrás a sus vengadores, cuando estos niños crezcan, para que me castiguen por los actos que yo he ejecutado.

ANFITRIÓN.—*(Comienza dirigiéndose imaginariamente a su hijo* HERACLES; *luego al usurpador* LICO.*)* En la parte referente a Zeus, que sea Zeus mismo quien preste su ayuda a su hijo, mas por lo que a mí respecta, Heracles, de mi incumbencia es demostrar con razones la ignorancia de este individuo sobre ti, pues no ha de permitirse que se hable mal de tu persona.

En primer lugar, por encima de todo, es mi obligación, con la asistencia de los dioses en calidad de testigos, apar-

[15] Hija de Equidna y de Tifón. Se la representa como una serpiente de varias cabezas de las que, al cortarlas, salía una nueva. Con la ayuda de su sobrino Yolao, quemaba con tizones la carne del cuello recién cortado para que no brotase una nueva cabeza. Así finalmente acabó con ella.

[16] Es otro monstruo hijo de Ortro y Equidna; nieto de Tifón y hermano de la Esfinge de Tebas. Al ser invulnerable, nada pudieron contra él las flechas de Heracles. Nuestro héroe obturó uno de los dos accesos de la cueva en la que vivía el animal, le obligó a entrar y luego, agarrándolo con sus brazos, lo ahogó.

[17] El escudo se llevaba en la mano izquierda y la lanza en la derecha.

tar de ti estas palabras nefandas, pues entre lo nefando considero eso de lo tu cobardía, Heracles. Al rayo de Zeus invoco y a la cuadriga sobre la que, cuando en los cuerpos de las criaturas que brotaron de la tierra, los Gigantes[18], alados clavó sus dardos, [180] celebró en compañía de los dioses su hermosa victoria. Y a la personificación misma de la insolencia, a la especie cuadrúpeda de los centauros[19], si vas a Fóloe, oh tú, el peor de los reyes, pregúntales a qué otro hombre considerarían que es el más valiente, sino a mi hijo, del que tú afirmas que es sólo apariencia. Y si le preguntases a Dirfis la abántide, la que te parió, a ti no te alabaría, pues no hay de donde, por haber realizado algún acto noble, pudieses tomar algún territorio que fuese testigo de ello.

Su hallazgo del equipo de arco[20], el colmo de la destreza, tú se lo reprochas; pues escúchame y aprende. [190] Un soldado de infantería es esclavo de sus armas y, en el momento en que rompe su lanza, ya no tiene posibilidad de proteger su cuerpo de la muerte porque cuenta con ella como única defensa. Y como quiera que sus compañeros de fila no sean valientes, muerto está por la cobardía de quienes le rodean. Sin embargo, los que tienen buena mano y puntería con el arco, la única cualidad excelente, disparan flechas a millares y protegen de no morir el cuerpo de los demás y, como están plantados a pie firme en la distancia, hieren con flechas invisibles a sus enemigos que

---

[18] Los Gigantes son hijos de la Tierra, nacidos para vengar a los Titanes, encerrados por Zeus en el Tártaro. Para darles muerte es necesaria la presencia de un dios y un mortal. Heracles fue el principal aliado de Zeus, armado éste de la égida y el rayo, para acabar con ellos. Heracles combatió con su arco desde el carro de Zeus.

[19] Los centauros son seres monstruosos, mitad hombre y mitad caballo. Tienen cuatro patas de caballo y dos brazos humanos. Viven en los montes, se alimentan de carne cruda y se distinguen por sus brutales costumbres. Heracles tuvo que luchar en numerosas ocasiones con ellos.

[20] Heracles recibió el arco y las flechas de Apolo. A excepción de la maza, que él mismo talló, el resto de sus armas también son de origen divino: la espada la recibió de Hermes; Hefesto le regaló una coraza dorada y Atenea un peplo, aunque según algunas tradiciones, fue Atenea quien le dio todas estas armas.

sí las ven. [200] Y no ofrecen su cuerpo a los contrincantes, sino que se mantienen a buen recaudo. Ésta es en la batalla la destreza en sumo grado, hacer daño al enemigo y mantener a salvo del peligro el propio cuerpo, sin estar amarrado al ancla de la fortuna. Estos razonamientos míos, por lo que respecta a la presente discusión, son de opinión contraria a los tuyos.

Y a estos niños, cambiando de tema para ir al grano, ¿por qué quieres matarlos? ¿Qué te han hecho ellos? Una única cosa en ti estimo sensata, a saber, que a los descendientes de un linaje excelente, siendo un cobarde como eres, los temas. No obstante, si bien se mira, esto a nosotros nos resulta gravoso, [210] si por esa cobardía tuya vamos a morir, pues eso es en todo caso lo que tú deberías padecer por nuestra parte, que somos más nobles, si Zeus albergase sentimientos de justicia hacia nosotros. Pero, si lo que quieres es mantener en tus manos el cetro de esta tierra, permite que partamos al exilio fuera del país. No realices por la fuerza acto alguno, o acabarás sufriendo esa fuerza cuando los vientos de la divinidad cambien en tu contra, al capricho de la fortuna.

¡Huy! ¡Oh tierra de Cadmo! —Pues también a ti he de ir yo a reprocharte palabras acusadoras— ¿Éstas son las medidas de protección que tomas sobre Heracles y sus hijos? [220] ¡Él, que solo contra todos los minias en son de guerra marchó y que hizo que los ojos de Tebas mirasen libres![21]. Y a la Hélade tampoco la elogio —ni pienso estarme callado— cuando la sorprendo en la más cobarde de las actitudes en relación con mi hijo, la Hélade, que tendría que acudir portando fuego, lanzas y armas en defensa de estos niñitos, en justa respuesta a su acción de limpiar mares y tierra, por los que tanto se ha esforzado[22]. Sin embargo, hijos, a vosotros ni la ciudad de los tebanos ni la Hélade os auxilia. A mí vedme como a un amigo sin fuerzas,

[21] Como ya hemos explicado antes, al liberar a Tebas del tributo que tenía que pagar anualmente a Ergino, rey de los minias de Orcómeno.

[22] Lectura de los manuscritos.

que nada es excepto un murmullo de voz, [230] pues el vigor que antes tenía me ha abandonado del todo y a esta vejez le quedan únicamente miembros temblorosos y fuerzas desvalidas. Si yo fuese joven y todavía tuviese el mando sobre mi cuerpo[23], cogería una lanza y embadurnaría con sangre los rubios cabellos de este individuo, de suerte que huyera más allá de los límites de Atlante[24] por pura cobardía de mi lanza.

CORIFEO.—¿No es verdad que los hombres nobles tienen recursos de argumentación, aunque sean lentos en el hablar?

LICO.—Tú refiérete a mí en esos términos con los que te jactas de haber sido fuerte como una torre; yo, en respuesta a tus palabras, voy a causarte un mal. [240] *(Dirigiéndose a los guardias.)* Venga, id unos al Helicón y otros a los valles del Parnaso, y dad orden a los leñadores de que corten troncos y árboles. Y cuando los hayáis reunido en la ciudad, amontonad alrededor de un altar la madera bien distribuida a ambos lados, prendedle fuego y reducid a cenizas los cuerpos de todos ellos, para que vean que ahora no es el que muere quien gobierna esta tierra sino yo. *(Dirigiéndose al* CORO.*)* Y vosotros, ancianos, como os estáis enfrentando a mis planes, no sólo vais a lamentaros por los hijos de Heracles sino también por la suerte de vuestras casas, [250] cuando algo suceda, y recordad que sois esclavos de mi monarquía.

CORIFEO.—¡Oh, prole de la tierra, a quienes Ares en otro tiempo sembró dejando desierta la fiera mandíbula del dragón![25]. Vuestros cetros, sobre los que apoyáis vuestras diestras, ¿no los alzaréis y teñiréis de sangre la impía cabeza de este varón que, aunque no es cadmeo, gobierna sobre los

---

[23] El anciano se queja de que ya no tiene el gobierno sobre su propio cuerpo. Cfr. *Ión,* 746: «Desde luego que no por propia voluntad, pero yo no mando sobre lo que no tengo.»

[24] Zeus condenó a Atlas a sostener sobre sus hombros la bóveda del cielo. Su morada se fija generalmente en el Occidente extremo, el país de las Hespérides. Anfitrión amenaza a Lico con enviarlo más allá de los confines de la tierra conocida.

[25] Cfr. versos 5 y 794 de esta misma tragedia y los versos 578-9 de *Las Suplicantes.*

jóvenes[26], siendo como es un hombre de la peor ralea y extranjero? Pues de mí, al menos, jamás habrás de ser mi señor así de rositas, ni habrás de poseer lo mucho por lo que yo, fatigándome con mis manos, duramente me esforcé. Márchate lejos, allí de donde viniste y da rienda suelta allí a tu insolencia, pues al menos mientras yo viva no has de matar jamás a los hijos de Heracles. No le cubre abajo tanta tierra a aquel que abandonó a sus hijos. En tanto que tú has devastado esta tierra, él por su parte no ha recibido todavía el auxilio que justamente merece. ¿Me estoy metiendo yo, entonces, en asuntos ajenos cuando trato de hacer bien a mis amigos muertos, siendo como es ésta la primera obligación de los amigos? ¡Oh, mano derecha! ¡Cómo deseas empuñar la lanza![27]. ¡En medio de tu debilidad ahogas ese deseo tuyo! De lo contrario, ya habría hecho que dejases de llamarme esclavo y habríamos prestado nuestro servicio gloriosamente a esta Tebas, en la que tú te manejas a tu antojo, pues la ciudad no piensa cuerdamente por estar enferma de disensiones y de malas resoluciones, y jamás te habría convertido en su soberano.

MÉGARA.—*(Dirigiéndose al* CORO.*)* Ancianos, gracias, pues por causa de los amigos resulta obligado que otros amigos se enfaden con razón pero, por lo que a nosotros respecta, que no os pase nada por irritaros contra vuestros soberanos. *(Dirigiéndose a* ANFITRIÓN.*)* Y escucha tú, Anfitrión, mi modo de pensar, si te parece bien que diga unas palabras[28].

Yo quiero a mis hijos más que a nada en el mundo, pues, ¿cómo no iba a querer a los hijos que he parido y por los que tan duramente me he esforzado? Y creo que el hecho de morir es algo horrible, pero pienso también que quien opone resistencia a un devenir inevitable es un

[26] Lectura de los manuscritos.

[27] Como poco antes justamente hemos señalado: la lanza en la mano derecha y el escudo en la izquierda.

[28] Mégara, como buena mujer que es, pide recatadamente permiso para hablar. Cfr. *Las Suplicantes*, vv. 40-41 y 293-300, *Electra*, 900 y 945-6, *Las Troyanas*, 654.

estúpido. No obstante, nosotros, ya que tenemos que hacerlo, es preciso que no muramos consumidos por el fuego, pues daríamos motivo de burla a nuestros enemigos, cosa peor que la misma muerte, a mi entender. Tenemos contraída una gran deuda de honores con nuestra casa. Tú tienes ganada una bien afamada reputación por tu lanza, hasta el punto de no tolerar que mueras cobardemente. [290] Tampoco necesita testigos mi bien afamado esposo que no habría querido que se hubiesen salvado estos hijos suyos a costa de que adquiriesen mala reputación, pues los bien nacidos sufren gran pena con la deshonra de sus hijos. Y yo, asimismo, no debo rechazar el ejemplo a seguir de mi marido.

Mira, entonces, esa esperanza tuya en qué medida cuento yo con ella. ¿Crees que tu hijo va a regresar de debajo de la tierra? Pero, ¿quién de entre los muertos ha escapado del Hades de regreso? O, ¿con qué razones podríamos ablandar a este hombre? De ninguna manera. Hay que huir del enemigo torpe, [300] y dejar paso a los hombres sensatos y bien educados, pues con más facilidad así, si los tratas con respeto, conseguirás su benevolencia. Ya me había venido a mí a la mente la idea de suplicar el exilio de mis hijos, pero esto es también cosa digna de lástima, acompañar la salvación con pobreza miserable, pues dicen que el rostro de los huéspedes mantiene amable su mirada para con los amigos exiliados sólo a lo largo de un único día.

Ten valor en nuestra compañía ante la muerte, que de todos modos te está aguardando. A la nobleza de tu nacimiento, anciano, invocamos. Quien con denuedo se esfuerza en apartar la suerte que le viene de los dioses [310] es un hombre animoso, mas su buen ánimo es una sinrazón.

CORIFEO.—Si cuando mis brazos eran vigorosos alguien te hubiese tratado con insolencia, fácilmente lo habría hecho parar. Ahora, en cambio, nada somos y desde ahora es cosa tuya, Anfitrión, mirar cómo vas a librarte de esta suerte.

ANFITRIÓN.—En verdad, que ni la cobardía ni el apego a la vida me impiden morir, sino que quiero salvar a los hijos

de mi hijo, pero da la sensación, más que nada, de que pretendo un imposible. ¡Velay! Aquí está presto para la espada mi cuello para herirlo, [320] o para que me mates, o me arrojes desde lo alto de una roca. Mas concédenos una única gracia, soberano, te lo suplicamos. Mátanos a mí y a esta desgraciada antes que a los niños, para que no veamos a nuestros hijos, impío espectáculo, exhalando su último hálito vital y llamando a su madre y al padre de su padre. Y del resto, si tienes buen ánimo, ocúpate tú, pues no contamos con ayuda para no morir.

MÉGARA.—También yo te suplico que añadas a esta gracia otra más, a fin de que a nosotros dos tú solo nos prestes un servicio doble: permíteme poner a los niños unos atavíos funerarios. [330] Abre las puertas (pues ahora están cerradas)[29] para que al menos esto lleguen a alcanzar de la hacienda de su padre.

LICO.—Así ha de ser. A los sirvientes ordeno que abran los cerrojos. Marchad dentro y disponed los adornos. No veo con malos ojos los vestidos. Cuando hayáis cubierto vuestros cuerpos con los atavíos, volveré junto a vosotros para entregaros al mundo de más abajo. (LICO *sale de escena acompañado de sus guardias.)*

MÉGARA.—Hijos, acompañad el desdichado paso de vuestra madre en dirección al palacio paterno, en el que otros gobiernan sobre estos bienes, aunque todavía conserva nuestro nombre. *(Entra en el palacio acompañada de los niños.* ANFITRIÓN *y el* CORO DE ANCIANOS *se quedan solos en la escena.)*

ANFITRIÓN.—Zeus, en vano, pues, compartimos la misma esposa, [340] en vano celebrábamos la comunidad de nuestro hijo. Eras tú, por tanto, menos amigo de lo que parecías ser. En virtud a ti te supero yo que soy un mortal, a ti, a un gran dios, pues yo no he traicionado a los hijos de Heracles. Tú, por tu parte, supiste llegar clandestinamente hasta mi esposa y ocupar el lecho ajeno sin que nadie te lo ofre-

[29] Cfr. versos 53-4: «Permanecemos sentados fuera de palacio, pues ha sido clausurado con un sello.»

ciese, pero, en cambio, no sabes salvar a tus amigos. Eres un dios ignorante o no eres justo por naturaleza[30]. *(Entra también en el palacio. Queda solo el* CORO DE ANCIANOS.)

CORO.
Estrofa 1.ª.

Su endecha Febo entona con canto bienaventurado, [350] al tiempo que su cítara de hermosos sones tañe con plectro de oro. Así yo, en honor del hijo que marchó a las tinieblas de la tierra y del mundo subterráneo, tanto da si digo que es hijo de Zeus o de Anfitrión, un himno como premio por sus trabajos, en son de alabanza, deseo elevar. Las bravas hazañas esforzadas de los bien nacidos ofrenda son para los muertos.

Mesoda 1.ª.

En primer lugar, el bosque de Zeus [360] liberó del león[31]*. Cuando trataba de lanzarse sobre él por la espalda, las intensamente rojas y abiertas fauces de la terrible fiera cubriéronle por ambos lados su rubia cabeza.*

Antístrofa 1.ª.

A la raza de los agrestes centauros, que por los montes pacían, un día la abatió con sus flechas matadoras, derribándolos con sus alados proyectiles. Testigo de ello son el Peneo que arrastra bellas aguas, y los extensos y estériles campos de la llanura, [370] y las moradas del Pelión, y los pastizales limítrofes del Ómola, desde donde, armando sus manos con pinos a modo de lanzas, la tierra tesalia intentaban someter[32].

---

[30] Son francamente severos los términos en los que Anfitrión se atreve a censurar al mismísimo Zeus por abandonar a la familia de Heracles, su propio hijo.

[31] Se trata del león de Nemea, mencionado antes en el verso 153. Es un monstruo hijo de Ortro y Equidna, nieto de Tifón y hermano de la Esfinge de Tebas. Al ser invulnerable, nada pudieron contra él las flechas de Heracles. Nuestro héroe obturó uno de los dos accesos de la cueva en la que vivía el animal, le obligó a entrar y luego, agarrándolo con sus brazos, lo ahogó.

[32] Los centauros son seres monstruosos, mitad hombre y mitad caballo. Tienen cuatro patas de caballo y dos brazos humanos. Viven en los montes, se alimentan de carne cruda y se distinguen por sus brutales costumbres. Heracles tuvo que luchar en numerosas ocasiones con ellos.

Epodo 1.º.

A la cierva de áurea cornamenta, de moteados lomos, que los campos asolaba, muerte le dio para mayor gloria de la diosa cazadora enoátide[33].

Estrofa 2.ª.

[380] Subió a su cuadriga y con la brida domó las yeguas de Diomedes, que en ensangrentados pesebres, libres de sus bocados, rápidamente iban despachando con sus mandíbulas un alimento cruento, un banquete con delicias de carne humana[34]*. Y, cuando atravesó las argénteas corrientes del Hebro, llevó a término un trabajo fatigoso que le impuso el rey de Micenas*[35].

Mesoda 2.ª.

Y en la costa melíade, [390] junto al nacimiento del Anauro, a Cicno, asesino de huéspedes y habitante insociable de Anfanea, con sus flechas lo mató[36].

Antístrofa 2.ª.

Marchó al jardín de las Hespérides, donde las muchachas se entretienen cantando sus himnos, para coger con su mano de las ramas cargadas de manzanas el áureo fruto, en habiendo matado a la serpiente de lomos cobrizos que, enroscada alrededor en terrible espiral, lo protegía[37]*. [400] Penetró en los abismos del mar salino, para poner calma en la boga de los mortales.*

Epodo 2.º.

Con sus brazos sostuvo desde el medio la bóveda celeste cuando

---

[33] Era un animal de talla gigantesca que asolaba las cosechas de Énoe. Heracles la mató y consagró su cornamenta en el templo de Ártemis Enoátide.

[34] Diomedes era un rey de Tracia, propietario de unas yeguas que se alimentaban de carne humana.

[35] Dindorf.

[36] Este Cicno era hijo de Ares y de Pelopia. Se le presenta como un hombre violento y sanguinario, un bandido que detenía a los viajeros, los mataba y con sus restos ofrecía sacrificios a su padre Ares. Atacaba sobre todo a los peregrinos que se dirigían a Delfos, al templo de Apolo, lo cual irritó al dios.

[37] Gea ofreció a Hera como regalo de bodas, cuando se casó con Zeus, unas manzanas de oro que mandó plantar en su jardín de las inmediaciones del monte Atlas. Allí confió su custodia a una serpiente inmortal de cien cabezas, nacida de Tifón y de Equidna (al igual que la hidra de Lerna), y a tres ninfas del atardecer, las Hespérides. Euristeo ordenó a Heracles que le trajese estas manzanas.

viajó a la morada de Atlante, y soportó las casas estrelladas de los dioses con gran virilidad[38].

Estrofa 3.ª.

Se dirigió hacia el ejército ecuestre de las amazonas, por la Meótide de abundantes ríos, [410] a través del Ponto Euxino. ¿A qué griego no reunió de entre sus amigos para ir tras la pieza de tela, engalanada con bordados de oro, de los ropajes de la hija de Ares? Funesta cacería la del cinturón[39]*. La Hélade consiguió el ilustre botín de la muchacha bárbara y lo conserva en Micenas.*

Mesoda 3.ª.

A la hidra de las mil cabezas, [420] asesina de multitudes, la perra de Lerna, la dejó reducida a cenizas[40]*, y untó con su veneno los dardos con los que mató al pastor de tres cuerpos de Eritia*[41].

Antístrofa 3.ª.

Fue superando uno a uno con buena fortuna el resto de las pruebas y embarcóse al interior del siempre llorado Hades, el postrero de sus trabajos[42]*, donde, triste de él, ha dado justo cumplimiento a su vida pues de allí no ha vuelto de regreso. [430] Su casa se encuentra falta de amigos. El remo de Caronte, abandonado de los dioses, injusto, aguarda a sus hijos para una travesía de la que no se conoce el retorno. A tus brazos vuélvense los ojos de tu casa, pero tú no estás.*

---

[38] Prometeo aconsejó a Heracles que no cogiese por su propia mano las manzanas de las Hespérides, y le recomendó para esta misión al Gigante Atlante, encargado de sostener la bóveda celeste sobre sus hombros. Así fue nuestro héroe al encuentro del Gigante, y le ofreció liberarle de su carga mientras iba a buscar las manzanas de oro. Atlante aceptó y, entretanto, Heracles sostuvo la bóveda celeste.

[39] Se refiere al cinturón de la reina de las Amazonas, la reina Hipólita, hija de Ares. Se dice que el cinturón se lo había dado el propio Ares, su padre, para simbolizar el poder que ella poseía sobre su pueblo.

[40] Hija de Equidna y de Tifón. Se la representa como una serpiente de varias cabezas de las que, al cortarlas, salía una nueva. Con la ayuda de su sobrino Yolao, quemaba con tizones la carne del cuello recién cortado para que no brotase una nueva cabeza. Así finalmente acabó con ella.

[41] Éste es el robo de los bueyes del Gigante Geriones.

[42] Euristeo ordenó a Heracles que fuese a los Infiernos y trajese de allí al Can Cerbero, que vigilaba la entrada del mundo de los muertos para que no entrasen en él los vivos y, sobre todo, que no saliesen los muertos. Para ello, tuvo que iniciarse antes en los misterios de Eleusis, que enseñaban precisamente a los creyentes el modo de llegar con plena seguridad al otro mundo después de la muerte.

Epodo 3.º.

Y si yo fuese joven y fuerte, y blandir pudiese vibrante mi lanza en combate, yo y mis jóvenes camaradas cadmeos junto a estos hijos estaríamos, defendiéndolos con valor, [440] mas ahora me veo falto de la bienaventurada juventud.

(Salen del palacio ANFITRIÓN, MÉGARA *y sus hijos con los atavíos funerarios.)*

CORIFEO.—Por cierto, estoy viéndoles ya con sus vestidos de difuntos, los hijos del antaño —en otros tiempos— gran Heracles, y su amada esposa que tira de ellos con los pies a rastras, a ambos costados suyos[43], y el anciano padre de Heracles. ¡Desdichado de mí, que las lágrimas no puedo ya contener [450] por más tiempo de esta vieja fuente de mis ojos!

MÉGARA.—Bien. ¿Quién va a ser el sacerdote, quién va a proceder al degollamiento de estos desdichados? ¿Quién es el asesino de esta pobre alma mía? Preparadas estamos ya las víctimas para encaminarnos a la mansión de Hades. Hijos, tiramos de un yugo cadavérico nada hermoso, ancianos, jóvenes y madres todos juntos. Destino infeliz el mío y el de estos hijos a quienes por vez postrera dirijo la mirada de mis ojos.

Yo os parí, pero os crié como objeto de ultraje, de malicioso gozo y presa para provecho de vuestros enemigos. ¡Huy! [460] En verdad, sí, he perdido las ilusiones colmadas de esperanza en las que yo antes confiaba, a partir de las palabras con las que vuestro padre a vosotros se refería. *(Refiriéndose por turnos a cada uno de sus hijos.)* A ti tu padre muerto te asignó Argos y debías habitar el palacio de Euristeo y administrar el gobierno de Pelasgia, rica en preciados frutos, y sobre tu cabeza puso en rededor la piel de la fiera, del león, con la que precisamente él mismo solía armarse. Tú ibas a ser soberano de Tebas, aficionada a los carruajes, al obtener en calidad de herencia las llanuras de mi país,

[43] Musgrave.

toda vez que convenciste del todo a la persona que sembró tu semilla, y en tu mano derecha depositó su maza protectora, que aparentemente le habían regalado, pero que él mismo había trabajado hábilmente[44]. Y a ti prometió entregarte Ecalia[45], a la que destruyó en su día con sus certeras flechas. Como tres erais vosotros, a tres monarquías os elevó altos como torres vuestro padre, pues a causa de su gran virilidad albergaba pensamientos de altos vuelos. Yo, por mi parte, os iba escogiendo jovencitas de alta cuna para trabar enlaces matrimoniales con el país de los atenienses, de Esparta y de Tebas, a fin de que, bien amarrados a los cabos de popa, gozaseis de una vida feliz[46].

Pero todo esto se ha esfumado. La suerte lo ha trastocado todo y, a cambio, a vosotros os ha concedido tomar a las Ceres por esposas[47], y a mí, desgraciada, aportar el baño nupcial empapado en lágrimas[48]. Y el padre de vuestro padre, por su parte, os obsequia con el banquete de bodas, en la creencia de que Hades es vuestro suegro, amargo enlace matrimonial.

¡Ay de mí! ¿A cuál de vosotros arrimaré primero junto a mi pecho, a cuál el último? ¿A cuál besaré en los labios? ¿A cuál abrazaré? ¿Por qué, como abeja de zumbantes alas, no puedo reunir de todos ellos sus llantos y, una vez que los haya juntado en uno solo, verter de vuelta una única lágrima compacta? *(Dirigiéndose en la distancia a su esposo.)* ¡Oh, amadísimo mío! Por si la voz de los mortales puede llegar a escucharse en el Hades, estas palabras, Heracles,

---

[44] La maza de Heracles la talló él mismo durante su primer trabajo, el del león de Nemea, y es la única de sus armas que no le ha sido regalada por los dioses.

[45] Ciudad de Eubea.

[46] Eurípides es aficionado a las metáforas de tipo náutico.

[47] Las Ceres son la imagen de la muerte y ése es el único desposorio al que van a poder optar los hijos de Heracles cuando desciendan a la mansión de Hades, al mundo subterráneo de los muertos.

[48] Uno de los ritos fundamentales del matrimonio consistía en el baño de la novia, con vistas a su purificación, pero el novio, a su vez, también debía bañarse. Mégara se lamenta porque el único baño nupcial que va a poder ofrecer es el de sus lágrimas.

a ti te digo: van a morir tu padre y tus hijos; también yo estoy perdida, la que antaño era aclamada feliz por tu causa entre los mortales. Socórrenos, ven aquí, que se me aparezca tu sombra. Bastaría con que acudieses incluso bajo la forma de una visión, pues los que van a matar a tus hijos son unos cobardes.

ANFITRIÓN.—Tú, mujer, ve preparando convenientemente lo de abajo. Yo, en cambio, a ti, Zeus, elevando mis manos al cielo, te invoco: a estos hijos tuyos, si es que algún auxilio tienes intención de enviarles, [500] protégelos cuanto antes, pues dentro de poco no vas a tener ninguna ayuda que dar. *(Se desanima.)* Sin embargo, ya has sido invocado muchas veces[49]. Me estoy esforzando en vano, pues, según parece, morir resulta inevitable. En fin, ancianos, la vida es breve. Pasad por ella lo más dulcemente posible, sin apenaros de la mañana a la noche[50]. Que el tiempo no sabe de conservar esperanzas, sino que al punto pasa volando y se desvanece. Miradme a mí: estuve rodeado de todas las miradas de los hombres cuando tenía renombre, y la suerte me lo ha quitado todo [510] en un solo día, como a una pluma por el aire. No conozco yo grandes riquezas y reputación que sean duraderas. Adiós, pues estáis contemplando ahora por ultimísima vez a un amigo vuestro.

MÉGARA.—*(Se sorprende vivamente al ver llegar a lo lejos a su esposo* HERACLES.) ¡Eh! Anciano, ¿estoy viendo lo que más quiero, o qué podría decir?

ANFITRIÓN.—No lo sé, hija, pues también yo estoy sin palabras.

MÉGARA.—Es aquel del que oíamos contar que se encontraba en el mundo subterráneo, a no ser, al menos, que estemos contemplando un sueño a plena luz del día. ¿Qué estoy diciendo? ¿Qué ensoñaciones estoy viendo? ¡Me va a estallar el corazón! *(Lo reconoce con seguridad.)* Este no es un suplantador de tu hijo, anciano. [520] ¡Venid aquí, hijos,

[49] Cfr. *Las Troyanas*, 1280-1: «¡Oh dioses! Pero, ¿por qué estoy invocando a los dioses? Bien cierto es que antes no escuchaban cuando se les invocaba.»

[50] Cfr. *Las Suplicantes*, 952-3: «¡La cosa esta de la vida, qué pequeña es! Y hay que pasar por ella lo más cómodamente posible, no entre fatigas.»

colgaos de los ropajes de vuestro padre, acudid, daos prisa, no lo soltéis, porque en punto alguno es él inferior a Zeus Salvador por lo que a vosotros respecta!

(Heracles *entra en la escena.)*

Heracles.—¡Salud, vigas y vestíbulo de mi hogar! ¡Qué contento estoy de veros ahora que he regresado a la luz! *(Se percata de la escena.)* ¡Eh! ¿Qué pasa? ¿Son mis hijos los que estoy viendo delante del palacio con las cabezas coronadas de atavíos funerarios, y mi esposa en medio de una multitud de hombres[51], y mi padre llorando por alguna desgracia? A ver, que me entere yo bien acercándome a ellos. *(Interpelando a su esposa.)* Mujer, ¿qué inesperados hechos han acontecido en casa?

Mégara.—¡Oh, el más querido de los hombres!

Anfitrión.—¡Oh, luz de tu padre que acabas de llegar!

Mégara.—¡Has vuelto, has llegado justo en el momento oportuno para salvar a tus seres queridos!

Heracles.—¿Qué estás diciendo? ¿A qué situación de confusión hemos llegado, padre?

Mégara.—Estábamos perdidos. Perdóname, anciano, si te he robado antes lo que tú tenías que decirle[52]. Lo cierto es que el sexo femenino es de algún modo más digno de compasión que el masculino. Mis hijos iban a morir y yo estaba perdida.

Heracles.—¡Apolo! ¡Con qué preámbulos das comienzo a tus palabras!

Mégara.—Mis hermanos y mi anciano padre están muertos.

Heracles.—¿Cómo dices? ¿Qué les ha pasado? ¿Con qué clase de fatalidad se han tropezado?

Mégara.—Lico, el nuevo soberano de esta tierra, acabó con ellos.

Heracles.—¿Enfrentándose a ellos con armas o porque el país padecía alguna enfermedad?

---

[51] Esta multitud de hombres es el Coro de Ancianos.

[52] Heracles ha formulado su inmediata pregunta anterior al anciano Anfitrión, pero Mégara se le ha anticipado en responder.

MÉGARA.—Por un alzamiento. Así obtuvo el poder de la ciudad de Cadmo, la de las siete puertas.

HERACLES.—¿Qué miedo, entonces, os ha entrado a ti y a mi anciano padre?

MÉGARA.—Tenía intención de matarnos a tu padre, a mí y a tus hijos.

HERACLES.—¿Qué estás diciendo? ¿Qué temía de los huérfanos de mis hijos?

MÉGARA.—Que algún día le hiciesen pagar la muerte de Creonte.

HERACLES.—¿Y qué significan esos atavíos de los niños, propios más bien de difuntos?

MÉGARA.—Nos hemos ceñido ya los vestidos de la muerte.

HERACLES.—[550] ¿E ibais a morir por la fuerza? ¡Triste de mí!

MÉGARA.—Estábamos faltos de amigos y habíamos oído que tú habías muerto.

HERACLES.—Pero, ¿cómo os entró esa desazón?

MÉGARA.—Los heraldos de Euristeo nos trajeron la noticia.

HERACLES.—Pero, ¿por qué abandonasteis mi casa y mi hogar?

MÉGARA.—Por la fuerza. A tu propio padre lo sacaron de la cama.

HERACLES.—¿Y no les daba vergüenza tratar con tan poco respeto a un anciano?

MÉGARA.—¿Vergüenza? Vive lejos de esta diosa.

HERACLES.—¿Tan escaso andaba de amigos al estar yo ausente?

MÉGARA.—Sí. ¿Qué amigos tiene un hombre desafortunado?

HERACLES.—[560] Las batallas que mantuve con gran esfuerzo y valor contra los minias, ¿las han despreciado?

MÉGARA.—Sin amigos, vuelvo a decírtelo, se encuentran los desafortunados.

HERACLES.—¿No vais a arrancaros de vuestro cabello estos velos de Hades y a levantar vuestra mirada a la luz, toda vez que estáis contemplando con vuestros propios ojos un deseado cambio que os viene de las oscuridades subterráneas? Pues yo, como el asunto está ahora en mis manos, en primer lugar voy a ir a arrasar la casa del nuevo monarca y, tras cortarle su impía cabeza, voy a arrojársela a los perros para que la arrastren de aquí para allá. De entre los cad-

meos, a cuantos encuentre desagradecidos después de haber recibido algún favor de mi parte, [570] *(Blandiendo su clava)* con esta arma mía de hermosos triunfos pienso someterlos a mi brazo, los despedazaré con mis flechas voladoras y llenaré todo el Ismeno del rojo tinte de los cadáveres, y las blancas aguas del Dirce[53] se teñirán de sangre. Pues, ¿a quién más que a mi esposa, hijos y anciano padre tengo yo que proteger? ¡Trabajos esforzados, adiós! Los cumplí más en vano que estos otros. En realidad, es menester que yo muera combatiendo por ellos, si precisamente ellos iban a hacerlo por su padre. ¿Por qué diremos, si no, que fue un acto de valentía entablar combate con la hidra o el león, encargos de Euristeo, pero que a mis hijos, en cambio, [580] no me esforcé en librarlos de la muerte? Ya no se me llamaría entonces Heracles el de la hermosa victoria, como antes.

CORIFEO.—Justo es que los progenitores socorran a sus hijos, a su anciano padre y a su compañera en matrimonio.

ANFITRIÓN.—Hijo, digno de ti es ser amigo de tus amigos y odiar a los enemigos, pero no tengas tanta prisa.

HERACLES.—Pero, padre, ¿cuál de estas acciones resulta más precipitada que lo estrictamente necesario?

ANFITRIÓN.—El soberano tiene por aliados a muchos indigentes, aunque de palabra aparentan ser ricos, [590] que sustentaron el alzamiento y que causaron la ruina de la ciudad a base de robar a sus vecinos. Los bienes que había en casa se han desvanecido entre dispendios y se han esfumado a causa de la inactividad.

Has sido visto entrando en la ciudad y, como has sido visto, mira si tus enemigos se han reunido, no sea que sucumbas sin darte cuenta.

HERACLES.—Nada me importa si me ha visto la ciudad entera. Sin embargo, como vi un pájaro en posición de mal agüero, comprendí por ello que alguna desgracia había caído sobre mi familia, de modo que tomé la precaución de entrar en el país a escondidas.

[53] El Ismeno y el Dirce son ríos que fluyen junto a Tebas.

Anfitrión.—Bien hecho. Acércate[54], pues, y saluda a la diosa del hogar. [600] Concede a la casa paterna el honor de contemplar tu rostro. El soberano en persona volverá aquí para arrastrar a la muerte a tu mujer e hijos y para matarme también a mí. Si le esperas aquí, todo resultará en tu provecho y ganarás en seguridad. Y a la ciudad no la alborotes, hijo, antes de que el asunto esté ya bien resuelto[55].

Heracles.—Tienes razón. Así lo haré. Voy a entrar en la casa. Ahora que por fin he subido de regreso desde las profundidades umbrosas de Hades y de Core[56], no he de privar a los dioses de mi casa del honor de saludarlos primeramente.

Anfitrión.—[610] Hijo, ¿fuiste de verdad a las mansiones de Hades?

Heracles.—¡Y a la fiera de tres cabezas la conduje hasta la luz![57].

Anfitrión.—¿La venciste en combate o gracias a un regalo de la diosa?

Heracles.—En combate. Tuve la buena fortuna de contemplar los ritos de los iniciados[58].

---

[54] Lectura de los manuscritos.

[55] Es decir, Anfitrión le ha quitado a su hijo de la cabeza su idea previa de irse derechamente a casa del tirano, para no correr riesgos en caso de que la ciudadania no reaccionase favorablemente. Es más seguro eliminar a Lico en la propia casa de Heracles. En este caso se trata de una decisión de prudencia y de oportunidad. Orestes en *Electra* actúa de modo parecido, pero por cobardía; cfr. *Electra,* 87-98: «He venido, a raíz de una revelación divina, a suelo argivo sin que nadie lo sepa, para devolver el asesinato de mi padre a su asesino (...) Evidentemente, no intento encaminar mis pasos al interior de los muros, sino que me he acercado a los confines de esta tierra para aunar con ello un doble propósito: poder encaminar fuera mis pasos a otro país, en caso de que algún vigilante me reconozca, y buscar a mi hermana.»

[56] Se refiere a Perséfone, diosa de los Infiernos y compañera de Hades. Prefiere evitarse llamarla por su nombre.

[57] Euristeo ordenó a Heracles que fuese a los Infiernos y trajese de allí al Can Cerbero, que vigilaba la entrada del mundo subterráneo para que no entrasen en él los vivos y, sobre todo, que no saliesen los muertos. Para ello, como menciona poco más adelante, tuvo que iniciarse antes en los misterios de Eleusis, que enseñaban precisamente a los creyentes el modo de llegar con plena seguridad al otro mundo después de la muerte.

[58] Los misterios de Eleusis que acabamos de mencionar.

Anfitrión.—¿Es cierto también que la fiera está en casa de Euristeo?

Heracles.—Es propiedad del bosque de Ctonia y de la ciudad de Hermione.

Anfitrión.—¿Y no sabe Euristeo que has regresado arriba a la tierra?

Heracles.—No lo sabe, ya que vine para enterarme antes de la situación de aquí.

Anfitrión.—¿Y cómo es que has estado durante tanto tiempo bajo tierra?

Heracles.—Perdí mucho tiempo trayendo a Teseo del Hades[59], padre.

Anfitrión.—¿Y dónde está? ¿Acaso ha marchado ya al suelo de su tierra patria?

Heracles.—Sí, ya se encuentra en Atenas, contento de haber escapado de allí abajo. *(Dirigiéndose resueltamente a sus hijos.)* ¡Hala, venga! Acompañad a vuestro padre a casa, hijos. Más noble la entrada que la salida ahora os asiste. ¡Venga! Tened confianza y dejad de arrojar por más tiempo ese mar de lágrimas de vuestros ojos. *(Dirigiéndose a su mujer.)* Y tú, esposa mía, haz acopio de fuerzas y deja de estremecerte. *(A todos ellos.)* Y soltad mis vestidos, pues ni tengo alas ni tengo intención de escapar de mis seres queridos. *(Todavía se arremolinan más a su alrededor.)* ¡Ah! No me sueltan, sino que todavía se agarran más fuerte a mis vestidos. ¿Con tal grado de desesperación os visteis en la cuerda floja? Los cogeré y los llevaré a remolque de mis dos manos, como nave que tira tras de sí de sus botes[60]. Lo cierto es

[59] Teseo y Piritoo juraron darse mutuamente por esposa a una hija de Zeus. Piritoo participó en el rapto de Helena para Teseo y, recíprocamente, Teseo acompañó a su amigo a los Infiernos para raptar a Perséfone, esposa de Hades. Los dos amigos consiguieron entrar en el mundo subterráneo a través de la puerta trasera del Ténaro, en Laconia, pero luego no les fue posible salir y quedaron allí prisioneros, sometidos a crueles tormentos, hasta que Heracles, cuando descendió también allí a la caza de Cerbero, consiguió rescatar a Teseo.

[60] Obsérvese la belleza de esta metáfora náutica. Se repetirá al final de la pieza, en el verso 1424, cuando sea Heracles, desvalido, quien camine a remolque de su amigo Teseo. *Heracles,* 1424: «Seguiré a Teseo a remolque, como una barquichuela completamente destrozada.»

que no me niego a cuidar de mis hijos. Todos los hombres son iguales: aman a sus hijos tanto los hombres nobles como los que nada son. Aun siendo diferentes por lo que respecta a sus bienes quienes los poseen y los que no, todo ser humano ama a sus hijos.

(Entran finalmente todos en el palacio y queda solo en escena el CORO DE ANCIANOS.)

CORO.

Estrofa 1.ª.

La juventud me es querida. Una carga, en cambio, es siempre la vejez, más gravosa que los promontorios del Etna posados sobre mi cabeza, oscuro velo[61] *que cubre mis párpados. Ni la riqueza de la monarquía asiática, ni palacios repletos de oro tomaría yo a cambio de la juventud, que es hermosísima en la riqueza y hermosísima en la pobreza. Sin embargo, funesta y asesina, a la vejez la aborrezco. ¡Podía marcharse y desaparecer en medio de las olas y ojalá jamás a las casas y ciudades de los mortales llegase, sino que por el aire siempre de un lado para otro alada vagase!*

Antístrofa 1.ª.

Si los dioses tuviesen comprensión y sabiduría con respecto a los hombres, éstos doble juventud tendrían. De acuerdo a una visible impronta de virtud, todos cuantos la tuviesen, al morir retornarían de nuevo al resplandor del sol para tomar parte por segunda vez en la carrera. Por su parte, los individuos de bajo nacimiento tendrían una única vida. Mediante este procedimiento podría llegar a saberse quiénes son malos y quiénes son buenos, del mismo modo que entre las nubes el número de las estrellas es claramente visible[62] *a los ojos del navegante. Ahora, en cambio, ninguna definición de buenos y malos procede clara de los dioses, sino que la vida gira y gira, y sólo a los ricos encumbra.*

Estrofa 2.ª.

No cesaré de reunir a las Gracias[63] *con las Musas, la más dulce*

---

[61] Lectura de los manuscritos.

[62] Fritzsche.

[63] Las Gracias viven en el Olimpo, en compañía de las Musas, y muchas veces se unen en sus coros.

asociación. No soportaría vivir sin la presencia de las Musas; al contrario, que siempre esté yo rodeado de guirnaldas. Todavía, por viejo aedo que sea, celebro en alta voz a Mnemósine[64], *todavía canto los bellos triunfos de Heracles. Con Bromio*[65], *dador del vino, y con los cantos y danzas de la lira de siete tonos y con la flauta líbica, jamás cesaré de honrar a las Musas que guiaron los pasos de mi baile.*

Antistrofa 2.ª.

Un peán las delíades[66] *en honor del noble hijo de Leto*[67] *cantan a ambos lados de las puertas de su templo, al tiempo que vertiginosamente giran y giran en su bello danzar. Peanes en tu casa yo cantaré, viejo aedo, como cisne, con mi boca cana, pues es género que bien cuadra a estos cantos. El hijo de Zeus, que por su ilustre nacimiento cuanto más se afana más excede en virtud, serena hizo la existencia de los mortales acabando con terroríficos animales.*

(Al mismo tiempo que por un lateral entra LICO *acompañado de sus guardias y sirvientes,* ANFITRIÓN *sale del palacio.)*

LICO.—Sales del palacio justo en el momento oportuno, Anfitrión, pues largo iba ya siendo el tiempo transcurrido desde que andáis adornando vuestros cuerpos con vestidos y adornos de difuntos. Pero, ¡venga! A los hijos y a la esposa de Heracles dales orden de que se dejen ver fuera de esta morada, toda vez que habéis consentido libremente en perecer.

---

64 Mnemósine es la personificación de la memoria y, además, madre de las nueve Musas que con Zeus engendrara.

65 Uno de los nombres de Baco.

66 Mujeres de Delos.

67 Madre de Apolo y de Ártemis. Aquí se refiere a Apolo, a quien se dedica el peán. Contábase que cuando Leto se encontraba embarazada de los dos gemelos divinos, Hera, por celos, había prohibido que en cualquier lugar de la tierra le fuese concedido asilo para dar a luz. Por ese motivo, Leto andaba errante hasta que finalmente Delos, que hasta ese momento había sido una isla flotante y estéril, consintió en acogerla, dado que no temía la cólera de Hera. Como recompensa, quedó fijada en el fondo del mar por cuatro sólidas columnas.

Anfitrión.—Soberano, me persigues a mí que soy desdichado y estás descargando tu insolencia sobre los míos, que van a morir. Tienes que moderar tus prisas, por muy poderoso que seas. Pero, como nos impones por fuerza morir, forzoso es aceptarlo. Hay que actuar conforme a tu parecer.

Lico.—¿Dónde, pues, está Mégara? ¿Dónde están los retoños del hijo de Alcmena?

Anfitrión.—Tengo idea de que ella, fuera, en la medida en que puede conjeturarse...

Lico.—¿De qué se trata? ¿En qué idea te basas para probarlo?

Anfitrión.—...como suplicante está sentada junto al sacro altar de Hestia[68]...

Lico.—Es verdaderamente inútil que trate de salvar su vida como suplicante.

Anfitrión.—...y que en vano llama una y otra vez a su esposo, muerto a la sazón.

Lico.—Pero él no está presente y tampoco va a volver jamás.

Anfitrión.—No, a no ser al menos que alguno de los dioses lo resucite.

Lico.—Vete junto a ella y sácala del palacio.

Anfitrión.—Sería cómplice de su asesinato si hiciese eso.

Lico.—Nosotros, entonces, que estamos libres de temores, como tú tienes escrúpulos en ello, haremos salir a los niños junto con su madre. *(Dirigiéndose a sus sirvientes.)* Seguidme por aquí, sirvientes, para que contentos veamos el descanso de nuestro trabajo. *(Entra en el palacio con los guardias y los sirvientes.)*

Anfitrión.—¡Venga, pues! ¡Vete a donde tengas que ir! Cada uno se ocupa a partes iguales de lo suyo. Aguarda tú, pues, a recibir mal por mal, por haber obrado así. Ancianos, a buen fin encamina sus pasos, y en una red de enmarañadas espadas va a ser atrapado aquel que creía que iba a matar a sus vecinos, el muy malvado. Voy a ir a ver cómo cae su cadáver, pues un enemigo produce placer

[68] Diosa del Hogar. Los suplicantes y los huéspedes quedaban bajo su protección, y maltratarlos equivalía a desobedecerla e insultarla.

cuando muere y cumple el castigo por sus actos. *(Entra también en el palacio.)*

CORO.
Estrofa 1.ª.
CORO.—*Inversión de males. Nuestro antaño gran soberano regresa de nuevo procedente del Hades a la vida. ¡Ay! La Justicia y el hado de los dioses se dan la vuelta.*
CORIFEO.—[740] Has llegado en el momento en el que con tu muerte vas a pagar tu pena, por ultrajar insolentemente a quienes son mejores que tú.
CORO.—*El gozo me hace verter lágrimas. De regreso volvió el soberano de esta tierra, hecho que antes jamás en mis mientes esperé que me pasaría.*
CORIFEO.—¡Ea, ancianos! Miremos dentro de palacio, a ver si a alguien le va como a mí me gustaría.
LICO.—*(Desde el interior.)* ¡Ay, ay de mí!
Antístrofa 1.ª.
CORO.—[750] *Una melodía está dando comienzo en el palacio, que escuchar anhelaba. La muerte no anda lejos. Grita —preludio del homicidio— el soberano entre lamentos.*
LICO.—*(Desde el interior.)* ¡Oh tierra toda de Cadmo! ¡Muero víctima de una trampa!
CORIFEO.—También tú matabas. Paga con resignación tu deuda cumpliendo, cuando menos, el castigo por tus fechorías.
CORO.—*¿Quién, manchando la dignidad de los dioses con su conducta fuera de la ley, en su condición de mortal, una calumnia insensata sobre los felices habitantes celestes ha arrojado, a saber, [760] que los dioses justamente no tienen poder? (Dejan de oírse los gritos. Lico ha muerto.)*
CORIFEO.—Ancianos, el hombre impío ya no goza de su existencia. Callan las vigas. Volquémonos sobre nuestros coros, pues alcanzan buena fortuna los amigos que yo quiero.
CORO.
Estrofa 2.ª.
Coros, coros y festejos se extienden a lo largo de Tebas, la ciudad sagrada. Sí; la mudanza de las lágrimas, la mudanza de la coyun-

tura dio paso a los cantos. Ya se ha marchado el nuevo soberano y el más antiguo [770] impone su poderío, en habiendo dejado atrás el Aqueronte[69]*. Contra toda previsión vino la esperanza.*

Antístrofa 2.ª.

Los dioses, los dioses se preocupan por conocer al hombre injusto y al pío. El oro y la buena suerte sacan a los hombres de sus cabales y domeñan al injusto con su poderío. Nadie se resigna a observar el cambio de los tiempos. Por dejar a un lado la ley y por regocijarse en una conducta inmoral, [780] hizo pedazos el sombrío carro de la riqueza.

Estrofa 3.ª.

¡Ismeno[70]*, engalánate con guirnaldas! ¡Comenzad vuestras danzas, pulidas avenidas de la ciudad de las siete puertas, y Dirce*[71] *de hermoso fluir! ¡Ninfas, hijas de Asopo, dejad el agua paterna y cantad al unísono el combate con final feliz de Heracles! [790] ¡Roca arbolada del Pitio, moradas de las Musas del Helicón*[72]*, ensalzad con gozoso grito mi ciudad, mis murallas, donde la estirpe de los sembrados*[73] *vino a la luz, el escuadrón de escudos de bronce que de padres a hijos van heredándose esta tierra, luz sagrada, provecho de Tebas.*

Antístrofa 3.ª.

¡Oh, los dos lechos nupciales emparentados, el de estirpe mortal y el de Zeus [800] que vino a unirse con la joven esposa de la familia de Perseo! ¡Qué digno de crédito se me muestra ahora, contra toda esperanza, este antiguo enlace tuyo, Zeus! ¡Brillante marcó el tiempo el vigor de Heracles que vino del rincón recóndito de la tierra, tras abandonar la morada subterránea de Plutón![74]*. Monarca más poderoso a mis ojos fuiste [810] que ese indigno soberano que ahora pone de manifiesto a quien observa los enfrentamientos armados de espada que la justicia todavía agrada a los dioses.*

---

[69] El Aqueronte es el río que han de atravesar las almas para llegar al reino de los muertos.

[70] El Ismeno es un río que fluye junto a Tebas, en Beocia.

[71] Otro río de Tebas.

[72] Monte de Beocia en el que habitan las Musas.

[73] Cfr. versos 5 y 252-3 de esta misma tragedia y los versos 578-9 de *Las Suplicantes.*

[74] Sobrenombre ritual de Hades, dios de los muertos y de los Infiernos.

(Aparecen sobre el palacio la mensajera IRIS *y la diosa* LOCURA. *Cunde el pánico, el desconcierto y el desasosiego.)*

CORIFEO.—¡Eh, eh! Ancianos, ¿acaso nos está invadiendo a todos el mismo ataque de pánico? ¿Qué clase de aparición estoy viendo sobre el palacio?

UN COREUTA.—*¡Escapa, escapa! ¡Aparta tus pies cansinos, quítate de en medio!*

OTRO COREUTA.—*[820] ¡Soberano Peán! ¡Sé el protector de mis males!*

IRIS.—No tengáis miedo, ancianos, por vernos a mí, a Iris, mensajera de los dioses, y a Locura, la hija de la Noche, pues no hemos venido en perjuicio de la ciudad, sino que nuestra guerra está dirigida contra la casa de un solo hombre, que dicen que es hijo de Zeus y de Alcmena. Hasta que hubo completado sus esforzados trabajos, el destino lo iba protegiendo y no permitía su padre Zeus que ni Hera ni yo le provocásemos mal alguno jamás. [830] Pero toda vez que ya ha puesto fin a los trabajos de Euristeo, Hera[75] quiere dirigir la sangre de los suyos contra su persona, tras dar muerte a sus propios hijos, y yo también lo quiero. *(Dirigiéndose a* LOCURA.) ¡Ea, pues! Aférrate a tu implacable corazón, doncella virginal de la sombría noche, e infunde en las mientes de este hombre locura y turbación matadora de sus hijos; haz que brinquen sus pies, despliega tus tentáculos mortales, de modo que haga cruzar el paso del Aqueronte a la bella corona de sus hijos por culpa de un crimen perpetrado por su propia mano, [840] y llegue a conocer y aprender cuán grande es la cólera de Hera y mía contra él. De otro modo, si éste no paga su pena, los dioses serán insignificantes y los mortales, por el contrario, serán poderosos y grandes.

[75] Hera lleva los celos contra Heracles más allá de todo acto de justicia. Precisamente ahora que el héroe ha culminado sus esforzados trabajos limpiando el mundo de bestias salvajes, precisamente ahora que merecería, en todo caso, una recompensa, recibe el mayor de los castigos de parte de una diosa que no duda, ni por un momento, en dar rienda suelta a sus celos y envidia vengativa, destrozando la vida de Heracles. Hera no muestra ningún tipo de moderación.

LOCURA.—De noble linaje por parte de padre y madre he nacido, de la sangre de Urano y de la Noche. Tengo el triste honor de no ser objeto de envidia por parte de mis amigos, y no me agrada tener que visitar una y otra vez a mis amigos mortales. Mas, antes de verte inducida a error, una advertencia quiero haceros a Hera y a ti, si os dejáis convencer por mis palabras. No es ningún sujeto insignificante, ni en su patria ni entre los dioses, el hombre este, contra cuya casa me estás enviando. Él amansó las tierras salvajes y el mar impracticable, y restituyó él solo el culto a los dioses, que había sido derribado por hombres impíos. Por consiguiente, os recomiendo que no planeéis esos grandes males.

IRIS.—No nos des consejos con respecto a mis maquinaciones y las de Hera.

LOCURA.—Os induzco a un camino mejor que el malo.

IRIS.—No te envió aquí la esposa de Zeus para que fueses así de sensata, precisamente.

LOCURA.—Al Sol pongo por testigo de que actúo contra mi voluntad. Con todo, si efectivamente debo yo someterme a tus órdenes y a las de Hera,[76] y acompañaros al punto con ruidosa furia como el perro al cazador, yo, por lo menos, iré. Ni el mar cuando brama impetuoso con gran oleaje, ni un temblor de tierra, ni el aguijón del trueno centelleando agudos dolores son capaces de lanzarse a la carrera como yo contra el pecho de Heracles. Echaré abajo las vigas de su casa y caeré sobre su familia matando en primer lugar a sus hijos, pero el matador no verá que está asesinando a los hijos que engendró hasta que se libere de mi locura. ¡Velay! Ya está, por cierto, sacudiendo la cabeza como si fuese a empezar una carrera, ya hace girar en silencio, como extraviadas, las pupilas de los ojos, frenéticamente, ya no controla su respiración, como un toro al embestir. Emite unos rugidos terribles al tiempo que invoca[77] a las Ceres del Tártaro[78]. Al punto,

---

[76] Respetamos el orden de versos de los manuscritos.

[77] Lectura de los manuscritos.

[78] A los espíritus de los muertos que se encuentran en el Tártaro, la región de los Infiernos.

poco a poco, te he de hacer yo danzar y te he de hechizar al son de mi tenebrosa flauta. Marcha al Olimpo, Iris, eleva y dirige allí tus nobles pies. Yo entraré invisible en el palacio de Heracles.

(Cada una se va por su camino, IRIS *al Olimpo y* LOCURA *al interior del palacio.)*

CORO.—*¡Ay, ay, ay, ay! ¡Rompe en sollozos, ciudad! ¡Tu flor está siendo cercenada! ¡El hijo de Zeus! ¡Triste Hélade que estás perdiendo a tu benefactor! ¡Vas a perecer cuando él sea impulsado a danzar al son de la flauta enfurecida de la locura!*

[880] Gemebunda ya ha montado sobre su carruaje y a los caballos aplica el aguijón como si quisiera acabar con ellos, Gorgona, hija de la Noche, entre el siseo de cien cabezas de serpiente, Locura de ojos centelleantes. Rápidamente la divinidad muda la suerte del afortunado, rápidamente asimismo exhalarán sus hijos el último aliento a manos de su padre.

ANFITRIÓN.—*(Desde el interior.) ¡Ay, pobre de mí!*

CORO.—*¡Ay, Zeus! ¡A tu hijo, que ya no tiene hijos, al punto loca de rabia, devoradora de carne cruda, indómita, la diosa de la Venganza lo va a arrojar a un mar de males!*

ANFITRIÓN.—*¡Ay, mi casa!*

CORO.—*Comienzan las danzas corales sin timbales [890], no gratas al tirso de Bromio.*

ANFITRIÓN.—*¡Ay, mis mansiones!*

CORO.—*Libaciones de sangre, no de zumo de uvas como en las fiestas de Dioniso.*

ANFITRIÓN.—*¡Escapad, hijos, marchaos!*

CORO.—*Aniquilador, aniquilador suena en la flauta este canto. Busca y persigue a sus hijos hasta darles caza. Nunca jamás Locura actuará con semejante frenesí en esta casa.*

ANFITRIÓN.—*¡Ay, ay, qué males!*

CORO.—[900] *¡Ay, ay, sí! ¡Por el anciano padre cómo me lamento y por la madre que crió a sus hijos, por cuanto en vano los ha engendrado! ¡Mirad, mirad! (Se oye un fuerte estruendo dentro del palacio.) Un vendaval está sacudiendo el palacio, está cayendo sobre los tejados.*

ANFITRIÓN.—*¡Eh, eh! Vástago de Zeus, ¿qué le estás haciendo a tu hogar? Una horrible turbación envías a nuestra casa, Palas, como antaño contra Encelado*[79].

(Del interior del palacio sale un MENSAJERO *que va a relatar todo cuanto ha sucedido dentro.)*

MENSAJERO.—[910] ¡Oh canos cuerpos ancianos!

CORO.—*¿Qué gritos son esos con que me llamas?*

MENSAJERO.—Difícil de olvidar es lo que ha sucedido dentro de esta casa.

CORO.—*¡No he de creerme otro presagio distinto a éste!*

MENSAJERO.—Los niños están muertos.

CORO.—*¡Ay, ay!*

MENSAJERO.—Lamentaos, que hay motivo para lamentarse.

CORO.—*¡Crímenes destructores, manos destructoras las de su padre!*

MENSAJERO.—Nadie podría decirlo con mejores palabras: hemos sufrido una desgracia.

CORO.—*¿Cómo dices que fue el lamentable destino de esos niños a manos de su padre? Cuéntanos de qué manera surgió tan inesperadamente esta desgracia de origen divino [920] contra nuestra casa y el desdichado sino de los niños.*

MENSAJERO[80].—Después de que Heracles matara y arrojase fuera de palacio al soberano del país, colocaron las ofrendas para la purificación de la casa delante del altar de Zeus. El coro bien formado de sus hijos estaba puesto firme en pie, su padre y Mégara también, y ya estaba girando la cesta en círculo alrededor del estrado mientras guardábamos todos religioso silencio.

---

[79] En la lucha que mantuvieron los dioses olímpicos contra los Gigantes, Atenea, que participó muy activamente en esta guerra, mató a Encelado cuando éste trataba de huir. Para acabar con él, le lanzó un gran proyectil que lo aplastó, convirtiéndose en la isla de Sicilia; hay quienes aseguran que el proyectil era precisamente la isla de Sicilia, que le puso encima para inmovilizarlo. Cfr. *Ión*, 209; cfr. también *Ión*, 987 ss. y 1528-9.

[80] El mensajero no va a ahorrarse detalle alguno sobre los acontecimientos sangrientos que va a relatar.

Cuando se disponía a coger la antorcha con su mano derecha para sumergirla en el agua lustral, el hijo de Alcmena se quedó en silencio. Como quiera que su padre estuviese así mucho tiempo, los niños volvieron sus ojos hacia él, pero ya no era el mismo, sino que, desencajado, girando los ojos y sacándolos de sus órbitas, inyectados en sangre, iba dejando caer de su barba gotas de espuma. Entonces, dijo con una risa desquiciada: «¡Padre! ¿Por qué estoy encendiendo el fuego de la purificación antes de matar a Euristeo, tomándome el doble de trabajo, cuando es posible[81] dejarlo todo bien dispuesto de una sola vez? Cuando traiga aquí la cabeza de Euristeo, lavaré mis manos también por estos cadáveres. Verted el agua, dejad caed las cestas de vuestras manos. ¿Quién me da las flechas? ¿Quién me da la clava? Marcho en dirección a Micenas. Tengo que coger palancas y horquillas de dos puntas para hacer añicos con mi férreo y curvo instrumento las murallas ciclópeas, construidas con precisión con la ayuda de piquetas y la plomada púrpura.» De aquí se encaminó a un carro que, aunque no lo tenía, el afirmaba tener y, subiéndose a su pescante, lo arreaba con la mano como si de verdad lo estuviese golpeando con la espuela. Había entre sus sirvientes una mezcla de risa y temor al mismo tiempo; se miraban unos a otros y uno dijo lo siguiente: «¿Nuestro amo nos está gastando una broma o está loco?» Mientras, él se arrastraba arriba y abajo por toda la casa y, viniendo a caer en medio de la habitación de los hombres, repetía que había llegado a la ciudad de Niso, si bien había llegado al interior de su palacio; entonces se reclina sobre el suelo y se prepara allí[82] para sí un banquete imaginario. Tras transcurrir[83] un breve lapso de tiempo de espera, dijo que se estaba acercando a las llanuras boscosas del Istmo. Y entonces se desabrochó sus ropas, se quedó desnudo, entabló un combate contra un enemigo inexistente y él mismo se autoproclamó vencedor sobre sí mismo des-

[81] Lectura de los manuscritos.
[82] Lectura de los manuscritos.
[83] Lectura de los manuscritos.

pués de reclamar que le escuchasen. Tras vociferar unos insultos terribles contra Euristeo, ya estaba en Micenas de palabra. Su padre, entonces, lo coge de sus robustas manos y le dice estas palabras: «¡Hijo! ¿Qué te pasa? ¿Cuál es el sentido de esta actividad viajera? ¿No te habrá hecho perder un poco la cabeza la sangre de esos cadávares que acabas de matar?» Y él, creyendo que era el padre de Euristeo temeroso de tocar su mano en calidad de suplicante, lo empuja. Prepara y apresta entonces la aljaba[84] [970] y el arco contra sus propios hijos, creyendo matar a los de Euristeo. Ellos, muertos de miedo, iban corriendo cada uno a un lado, uno entre las ropas de su desgraciada madre, el segundo bajo la sombra de una columna, y el otro se agazapó bajo el altar como un pajarillo. Y la madre grita: «¿Qué estás haciendo? ¿Vas a matar a tus hijos? ¡Su propio padre!» Gritan asimismo el anciano y el grupo de esclavos. Pero él se puso a perseguir a uno de sus hijos alrededor de la columna con terribles pasos en círculo y, plantándose frente a él, le hirió en el hígado: [980] boca arriba exhaló su espíritu manchando de sangre los pétreos pilares. Él elevó entonces un grito de guerra y se jactó del siguiente modo: «Ya ha caído muerto a mi favor uno de los polluelos de Euristeo, en pago por la enemistad de su padre.» Dirige entonces su arco contra otro que se ha acurrucado junto al zócalo del altar, en la creencia de que pasa inadvertido. Toma el pequeño desgraciado la iniciativa cayendo a las rodillas de su padre y, tocándole con su mano la barba y el cuello, le dice: «Queridísimo padre, no me mates. ¡Soy yo, soy tu hijo! ¡No vas a matar al hijo de Euristeo!» [990] Entonces él, girando los ojos de salvaje mirada de Gorgona, como el niño estaba a tiro de arco a una distancia que causaba gran dolor, al modo del herrero que forja el hierro al rojo vivo, le alcanzó por encima, hiriéndole con su clava en su rubia cabeza, y le quebró los huesos. Tras acabar con el segundo, se dirige a la tercera víctima para añadirla a las dos primeras muertes. Pero la desgraciada madre se le adelanta, se lo

[84] Caja portátil para flechas, pendiente de una correa que se cuelga al hombro.

lleva con disimulo dentro del palacio, y cierra las puertas. Entonces él, como si se hallase ante las mismísimas murallas ciclópeas, cava a su alrededor, hace saltar los goznes de las puertas y, lanzándoles una jamba, derriba con un solo dardo a su mujer y a su hijo. Después corrió hacia su padre para matarlo, pero vino una imagen, que a la vista parecía Palas, blandiendo una lanza por encima de su cabeza, y arrojó una roca contra el pecho de Heracles, que lo contuvo de su furor homicida y lo sumió en un sueño. Entonces cayó al suelo golpeándose en la espalda junto a una columna que, al caerse del techo abierto en dos, se había venido abajo sobre su base.

Con la ayuda del anciano, lo hemos atado y sujetado con cuerdas a la columna para que, una vez que deje de dormir, no pueda añadir ninguna fechoría más a las que ya ha cometido. Duerme el desgraciado un sueño nada dichoso, después de haber masacrado a su mujer e hijos. Yo, desde luego, no sé qué mortal puede ser más desdichado que él. *(Se marcha.)*

CORO.—*Un crimen había que la roca de la Argólide conoce, muy señalado entonces y difícil de creer en la Hélade, el de las hijas de Dánao*[85]. *Estos males actuales superan, aventajan a los de entonces, en perjuicio del desgraciado hijo de Zeus.*

La muerte del hijo único de Procne[86] *podría yo decir que fue una ofrenda en honor de las Musas. Mas tú, a tus tres hijos, infeliz,*

---

85 Dánao se estableció en Argos con las cincuenta hijas que había tenido de diferentes mujeres. Las casó con los cincuenta hijos de su hermano Egipto, a pesar de las diferencias habidas en el pasado, pero les ordenó que matasen a sus maridos durante la noche. Todas cumplieron el mandato excepto una, Hipermestra, que salvó a Linceo porque la había respetado. Más adelante este Linceo, en venganza por el asesinato de sus hermanos, mató a Dánao y a todas sus hijas.

86 Procne, hija de Pandión, rey de Atenas, se casó con Tereo, un aliado de su padre, y juntos tuvieron un hijo, Itis. Tereo, entonces, se enamoró de su cuñada, Filomela, y tras violarla le cortó la lengua para que no pudiera revelar su afrenta, pero la astuta hermana de Procne bordó en una tela su desgracia para que ésta se enterase. Enterada Procne del suceso, decidió castigar a su marido dando muerte a su hijo Itis, cociéndolo y sirviéndoselo a la mesa a su marido. Dudosa ofrenda esta a las Musas.

tras engendrarlos los has matado en fatal unión con la locura. ¡Ay, ay! ¿Con qué lamentos, lloros o cantos mortuorios, o con qué coro de Hades he de dolerme?

(Se abren las puertas del palacio y queda a la vista la escena que ha estado relatando el MENSAJERO: HERACLES *atado a una columna, rodeado por los cadáveres de su mujer y sus hijos.* ANFITRIÓN, *vivo, se va acercando lentamente.)*

¡Huy, huy! ¡Mirad! Caen los cerrojos de las dos hojas de las altas puertas del palacio. ¡Ay de mí! Mirad los desgraciados hijos, cómo yacen delante de su infeliz padre, que tiene un horrible sueño a raíz de la muerte de sus hijos, y las ataduras y fuertes nudos que tienen amarrado el cuerpo de Heracles a una de las pétreas columnas del edificio. Como un pájaro sin alas, que suspira en medio de agudos dolores por sus polluelos, aquí está también el anciano, que viene detrás arrastrando un amargo caminar.

ANFITRIÓN.—*(Completamente aterrorizado e intentando no despertar a su hijo.) Ancianos de Cadmo, ¿no vais a dejar, guardando silencio, que se entregue al sueño, para que se olvide completamente de sus males?*

CORO.—*Por ti con lágrimas sollozo, anciano, y por los niños y por el hombre de los bellos triunfos*[87].

ANFITRIÓN.—*Apartaos más, no hagáis ruido, no gritéis, no lo despertéis ahora que duerme tranquilo y amodorrado.*

CORO.—*¡Ay de mí! ¡Qué cantidad de sangre...*

ANFITRIÓN.—*¡Eh, eh! ¡Vais a ser mi perdición!*

CORO.—*...se ve ahí derramada!*

ANFITRIÓN.—*Ancianos, ¿no vais a entonar vuestro treno de 'ayes' con menos ímpetu? En caso contrario, se despertará, soltará sus ataduras, destruirá la ciudad, luego a su padre, y hará añicos el palacio.*

CORO.—*¡No puedo, no puedo!*

ANFITRIÓN.—*¡Silencio! ¡Que pueda percibir su respiración! A ver, que acerque mi oído.*

CORO.—*¿Está dormido?*

---

[87] Heracles.

Anfitrión.—*Sí, duerme un sueño funesto que no es tal sueño*[88]*; mató a su esposa, mató a sus hijos tensando su arco con sus propios dedos.*

Coro.—*¡Laméntate, pues...*

Anfitrión.—*Ya me lamento.*

Coro.—*...por la pérdida de los niños...*

Anfitrión.—*¡Ay de mí!*

Coro.—*...y la de tu hijo!*

Anfitrión.—*¡Ay, ay!*

Coro.—*¡Anciano!*

Anfitrión.—*(Heracles se mueve ligeramente.) ¡Silencio, silencio! Se está dando la vuelta hacia atrás y se está despertando. A ver, que oculte mi cuerpo escondiéndome bajo techo.*

Coro.—*Mantén la calma. La noche retiene los párpados de tu hijo.*

Anfitrión.—*¡Atended, atended a una cosa! Después de estas desgracias, yo no rehuyo, ni mucho menos, el abandonar la vida, pero, si me mata, siendo como soy su padre, a estas desgracias añadirá una nueva y la sangre de su padre se sumará a las Erinias*[89].

Coro.—*Tendrías entonces que haber muerto cuando fuiste a devastar la ilustre ciudad de los tafios para vengar la sangre derramada de los hermanos de tu esposa*[90]*. (Heracles da señales de despertarse definitivamente.)*

Anfitrión.—*¡Ancianos! ¡Escapad, escapad! ¡Marchaos lejos del palacio! ¡Escapad del loco este que se está despertando! Si no, de*

---

[88] Forma parte del gusto de Eurípides este tipo de oposiciones, muy expresivas en griego. *Heracles,* 1133: «Hijo, te enzarzaste precipitadamente en una guerra, que no era tal guerra, contra tus hijos.» *Ifigenia entre los Tauros,* 512: «Huyo desterrado, de algún modo, más o menos, voluntario e involuntario.» 566: «Por desgraciada gracia de una mujer malvada murió.» 568: «Vive desgraciado —eso sí— en todas y en ninguna parte.» 887: «Recorriendo caminos que no son caminos.»

[89] Las Erinias son unas divinidades violentas y vengadoras, especialmente de los crímenes familiares como protectoras del orden social. Las Erinias son viejas, con serpientes por cabellera, cabezas de perro, cuerpos negros como el carbón, alas de murciélago y ojos inyectados en sangre. Llevan en sus manos azotes tachonados con bronce y sus víctimas mueren atormentadas.

[90] Alcmena fue entregada en matrimonio a Anfitrión, pero éste no podía consumar la unión hasta que no hubiese vengado la muerte de los hermanos de su virginal esposa, asesinados por los hijos del rival de su padre, a la sazón en guerra, en alianza con los habitantes de la isla de Tafos. Obviamente, Anfitrión ejecutó la venganza y consumó su matrimonio.

inmediato sumará crimen sobre crimen y moverá a toda la ciudad de los cadmeos a la locura.

CORO.—*¡Zeus! ¿Por qué aborreces a tu hijo con tanta crueldad y lo conduces a este mar de males?*

(Finalmente HERACLES *se despierta. El* CORO DE ANCIANOS *y* ANFITRIÓN *se alejan un poco.* HERACLES *va percatándose progresivamente de lo que pasa a su alrededor, inicialmente desorientado.)*

HERACLES.—¡Eh! Ya he recuperado la respiración y veo lo que precisamente necesitaba ver, el aire, la tierra y los rayos del sol. He caído como en una zozobra y en una confusión mental terrible. De mis pulmones exhalo un aliento cálido, débil, no firme todavía. ¡Ahí va! ¿Por qué estoy con mi pecho robusto y los brazos atados, como un navío anclado, aquí sentado junto a este bloque de piedra partido por la mitad, con todos estos cadáveres a mi alrededor? Por el suelo están esparcidas mis lanzas aladas y mi arco, que hasta ahora en mis brazos me servían de escudo, protegían mis costados y a su vez eran protegidas por mi parte. ¿No será que de algún modo he regresado de nuevo al Hades, recorriendo por Euristeo desde el Hades una carrera de ida y vuelta? Pero no veo la roca de Sísifo, ni a Plutón, ni el cetro de la hija de Deméter[91]. Estoy verdaderamente fuera de mí. ¿Cómo es que no sé dónde estoy? ¡Ah de la casa! ¿Hay cerca o lejos algún amigo mío que pueda aclarar mis dudas? Pues no reconozco con claridad nada de lo de costumbre.

ANFITRIÓN.—Ancianos, ¿me acerco al origen de mis males?

CORO.—Sí, y también yo junto a ti, para no traicionar tu desdicha.

---

[91] Perséfone, esposa de Hades, al que acaba de referirse con el sobrenombre de Plutón. En cuanto a la roca de Sísifo, se trata de lo siguiente. Zeus arrojó a Sísifo al mundo subterráneo como castigo, a causa de una indiscreción cometida por éste respecto de Zeus, y le condenó a empujar eternamente una roca hasta lo alto de una pendiente. Apenas la roca llegaba a la cumbre, se precipitaba de nuevo cuesta abajo por su propio peso y Sísifo tenía que comenzar de nuevo.

HERACLES.—Padre, ¿por qué lloras tapándote los ojos y te quedas ahí lejos de tu muy querido hijo?

ANFITRIÓN.—¡Hijo mío, sí, pues lo eres, por mucho que te encuentres en una mala situación!

HERACLES.—*(Ve llorar a su padre.)* ¿Estoy pasando por alguna experiencia dolorosa que te hace derramar esas lágrimas?

ANFITRIÓN.—¡Por la que incluso un dios, si llegara a enterarse, se lamentaría!

HERACLES.—Bien sonoras son esas palabras, pero de mi suerte no dices nada.

ANFITRIÓN.—¡Pues tú mismo lo estás viendo, si es que resulta que ya estás en tu sano juicio!

HERACLES.—Habla, si insistes en que hay algo novedoso en mi vida.

ANFITRIÓN.—Te lo explicaré si ya no te domina la furia de Hades.

HERACLES.—[1120] ¡Ay! De nuevo me hablas bajo la forma de un enigma sospechoso.

ANFITRIÓN.—Te estoy observando por si has recobrado ya el juicio con seguridad.

HERACLES.—Pues yo, al menos, no recuerdo haber perdido el juicio.

ANFITRIÓN.—Ancianos, ¿suelto las ataduras de mi hijo, o qué hago?

HERACLES.—Antes que eso, dime quién me ató, pues lo desautorizo completamente.

ANFITRIÓN.—Sábete que tus males son de gran envergadura, así que no te preocupes por esos detalles. *(Lo va desatando.)*

HERACLES.—¿Bastará el silencio para enterarme de lo que quiero?

ANFITRIÓN.—¡Zeus! ¿Acaso ves esto desde el trono de Hera?

HERACLES.—Pero, ¿es que sufrimos alguna acción hostil procedente de allí?

ANFITRIÓN.—Cuídate de tus propios males y no te preocupes de la diosa.

HERACLES.—[1130] Estoy perdido. Vas a contar alguna desgracia.

ANFITRIÓN.—Mira, contempla a tus hijos caídos.

HERACLES.—¡Ay de mí! ¿Qué espectáculo es éste que estoy viendo, pobre de mí?

ANFITRIÓN.—Hijo, te enzarzaste con todo tu empeño en una guerra, que no era tal guerra[92], contra tus hijos.

HERACLES.—¿De qué guerra hablas? ¿Quién ha acabado con ellos?

ANFITRIÓN.—Tú, tus flechas y, de los dioses, aquel que sea responsable.

HERACLES.—¿Qué estás diciendo? ¿Qué es lo que he hecho? ¡Padre mensajero de malas noticias!

ANFITRIÓN.—¡Estabas loco! Me estás pidiendo una dura explicación.

HERACLES.—Y de mi esposa, ¿también soy yo el asesino?

ANFITRIÓN.—Todo esto es trabajo de una sola mano: la tuya.

HERACLES.—[1140] ¡Ay, ay! Una nube de lloros está cayendo a mi alrededor.

ANFITRIÓN.—Por ellos deploro tu mala suerte.

HERACLES.—¿Ha reducido a añicos mi casa el furor que me dominó?[93].

ANFITRIÓN.—Sólo sé una cosa: eres desgraciado en todo.

HERACLES.—Pero, ¿cómo me hirió el aguijón de la locura? ¿Cómo causó mi perdición?

ANFITRIÓN.—Cuando alrededor del altar con fuego purificabas tus manos.

HERACLES.—¡Ay de mí! ¿Por qué, entonces, tengo compasión de mi propia vida, cuando me he convertido en el asesino de mis muy queridos hijos? ¿No iré a tirarme de lo alto de un precipicio, o, hendiéndome un cuchillo en el hígado, [1150] me convertiré en juez por la sangre de mis hijos, o, prendiendo fuego a mis carnes, aparto de mi vida el deshonor que me aguarda?

---

[92] Forma parte del gusto de Eurípides este tipo de oposiciones, muy expresivas en griego. *Heracles*, 1061: «Duerme un sueño funesto que no es tal sueño.» *Ifigenia entre los Tauros*, 512: «Huyo desterrado, de algún modo, más o menos, voluntario e involuntario.» 566: «Por desgraciada gracia de una mujer malvada murió.» 568: «Vive desgraciado —eso sí— en todas y en ninguna parte.» 887: «Recorriendo caminos que no son caminos.»

[93] Bond.

(Ve llegar a TESEO *que se acerca.)* Pero he aquí un obstáculo para mis planes de muerte: viene Teseo, mi compatriota y amigo. Me verá y la mancha impura del acto de matar a mis hijos llegará hasta los ojos del más querido de mis huéspedes. ¡Ay de mí! ¿Qué voy a hacer? ¿Dónde encontraría un refugio lejos de calamidades? ¿Volando? ¿Bajo tierra? *(Se cubre con un manto.)* A ver, que ponga un manto de oscuridad alrededor de mi cabeza, [1160] pues me avergüenzo de mis malas acciones y no quiero causar ningún mal a quienes no son culpables, si contra éste arrojo sangre que todavía no ha sido purificada[94].

(TESEO *entra ya en escena. Saluda en primer lugar al anciano* ANFITRIÓN.)

TESEO.—Vengo con más gente que aguarda junto a las corrientes del Esopo[95], jóvenes armados del país de los atenienses, anciano, para prestar a tu hijo una fuerza aliada, pues llegó hasta la ciudad de los erecteidas[96] el rumor de que Lico, tras usurpar el cetro de esta tierra, se había alzado en son de guerra y lucha contra vosotros. He venido en pago a cambio de lo que Heracles hizo al rescatarme del mundo subterráneo[97], [1170] anciano, por si tenéis alguna necesidad de mi brazo o de mis tropas aliadas. *(Se va percatando de la penosa situación.)* ¡Eh! ¿Por qué está el suelo cubierto de cadáveres? ¿No será, quizá, que he llegado demasiado tarde y que vengo después de más recientes desgracias? ¿Quién ha matado a estos niños? ¿De quién es esposa la mujer que estoy viendo? Como los niños no suelen andar cerca de las armas, probablemente me estoy encontrando con una nueva desgracia.

---

[94] La mera visión de un asesino podía ser causa de contaminación. Heracles no ha sido todavía purificado después de cometer sus crímenes y oculta su rostro a la vista de su amigo Teseo.

[95] El Asopo se encuentra en el valle del mismo nombre, en la región meridional de Beocia, donde se halla la ciudad de Tebas.

[96] Se refiere a Atenas. Erecteo fue un antiguo héroe de Atenas. Su mito está ligado a los orígenes de la ciudad.

[97] Cfr. nota al verso 619 de esta misma tragedia.

ANFITRIÓN.—*¡Soberano que gobiernas la colina donde los olivos son fértiles!*

TESEO.—¿Por qué motivo me llamas con estos preámbulos dignos de lástima?

ANFITRIÓN.—*Padecemos tristes padecimientos de parte de los dioses.*

TESEO.—¿De quién son los niños estos por los que estás derramando lágrimas?

ANFITRIÓN.—*Los engendró el desdichado de mi hijo, pero, después de haberlos engendrado, los ha matado atreviéndose a verter su sangre en cruel homicidio.*

TESEO.—¿Qué estás diciendo? ¿Por qué lo ha hecho?

ANFITRIÓN.—*Estaba fuera de sí a causa de un ataque de locura, bajo el efecto de las flechas bañadas en la sangre de la hidra de cien cabezas.*

TESEO.—¡Es terible lo que acabas de decir!

ANFITRIÓN.—*Nos hemos desvanecido por los aires.*

TESEO.—Guarda silencio.

ANFITRIÓN.—*Me ordenas algo que yo querría.*

TESEO.—Esto viene de Hera. Anciano, ¿quién es ése que está junto a los cadáveres?

ANFITRIÓN.—*Mi hijo, mi muy esforzado hijo, que al lado de la lanza matadora de Gigantes marchó en compañía de los dioses a la llanura flegrea*[98] *armado de escudo.*

TESEO.—¡Huy, huy! ¿Quién de entre los hombres ha sido así de desgraciado?

ANFITRIÓN.—*¡Entre los mortales jamás podrás ver a otro más esforzado y que haya corrido más aventuras!*

TESEO.—¿Por qué oculta su infeliz cabeza bajo esos ropajes?

ANFITRIÓN.—*Porque siente pudor ante tu rostro, por la amistad que os profesáis como iguales, y ante la sangre derramada de sus hijos.*

TESEO.—¡Pero si he venido para compartir su dolor! Descúbrele.

ANFITRIÓN.—*Hijo, deja caer de tus ojos el manto, quítatelo, muestra tu rostro al sol. Una dura petición rivaliza y combate ayudada*

[98] La llanura de Flegra, en Tesalia, donde se dice que tuvo lugar la Gigantomaquia, el combate entre los dioses olímpicos y los Gigantes, combate en el que, como se sabe, participó valientemente Heracles.

de lágrimas. Te lo suplico echándome a tus rodillas, a tu mejilla, a tu brazo, derramando canosas lágrimas. [1210] ¡Oh, hijo! Contén con vigor ese ánimo de león agreste, por culpa del cual te conduces hacia esa impía y sanguinaria carrera que quiere enlazar un mal con otro mal, hijo.

TESEO.—*(Dirigiéndose a su amigo* HERACLES.) Bien. A ti que estás sentado en esa desdichada posición, a ti te digo que muestres el rostro a tus amigos, pues no hay oscuridad que retenga una nube tan negra que pueda ocultar la desdicha de tus males. (HERACLES *guarda silencio y hace gestos con la mano.)* ¿Por qué agitas la mano de modo amenazador contra mí y señalas la sangre derramada? ¿Para que no me hiera tu repugnante crimen por dirigirte la palabra? [1220] No me importa tener mala suerte, siempre que sea contigo, pues también en otro tiempo contigo fui afortunado. A ese respecto, debo decir que me liberaste del mundo de los muertos llevándome a la luz. Aborrezco la gratitud de los amigos que se va ajando, y a aquel individuo que está dispuesto a recibir beneficios cuando las cosas marchan bien, pero no a ir en el mismo barco cuando a sus amigos les va mal. ¡Levántate! ¡Descubre tu infeliz rostro! ¡Míranos! Todo aquel que sea bien nacido soporta las caídas que nos vienen de los dioses y no las rechaza.

(HERACLES *descubre su rostro.)*

HERACLES.—Teseo, ¿has visto la palestra en la que han luchado mis hijos?

TESEO.—[1230] Lo he oído. Me señalas desgracias que estoy viendo.

HERACLES.—¿Por qué, entonces, descubres mi cabeza al sol?

TESEO.—Que ¿por qué? Siendo mortal como eres, no ultrajas a los dioses.

HERACLES.—¡Miserable, escapa de mi mancha impía!

TESEO.—No hay vengador para los amigos de los amigos.

HERACLES.—Gracias. No niego que me he portado bien contigo.

TESEO.—Y yo, por haber recibido beneficios tuyos en el pasado, me compadezco de ti ahora.

HERACLES.—¡Bien digno de compasión soy por haber matado a mis hijos!

TESEO.—Lloro por ti en estas otras circunstancias[99].

HERACLES.—¿Pero es que has encontrado a otros en peores circunstancias?

TESEO.—Alcanzas desde aquí abajo el cielo con tu desgracia.

HERACLES.—Por eso, entonces, estoy dispuesto a morir.

TESEO.—¿Crees que a los dioses les importan algo tus amenazas?

HERACLES.—La divinidad es arrogante; también lo he de ser yo con ella.

TESEO.—Contén esa boca, no sea que por pronunciar palabras altaneras sufras males peores.

HERACLES.—Estoy colmado de desgracias, como es bien constatable, y no hay por dónde añadir alguna más.

TESEO.—¿Y qué vas a hacer entonces? ¿Adónde vas a ir así de encolerizado?

HERACLES.—Iré muerto bajo tierra, de donde precisamente he venido.

TESEO.—Has dicho palabras propias de un hombre cualquiera.

HERACLES.—Me reprendes porque tú estás bien lejos de mi desdicha.

TESEO.—¿El Heracles que tuvo que afrontar tantas adversidades dice estas palabras?

HERACLES.—La verdad es que nunca han sido de envergadura semejante a la actual. Todo esfuerzo tiene unos límites.

TESEO.—¿El benefactor de los mortales y su gran amigo?

HERACLES.—¡Pero ellos no me prestan ninguna ayuda, sino que es Hera la que tiene el poder!

TESEO.—¡No toleraría la Hélade que murieses víctima de tu terquedad!

HERACLES.—Escucha, pues, cómo rebato con argumentos tus reprimendas. Voy a revelarte que mi vida, presente y pasada, es y ha sido insoportable. En primer lugar, nací de un

[99] Estas otras circunstancias son, por oposición a las buenas, malas circunstancias, eufemísticamente.

hombre que, aun siendo impuro por haber matado al anciano padre de mi madre[100], se casó con Alcmena, la madre que me parió. Cuando la base de una familia no está establecida sobre rectos y firmes cimientos, por fuerza sus descendientes han de ser desgraciados. Zeus, quienquiera que sea Zeus, engendró en mí un enemigo de Hera[101]. *(Dirigiéndose a su padre* ANFITRIÓN.*)* Con todo, anciano, no te disgustes, pues yo te considero a ti mi padre, en vez de a Zeus. *(De nuevo, dirigiéndose a todos.)* Cuando todavía estaba yo en pleno período de lactancia, la compañera de cama de Zeus introdujo en mi cuna unas serpientes de relampagueante mirada, para que acabasen conmigo.

Y cuando mis carnes se revistieron del vigor juvenil en la flor de la vida, los trabajos a los que tuve que enfrentarme, ¿para qué los voy a enumerar? ¿Qué leones, en buena hora, qué tifones de tres cuerpos, qué gigantes, qué guerra con los cuadrúpedos centauros no llevé a su término matándolos? Y tras derramar la sangre de la perra de la hidra de dos cabezas que volvían a crecer una tras otra, crucé un mar de mil trabajos más e incluso llegué hasta el mundo de los muertos para conducir hasta la luz al portero del Hades, el perro de tres cabezas, por encargo de Euristeo. Por último, acometí este trabajo, pobre de mí, para precipitar mi casa al colmo supremo de los males, dando muerte a mis propios hijos.

Por ello, he llegado al siguiente aprieto: no me es lícito habitar en mi querida Tebas; y aunque me quedase, ¿a qué templo o a qué reunión podría ir? Pues soy culpable de miserias que prohíben que se me dirija la palabra. Entonces, ¿iré a Argos? ¿Cómo, si estoy desterrado de la patria? A ver, entonces, ¿a qué otra ciudad podría dirigirme? Pues en seguida me reconocerían y me mirarían con desprecio, encarcelado por los amargos aguijones de la lengua: «¿No

100 Como ya se anotó en otro lugar, Anfitrión mató accidentalmente a Electrión, padre de la que iba a ser futura esposa Alcmena, y a la sazón rey de Micenas.

101 Así es, en efecto, debido a los celos que en Hera provocan los hijos que su esposo Zeus tiene con otras mujeres.

es ése el hijo de Zeus, el que mató hace tiempo a su mujer y a sus hijos? [1290] ¿No se marchará de esta tierra de una vez?»

Para un hombre que en otro tiempo era aclamado por su felicidad, cosa penosa son estos cambios. Sin embargo, al que siempre ha estado en una mala situación, nada le duele porque ya desde su nacimiento es un ser desgraciado[102]. Creo que algún día llegaré a este grado de desdichas: la tierra emitirá una voz y me prohibirá que la toque, y el mar y las corrientes de los ríos me prohibirán que los cruce, y seré la exacta réplica de Ixión, encadenado a una rueda[103]. Lo mejor sería que no me viese ningún griego, [1300] entre los que yo me contaba antaño, feliz y opulento.

¿Qué necesidad tengo entonces de vivir? ¿Qué ganancia obtengo por mantener una existencia inútil, impía? ¡Que cante y baile la ilustre esposa de Zeus golpeando con sus botas los suelos del Olimpo de Zeus! Sí, pues ha conseguido lo que quería, dar la vuelta de arriba a abajo, junto con sus mismísimos cimientos, al primer hombre de Grecia. ¿Quién suplicaría a una diosa de semejante talante que, por causa de una mujer, porque tenía celos de los amoríos de Zeus, [1310] causó la perdición de un benefactor de Grecia que no era responsable de nada?

CORIFEO.—De la esposa de Zeus, y no de ninguna otra divinidad, procede este pleito. Date buena cuenta de esto.

TESEO.—Yo te aconsejaría que no te quitases la vida, antes que infligirte un mal[104]. Ningún mortal permanece sin

---

[102] Cfr. *Ifigenia entre los Tauros*, 1117-9: «Envidio al que siempre desafortunado ha sido, pues en medio de la necesidad no sufre, por estar habituado a ella.»

[103] Éste es el castigo que Zeus impuso a Ixión ante los repetidos sacrilegios que cometía. Primero asesinó a su suegro incumpliendo las promesas que le había hecho. Luego se atrevió a enamorarse de Hera y trató de violentarla. Zeus formó una nube, semejante a la diosa, para comprobar si el mortal osaba a consumar su pasión sacrílega: Ixión se unió a este fantasma y engendró con él al padre de los centauros. Por todo ello, Zeus lo castigó.

[104] Se ha señalado la existencia de una laguna al comienzo de esta intervención de Teseo. Aceptamos una conjetura de Arthur S. Way, en la edición Loeb.

ser golpeado por el azar, ni tampoco ningún dios, si no son mentira las palabras de los poetas. ¿No se unen unos con otros en la cama contra toda ley? ¿No deshonran a sus padres con cadenas en su carrera hacia el poder? Sin embargo, a pesar de eso, viven en el Olimpo y se aguantan por muchos errores que cometan[105]. Por consiguiente, ¿qué vas a pretextar si tú, que eres un mortal, llevas la carga de tu destino con tal exceso, y los dioses, en cambio, no?

Eso sí, abandona Tebas de acuerdo a la ley y acompáñanos a la ciudad de Palas[106]. Allí purificaré tus manos de esta mancha criminal y te daré casas, una parte de mis riquezas y algunos bienes que tengo en calidad de regalo de los ciudadanos, por haber salvado a catorce muchachos cuando maté al toro de Cnosos. Tengo por todo el país lotes de tierra asignados a mi persona. Recibirán tu nombre de aquí en adelante mientras vivas, y así los llamarán los mortales. Y cuando mueras y vayas al Hades, toda la ciudad de Atenas te rendirá honores con sacrificios y túmulos de piedra. Bella corona es para los ciudadanos alcanzar entre los griegos buen nombre por ayudar a un hombre noble. Y yo te devolveré el favor de haberme salvado, pues ahora tienes necesidad de amigos. Cuando los dioses le tienen a uno en estima, para nada necesita amigos, pues es suficiente la ayuda de la divinidad, cuando ésa es su voluntad.

HERACLES.—¡Ay de mí! Eso son cosas accesorias en comparación con mis males. Yo, que los dioses desean el lecho que no les está permitido, no lo creo[107], ni que cubran de cadenas sus manos, nunca lo he creído y nunca me convencerán de ello, ni que uno se convierte en señor de otro,

---

[105] Afortunadamente. Cfr. *Ión*, 444-7: «Y si tú, Posidón y Zeus que el cielo gobierna—no va a suceder, pero imaginémonoslo por un momento— tuvieseis que dar cuenta y razón a los hombres de las relaciones sexuales que mantenéis a la fuerza, vaciaríais los templos expiando vuestras culpas.»

[106] Atenas.

[107] Hay en la disposición de las frases del propio original griego un cierto desorden, muestra del vigor y vehemencia con el que Heracles expresa su pensamiento. Hemos intentado reproducir en la traducción el efecto del original.

pues un dios, si realmente es un dios, no tiene necesidad de nada. Ésos son cuentos desafortunados de poetas[108].

De todos modos, he reflexionado con cuidado, aun estando en una mala situación, si no incurriría en una acusación de cobardía por abandonar la vida. Lo cierto es que quien no se tenga en pie bajo el infortunio, tampoco sería capaz de soportar el embate de un hombre. Aguardaré con esforzada firmeza la muerte[109] e iré a tu ciudad estándote infinitamente agradecido por tu amabilidad. Sí, he pasado por miles de fatigas y ni rehusé a ninguna de ellas ni derramé lágrimas de mis ojos, y tampoco creía que llegaría alguna vez a esto, a verter lágrimas de mis ojos. Ahora, en cambio, según parece, hay que ser esclavo del destino.

(Cambia de tema. Ahora se dirige a su padre ANFITRIÓN.) Bien. Anciano, mi destierro estás viendo; estás viendo asimismo al asesino de sus propios hijos, que soy yo. Proporciónales una tumba y amortaja sus cadáveres. Hónrales con lágrimas, pues la ley no permite que yo lo haga, y apóyalos junto al pecho de su madre, colocándolos entre sus brazos doblados, triste unión. Yo, pobre de mí, los maté sin que ésa fuese mi intención. Cuando los hayas sepultado en tierra, vive en esta ciudad, con pena sí, pero, a pesar de eso, fuerza a tu corazón a ayudar a soportar mis desgracias. *(Dirigiéndose primero a sus hijos y luego a su esposa.)* ¡Hijos, vuestro padre, que os engendró y os dio la vida, ha acabado con vosotros! Ya no os beneficiaréis de los bienes

---

[108] Nótese la contradicción en las palabras de Heracles. Acaba de afirmar que él no cree que los dioses se entreguen a amores ilícitos, pero él mismo es precisamente el fruto de uno de esos amores impropios, por cuanto Zeus se introdujo disfrazado en el lecho de su madre Alcmena y así lo engendró. De hecho, buena parte del panteón olímpico es fruto de este tipo de amores. Este Heracles defiende de estas maneras a los dioses porque él no ha visto a Iris y Locura en acción, pero los espectadores sí las han visto. Hay que colocarlo todo en su contexto: es comprensible la piedad de Heracles, pero el público no puede menos que estar escandalizado y ofendido. También Ión, en la tragedia homónima, defiende a Apolo y le insta a seguir el camino de la virtud, lejos de los adulterios. La situación es parecida: Ión defiende a Apolo de algo de lo que el público sabe perfectamente que es culpable, toda vez que el dios es padre natural del joven, aunque éste no lo sabe todavía *(Ión,* 437 ss.).

[109] Lectura de los manuscritos.

y virtudes que yo iba ganando, cuando iba labrando con tesón[110] un buen nombre para vosotros, como bonito regalo de vuestro padre. A ti, desgraciada, no te maté en justa respuesta a como tú guardaste fielmente nuestro matrimonio, resistiendo sola hasta el final las tediosas labores del cuidado de la casa. ¡Ay, mi esposa y mis hijos! ¡Ay de mí! ¡Qué desdichado soy! ¡Qué modo de separarme de mi mujer y mis hijos! ¡Desventurado placer de los besos! ¡Desventurada posesión de estas armas! No sé si quedármelas o desprenderme de ellas. Cuando se ajusten a mis costados me dirán lo siguiente: «Con nosotras mataste a tu mujer y a tus hijos. En nosotras tienes a las asesinas de tus hijos.» Entonces, ¿las llevaré en mi brazo? ¿Qué decir? Pero, si me desnudo de mis armas, con las que llevé a cabo las más bellas hazañas en Grecia, ¿moriré con deshonor entregándome yo mismo a mis enemigos? No debo abandonarlas, sino que tengo que conservarlas, incluso con dolor.

Una única cosa, Teseo, te pido que hagas conmigo: ven a Argos y ayúdame a conseguir la recompensa por traer al perro salvaje, para que no me suceda algo penoso por haberme quedado solo sin mis hijos. ¡Oh, tierra de Cadmo y pueblo todo de Tebas! ¡Cortaos el pelo[111], compadeceos, acudid a la tumba de los niños! ¡Guardad luto con un solo lamento por todos nosotros, los muertos y yo! ¡Estamos perdidos todos, tristes de nosotros, abatidos por la mala suerte que de Hera nos viene!

TESEO.—¡Levántate, desgraciado! Ya has llorado bastante.

HERACLES.—No podría. Tengo las articulaciones entumecidas.

TESEO.—La suerte también abate a los fuertes.

HERACLES.—¡Huy! ¡Ojalá aquí mismo me convirtiese en roca que de sus desgracias no se acuerda!

TESEO.—*(Le tiende su mano.)* Para ya. Dale la mano a este amigo que te la tiende.

---

[110] Lectura de los manuscritos.

[111] En señal de luto. Cfr. *Electra*, 241: «Y mi cabeza y cabellos, rapados a navaja como los escitas.» *Electra*, 148-9: «Las manos me echo a la cabeza, rapada, por tu muerte.» *Las Suplicantes*, 97: «Su corte de pelo —rapado— y sus peplos no son de fiesta.»

HERACLES.—¡Espera, no vaya a manchar de sangre tus vestidos!

TESEO.—[1400] Límpiatela en mí, no te prives. No me importa.

HERACLES.—Ahora que me veo despojado de hijos, a ti te tengo como a un hijo mío.

TESEO.—Pon tu brazo en mi cuello, yo te guiaré.

HERACLES.—¡Yugo de amigo, sí! Aunque uno de los dos es desgraciado. *(Dirigiéndose a su padre.)* Anciano, hay que ganarse como amigos a hombres como éste.

ANFITRIÓN.—¡Sí, patria de nobles hijos la que a éste ha engendrado!

HERACLES.—Teseo, deja que me dé la vuelta para que vea a mis hijos.

TESEO.—¿Y para qué? ¿Vas a sentirte mejor como por arte de magia?

HERACLES.—Quiero y deseo abrazar el pecho de mi padre.

ANFITRIÓN.—Aquí está, hijo. *(Se abrazan.)* Buscas lo que yo también quería.

TESEO.—[1410] ¿De este modo ya no te acuerdas de tus dolores?

HERACLES.—Todos aquellos males que soporté eran de menor tamaño que éstos de ahora.

TESEO.—Si alguien te viese comportándote como una mujer, no lo aprobaría.

HERACLES.—En tu opinión, ¿mi vida es insignificante? Pues yo creo que antes no lo era.

TESEO.—Mucho, desde luego. Aquel ilustre Heracles, ¿dónde está?[112].

HERACLES.—Tú, ¿qué eras cuando estabas rodeado de desgracias en el mundo de los muertos?

TESEO.—Pues, por lo que respecta a mi estado de ánimo, era un hombre inferior a todos.

HERACLES.—¿Cómo, entonces, hablas todavía de que me estoy deprimiendo a causa de mis males?

TESEO.—Camina[113].

---

[112] Lectura de los manuscritos.

[113] Teseo opta por un rápido y oportuno cambio de tema.

HERACLES.—¡Adiós, anciano!

ANFITRIÓN.—¡Adiós, hijo, adiós!

HERACLES.—Entierra a los niños tal como te he dicho[114].

ANFITRIÓN.—Y a mí, hijo, ¿quién me va a enterrar?

HERACLES.—Yo.

ANFITRIÓN.—¿Cuándo vas a regresar?

HERACLES.—Cuando hayas enterrado a mis hijos.

ANFITRIÓN.—¿Cómo?

HERACLES.—Enviaré a alguien que te lleve de Tebas a Atenas. Pero tú, ahora, recoge a los niños, dolor insoportable. Yo, que consumí mi casa entre vergüenza y oprobio, seguiré a Teseo a remolque, como una barquichuela completamente destrozada[115]. Aquel que prefiere tener riqueza o poder a buenos amigos, está mal de la cabeza.

CORO.—*Enfilemos nuestro camino entre lamentos y abundantes sollozos por haber perdido al más grande de nuestros amigos.*

(Salen todos.)

---

[114] Cfr. versos 1360-3: «Proporciónales una tumba y amortaja sus cadáveres. Hónrales con lágrimas, pues la ley no permite que yo lo haga, y apóyalos junto al pecho de su madre, colocándolos entre sus brazos doblados, triste unión.»

[115] Esta metáfora náutica apareció en los versos 631-2, cuando Heracles coge a sus hijos desvalidos: «Los cogeré y los llevaré a remolque de mis dos manos, como nave que tira tras de sí de sus botes». El efecto plástico es de gran belleza.

LAS TROYANAS



INTRODUCCIÓN

Esta tragedia se representó el año 415 a.C., como tercera tragedia de una tetralogía integrada por *Alejandro*, *Palamedes*, *Las Troyanas* y el drama satírico *Sísifo*.

El tema esencial de esta pieza dramática es poner de relieve los horrores de la guerra, así como todo el cerco de destrucción que la acompaña. Si bien el escenario concreto es Troya, una vez conquistada, con sus ruinas todavía humeantes y desplomándose poco a poco, la intención es mostrar el horror de todo conflicto bélico en general.

Delante de la ciudadela humeante de Troya se sitúan las tiendas en las que se encuentran las cautivas troyanas, a la espera de ser sorteadas entre los vencedores. Éstos, los griegos, han matado a todos los hombres y tienen intención de someter a la esclavitud a todas las mujeres troyanas. Los ciudadanos atenienses no tenían que remontarse a los lejanos tiempos de Ilión para encontrarse con un castigo semejante. En concreto, Atenas había infligido este castigo a la ciudad de Escione seis años antes, y a la isla de Melos el invierno anterior[1]. Por tanto, no por haberlo sufrido, pero sí por haberlo provocado a otros, los atenienses contemplaban los hechos que acontecían en la escena como circunstancias no demasiado lejanas. Al patriotismo que destilaban tragedias como *Los Heraclidas* y *Las Suplicantes*, sigue un desagrado general hacia las

[1] Para el suceso de Escione, cfr. Tucídides, V, 32; para el de Melos, cfr. Tucídides, V, 116.

guerras y su carácter destructivo, a medida que la presente guerra del Peloponeso, en la que Atenas se encontraba enzarzada, iba siguiendo su negativo curso. Exponente de esta actitud más crítica son las piezas *Hécuba* y *Las Troyanas*.

Si bien en la literatura griega el tema de la guerra ha estado siempre muy presente desde el punto de vista del aguerrido guerrero —ejemplo de valor, de virtud, de nobleza—, desde el punto de vista de los héroes combatientes, en esta pieza dramática se nos ofrece el punto de vista de las mujeres capturadas, privadas de sus maridos y sus hijos. No aparecen aquí revestidos de un escudo glorioso personajes como Aquiles o Héctor, héroes griego y troyano respectivamente, o Príamo, rey de Troya; no aparecen, simplemente, porque están muertos. Salen a escena, en cambio, sus viudas, Hécabe y Andrómaca.

Hécabe encarna aquí el papel de la esposa que ha perdido a su marido, y de la madre cuyos hijos han muerto y cuyas hijas o también han muerto, o van a ser vendidas como esclavas. Es también la suegra, amable suegra, que se compadece del triste destino de su nuera y es, asimismo, la abuela que llora el cadáver de su querido nieto Astianacte, apenas un niño, que ha sido despeñado desde las en otro tiempo gloriosas y altas torres de las ciudadela de Troya. En torno a este personaje femenino, postrado en el suelo delante de las tiendas, va transcurriendo toda la acción.

Básicamente podemos hablar de cuatro escenas yuxtapuestas, cuatro momentos de dolor *in crescendo* que nada tienen que envidiar la una a la otra, episodios de dolor cruelmente inhumano, encarnado en la figura de cuatro mujeres distintas. Hécabe, como hemos dicho, es, en cierto modo, el personaje central. Ella, recostada en el suelo, entona la primera monodia en la que se lamenta de su actual situación. Seguidamente, el heraldo Taltibio le anuncia la suerte que han corrido sus hijas Políxena y Casandra. Esta última, escogida por el soberano Agamenón en calidad de amante, aparece en escena portando una antorcha y cantando su propio himeneo. Profetiza, además, la desgracia que se cierne sobre la casa de Atreo, y la tragedia *Electra* es, efectivamente, una buena muestra de que sus revelaciones son ciertas y verdaderas. En otro episodio lle-

ga Andrómaca, nuera de Hécabe, casada con su ya fallecido hijo Héctor. Viene con su hijo Astianacte, quien va a ser posteriormente condenado a muerte, a sugerencia de Odiseo, que no quiere dejarse por detrás a hombres que algún día pudiesen vengar la muerte de sus padres.

La aparición de Menelao y de Helena, la esposa infiel causante de todos los desastres, da lugar a los duros enfrentamientos que se suceden entre Helena y Menelao, tratando ésta de defenderse y de justificar su infidelidad, y luego entre Hécabe y Helena, en el que la venerable anciana descarga contra su nuera toda una serie de imbatibles argumentos que no pretenden otra cosa que no sea su condena a muerte. Las habilidades dialécticas de ambas mujeres están fuera de toda duda. Sus discursos son brillantes, tanto el de una como el de la otra. Hécabe se muestra como una mujer entera de gran carácter. No duda en echar mano de todos sus recursos para obtener, dentro de su gran infortunio, algún tipo de justicia y de compensación por todo el dolor recibido. Helena, por su parte, es digna hermana de su hermana, valga la redundancia, Clitemestra. A ésta la vimos en la tragedia *Electra* haciendo gala, igualmente, de potentes y persuasivas habilidades retóricas para trazar convincentemente una sólida defensa. En esta ocasión, otro tanto podemos decir de Helena, que busca los argumentos más rebuscados, pero válidos, para defenderse. No tiene desperdicio. En ambos casos se concluye, de todas maneras, en la Clitemestra de *Electra* y en la Helena de *Las Troyanas*, que las dos hermanas son malas, pero malas de verdad, puro veneno concentrado, hermosas, inteligentes, enhechizadoras, fascinantes, pero, simplemente, malas malísimas. El estudio pormenorizado de sus discursos merecería un capítulo aparte verdaderamente apasionante.

Nos encontramos, en definitiva, ante un drama que escenifica el cuadro más vivo del terror y de la crueldad de la guerra. Al final de la obra, la flota agresora parte de retorno hacia su hogar, mientras a lo lejos visiblemente humean las ruinas de Ilión entre el estruendo que producen sus piedras al desmoronarse. A lo largo del texto presenciamos dolor, muerte, destrucción, ayes y lamentos. Los griegos insisten en que vuelven contentos a casa después de los años pasados en la con-

tienda; su alegría y sus deseos de retorno al hogar contrastan con la tristeza de las troyanas, que sufren todo lo contrario, a saber, abandonar su hogar reducidas a la esclavitud. Ahora bien, cuando la obra termina, el público sabe, porque se lo han revelado Posidón y Atenea en el prólogo, que esa alegría con que se despiden los griegos va a ser bastante efímera, toda vez que su regreso se va a convertir en una auténtica pesadilla, y que se van a tener que enfrentar a mil calamidades durante su regreso. Ésta es una guerra en la que, realmente, no hay vencedores; sólo dolor, muerte y destrucción por ambos bandos. El mensaje es claro.

Nota bibliográfica

Bernstein, M. J., *The unity of Euripides' Troades. An integrated approach*, Fordham University Bronx, NY, 1978.

Biehl, W., «Quantitative Formgestaltung bei Euripides. Die Trimeterszenen der Troades», *Philologus*, CXXVI, 1982, págs. 19-43.

Bollack, J., «Vie et mort, malheurs absolus. Quatre notes sur Euripide (Héraclès 1291-1300, Troyennes 634-635, 636-640; 1168-1172)», *RPh*, XLVIII, 1974, págs. 46-53.

Desch, W., «Die Hauptgestalten in des Euripides Troerinnen», *GB*, XII-XIII, 1985-1986, págs. 65-100.

Gregory, J., «The power of language in Euripides' Troades», *Eranos*, LXXXIV, 1986, págs. 1-9.

Janni, P., «Euripide, Troiane 281 sgg.», *QUCC*, 21, 1976, págs. 97-102.

Jens, W., *Der Untergang, nach den Troerinnen des Euripides*, Múnich, 1982.

Kovacs, D., «Euripides, Troades 95-7. Is sacking cities really foolish?», *CQ*, XXXIII, 1983, págs. 334-338.

Kuch, H., *Kriegsgefangenschaft und Sklaverei bei Euripides. Untersuchungen zur Andromache, zur Hekabe und zu den Troerinnen*, Berlín, 1974.

Labellarte, R., *Passato, presente nelle Troiane di Euripide. Contributo al progetto di costruzione della pace*, Bari, 1982.

Lee, K. H., *Troades*, Basingstoke, Macmillan, 1976.

Massenzio, M., «Il problema dell'identità nelle Troiane di Euripide», en *Scritti in memoria di Angelo Brelich*, M. Massenzio y D. Sabbatucci (eds.), Bari, 1982, págs. 349-368.

Meridor, R., «Plot and myth in Euripides' Heracles and Troades», *Phoenix*, XXXVIII, 1984, págs. 205-215.

PAUW, F. L., *Problems of war in Euripides' Women of Troy. A literary analysis of the prologue and choral odes,* University of Stellenbosch, 1980.
POOLE, A., «Total disaster. Euripides' The Trojan women», *Arion,* III, 1976, págs. 257-287.
RAVIOLO, C., «Euripide, Troiane, vv. 511-567. Il canto della gioia ingannevole», *AFGL,* I, 2-3, 1980, págs. 1-6.
RODARI, Olivier, «La fonction dramatique du premier stasimon des Troyennes d'Euripide», *CGITA,* 4, 1988, págs. 131-141.
SANSONE, D., «Euripides, Troades 634-635», *AC,* LII, 1983, páginas 228-231.
SIENKEWICZ, T. J., *Euripides' Trojan Women. An interpretative study based upon the role of the chorus and ironic development,* Johns Hopkins Univ. Baltimore, 1975.
— «Euripides' Trojan Women. An interpretation», *Helios,* VI, 1, 1978, págs. 81-95.
STINTON, T. C. W., *Euripides and the judgement of Paris,* Londres, 1965.
WATERFIELD, R. A. H., «Double standards in Euripides' Troades», *Maia,* XXXIV, 1982, págs. 139-142.

SOBRE EL TEXTO

Nos hemos apartado de la edición oxoniense de J. Diggle en los siguientes versos: 150, 182, 260, 308, 440, 477, 712, 891, 1177, 1252, 1277.

ARGUMENTO

Tras la destrucción de Troya, Atenea y Posidón deciden acabar con el ejército de los aqueos: él, a causa del afecto que siente hacia la ciudad por haberla fundado; ella, por odio a los helenos, motivado por el ultrajante trato de Áyax hacia Casandra. Los helenos sortearon a las mujeres cautivas de alto rango y las repartieron así: Casandra a Agamenón, Andrómada a Neoptólemo y Políxena a Aquiles. A ésta la degollaron sobre la tumba de Aquiles y a Astianacte lo arrojaron desde lo alto de la muralla. Menelao se llevó a Helena con vistas a matarla, y Agamenón tomó a la profetisa como esposa. Hécabe, después de acusar a Helena y de llorar y atender a los cadáveres, fue conducida a la tienda de Odiseo y entregada a su servicio.

PERSONAJES DEL DRAMA

POSIDÓN, *dios*
ATENEA, *diosa*
HÉCABE, *viuda de Príamo*
CORO DE CAUTIVAS TROYANAS, *que una vez se divide en dos semicoros*
TALTIBIO, *heraldo*
CASANDRA, *hija de Hécabe*
ANDRÓMACA, *viuda de Héctor*
MENELAO, *rey de Esparta*
HELENA, *esposa de Menelao*

(Al amanecer. La escena representa las tiendas del campamento griego delante de Troya. Al fondo puede verse la ciudad en ruinas que todavía arde y humea, con las murallas y la acrópolis claramente visibles a lo largo de toda la obra. A la puerta de una de las tiendas yace postrada HÉCABE, *vestida con ropa hecha jirones y ofreciendo claras muestras de dolor. Por un lateral entra* POSIDÓN, *al que* HÉCABE *no ve.)*

POSIDÓN.—Yo soy Posidón y hasta aquí he venido tras dejar el Egeo, la salina profundidad del mar donde los coros de Nereides despliegan, con grandísima hermosura, la estela de sus pies. Desde el momento en que Febo y yo con rectilíneas plomadas edificamos las pétreas torres de esta tierra de Troya en rededor[2], en ningún momento de mis mientes se ha alejado el afecto por la ciudad de mis frigios, que ahora se ve reducida a humo y cenizas, perdida y devastada por las lanzas argivas.

El hecho es que un foceo del Parnaso, Epeo, con artes de Palas ensambló un caballo preñado de armas y lo condujo hasta el interior de las torres de defensa, carga de perdición[3]. Por este hecho, entre los hombres venideros

[2] Laomedonte, uno de los primeros reyes de Troya, mandó construir las murallas de la ciudadela, y para ello recurrió a dos divinidades, Apolo y Posidón, dios del mar, a los cuales ayudó, según se dice, un mortal llamado Éaco. Como el rey se negó a pagarles el salario convenido, Posidón envió un monstruo marino que, surgido de las profundidades del mar, asoló los pueblos troyanos.

[3] Cfr. Homero, *Odisea*, VIII, 492-5: «Canta la figura del caballo de madera que Epeo fabricó con ayuda de Atenea, al que antaño a la ciudadela condujo con engaño el divino Odiseo, repleto de hombres que Ilión devastaron.»

será llamado caballo de madera, en cuyo interior encierra ocultas las lanzas.

Los bosques están desiertos y los santuarios de los dioses se han venido abajo, destilando sangre. Al pie de las gradas del altar de Zeus Doméstico ha caído muerto Príamo. Oro en grandes cantidades y despojos frigios están siendo transportados a las naves aqueas. Aguardan contentos [20] el viento favorable de popa porque, después de diez años, los helenos que partieron en expedición contra esta ciudad van a poder ver a sus esposas e hijos.

Yo, por mi parte, toda vez que he sido vencido por la diosa argiva Hera y por Atenea, que contribuyeron juntas a destruir a los frigios, también abandono la ilustre Ilión y mis altares, ya que, cuando la soledad ocupa una ciudad para mal, languidece el cuidado a los dioses y ya no reciben culto.

Resuena el Escamandro[4] con los lamentos, numerosos, de las cautivas sometidas al sorteo de sus amos. [30] A unas les tocó el pueblo arcadio, a otras el tesalio y los teseidas, jefes de los atenienses[5]. *(Señala unas tiendas.)* Las troyanas que no han sido sorteadas están bajo esas tiendas, reservadas a los principales del ejército. Entre ellas se encuentra la laconia tindárida, Helena[6], considerada prisionera con toda justicia. *(Señalando a* HÉCABE.) Mas si alguien desea ver a esta desdichada, ahí está Hécabe postrada ante las puertas, lágrimas innúmeras derramando por otros tantos innúmeros motivos. [40] Su hija Políxena ha muerto con gran valor, a sus espaldas, en el monumento fúnebre de Aquiles.

---

[4] Río de Troya.

[5] Los teseidas, o descendientes de Teseo, son los atenienses. Teseo, rey de Atenas, es el héroe del Ática por antonomasia. Lo vemos aparecer en las tragedias *Las Suplicantes* y *Heracles* en este volumen.

[6] Helena es hija de Zeus y de Leda, aunque tiene por padre 'humano' a Tindáreo. Clitemestra, que aparece en la tragedia *Electra,* es hermana gemela suya, aunque ésta no tiene el ascendente divino de su hermana. Ambas hermanas están casadas con dos caudillos griegos igualmente hermanos, Menelao y Agamenón. Al final de esta pieza veremos el enfrentamiento que Helena mantiene con su esposo Menelao, en el que también interviene Hécabe, mujer del ya fallecido Príamo, rey de Troya.

Han perecido también Príamo y sus hijos. Y a aquella que como delirante doncella consagró el soberano Apolo, a Casandra[7], la ha tomado Agamenón por la fuerza como esposa en secreto, a expensas de dejar a un lado lo divino y lo piadoso[8].

¡Adiós, pues, oh tú que otrora fuiste dichosa, adiós, ciudad y pulidas fortificaciones! ¡Si Palas hija de Zeus no hubiese causado tu completa destrucción, aún te erguirías en pie sobre tus cimientos![9].

(Entra Atenea *por el otro lateral.* Hécabe *sigue ajena a la presencia divina.)*

Atenea.—¿Me es posible deshacer nuestro anterior enfrentamiento y dirigir la palabra al más próximo al linaje de mi padre e importante divinidad que de honores goza entre los dioses?

Posidón.—Te es posible, que las visitas de los parientes, soberana Atenea, son medicina no despreciable para el corazón.

Atenea.—Alabo tu amistosa disposición. Traigo aquí unas palabras de común interés para ti y para mí, soberano.

Posidón.—¿Acaso me estás anunciando alguna nueva noti-

---

7 Casandra poseía el don de la profecía, que le venía de Apolo. El dios tomaba posesión de ella y, en pleno delirio, ella formulaba sus oráculos. Por ello son frecuentes las alusiones a ella como 'la ménade poseída' y expresiones similares.

8 Éste es uno de los reproches que dirige Clitemestra contra su marido Agamenón, para justificar su asesinato, en la tragedia *Electra,* versos 1030-34: «Pues bien, después de estos hechos, aunque yo había sufrido un trato injusto, no me enfurecí ni habría llegado al punto de matar a mi esposo, pero entonces él me vino con una ménade poseída, una muchacha; la trajo y la metió en su cama, así que éramos dos las mujeres que tenía a la vez en la misma casa.» En efecto, al regreso del soberano a su reino de Argos, su esposa Clitemestra urde, en compañía de Egisto, su amante, dar muerte a Agamenón, quien posteriormente es vengado por su hijo Orestes. La tragedia *Electra,* en este volumen, recoge la historia de la venganza de Orestes contra su madre, por haber matado a su padre.

9 Efectivamente, versos antes se ha indicado que Palas y Hera contribuyeron juntas a destruir a los frigios (versos 23-4).

cia procedente de los dioses, de parte de Zeus, o de alguna otra divinidad?

Atenea.—No, sino que he venido en busca de tu poder a causa de Troya, donde nos encontramos, para unirlo en causa común.

Posidón.—¿No será que, ahora que la ciudad está reducida a cenizas por efecto del fuego, depones tu anterior enemistad y te compadeces de ella?

Atenea.—Presta primero atención a este punto: ¿vas a hacer tuyas mis palabras y vas a estar de acuerdo con lo que yo quiero poner en práctica?

Posidón.—Sí; pero ahora lo que quiero es conocer tu plan, si vienes en defensa de los aqueos o de los frigios.

Atenea.—Los que antes eran mis enemigos, los troyanos, ahora quiero que se alegren, y al ejército aqueo quiero precipitarlo a un amargo regreso.

Posidón.—Pero, ¿por qué das ese salto, así, de una actitud a otra? Te entregas a un odio sin medida y luego dispensas tus cuidados al primero que te tropiezas.

Atenea.—¿No sabes que hemos sido objeto de grandes insolencias mis templos y yo?

Posidón.—Lo sé, lo de cuando Ayax llevó a rastras a Casandra por la fuerza[10].

Atenea.—Y de parte de los aqueos ni sufrió ningún mal ni escuchó reproche alguno.

Posidón.—¡Y eso que destruyeron Ilión con el auxilio de tu fuerza!

Atenea.—Pues por eso quiero causarles daño con tu ayuda.

Posidón.—Dispuesto estoy a lo que quieres de mí. ¿Y qué vas a hacer?

---

[10] Durante la toma de Troya, Casandra se refugió junto al altar de Atenea. Áyax quiso arrancarla violentamente de la estatua a la que estaba abrazada, y arrastró a la doncella y a la imagen. Aunque se libró de la muerte buscando asilo en el altar de la diosa cuando los aqueos quisieron lapidarlo por semejante trangresión de los preceptos religiosos, Atenea se vengó posteriormente de él. Aquí se pone en evidencia, precisamente, el carácter vengador y terrible de la diosa Atenea, no exclusivo de ella, capaz de ocasionar estragos a toda la flota griega, a causa de un ultraje recibido y por la falta del debido culto y respeto a los dioses.

Atenea.—Quiero precipitarlos a un regreso colmado de desgracias.

Posidón.—¿Cuando estén en tierra o ya en el mar salino?

Atenea.—Cuando zarpen de Ilión rumbo a sus hogares. También Zeus, por su parte, densas lluvias y granizo sin fin les enviará, y lóbregas ráfagas de viento desde el éter. Incluso afirma que me dará el fuego del rayo para que se lo lance a los aqueos y abrase sus naves con él. Y tú, a tu vez, tu trabajo, procura que el mar Egeo brame con poderosas olas y remolinos salinos. Llena de cadáveres el fondo de la bahía de Eubea. ¡Que de aquí en adelante mis templos venerar sepan los aqueos y honrar a los demás dioses!

Posidón.—Así será, que este favor no precisa de largos discursos. Agitaré toda la mar egea[11]. Las riberas de Míconos, los escollos de Delos, Esciros, Lemnos y los altos cafereos acogerán los cuerpos de los muchos cadáveres que allí morirán.

¡Ea! Dirígete al Olimpo, toma los ígneos proyectiles de manos de tu padre y aguarda atentamente el momento en que la armada argiva suelte amarras. (Atenea *se marcha.*) Insensato aquel de los mortales que destruye sin dejar piedra sobre piedra ciudades, templos, tumbas, santuarios de los difuntos: por entregarlos a la soledad, él mismo consigue su posterior destrucción.

(Posidón *se marcha.* Hécabe *comienza a moverse y a levantarse lenta y penosamente.*)

Hécabe.—¡En pie, desventurada! ¡Del suelo la cabeza alza! ¡Yergue el cuello! Esto que aquí ves ya no es Troya, ni somos nosotros ya los reyes de Troya. Aguanta tu sino y su volubilidad. Navega según las aguas, navega según tu destino, y no dirijas la proa de la vida contra las olas, cuando navegues en los mares de la Fortuna. ¡Ay, ay! ¿Qué más me falta, desgraciada de mí, para llorar? Patria, hijos y esposo se me han ido. ¡Oh grandioso esplendor, ya caído, de los

[11] A continuación enumera diversas partes del mar Egeo.

antepasados! ¡En realidad no eras de ningún valor! [110] ¿Qué debo callar? ¿Y qué no callar? ¿Cuál será mi doloroso canto? ¡Infeliz yo! ¡Qué triste mengua la de mis miembros, qué abatida estoy, con la espalda en dura yacija apoyada! ¡Ay mi cabeza! ¡Ay mis sienes y mis costillas! ¡Qué deseos tengo de menear y contonear la espalda y el espinazo a un costado y otro de mis miembros[12], entonando tristes cantos sin dejar de llorar! [120] La misma musa tienen los infelices cuando cantan sus desgracias sin danzas ni la alegría de los coros.

¡Proas de las naves que, con remo veloz, a la sagrada Ilión os dirigisteis, a través del purpúreo mar y de los puertos de buen amarre de la Hélade, con el odioso peán de las flautas y la voz de armoniosas siringas, que al trenzado arte de Egipto os amarrasteis[13], *[130] —¡ay, ay!— en las bahías de Troya, para perseguir de Menelao a la odiosa esposa, ruina de Cástor e infamia para el Eurotas, que degolló a Príamo, criador de cincuenta hijos, y que a mí, la triste Hécabe, me ha arrastrado hasta encallar en esta desgracia actual! ¡Ay de mí! ¡Sobre qué asiento estoy sentada, tan próximo a las tiendas de Agamenón! [140] En calidad de esclava, yo, una anciana, me llevan lejos de mi casa, total y penosamente perdida mi lastimera soberanía. (Ahora se dirige a las cautivas troyanas que están en las demás tiendas. Comienza a entrar en escena la primera mitad del semicoro.) ¡Ea! ¡Oh tristes esposas de los troyanos de broncínea lanza, mozas prometidas en funestas nupcias!*[14]. *Ilión se consume entre el humo y las cenizas. Lancemos nuestros 'ayes' de dolor. Como una madre a sus alados polluelos el graznido, un canto voy yo a entonar, mas no aquel que elevé en buena hora —sí que lo era entonces— [150] sobre el cetro de Príamo apoyada, como directora del coro con sonoros y acompasados golpes de pie, en honor de los dioses frigios.*

---

12 Literalmente: «menear y dar la espalda y el espinazo a una y otra pared de mis miembros». Según el escoliasta, se trata de una expresión metafórica, y aquí 'pared' significa 'costado, costilla' y traduce de esta manera: «tengo deseos de menear el espinazo a los costados».

13 Se refiere a las ristras de la planta del papiro.

14 Está hablando de las nupcias que les aguardan con los vencedores.

CORO.

Estrofa 1.ª.

SEMICORO PRIMERO.—*Hécabe, ¿qué son esos gritos y esos alaridos? ¿Qué significan tus palabras? A través de estos techos estaba yo escuchando los lamentos que proferías. Un repentino pavor ha recorrido los pechos de estas troyanas que dentro de sus casas estaban entonando 'ayes' por su esclavitud.*

HÉCABE.—*¡Oh hijas! En las naves de los aqueos ya [160] empieza a moverse la mano que el remo amarra.*

SEMICORO PRIMERO.—*¡Ay de mí! ¿Qué querrán? ¿Acaso será que ya a mí me embarcan lejos de la tierra patria?*

HÉCABE.—*No lo sé, mas presagio una desgracia.*

SEMICORO PRIMERO.—*¡Oh, oh! Tristes troyanas que habréis de oír vuestro tormento, salid de vuestras casas. Disponen los argivos el regreso.*

HÉCABE.—*¡Ah, ah! A mi Casandra, poseída por báquico delirio, [170] no me la saquéis fuera, vergüenza para los argivos, a la ménade, pues un enorme dolor encima se me vendría! ¡Oh, oh! ¡Troya, infeliz Troya! ¡Vas camino de tu perdición! ¡Infelices no menos quienes te abandonan, tanto los vivos como los muertos!*

(Hace su aparición la segunda mitad del SEMICORO.*)*

Antístrofa 1.ª.

SEMICORO SEGUNDO.—*¡Ay de mí! Temblorosa las tiendas acabo de dejar de Agamenón al escucharte, oh reina. ¿Acaso el plan de los argivos es matar a esta infeliz, a mí? [180] ¿O en la popa los marineros se disponen a mover los remos?*

HÉCABE.—*¡Oh hija! ¡Endereza tu ánimo! Vengo sacudida por escalofríos.*

SEMICORO SEGUNDO.—*¿Ha venido ya el heraldo de los dánaos? ¿A quién me uniré como resignada esclava?*

HÉCABE.—*Próxima estás ya al sorteo.*

SEMICORO SEGUNDO.—*¡Oh, oh! ¿Quién de Argos o de Ftía, o a qué isla me llevarán, triste de mí, lejos, muy lejos de Troya?*

HÉCABE.—[190] *¡Oy, oy! ¿A quién, cómo y dónde serviré yo como esclava, esta vieja resignada, como una zángana, esta miserable, figura de cadáver, fugaz imagen de la muerte? ¡Ay, ay! ¿Montar*

guardia a la entrada de una puerta, cuidar niños, yo que ostentaba la dignidad de gobernar Troya?

Estrofa 2.ª.

CORO.

¡Ay, ay! ¿Con qué lamentos por esta ruina podrías tus 'ayes' entonar? En los ideos telares la lanzadera ya no balancearé. Por última vez el hogar de mis padres veo, por última vez. Fatigas soportaré mayores, cuando a los lechos helenos sea llamada —¡así se esfumara esa noche y mi destino!— cuando agua de la venerable Pirene[15] *vaya a buscar esta sirvienta digna de lástima. ¡Al ilustre, dichoso país de Teseo*[16] *ojalá fuésemos! Mas nunca, desde luego, a las arremolinadas aguas del Eurotas*[17], *ni a la muy odiosa morada de Helena, donde como esclava a cada paso a Menelao me encontraría.*

Antístrofa 2.ª.

El venerable país del Peneo[18], *el bellísimo pedestal del Olimpo, rica carga de opulencia sostiene (ese rumor escuché) y de fecundos y florecientes frutos. Es el segundo lugar al que querría ir después del sagrado y augusto país de Teseo. Del país de Hefesto, Etna, frente a Fenicia, madre de los montes de Sicilia, también he oído contar que se le alaba a causa de las coronas y triunfos obtenidos por su virtud; y también he oído hablar de la tierra cercana al mar jonio, a la que riega el Cratis, sobresaliente en belleza, que con sus muy augustas aguas alimenta y da opulencia a esta tierra de nobles varones, que de fuego tiñe sus rubias melenas.*

(Aparece el heraldo TALTIBIO *con sus acompañantes.)*

CORIFEO.—Por cierto, he aquí, procedente del ejército de los dánaos, a su heraldo, dueño de frescas palabras, que avanza con pie ligero hasta llegar al final de sus pasos.

---

[15] La fuente de Pirene, en Corinto.

[16] Atenas. Ninguna ocasión es mala para dirigir un elogio a Atenas. Las troyanas prefieren ir a esta ciudad por encima de todas las demás, como el mejor destino. También en la tragedia *Electra*, uno de los Dióscuros consuela a Orestes, que se ve forzado a ir allí para someterse a juicio por el asesinato de su madre, con estas palabras: *Electra*, 1319-20: «Tranquilo, vas a ir a la venerable ciudad de Palas, así que, ánimo.»

[17] Esparta.

[18] Río de Tesalia.

¿Qué noticias traerá? ¿Qué nos dirá? Pues esclavas del país de los dorios somos a partir de este momento.

TALTIBIO.—Hécabe, como mis numerosas idas y venidas desde el ejército aqueo a Troya las tienes ya muy vistas, en calidad de heraldo, ya está bien claro que me conoces de sobra de antes, mujer. Soy Taltibio y he venido a anunciarte una nueva noticia.

HÉCABE.—*¡Éste, éste era, queridas mujeres, el miedo de antes!*

TALTIBIO.—Ya habéis sido sorteadas, si es que ése era vuestro miedo.

HÉCABE.—*¡Ay, ay! ¿A qué ciudad de Tesalia o de Ptiótide te refieres? ¿Acaso al país de Cadmo?*

TALTIBIO.—Habéis sido sorteadas cada una a un hombre, no en conjunto.

HÉCABE.—*¿Quién, entonces, ha correspondido a cada quien? ¿A quién entre las troyanas le aguarda un destino dichoso?*

TALTIBIO.—Yo lo sé, mas ve enterándote poco a poco, no de todo a la vez.

HÉCABE.—*Mi hija, ¿a quién le ha correspondido? Dilo, la sufrida Casandra.*

TALTIBIO.—La ha escogido y la ha tomado el soberano Agamenón.

HÉCABE.—*¿Acaso como esclava para su esposa laconia?*[19]. *¡Ay de mí, infelice!*

TALTIBIO.—No, más bien en secreta unión conyugal para su lecho.

HÉCABE.—*¿A esa doncella de Febo, a la que como distinción el dios de rubia melena concedió una existencia alejada del lecho nupcial? ¿Verdaderamente es así?*

TALTIBIO.—El amor lo alcanzó con sus flechas por la muchacha inspirada.

HÉCABE.—*¡Arroja, hija, los augustos ramos! ¡Fuera de tu cuerpo los sagrados ropajes de ínfulas con que te vistes!*

TALTIBIO.—¿Acaso no es un gran destino para ella alcanzar en suerte lechos reales?

---

[19] La esposa laconia de Agamenón es Clitemestra. El soberano no se lleva a Casandra en calidad de esclava para su esposa, sino como amante. Este hecho provocará las iras de su mujer. Cfr. la tragedia *Electra*.

Hécabe.—[260] *¿Y qué hay de mi hijita, a la que hace poco me habéis arrebatado? ¿Dónde va a estar?*

Taltibio.—¿Hablas de Políxena o preguntas por otra?

Hécabe.—*Sí, ésa. ¿A quién la suerte la ha uncido?*

Taltibio.—Se le ha ordenado servir a la tumba de Aquiles[20].

Hécabe.—*¡Ay de mí, infelice! ¡Para el servicio de una tumba la engendré! Pero, vamos a ver, ¿qué costumbre es ésa, amigo, qué ley de los helenos?*

Taltibio.—Ten a tu hija por afortunada. Se encuentra bien.

Hécabe.—*¿Por qué acabas de decir eso? [270] ¿Acaso ella ya no me ve la luz del sol?*

Taltibio.—Un destino la protege en modo tal que de las fatigas es libre[21].

Hécabe.—*¿Y qué hay de la esposa de Héctor, el de broncínea armadura, la desventurada Andrómaca? ¿Qué suerte tiene ella?*

Taltibio.—A ésta precisamente la ha escogido y la ha tomado el hijo de Aquiles.

Hécabe.—*¿Y yo? ¿De quién seré la sirvienta, aunque del tercer pie de un bastón necesidad tengo ya en mi anciana mano?*

Taltibio.—En Ítaca a Odiseo le cupo en suerte poseerte como esclava.

Hécabe.—*¡Ah, ah! ¡Golpea la cabeza mocha, [280] araña con las uñas una y otra mejilla!*[22]. *¡Ay de mí infelice! ¡Me ha tocado en suerte ser la esclava de un hombre abominable, doloso, enemigo de la justicia, bestia al margen de la ley, que a todo le da la vuelta, lo de aquí allá, y luego otra vez allá lo de aquí, de lengua bífida, que lo que amigo primero era, en enemigo trastoca! ¡Llorad, oh troyanas, por mí! [290] ¡He alcanzado el mayor infortunio, estoy perdida, desgraciada, he ido a caer en el más desventurado de los lotes!*

---

[20] Cfr. versos 622-3: «Tu hija Políxena ha muerto degollada junto al túmulo de Aquiles, como presente para su cadáver exánime.» También lo ha declarado antes Posidón en el prólogo, versos 39-40: «Su hija Políxena ha muerto con gran valor, a sus espaldas, en el monumento fúnebre de Aquiles.» Las palabras enigmáticas de Taltibio no informan claramente a Hécabe de la muerte de su hija.

[21] Lo que Taltibio oculta tras todas estas palabras es que Políxena está muerta, como ya dijo Posidón en el prólogo (vv. 39-40).

[22] Manifestaciones de dolor que ya hemos visto en *Las Suplicantes*, vv. 75-6, y 826-7, y *Electra*, vv. 140-50.

CORIFEO.—Ya conoces tu sino, señora. *(Dirigiéndose a* TALTIBIO, *ansiosa.)* Y mi fortuna ¿qué aqueo, pues, o qué heleno cogida la tiene?

TALTIBIO.—*(Sin contestar.)* ¡Adelante! Es preciso traer aquí a Casandra lo antes posible, esclavos, a fin de ponerla en manos del general, y llevar luego también a las prisioneras escogidas a los demás.

(Tras la puerta de la tienda de la que va a salir CASANDRA *se ve un resplandor como de fuego.)* ¡Eh! ¿Qué es ese resplandor de teas que arden ahí dentro? ¿Están prendiendo fuego al interior de las tiendas, o qué están haciendo las troyanas que, cuando van a ser llevadas de este país a Argos, abrasan a manos del fuego sus propios cuerpos porque morir prefieren? ¡Qué duda cabe, en verdad, de que los espíritus libres en semejantes circunstancias no soportan bien los males! *(A uno de sus acompañantes.)* ¡Abre, abre! No sea que de este acto, bueno para ellas mas aborrecible para los aqueos, sea yo hecho responsable.

HÉCABE.—*(Ve llegar a* CASANDRA *con una tea encendida.)* No es eso, no les están prendiendo fuego a las tiendas. Al contrario, mi hija, la ménade Casandra, se dirige rápidamente hacia aquí a la carrera.

(Aparece CASANDRA *con sus atavíos de sacerdotisa y con la tea que ha provocado la alarma, y que es propia de la celebración del himeneo.)*

CASANDRA[23].

Estrofa.

¡Deteneos, por favor! ¡La luz llevo![24]. ¡Piadosa soy! ¡Alumbro —¡vedlo, vedlo!— (Señalándose a sí misma) con teas este templo! ¡Oh soberano Himeneo![25]. ¡Feliz el novio, y feliz yo, en lechos reales de Argos desposada! ¡Himen, oh soberano Himeneo! Al tiempo que tú, madre, entre lágrimas y llantos a mi padre

---

[23] Se inicia aquí una cruda monodia en la que Casandra entona su propio himno nupcial, en actitud burlesca, con su oculto tono de profecía funesta.

[24] Lectura de los manuscritos.

[25] Himeneo es el dios que preside el cortejo nupcial.

muerto y a la querida patria sin cesar lloras, yo, por mi parte, ante mis inminentes nupcias [320] alzo la luz del fuego, brillante, refulgente. Te ofrezco, oh Himeneo, te ofrezco, oh Hécate, esta luz sobre los lechos de las doncellas, según la costumbre sostiene.

Antístrofa.

¡Sacude con viveza el pie etéreo! ¡Dirige, dirige el coro! ¡Eván, evé![26]. ¡Como en los muy dichosos días de mi padre! Piadoso es el coro. Dirígelo tú, Febo. En tu templo, entre los laureles, [330] de los sacrificios yo me encargo. ¡Himen, oh Himeneo, Himen! ¡Danza, madre, anímate a bailar! ¡Da vueltas de un lado para otro acompasando conmigo la amadísima cadencia de tus pies! ¡Invocad a gritos a Himeneo, oh, con felices cantos y clamores para la novia! ¡En marcha, muchachas frigias de hermosos peplos, con cantos y danzas celebrad mis bodas, [340] el esposo que el sino ha decretado para mi lecho!

CORIFEO.—Reina, ¿no vas a sujetar a tu hija, presa de báquico delirio, no sea que acabe con sus veloces pies en el campamento argivo?

HÉCABE.—Tú, Hefesto, que sueles portar la antorcha en las bodas de los mortales, andas ahora, en cambio, avivando una llama funesta, ésta de aquí, lejos de grandes esperanzas. ¡Ay de mí, hija! ¡Que ni por lanza o pica argiva forzada creía yo que a casarte ibas en buena hora! Entrégame esa luz, que no portas el fuego sensatamente, agitándote como una ménade; ni en medio de tus desdichas, hija, [350] has recobrado el juicio, sino que en el mismo estado de locura te encuentras. (CASANDRA *entrega la antorcha a su madre, y ésta se la da al* CORIFEO.) Llevad dentro las antorchas, troyanas, y con lágrimas contestad a los cantos de boda de esta mujer.

CASANDRA.—Madre, corona mi cabeza victoriosa y alégrate con motivo de mis nupcias reales. Permíteme partir y, si yo no tuviese, según tú, buen ánimo, empújame incluso a la fuerza. Pues si existe Loxias[27], unas nupcias más desgracia-

---

[26] Gritos rituales de las ménades de Dioniso.

[27] Apolo. Casandra posee el don profético del dios.

das todavía que las de Helena va a contraer conmigo el ilustre Agamenón, soberano de los aqueos, porque pienso matarlo y destruir su casa como revancha, cobrando venganza por mis hermanos y mi padre. Mas omitiré el resto de los detalles. Con himnos no ensalzaremos ni el hacha, que sobre mi cuello y el de las demás vendrá, ni las luchas matricidas que mis bodas han de provocar, ni la aniquilación de la casa de Atreo[28].

A demostrar voy que esta ciudad es más feliz que los aqueos, por muy poseída que yo me encuentre, sí; no obstante, la fuerza de mi argumento la voy a dejar bien clara, lejos ya del furor báquico.

Ellos, a causa de una sola mujer y de una sola Cipris[29], perecieron a millares a la caza de Helena. Su sensato general ha perdido lo que más quería a cambio de lo que más odiaba, al confiar la alegría hogareña de sus hijos a su hermano por causa de una mujer, y eso que ésta fue raptada de buena gana y no a la fuerza. Tan pronto como a las orillas del Escamandro llegaron, al punto iban muriendo, pero no porque se viesen de las lindes de su tierra despojados ni de su patria de altas torres. Y aquellos a quienes Ares iba sometiendo bajo su yugo, ni vieron a sus hijos, ni fueron cubiertos con mortajas por la mano de sus esposas, sino que en tierra extranjera yacen muertos. Y en su patria sucedía lo mismo. Ellas iban muriendo viudas y ellos sin hijos, aun habiendo criado en sus casas hijos para otros, y ni siquiera junto a sus tumbas había quien con sangre de víctimas a la tierra obsequiase. ¡Éste es verdaderamente el aplauso que se merece esta expedición! ¡Semejante oprobio

[28] Se refiere a los trágicos acontecimientos que se suceden al regreso de Agamenón a su hogar de Argos. Su esposa Clitemestra, celosa de la nueva amante de su marido, tramará en compañía de Egisto, su nuevo amante a imitación de su esposo, una conspiración para matarlo, hecho por el que ella misma morirá más adelante por la mano vengadora de su hijo Orestes. En la tragedia *Electra* vemos representados en la escena todos estos hechos.

[29] Cipris es una diosa chipriota identificada con Venus. En ocasiones, como sucede aquí, significa metafóricamente 'el amor'. Por consiguiente, aquí es como si dijese «a causa de un sola mujer y de un solo amor».

mejor es callarlo! ¡Que la musa no me inspire cantos que un himno eleven por estos males!

Los troyanos, en cambio, en primer lugar, morían en beneficio de su patria, gloria bellísima. A quienes laceraba la lanza, sus seres queridos los llevaban muertos a casa y en suelo patrio la tierra los cubría, [390] amortajados por las manos de aquellos que oportuno era que lo hiciesen. Y cuantos frigios en combate no morían, siempre cada día con su mujer e hijos seguían conviviendo, mientras que semejantes delicias a los aqueos les faltaban. El destino de Héctor, escucha, aunque sea doloroso para ti, en qué términos se sostiene: con su muerte se nos ha ido un hombre de excelente reputación, y eso así ha llegado a ser gracias a la venida de los aqueos. Pues, si ellos se hubiesen quedado en su patria, habría pasado inadvertido que era un hombre valiente. Paris, por su parte, se casó con la hija de Zeus y, si no se hubiese casado con ella, un matrimonio silencioso habría tenido en su patria.

[400] Todo aquel que sea sensato, menester es que la guerra rehuya, muy ciertamente, mas, si a ella llega, corona en absoluto vergonzosa para la ciudad es el morir hermosamente en pro de ella; lo contrario, sin embargo, es una infamia. Por esto no debes, madre, compadecerte ni de tu tierra ni de mis desposorios, toda vez que a estos enemigos, tuyos y míos, con estas bodas mías voy a aniquilar[30].

CORIFEO.—¡Con qué placer de los males de la casa te ríes y celebras lo que, por mucho que lo celebres, revelas como un hecho no cierto y cumplido del todo!

TALTIBIO.—Si no fuese porque Apolo ha enloquecido tu mente, sin la paga merecida a mis generales [410] no habrías despedido de esta tierra con semejantes palabras.

Por otra parte, los hombres dignos de respeto y sabios de acuerdo al parecer general, en nada son superiores a ésos, a los que justamente no lo son. En efecto, el más poderoso soberano de entre todos los griegos, el querido hijo de Atreo, ha escogido someterse al amor por esta loca, y yo en

---

[30] Nueva referencia al trágico destino de Agamenón.

cambio, que soy pobre, una unión con esta mujer nunca la pediría para mí.

En fin, como tu juicio no está a la altura de las circunstancias, tus injurias a los argivos y tus alabanzas a los frigios dejo que el viento se las lleve. Ahora sígueme al barco, bello desposorio de mi general. *(Dirigiéndose a* HÉCABE.) Y tú, cuando el hijo de Laertes[31] quiera llevarte, sígueme. Vas a ser la sierva de una mujer prudente, según afirman los que a Ilión han venido.

CASANDRA.—¡Qué terrible es, sin lugar a dudas, el siervo este! ¿Por qué, entonces, tienen ese nombre los heraldos, la única cosa odiosa para todo el común de los mortales, verdugos al servicio de monarcas y ciudades? ¿Estás diciendo tú que mi madre va a ser conducida a las mansiones de Odiseo? ¿Dónde quedan, pues, las revelaciones de Apolo, que afirman, según me han sido explicadas, que aquí moriría? Sobre lo demás, empero, no voy a emitir reproches.

(Refiriéndose a ODISEO.) ¡Infeliz! ¡No sabe cuánto le queda por sufrir! ¡Oro creerá algún día que son mis males y los de los frigios! Pues, después de gastar diez años, además de los que aquí ha pasado, llegará solo a su patria[32]: la temible Caribdis, que habita en el rocoso canal angosto, el Cíclope montaraz devorador de carne cruda, la ligístide Circe que a los hombres convierte en cerdos, naufragios en el salino mar, los deseos por el loto, las vacas sagradas de Helios que dejarán oír un día su carne parlante[33], amarga voz para Odiseo. Para ir abreviando, descenderá vivo al Hades y tras escapar del agua de la laguna, mil males en su casa ha de encontrar cuando a ella llegue.

Mas, ¿por qué ando disparando como dardos las fatigas de Odiseo? *(Dirigiéndose a* TALTIBIO.) Marcha cuanto antes. En la mansión de Haces casémonos con mi novio. *(Refiriéndose a* AGAMENÓN.) En verdad, malo eres y mala sepul-

---

31 Odiseo, también conocido por Ulises.

32 Laguna en el texto. A partir de aquí se enumera lo que Odiseo va a encontrar en su camino de regreso a casa.

33 Lectura de los manuscritos.

tura vas a recibir de noche, no de día, tú, que parecías hombre digno de respeto, caudillo de los dánaos. Y a mí, me arrojarán desnuda a un precipicio, y, cerca del túmulo de mi novio, las corrientes de agua de neveros entregarán mi cadáver a las fieras, para que se repartan entre ellas a la sierva de Apolo.

(Mientras camina va despojándose de sus atributos de sacerdotisa, que el viento va arrastrando.) ¡Oh guirnaldas del dios que más quiero, adornos del 'evohe', adiós! Atrás he dejado los días de fiesta con que antaño me regocijaba. Alejaos de mi cuerpo a jirones, para que yo, cuerpo todavía puro, os entregue a los veloces vientos para que hasta ti sean llevadas, profético soberano. ¿Dónde está el buque del general? ¿Adónde me es menester dirigir mis pasos? Apresúrate y aguarda el viento en el velamen, que en mí a una de las tres Erinias[34] te llevas del país. Adiós, madre, no llores. Oh patria querida, hermanos bajo tierra y padre que nos engendraste, no me habéis de esperar por mucho tiempo, pues habré de llegar al mundo de los muertos portando la victoria, tras destruir la casa de los atridas, a cuyas manos hemos perecido[35].

(Salen CASANDRA *con* TALTIBIO*, y sus servidores.* HÉCABE *cae abatida.)*

CORIFEO.—Guardianas de la anciana Hécabe, ¿no estáis viendo a vuestra soberana, cómo se desploma sin habla al suelo? ¿No la vais a recoger? ¿Acaso vais a dejarla, malvadas, ahí desplomada? ¡Enderezad su cuerpo!

HÉCABE.—Dejadme —no se quiere lo que no se quiere, muchachas—, dejad que siga postrada en el suelo. Padecimientos merecedores de esta caída sufro, he sufrido, y todavía

[34] Las Erinias son unas divinidades violentas y vengadoras. Casandra se identifica con ellas en la medida en que va ser el azote para la casa de Agamenón. Las auténticas Erinias perseguirán a Orestes por el matricidio que ejecutará para vengar a su padre Agamenón, que morirá a manos de su esposa Clitemestra. Ya hemos repetido suficientemente la historia.

[35] Una vez más, referencia a los males de Agamenón.

sufriré. ¡Oh dioses! A malos aliados invoco, [470] mas con todo apelar a los dioses tiene un algo de apariencia, cuando a uno de nosotros le alcanza un destino infortunado[36].

En primer lugar, quiero entonar el último canto por mis dichas, pues así luego, con mis males, mayor compasión he de inspirar. Yo era reina y con un rey me casé, y en aquel tiempo hijos engendré superiores a todos los frigios, no en mero número, sino en calidad. Ninguna[37] mujer, ni troyana, ni griega ni extranjera, podría enorgullecerse de parir semejantes hijos en buena hora. A ellos yo los vi caer alcanzados por griega lanza, [480] y estos cabellos me corté ante sus túmulos funerarios[38]. A su progenitor, Príamo, no lo lloré porque de otros hubiese oído narrar su muerte, sino que con estos ojos míos presencié en persona cómo lo degollaban junto al fuego de la casa[39], durante la toma de la ciudad. Y las hijas que crié con la decidida intención de casarlas, resulta que me las han arrebatado de mis manos, crianza para beneficio de otros. Ni por parte de ellas existe la esperanza de verme en el futuro, ni yo ya jamás he de volver a verlas otra vez. Y por último, el súmmum de todos los males, [490] a la Hélade voy a llegar como una vieja mujer esclava. Me entregarán a las peores labores a las que puede dedicarse una vieja: custodiar las llaves como portera, aunque engendré a Héctor, preparar el pan, tener en el suelo a cambio de mis lechos reales una yacija para estos

---

[36] Hécabe no oculta el escaso valor real que tiene, al menos para ella, invocar a los dioses, esos malos aliados, cuando uno se encuentra necesitado de auxilio. Se trata de un gesto más aparente que real.

[37] Lectura de los manuscritos.

[38] Este gesto ya lo hemos podido ver en otra tragedia de este volumen, cuando Orestes hace lo mismo ante la tumba de su padre: *Electra*, 90-1: «Esta noche he ido ante el túmulo de mi padre, he derramado unas lágrimas y le he ofrecido como primera ofrenda unos mechones de mi cabello.» También Astianacte se los prometía a su abuela Hécabe, *Las Troyanas*, 1182-4: «Ten por seguro que pienso cortarme esta espesa melena de rizos en tu honor y que hasta tu tumba he de llevar una procesión de camaradas, para ofrecerte una querida despedida.» También en *Ifigenia entre los Tauros*, 172-3, 703 y 820-1.

[39] Cfr. versos 16-7: «Al pie de las gradas del altar de Zeus Doméstico ha caído muerto Príamo.»

arrugados lomos, vestir este andrajoso cuerpo con remiendos andrajosos de retales, insulto para los ricos.

¡Ay desgraciada de mí! ¡Por medio de una sola boda de una sola mujer, qué desgracias me han tocado en suerte y qué otras me han de llegar! ¡Oh hija! ¡Oh Casandra bacante amiga de los dioses! ¿Por qué desafortunado azar rompiste tu castidad? ¿Y tú, desgraciada? ¿Dónde estás, Políxena? Que a mí mis frutos de hijos e hijas, aun habiendo sido numerosos, no me asisten, desgraciada. *(Intentan levantarla de nuevo, pero ella se niega.)* ¿Por qué, entonces, me enderezáis? ¿A raíz de qué esperanza? Conducid el que otrora en Troya fuera tierno pie, mas hoy esclavo, hasta un jergón en tierra y unas piedras en que apoye mi cabeza. De esta guisa me echaré y pereceré consumiéndome entre lágrimas. Entre los afortunados, a nadie consideréis feliz hasta el momento de su muerte.

CORO.

Estrofa.

Por esta Troya mía, oh musa, con nuevos himnos entona entre lágrimas un canto fúnebre. Ahora, sí, una melodía a Troya dedicada voy a hacer sonar, cómo a causa de los cuadrúpedos carros argivos alcancé mi perdición, desgraciada, a punta de lanza conquistada, cuando aquel caballo que a los cielos bramaba, de arreos de oro y cargado de armas, a nuestras puertas dejaron los aqueos. Y clamaban las gentes de Troya situadas en lo alto de la pétrea muralla: «Id, ciudadanos cuyos males ya han cesado. Esta sagrada talla de madera traed aquí arriba en honor de la muchacha ilíade, hija de Zeus»[40]*. ¿Quién, joven o anciano, no acudió saliendo de su casa? Regocijándose en medio de cantos, la dolosa fatalidad ya la tenían junto a ellos.*

Antístrofa.

Todo el pueblo de los frigios se apelotonaba junto a las puertas, para a la diosa ofrecer la emboscada de los argivos, de pulida madera de pino de las montañas, fatalidad de Dardania[41]*, gra-*

---

40 Atenea.
41 Troya.

cia a la célibe doncella de inmortales corceles. Tras rodearlo con una red de lino, como si fuese el sombrío casco de una nave, lo trasladaron hasta la pétrea sede, [540] empedrado mortal para nuestra patria, de la diosa Palas. Cuando a la fatiga y el regocijo siguió la nocturna oscuridad, y la flauta libia sus sones emitía, y las doncellas, al tiempo que alzaban sus pies sonoros, su jubiloso griterío celebraban entre cantos, y en las casas la llama bien brillante del fuego se entregaba al sueño, atenuándose en un oscuro resplandor [550]...

Epodo.

...yo entonces, junto a su templo, a la montaraz doncella, a la hija de Zeus, celebraba con danzas. Un griterío de muerte se alzó por toda la ciudad e invadió la sede de Pérgamo[42]*. Los queridos pequeñines se abalanzaban sobre sus madres alrededor de sus peplos, con manos temblorosas. [560] De la emboscada descendió Ares, obra de la joven Palas*[43]*. Los degüellos de los frigios en torno a sus altares y la decapitada soledad de las jóvenes esposas en los lechos*[44] *dio a la Hélade una corona de gloria, criadora de mozos, mas duelo para la patria de los frigios.*

CORIFEO.—*(Ve llegar a* ANDRÓMACA *con su hijo* ASTIANACTE, *y la señala.)* Hécabe, ¿ves ahí cómo traen a Andrómaca sobre extranjero carruaje? [570] Y aferrado a sus palpitantes pechos la acompaña el querido Astianacte, hijo de Héctor. *(Entra por un lateral el carro con* ANDÓMACA *y su hijo. Traen algunos despojos, incluido el escudo de* HÉCTOR. *El* CORIFEO *se dirige a* ANDRÓMACA.) ¿Adónde, en buena hora, a lomos de carro te llevan, desgraciada mujer, sentada junto a las broncíneas armas de Héctor y los despojos a punta de lanza conquistados de los frigios, con los que el hijo de Aquiles los templos de Ftía coronará, ahora que a Troya se los ha arrebatado?

---

[42] Troya.

[43] Ares, dios de la guerra, es la personificación misma de ella. Por otra parte, recuérdese que el caballo lo construyó Epeo «con la ayuda de Atenea».

[44] «La decapitada soledad» son los esposos de las mujeres troyanas, decapitados por los griegos. Con su muerte, han dejado viudas a sus mujeres y vacío el lecho que con ellas compartían.

Estrofa 1.ª.
ANDRÓMACA.—*Mis dueños aqueos me llevan.*
HÉCABE.—*¡Ay de mí!*
ANDRÓMACA.—*¿Por qué suspiras con mi peán?*
HÉCABE.—*¡Ay, ay!*
ANDRÓMACA.—*¡Qué dolores estos!*
HÉCABE.—[580] *¡Oh Zeus!*
ANDRÓMACA.—*¡Y qué infortunio!*
HÉCABE.—*¡Hijos míos!*
ANDRÓMACA.—*¡Antes en buena hora lo éramos!*
Antístrofa 1.ª.
HÉCABE.—*¡Mudó la opulencia! ¡Mudó Troya!*
ANDRÓMACA.—*¡Sufrida de mí!*
HÉCABE.—*¡Nobleza de mis hijos!*
ANDRÓMACA.—*¡Ay, ay!*
HÉCABE.—*¡Ay, sí, de mis...*
ANDRÓMACA.—*...males!*
HÉCABE.—*¡Lamentable fortuna...*
ANDRÓMACA.—*...de la ciudad...*
HÉCABE.—*...que humea reducida a cenizas!*
Estrofa 2.ª.
ANDRÓMACA.—*¡Ojalá regresaras, oh esposo mío!*
HÉCABE.—*¿A gritos llamas a mi hijo que en el Hades reposa, triste de ti?*[45].
ANDRÓMACA.—[590] *¡Amparo de su esposa!*
Antístrofa 2.ª.
ANDRÓMACA.—*¡Tú, vergüenza de los aqueos!*
HÉCABE.—*¡De mis hijos el primogénito que di a Príamo!*
ANDRÓMACA.—*¡Acuéstame en el Hades!*
Estrofa 3.ª.
ANDRÓMACA.—*¡Grandes son las nostalgias estas!*
HÉCABE.—*¡Terribles estos dolores que padecemos...*
ANDRÓMACA.—*... por la ciudad que ya no existe...*
HÉCABE.—*¡Un dolor tras otro dolor nos viene!*

[45] Nada más y nada menos que el ilustre Héctor, que muere a manos de Aquiles. En el canto XXII de la *Ilíada* de Homero, se nos relata la escena del combate singular que tiene lugar entre ellos y las afrentas que sufre el cadáver de Héctor, vencido por Aquiles.

ANDRÓMACA.—*...por irritación de los dioses, cuando escapó del Hades tu hijo*[46], *quien, por causa de unas horribles nupcias, causó la ruina de la ciudadela de Troya! Ensangrentados junto a la diosa Palas, los cuerpos de los cadáveres [600] tendidos están para que se los lleven los buitres. El yugo de la esclavitud ya alcanza a Troya.*

Antístrofa 3.ª.

HÉCABE.—*¡Oh patria, oh desdichada!*

ANDRÓMACA.—*¡Por ti, que para siempre te dejo, lloro...*

HÉCABE.—*¡Ahora contemplas nuestro lamentable final!*

ANDRÓMACA.—*¡... y por esta casa mía donde partos alumbré!*

HÉCABE.—*¡Oh hijos! ¡Vuestra madre apátrida marcha lejos de vosotros! ¡Qué lamentos y qué aflicción! ¡Lágrimas y más lágrimas manan gota a gota dignas de compasión de estos ojos míos por nuestra casa! ¡Los muertos olvidan el dolor!*[47].

CORIFEO.—¡Qué placer producen las lágrimas por aquello que mal nos ha ido, los lamentos trenéticos y la musa que de las penas se ocupa!

ANDRÓMACA.—[610] ¡Oh madre de aquel varón que otrora a muchos argivos con su lanza hizo perecer, Héctor! ¿Estás viendo esto?

HÉCABE.—Veo la voluntad de los dioses, cómo ensalzan más y más alto al que nada era, y cómo al que algo parecía ser lo precipitan a la ruina.

ANDRÓMACA.—Me llevan como botín, acompañada de mi hijo. Él, noble que es, ha alcanzado este estado de esclavitud. ¡Qué trueque tiene que soportar!

HÉCABE.—¡Terrible cosa esta de la fatalidad! Poco ha, también a mí me han arrancado a Casandra a la fuerza, y ya se ha ido.

ANDRÓMACA.—¡Ay, ay! Un segundo Ayax[48], según parece, ha aparecido para tu hija. Mas otros padecimientos estás sufriendo.

---

[46] Paris, hijo de Príamo y Hécabe.

[47] Cfr. *Las Suplicantes*, 85-6: «¡Ay, ay! ¡Ojalá muerta olvidase estos dolores!» Cfr. también, poco más adelante, en boca de Andrómaca, los versos 637-8.

[48] Se refiere a Agamenón que, como Áyax, nuevamente afrenta a la desdichada Casandra.

Hécabe.—[620] De los cuales, por cierto, ni medida ni número tengo, pues a un mal otro mal se suma en constante porfía.

Andrómaca.—Tu hija Políxena ha muerto degollada junto al túmulo de Aquiles, como presente para su cadáver exánime.

Hécabe.—¡Ay desgraciada de mí! Eso es[49], ése es el enigma que hace un rato Taltibio me contó a las claras aun sin decirlo claramente.

Andrómaca.—Yo misma la vi y, bajando de este carruaje, cubrí su cadáver con mi vestido y me entristecí por ella.

Hécabe.—¡Ay, ay, hija! ¡Qué impío tu degüello! ¡Ay, ay, una y mil veces más! ¡Qué mala muerte has recibido!

Andrómaca.—[630] Ha muerto como ha muerto. Con todo, no obstante, ha muerto con un destino más afortunado que el mío de continuar con vida.

Hécabe.—No es lo mismo, hija, morir que gozar de los sentidos. Pues lo primero nada es, mas en lo segundo hay esperanzas.

Andrómaca.—¡Oh madre, madre! Escucha un bellísimo discurso que, como deleite, a tus mientes propongo.

Digo que no existir es igual a morir, y que morir es mejor que vivir con pena, pues de nada se sufre cuando uno no se percata de ninguno de sus males. Mas aquel que de buena fortuna goza, cuando cae en el infortunio, [640] se queda perplejo, como un vagabundo, lejos de su buena fortuna anterior. Por eso ella, Políxena, como quien no ve la luz, está muerta y nada sabe de sus propios males. Yo, en cambio, que con mi arco pretendía alcanzar una buena reputación, aunque obtuve la mayor de las fortunas, erré el disparo.

Por todas aquellas virtudes que deben hallarse en una mujer sensata, por todas ellas yo me afanaba en la mansión de Héctor. En primer lugar, tanto si era como si no censurable conducta en las mujeres, como el hecho de que una mujer no se quedase en su casa arrastraba consigo escuchar

[49] Expresión de sabor coloquial en el original.

incesantes habladurías, [650] allí en casa yo me quedaba, dejando a un lado mis ganas de salir. Bajo mi techo no permitía las afectadas conversaciones femeninas, sino que me contentaba con tener en casa como útil maestra a mi propia mente. A mi esposo le ofrecía una lengua silenciosa[50] y un semblante tranquilo. Conocía tanto aquello en que era preciso prevalecer sobre mi esposo, como aquello en que era menester concederle la victoria. Y la fama por todo esto, que ha llegado hasta el ejército aqueo, ha causado mi perdición, pues, tan pronto como fui hecha prisionera, el hijo de Aquiles quiso tomarme [660] por esposa. Voy a ser esclava en casa de los ejecutores de mi familia.

Y si paso por encima de mi querido Héctor y cedo mi voluntad a mi actual esposo, mi comportamiento con el difunto será mal visto. Mas, si rechazo a este nuevo esposo, me granjearé los odios de mis dueños. Aunque dicen que una sola noche afloja las reticencias de la mujer con respecto a acostarse con un varón, yo le escupo con todo mi desprecio a la esposa que ama a otro hombre y que a su antiguo esposo lo abandona a cambio de un nuevo lecho. Pues ni siquiera la yegua a la que se separa del yugo [670] de su compañero de crianza arrastra el yugo con facilidad. Y eso que los animales son mudos, no hacen uso de la inteligencia, y son inferiores por naturaleza.

En ti, mi querido Héctor, tenía yo un varón que colmaba todas mis expectativas, grande en inteligencia, nobleza, riqueza, valor y virilidad. Pura me tomaste de la casa de mi padre, y tú el primero te unciste al yugo de mi lecho virginal. Ahora, en cambio, tú estás muerto, y a mí me embarcan cautiva rumbo a la Hélade con vistas a un yugo servil.

(Dirigiéndose a HÉCABE.) ¿Acaso no es mejor que mis males [680] la ruina de Políxena, por la que tanto suspiras?

---

50 Como se dice en la tragedia *Áyax* de Sófocles, en el verso 293: «Mujer, en las mujeres el silencio es ornato.» Esto explica el recato con el que las mujeres procuran hablar en presencia de los hombres; o, al menos, eso es lo que se deja ver en algunos pasajes de las tragedias de Eurípides (*Las Suplicantes*, 40-41 y 293-300, y *Electra*, 900 y 945-6).

Pues yo no tengo ni la esperanza que a todos los mortales resta, ni me engaño con recibir beneficios que, con sólo imaginarlos, son ya un placer.

CORIFEO.—Has llegado a mi mismo estado de infortunio. Al cantar tus penas me estás enseñando dónde alcanzo yo mi propio sufrimiento.

HÉCABE.—Jamás he subido al casco de una nave, mas, por haberlo oído y visto en dibujos, tengo conocimiento de ello. Si a ojos de los marineros el temporal es fácil de soportar, ponen buena voluntad para protegerse de las dificultades: [690] uno acude junto al timón, otro sobre el velamen, otro expulsa el agua de la sentina. Pero si, al agitarse con gran oleaje, el mar les sobrepasa, se encomiendan a la suerte y se abandonan al curso de las olas. Yo, pues, ante todos estos numerosos pesares que tengo que soportar, así las cosas, me quedo muda y con la boca callada. Me vence el infeliz oleaje que me viene de los dioses[51].

¡Venga, hija querida! Deja tranquilo el destino de Héctor. Tus lágrimas no han de salvarlo. Honra a tu actual dueño, [700] ofrece a tu marido los apreciados atractivos de tu carácter. Pues, si actúas de este modo, alegrarás abiertamente a tus seres queridos y podrías además criar al hijo de mi hijo para mayor provecho de Troya, con vistas a que esos hijos que de ti pudiesen nacer algún día llegasen de nuevo a habitar Troya, para que entonces así la ciudad volviese a recobrar su vida. *(Ve llegar a* TALTIBIO *otra vez, pero no lo reconoce al principio.)* A ver, como de una palabra se sigue otra palabra, ¿quién es, una vez más, este siervo aqueo que estoy viendo que hacia aquí enfila su camino, y que nuevas decisiones va a anunciarnos?

TALTIBIO.—*(Dirigéndose a* ANDRÓMACA.*)* Oh primera esposa de Héctor, en otro tiempo el más sobresaliente de entre los frigios. [710] No me aborrezcas, pues de mala gana voy a

[51] Eficaz metáfora náutica con la que Hécabe explica su postura pasiva, como la de los marineros que no pueden controlar la situación y deciden entregarse al batir de las olas.

anunciarte una noticia que dánaos y pelópidas han decidido de común acuerdo.

ANDRÓMACA.—¿Qué sucede? ¡Qué principio —me parece— introductorio de malas noticias!

TALTIBIO.—Se ha decidido que tu hijo... ¿cómo podría contarte la noticia?

ANDRÓMACA.—¿Acaso no va a tener el mismo dueño que nosotras?

TALTIBIO.—Ningún aqueo será jamás su dueño.

ANDRÓMACA.—¿Lo van a dejar entonces aquí como resto de los frigios?

TALTIBIO.—No sé cómo contarte con facilidad esta mala noticia.

ANDRÓMACA.—Aprobaría tu pudor si no me fueses a contar algo malo.

TALTIBIO.—Van a matar a tu hijo, para que te enteres de tu gran mal.

ANDRÓMACA.—¡Ay de mí! ¡Qué mal, mayor incluso que el de mis bodas, estoy escuchando!

TALTIBIO.—Odiseo se impuso a todos los griegos cuando propuso...

ANDRÓMACA.—¡Ay, ay, una vez más! ¡Que padecemos males inconmensurables!

TALTIBIO.—...cuando propuso que no había que criar al hijo de un sobresaliente padre...

ANDRÓMACA.—¡Así también venciese con semejantes propuestas sobre sus propios hijos!

TALTIBIO.—...sino arrojarlo desde lo alto de las torres de Troya. Conque, para que así suceda y tú te muestres como mujer bien sensata, no te aferres a él, sino duélete con nobleza por tus males. Tampoco, siendo débil como eres, te creas poderosa cuando ninguna fuerza tienes. Preciso es que reflexiones: tu ciudad y tu esposo han perecido, tú a otros te ves sometida, y nosotros podemos combatir a una sola mujer. Por ello, no quiero ni que desees la lucha, ni que cometas algún acto vergonzoso u odioso, ni que arrojes maldiciones contra los aqueos. Pues, si dices algo que encolerice al ejército, este hijo tuyo ni recibirá sepultura ni tendrá ritos piadosos. En cambio, si permaneces en silen-

cio y soportas bien tu suerte, no dejarás insepulto su cadáver y tú misma tendrás a los aqueos mejor dispuestos.

ANDRÓMACA.—¡Oh queridísimo hijo! ¡Qué extraordinarias honras recibes! Mueres a manos de enemigos dejando infeliz a tu madre. La nobleza de tu padre va a matarte, la que para tantos otros su salvación ha sido. La virtud de tu padre no llega en buen momento. ¡Oh desdichados lechos y nupcias por los que antaño vine a la morada de Héctor! A ti hijo mío no to engendré para que fueses víctima en provecho de los danaidas, mas como soberano de la rica Asia. *(El niño* ASTIANACTE *se inquieta y se echa a llorar.)* ¡Oh hijo! ¿Estás llorando? ¿Te estás percatando de tus males? ¿Por qué te agarras a mis manos y te aferras a mi vestido, echándote como un polluelo bajo mis alas? Ya no existen ni un Héctor que blandiendo su ilustre lanza regrese de la tierra y te traiga la salvación, ni la familia de tu padre, ni el poderío de los frigios.

Con funesto brinco cuando de cabeza caigas desde lo alto vas a exhalar tu espíritu, sin compasión alguna. ¡Oh niño al que yo solía abrazar, lo más preciado para tu madre! ¡Oh dulce olor de tu piel! Para nada, pues, envuelto en pañales este pecho mío te amamantaba, y en vano me afanaba y me consumía en medio de fatigas. Ahora —nunca más otra vez— da el último abrazo a tu madre, agárrateme más fuerte, lía tus brazos alrededor de mi espalda, une tu boca a la mía.

¡Oh griegos urdidores de brutales males! ¿Por qué matáis a un niño que no tiene culpa alguna? ¡Oh vástago de Tindáreo[52], no eres hija de Zeus! Afirmo, en cambio, que has nacido de muchos padres, del Genio vengador el primero, y luego del Odio, y del Crimen y de la Muerte y de cuantas perversas divinidades la tierra alimenta. En alta voz pregono yo que no fue Zeus quien te engendró, maldi-

---

[52] Helena. Tindáreo era el padre mortal de Helena, aunque ésta había sido engendrada por Zeus. Andrómaca, dolida, llega a negarle incluso esta ascendencia divina de Zeus a la pérfida causante de sus males, y se la atribuye a toda clase de seres malvados de los que ha podido heredar toda su perfidia.

ción tú de extranjeros y griegos todos. ¡Así perezcas! Con tus muy bellos ojos, de modo vergonzoso, las ilustres llanuras de los frigios arruinaste. ¡Venga! ¡Cargad con él, lleváoslo, arrojadlo, si eso es lo que habéis decidido! Daos un festín con sus carnes, pues de los dioses nos viene nuestra total perdición, y no podríamos salvar a mi hijo de la muerte. (ANDRÓMACA *ya ha entregado a su hijo a* TALTIBIO *y, montando de nuevo en el carro, va desapareciendo por el lateral.)* Cubrid este fatigado cuerpo y arrojadlo dentro de la nave. A un hermoso himeneo marcho, acabo de perder a mi propio hijo.

CORIFEO.—[780] ¡Desdichada Troya! ¡Miles y miles perecieron a causa de una sola mujer y un odioso matrimonio!

TALTIBIO.—*(Dirigiéndose al niño, que patalea en sus brazos porque extraña a su madre.)* ¡Vamos, niño! Deja los queridos abrazos de tu desgraciada madre, ve a lo más alto de las murallas que coronan tu patria, donde por votación se ha decretado que exhale tu espíritu. Cogedlo. *(Entrega el niño a sus acompañantes, que proceden a llevarlo a la acrópolis.)* Semejantes anuncios es menester que los proclame alguien más implacable y que sea más amigo de la impudicia que mi corazón. (TALTIBIO *se marcha con los acompañantes que le quedan.)*

HÉCABE.—[790] ¡Oh criatura! ¡Oh hijo de mi desgraciado hijo! De tu vida nos despojan injustamente a tu madre y a mí. ¿Qué voy a hacer yo ahora? ¿Qué voy a hacer, infeliz, por ti? Esto es lo que te ofrecemos, coscorrones en la cabeza y golpes de pecho. Por eso empezamos. ¡Ay de mí! ¡Mi ciudad! ¡Ay de mí y de ti! ¿Pues qué no tenemos? ¿Qué nos falta para no marchar con el mayor de los ímpetus por medio de la total destrucción?

CORO.
Estrofa 1.ª.

¡Oh Telamón, rey de Salamina criadora de abejas, [800] que habitas la isleña sede que las olas abrazan, apoyada sobre las sagradas colinas, donde mostró Atenea el primer ramo de verde olivo, corona que hasta el cielo se eleva y gloria de la espléndida Atenas! Viniste, viniste para bravas hazañas ejecutar en compañía del fle-

chador hijo de Alcmena[53]*, con vistas a devastar hasta la última piedra de Ilión, la que antes era nuestra ciudad de Ilión, cuando de Grecia llegaste.*

Antístrofa 1.ª.

Cuando de Grecia trajo la flor primera, airado a causa de las yeguas[54]*, detuvo a orillas de las bellas corrientes del Simunte el remo surcador del mar, amarró el cable de la nave a proa, y tomó de la nave en sus manos el certero arco, mortal para Laomedonte. Derribó las regulares masas de piedra que Febo tallara con el purpúreo soplo del fuego, y devastó el país de Troya. Dos veces con dos golpes en rededor las murallas troyanas la mortífera lanza destruyó.*

Estrofa 2.ª.

[820] En vano justamente, oh tú que con delicado pie andas entre las áureas copas en las que vino escancias, hijo de Laomedonte, ejerces el oficio de copero de Zeus[55]*, el más hermoso servicio. Tu Troya nativa se está consumiendo bajo el fuego. Las playas del mar, con un clamor como de aves [830] por sus polluelos, resuenan aquí por los esposos, allí por los hijos, más allá por las ancianas madres. Tus refrescantes casas de baños y las pistas del gimnasio por las que corrías han desaparecido. Tú, en cambio, tu rostro juvenil mantienes con hermosa paz por la gracia de permanecer junto al trono de Zeus. Por su parte, a la tierra de Príamo la lanza helena la ha destruido.*

---

[53] Heracles. Telamón acompañó a Heracles cuando éste preparó una expedición de jóvenes selectos para devastar Troya. El motivo fue que, tras prestar el héroe su ayuda para acabar con el monstruo marino que había enviado Posidón contra sus costas, Laomedonte no pagó a Heracles la recompensa acordada. Laomedonte se caracteriza, pues, por recibir favores y no pagarlos: primero estafó a Apolo y Posidón, que construyeron las murallas de Troya, y luego a Heracles.

Por eso se dice, poco más adelante, que Troya ha sido dos veces destruida: primero por Heracles y ahora por los griegos bajo el mando de Agamenón.

[54] Las yeguas que Heracles había reclamado a Laomedonte como pago por sus servicios. Eran éstas un regalo de Zeus al rey troyano, en compensación por el rapto de Ganimedes, perteneciente a la familia real troyana, a quien Zeus raptó para que le sirviese de copero, dada su extraordinaria y sobresaliente belleza.

[55] Ganimedes, el más hermoso de los mortales. Cfr. nota anterior. Aquí se le reprocha que no interceda por su patria, toda vez que está junto a Zeus.

Antístrofa 2.ª.

[840] ¡Oh Eros, Eros, que en el pasado a la morada dardánida viniste, cuando objeto de preocupación eras de las hijas de Urano! ¡Cómo en aquellos tiempos a Troya fortificaste con grandeza semejante a alta torre, gracias a aquellos enlaces matrimoniales que anudaste con los dioses! ¡Tranquilo! Las críticas a Zeus no las voy a referir. El resplandor de la Aurora, la de blancas alas, querido por los mortales, [850] ha visto esta tierra destruida, ha visto la ruina de esta ciudadela, aunque como fecundador de su prole tiene un esposo en su tálamo que es oriundo de esta tierra[56]*, al que una cuadriga astral, un carro de oro, lo atrapó y nos lo arrebató, la gran esperanza para nuestra tierra patria. Los filtros amatorios de los dioses a Troya se le han ido.*

(Entra por un lateral el rey MENELAO, *acompañado de su séquito y dirigiéndose al público.)*

MENELAO.—[860] ¡Qué bellos brillan los rayos del sol en este día en que a mi esposa, a Helena, voy por fin a ponerle la mano encima! Después de numerosos trabajos, aquí estamos yo, Menelao, y el ejército aqueo. Vine a Troya no sólo únicamente, como algunos creen, a causa de una mujer, sino también a por un hombre que de mis palacios se llevó a mi esposa como botín, engañando a quien le hospedaba. Aquél ya ha expiado su pena con la aquiescencia de los dioses, él en persona y su tierra, toda vez que bajo la lanza helena ha sucumbido.

He venido a llevarme a la lacena[57] [870] (que el nombre de la que antaño fue mi esposa no lo pronuncio yo con gusto). En estos recintos de cautivos se cuenta ella junto

---

[56] El marido de la Aurora no es otro que Titono y, al igual que Ganimedes, hijo de Laomedonte según la tradición que recoge Eurípides. Se lamenta el Coro de la poca, mejor dicho, nula ayuda que prestan estos troyanos divinizados.

[57] De Laconia. Algunos manuscritos en este punto leen «desdichada». Ya en el verso 34 de esta tragedia se llamaba a Helena «la laconia tindárida», de la misma manera que a su hermana Clitemestra en la tragedia *Ifigenia entre los Tauros*, por medio de esta pregunta: *Ifigenia entre los Tauros*, 806: «Pero, ¿a ti te engendró la laconia hija de Tindáreo?»

con las demás troyanas[58]. Aquellos que precisamente más se esforzaron por ella, me la han entregado a fin de que la mate a punta de lanza o que, en caso de que no desee matarla, me la lleve de regreso al país argivo. He decidido no ocuparme del destino de Helena en Troya, sino llevarla por el viajero mar hasta tierra helena, y luego allí entregarla a la muerte, como satisfacción de cuantos han perdido en Ilión a sus seres queridos. [880] *(Dando órdenes a sus soldados.)* ¡Así que, ea! Entrad en las tiendas, compañeros de armas, traedla arrastrándola de sus cabellos ávidos de sangre. Cuando lleguen favorables los vientos, la escoltaremos hasta la Hélade.

HÉCABE.—*(Dirigiendo una plegaria a Zeus.)* ¡Oh sostén de la tierra que sobre ella tienes tu sede! Quienquiera, en buena hora, que tú seas —difícil es saberlo—, Zeus, ora necesidad natural, ora razón de los mortales, a ti dirijo mis súplicas. Bien cierto es que todos los asuntos de los hombres, aunque te muevas a través de silenciosos caminos, riges concordes a la justicia.

MENELAO.—¿Qué sucede? ¡Qué inusitada plegaria a los dioses diriges![59].

HÉCABE.—[890] Alabo, Menelao, que muerte des a tu esposa. Mas evita mirarla, no sea que te atrape su deseo, pues cautiva las miradas de los hombres, conquista ciudades y consume a las familias entre fuego y llamas. A tal extremo alcanza su fascinación. La conocemos tú, yo y quienes la han padecido.

(Los soldados de MENELAO *traen de una de la tiendas a* HELENA, *lujosa y elegantemente ataviada.)*

---

[58] Cfr. versos 34-5: «Y entre ellas se encuentra la laconia tindárida, Helena, considerada prisionera con toda justicia.»

[59] La súplica a los dioses de Hécabe sorprende a Menelao. No se trata, en efecto, de una invocación tradicional a la divinidad, al uso, sino que contiene una fuerte carga filósofica en ella, como ya ha sido puesto de relieve por los estudiosos. No es la primera vez que aparecen en boca de los personajes de Eurípides nuevas formulaciones filosóficas de creencias religiosas.

HELENA.—Menelao, éstos son preámbulos dignos de temerse. A manos de tus siervos a la fuerza soy escoltada fuera de estas tiendas. Por otra parte, bien sé que te soy aborrecible. Con todo, quiero hacerte una pregunta: ¿qué habéis decidido [900] los helenos y tú acerca de mi vida?

MENELAO.—No hubo unanimidad, pero todo el ejército te entregó a mí, contra quien precisamente descargaste la maldad de tus actos, para que te dé muerte.

HELENA.—¿Tengo la posibilidad de contestar a eso con unas palabras a propósito de que, si muero, no lo hago con justicia?

MENELAO.—No he venido para charlar sino para matarte.

HÉCABE.—Escúchala, que no muera faltándole esta oportunidad, Menelao, y concédenos también a nosotros hablar por nuestra parte contra ella, pues tú no tienes ni idea de sus maldades durante su estancia en Troya. Todo mi discurso, una vez compuesto, [910] a muerte la va a condenar en forma tal que no tiene escapatoria alguna.

MENELAO.—¡Favor dilatorio este! Pero si quiere hablar, adelante. *(Dirigiéndose a* HÉCABE.) Es por tus palabras —¡que lo sepa!— por lo que voy a concedérselo. No se lo concedo por su gracia.

HELENA.—Posiblemente, tanto si crees que hablo bien como si no, no me vayas a responder, en la creencia de que soy tu enemiga. No obstante, yo voy a responderte a aquello de lo que creo que tú vas a acusarme con tus palabras, enfrentando a tus argumentos los míos y aquello de lo que sólo tú eres responsable.

(Señalando a HÉCABE.) Primero fue esta mujer de aquí la que engendró el comienzo de todos nuestros males, [920] cuando a Paris parió. En segundo lugar, Príamo nos hizo perecer a Troya y a mí al no dar muerte al recién nacido, a Alejandro, amarga imagen del tizón[60]. A partir de aquí, escucha cómo es lo demás.

---

[60] El nacimiento de Paris fue precedido de un prodigio. Su madre, a punto de dar a luz, tuvo un ensueño en que se veía a sí misma echando al mundo una antorcha que prendía fuego a Troya. Se interpretó que el niño sería la ruina de Troya. En cualquier caso, aquí Helena descarga su responsabilidad sobre Príamo y Hécabe por haber engendrado a Paris.

Paris dirimió un juicio entre un trío de diosas. El ofrecimiento de Palas a Alejandro fue comandar un ejército al frente de los frigios y asolar la Hélade. Hera, a su vez, le prometió tener la soberanía a lo largo de Asia y de los confines de Europa, si él la escogía a ella. Cipris[61] finalmente, admirada por mi belleza, le prometió que a él me entregaría, si ella superaba a las demás diosas en belleza. A partir de este punto, mira qué razones tengo. Cipris se impuso a las otras diosas y, de este modo, mis bodas aprovecharon a la Hélade: ni fuisteis conquistados por parte de extranjeros, ni os enfrentasteis a las armas o la tiranía[62]. En la medida en que la Hélade era afortunada, yo perecí vendida por mi hermosura y era objeto de reproches por aquello por lo que, más bien, debía yo recibir una corona sobre mi cabeza.

Dirás que no estoy contando nada sobre aquello con lo que inevitablemente me tengo que tropezar pie con pie: cómo me escapé de tus palacios a escondidas. El azote de esta mujer vino acompañado de una diosa nada insignificante, tanto quieras llamarle Alejandro como Paris[63], y a éste tú, malvado, lo dejaste en tus palacios mientras tú partías de Esparta en barco rumbo al país de Creso. Bien. Sobre esta cuestión no a ti, sino a mí misma voy a dirigir la siguiente pregunta: ¿cómo es que, si estaba en mi sano juicio, acompañé fuera de la casa al forastero, traicionando patria y hogar? Castiga a esta diosa y sé más poderoso que Zeus, que tiene poder sobre todas las demás divinidades y sin embargo es esclavo de ella. Ten indulgencia conmigo[64].

Ahora, no obstante, podrías tú emplear un argumento especioso en mi contra: 'al punto que Alejandro murió y descendió a los abismos de la tierra, era mi obligación, toda

---

[61] Afrodita.

[62] Hechos que habrían sucedido en caso de haber elegido a las otras diosas, de acuerdo a sus promesas.

[63] Los dos nombres con que se conoce al personaje.

[64] Nuevamente descarga su propia responsabilidad en otra dirección; en esta ocasión, sobre una diosa de valor nada insignificante y sobre la que ni siquiera Zeus tiene poder. La diosa en cuestión es Afrodita.

vez que ya no existían esas nupcias mías preparadas por los dioses, abandonar la casa y encaminarme a las naves de los argivos'. Yo bien que me apresuré a ello. Tengo como testigos a los centinelas de las puertas y a los vigías de las murallas que, en numerosas ocasiones, me sorprendieron intentando descolgar a hurtadillas con cuerdas desde las almenas a tierra este cuerpo mío, mas a la fuerza me agarró un nuevo esposo, [960] Deífobo[65], y me tomó por esposa contra la voluntad de los frigios. ¿Cómo, entonces, podría yo morir de modo justo, esposo mío, justamente por lo que a ti respecta, yo que a la fuerza me casé y que en casa padecía amarga esclavitud, en vez de ser premio de victoria?[66]. Si quieres ser más poderoso que los dioses, el hecho de desearlo es una estupidez por tu parte.

CORIFEO.—(*Dirigiéndose a* HÉCABE.) Majestad, venga a tus hijos y a la patria y echa abajo la persuasión de esta mujer, pues habla bien aun siendo una facinerosa. ¡Bien terrible es esto!

HÉCABE.—Voy a ser primeramente aliada de las diosas, [970] y voy a demostrar que esta mujer no habla con la justicia de su parte. Yo no creo que Hera y la doncella Palas, cuando fueron al Ida en son de broma y galanteo por una cuestión de hermosura, llegasen a tal grado de estupidez, hasta el punto de vender la una Argos a extranjeros, y la otra, Palas, someter a Atenas a la esclavitud de los frigios. Vamos a ver, ¿por qué iba a tener la diosa Hera semejante afán de hermosura? ¿Acaso por conquistar un esposo mejor que Zeus? ¿O iba Atenea a la caza de matrimonio con alguno de los dioses, [980] ella que pidió para sí de su padre la castidad, pues rehuía todo yacer? No conviertas a las diosas en unas estúpidas con el propósito de adornar artificiosamente tu maldad; no vas a convencer a las gentes sensatas.

---

[65] Deífobo es hermano de Paris. Después de la muerte de éste a manos de Filoctetes, obtuvo la mano de Helena en competición con su hermano Héleno, hermano gemelo de Casandra.

[66] Insiste en la idea de que no sólo no debe ser castigada, sino que hay que recompensarla, en todo caso, por los beneficios que ha procurado a Grecia.

Has dicho (eso sí que es para reírse con ganas) que Cipris[67] fue acompañada de mi hijo a los palacios de Menelao. ¿Es que no podía, si se quedaba tranquila en el cielo, llevarte a ti junto con la mismísima Amiclas[68] a Ilión? Mi hijo era extraordinariamente guapo. Tu alma, así que lo vio, se convirtió en Cipris, pues todas las locuras son Afrodita con respecto a los mortales. [990] Bien correcto es que el nombre de la diosa empiece por 'insensatez'[69]. Al verlo con atuendos extranjeros y reluciente de oro, perdiste completamente el control y el juicio. En Argos vivías con escasos recursos y, marchándote de Esparta, albergaste la esperanza de desbordar la ciudad de los frigios, donde corre el oro, a base de dispendios. Los palacios de Menelao no te bastaban para el alto nivel de vida al que querías entregarte con un total y completo desenfreno. Bien. Afirmas que mi hijo te llevó por la fuerza. ¿Qué espartano se percató de ello? ¿O qué gritos de ayuda lanzaste, [1000] cuando todavía estaban vivos (aún no entre los astros) el joven Cástor[70] y su hermano?

Después que a Troya llegaste —y luego los argivos tras tus huellas— y se inició el combate a punta de lanza, si te traían noticias de su superioridad por encima de éste, alababas a Menelao, a fin de que mi hijo se apenase por tener un poderoso rival amoroso. Por contra, cuando los troyanos tenían éxito, nada significaba tal hecho[71]. Atenta a la suerte, te esforzabas en eso, a saber, en seguir sus pasos, y no los del valor. [1010] ¡Y luego vas diciendo que tratabas de des-

---

67 Afrodita.

68 Ciudad laconia famosa por sus cultos a Apolo. Según la tradición, es la patria de Helena.

69 Juego de palabras. En griego, *aphrosyne*, 'insensatez', empieza igual que *Aphrodíte*, Afrodita.

70 Cástor y Polideuces, los Dióscuros, 'hijos de Zeus', son hermanos de Helena. Su padre Zeus los divinizó.

71 Justo de lo contrario se acusa a su hermana Clitemestra en la tragedia *Electra*, en los versos 1076-9: «Tú eras la única entre todos los griegos, que yo sepa, que, cuando los troyanos tenían éxito, se alegraba, y que, cuando resultaban derrotados, ensombrecías la mirada porque no deseabas que Agamenón regresara de Troya.» En ambos casos se caracteriza a las hermanas Clitemestra y Helena como traidoras a los intereses de su patria, real y adoptiva.

colgar con cuerdas desde las murallas tu cuerpo a hurtadillas, como si estuvieses retenida contra tu voluntad! ¿Cómo, pues, no fuiste sorprendida ahorcándote con un lazo o aguzando un puñal, acciones que una noble mujer habría llevado a cabo si, efectivamente, añorase a su primer esposo? Y eso que yo te advertía una y otra vez en numerosísimas ocasiones: «Hija, márchate. Mis hijos se casarán con otras, y a ti te enviaré yo a las naves aqueas tratando de ocultarte. Pon fin al combate entre griegos y troyanos.» Pero eso te era amargo. [1020] En casa de Alejandro te creciste llena de soberbia y te complacía ser objeto de veneración por parte de los extranjeros, rodilla en tierra. Eso sí que era grande para ti.

Y después de esto, sales aquí a lucir el palmito, bien ataviada, y contemplas el mismo cielo que tu esposo. ¡Habría que escupirte a la cara! Tendrías que haber venido en actitud humilde, con jirones de ropas, temblorosa entre escalofríos y con la cabeza afeitada como los escitas[72], haciendo gala de moderación más que de impudicia, después de todos tus errores del pasado[73].

Menelao, mira hasta qué punto llevo el final de mi discurso: [1030] corona con una acción digna de ti a la Hélade dando muerte a esta mujer, e impón esta costumbre al resto de las mujeres, a saber, que muera toda aquella que traicione a su esposo.

CORIFEO.—Menelao, tal como merecen tus antepasados y tu patria, castiga a tu esposa y ahórrate por parte de la Hélade la censura de haber actuado como una mujer, toda vez que bien nacido te mostraste ante los enemigos.

MENELAO.—Has venido a caer en la misma idea que yo, a saber, que ésta salió de mi casa voluntariamente con destino

---

[72] La expresión viene de la costumbre de los escitas de arrancar el cuero cabelludo a los enemigos muertos. Aquí es señal de humildad, pero puede serlo de luto y aflicción, como en el verso 241 de la tragedia *Electra:* «Y mi cabeza y cabellos, rapados a navaja como los escitas.»

[73] Ambas hermanas, Helena y Clitemestra, nunca pierden la elegancia y el *glamour*. A propósito de esta última, cfr. *Electra,* 966: «¡Y bien que se rodea de brillo con sus carruajes y sus vestidos de gala!» Parece imperar en ellas la expresión popular de 'antes muerta que discreta'.

a un lecho extranjero. Y Cipris se ve involucrada en ello no más que por jactancia[74]. *(Dirigiéndose a* Helena.) Encamina tus pasos a donde te lapiden y ofrece tu muerte como pago en un corto lapso de tiempo a sus largos sufrimientos. ¡Aprende a no deshonrarme!

Helena.—*(Echándose a sus rodillas.)* ¡No, por tus rodillas, no me imputes esta enfermedad procedente de los dioses, no me mates! ¡Perdóname!

Hécabe.—¡A los aliados cuya muerte causó esta mujer, no los traiciones! ¡Yo te suplico en favor de ellos y de mis hijos!

Menelao.—Tranquila, anciana, que no le estoy haciendo caso. Ordeno a mis siervos que a la popa de las naves la escolten. En esa parte del barco ha de viajar.

Hécabe.—Pues entonces, que no embarque en la misma nave que tú.

Menelao.—¿Por qué? ¿Pesa más que antes?[75].

Hécabe.—No hay amante que no siga amando por siempre.

Menelao.—Según cómo resulte[76] de los enamorados el estado de su mente. No obstante, será como deseas. No ha de embarcar en la misma nave que nosotros. Cierto es que no estás hablando mal. En llegando a Argos, como precisamente merece, ha de morir de mala muerte y ha de imponer entre las mujeres una conducta más sensata y discreta. No va a ser tarea fácil, pero su ruina infundirá temor en la locura de aquellas que sean incluso más desvergonzadas. *(Se van* Menelao, Helena *y su escolta.)*

---

[74] Recuérdense las anteriores palabras de Hécabe en los versos 981-2: «No conviertas a las diosas en unas estúpidas con el propósito de adornar artificiosamente tu maldad; no vas a convencer a las gentes sensatas.»

[75] Incluso en la más desgarradora de sus obras trágicas, se introduce un verso incongruentemente cómico, tanto si procede del propio Eurípides como de una interpolación de actor.

[76] En contraste con el verbo griego *eisbállo* que aparece varias veces en este pasaje con el sentido de 'embarcar', aparece en este verso el verbo *ekbállo*, que no significa 'desembarcar', como sugeriría la oposición entre ambas voces, sino que expresa la noción de 'resultar', acepción que admite este verbo en la prosa científica y filosófica jonia, de cuya influencia no está libre Eurípides. El juego está servido.

CORO.

Estrofa 1.ª.

[1060] ¿Así —bien evidente es— el santuario de Ilión y su altar perfumado entregas a los aqueos, oh Zeus, y la llama de las tortas al incinerarse, el humo de la mirra que hasta los cielos asciende, la sagrada ciudadela, y las cañadas ceñidas de yedra del Ida —del Ida, sí— por donde fluyen ríos de nieve, las primeras lindes tocadas por la aurora, [1070] la muy divina morada que brilla con gran esplendor?

Antístrofa 2.ª.

Se te han ido los sacrificios, los sones propicios de los coros, las celebraciones nocturnas en honor de los dioses en cada anochecer crepuscular, las tallas de madera y las estatuas de oro, y las muy divinas lunas de los frigios, doce en número. Me preocupa si en eso piensas, soberano, mientras arriba te encuentras en tu cátedra celeste, sobre el éter de esta ciudad destruida, [1080] a la que ardientes golpes de fuego están devorando hasta lo más profundo de sus cimientos.

Estrofa 2.ª.

¡Oh querido! ¡Oh esposo mío! Tú andas vagando muerto, privado de funerales y de abluciones, mientras a mí un buque marino, como si volase con alas, me va a transportar a Argos, criadora de caballos, donde las pétreas murallas, ciclópeas, alcanzan las alturas celestes. Una muchedumbre de niñas a las puertas [1090] colgadas están de los cuellos de sus madres entre lágrimas, gritando insistentemente: «Madre, ay de mí, sola, sí, me llevan los aqueos lejos de tus ojos sobre oscura nave, a golpe de remo marino, a la sagrada Salamina, o a la cima del Istmo que dos mares domina, donde la sede de Pélope[77] *abre sus puertas.»*

Antístrofa 2.ª.

[1100] ¡Ojalá, cuando el barco de Menelao se encuentre en medio del mar Egeo, el fuego sagrado del rayo refulgente, lanzado con ambas manos, caiga entre sus remos, cuando de Ilión a mí me saquen muy llorosa, de mi tierra, en calidad de esclava de la Hélade, y por triste casualidad espejos de oro, delicia de las jóvenes, empuñe la hija de Zeus! [1110] ¡Ojalá tampoco jamás arribe a la tierra laco-

[77] La península del Peloponeso.

nia ni al tálamo del patrio hogar, ni a la ciudad de Pitana, ni hasta la morada de la diosa de puertas de bronce, por ganar el oprobio de malas nupcias en perjuicio de la Hélade, la grande, y tristes penas para las corrientes del Simunte!

CORIFEO.—*(Ve llegar la comitiva fúnebre con el cadáver de* ASTIANACTE.) ¡Ay, ay! Con gran rapidez en este país los sucesos se toman nuevos unos después de otros. Mirad, tristes esposas de los troyanos, [1120] el cadáver de Astianacte, al que los dánaos han matado arrojándolo —¡qué amargo!— de lo alto de las murallas.

(Entra TALTIBIO *con un séquito de hombres que portan sobre el escudo de* HÉCTOR *el cadáver de* ASTIANACTE.)

TALTIBIO.—Hécabe, queda ya un solo barco con sus remeros y está a punto de zarpar rumbo a las costas de Ptía, para llevar los últimos despojos del botín del hijo de Aquiles. Él mismo, Neoptólemo, ya se ha hecho a la mar, al punto que oyó un nuevo revés de parte de Peleo, a saber, que Acasto, el hijo de Pelias, lo había expulsado del país. A causa de esto se marchó con gran prisa, sin poder quedarse por más tiempo. [1130] Y con él se fue también Andrómaca, quien me produjo gran llanto en el momento de marcharse, cuando gemía por su patria y dirigía unas palabras a la tumba de Héctor. También le suplicó que diesen sepultura a este cadáver, que exhaló su espíritu cayendo desde lo alto de la muralla, el hijo de tu Héctor. Y le suplicó, además, que este escudo de broncíneo dorso, terror de los aqueos, que su padre ciñera alrededor de sus costados, no lo llevase al hogar de Peleo, ni al tálamo en que iba a ser desposada [1140] la madre de este cadáver, ella, Andrómaca, espectáculo de sus penas, sino que, en vez del cedro y las paredes de piedra, con él enterrase al niño. Todavía más, que a tus brazos lo entreguen a fin de que amortajes el cadáver con túnicas y coronas, cuantas te sea posible, según te encuentres, toda vez que ella ya se ha marchado y que las prisas de su dueño le han impedido dar sepultura a su hijo. Por consiguiente nosotros, tan pronto como dejes dispuesto el cadáver, tras cu-

brido de tierra, levaremos anclas, así que lleva a término con la mayor rapidez lo que se te ha encomendado. [1150] Lo cierto es que yo ya te he librado de un trabajo, pues me dirigí a las corrientes del Escamandro y allí lavé el cadáver y limpié sus heridas. Ahora voy a cavar y abrirle una tumba, para llevar la nave segura rumbo a casa si juntamos en uno solo tu trabajo y el mío y los vamos abreviando.

(TALTIBIO *se va y queda en escena* HÉCABE *acompañada del séquito que ha transportado el cadáver de* ASTIANACTE *sobre el escudo de* HÉCTOR. *La acompañan también hasta el final de la pieza algunas mujeres troyanas, igualmente cautivas.)*

HÉCABE.—Dejad el bien torneado escudo de Héctor en el suelo, penosa visión que no quiero contemplar. ¡Oh, aqueos que tenéis más armas que corazón! ¿Por qué, por temor a un niño, [1160] habéis ejecutado esta nueva muerte? ¿Por si acaso llegaba a enderezar algún día a esta Troya caída? Eso quiere decir que no erais nada cuando perecimos, aun cuando a Héctor y a otros muchísimos les iba bien con las armas, y que nada sois ahora que tenéis miedo de un niño así de infantil, aun cuando la ciudad ya está tomada y los frigios muertos. No apruebo cualquier temor que se tenga y que no haya sido sometido a la razón.

¡Oh queridísimo niño! ¡Qué desventurada te viene la muerte! Pues, si hubieses muerto en beneficio de tu ciudad tras alcanzar la flor de la juventud, bodas y gobierno parejo al de los dioses, [1170] feliz habrías sido entonces, si es que alguna de estas cosas consigue la felicidad. Ahora, en cambio, hijo, no conoces ninguna de esas cosas por haberlas visto u observado alguna vez, ni has disfrutado de nada, aun teniéndolo en tu propia casa. ¡Desventurado!

¡Qué desgracia tu cabeza, cómo la segaron las murallas de la patria, baluartes de Loxias[78], cuyos rizos tantas veces acariciaba tu madre, y que cubría de besos, de donde aho-

[78] Apolo, que las edificó junto con Posidón por encargo de Laomedonte, rey de Troya.

ra brota como una amarga carcajada la sangre que mana de entre los huesos quebrados, por no decir alguna palabra indecorosa![79]. ¡Oh manos! ¡Qué dulce parecido a las de tu padre! Ahora yacéis ante mí con las articulaciones dislocadas. ¡Oh querida boca de la que tantas bravatas salieron! ¡Has muerto!

Me estabas engañando cuando te arrojabas a mis ropajes. «Oh abuela —me decías— ten por seguro que pienso cortarme esta espesa melena de rizos en tu honor[80] y que hasta tu tumba he de llevar una procesión de camaradas, para ofrecerte una querida despedida.» Mas no tú a mí, sino yo a ti, aun siendo más joven, anciana sin ciudad y sin hijos, estoy enterrando este desgraciado cadáver[81].

¡Ay de mí! Los abrazos sin número, mis cuidados y aquellos sueños se me han ido[82]. ¿Qué podría un poeta grabar sobre tu tumba? «A este niño lo mataron los argivos un día, pues lo temían». Vergonzoso es semejante epitafio, al menos para los griegos. En fin, está claro que, si bien no has de alcanzar la herencia paterna, con todo vas a poseer el escudo de broncíneo dorso en que vas a recibir sepultura. *(Refiriéndose al escudo de* HÉCTOR.*)* ¡Oh tú, que el hermoso brazo de Héctor protegías! ¡Has perdido a tu más sobresaliente guardián! ¡Qué agradable es la marca dejada

[79] Según el escoliasta, de entre los rizos y los huesos quebrados se abre enormemente una brecha, una boca, como cuando uno se ríe a carcajadas —he aquí la metáfora euripidea—, por la que se escurre la masa encefálica que, por decoro, se prefiere no mencionar. De todos modos, tampoco se nos ahorran demasiados detalles a pesar del pretendido decoro.

[80] Cfr. *Electra*, 90-1: «Esta noche he ido ante el túmulo de mi padre, he derramado unas lágrimas y le he ofrecido como primera ofrenda unos mechones de mi cabello»; y *Las Troyanas*, 479-80: «A ellos yo los vi caer alcanzados por griega lanza, y estos cabellos me corté ante sus túmulos funerarios.» También en *Ifigenia entre los Tauros*, 172-3, 703 y 820-1.

[81] Para el motivo de un anciano enterrando a alguien más joven, cfr. *Las Suplicantes*, 173-5: «No es ésta una peregrinación a los misterios de Deméter, sino para enterrar a sus muertos, por cuyas manos precisamente ellas deberían haber sido enterradas en el momento esperado.»

[82] Cfr. *Las Suplicantes*, 1134-7: «¡Oh, oh! ¿Dónde están las fatigas por mis hijos, dónde la alegría del parto, los cuidados de una madre, el trabajo de unos ojos en vela sin sueño, los besos cariñosos en el rostro?»

por su brazo en la embrazadura, y en el brocal bien torneado del cerco del escudo las señales del sudor que, desde su frente en muchas ocasiones, al arrostrar sus fatigas, gota a gota le caía a Héctor, cuando a su barbilla lo arrimaba!

(Dirigiéndose a las muchachas.) En marcha, traed unos adornos para este triste cadáver, de entre lo que tengamos, que la divinidad no nos concede prosperidad para embellecerlo. *(Las muchachas van al interior de las tiendas a cumplir las órdenes de su ama.)* Vas a disponer de lo que tengo. Insensato entre los mortales todo aquel que, porque cree que le va bien, se alegra como si esa situación fuese a durarle siempre. Sí, pues, por su carácter, la fortuna es como un hombre voluble: da saltos a uno y otro lado, y así nunca nadie es feliz por sí mismo.

CORIFEO.—*(Vuelven las muchachas con lo que han encontrado en las tiendas.)* Ya están éstas aquí. Te traen, de entre los despojos que tenían a mano de los frigios, unos adornos para que cubras el cadáver.

HÉCABE.—¡Oh hijo! A ti, no porque vencieses a tus camaradas con el caballo o con el arco, costumbres que honran los frigios, aun sin afanarse hasta el agotamiento, la madre de tu padre te impone estas joyas que en otro tiempo te pertenecieron. Ahora Helena, a quien los dioses aborrecen, te las ha arrebatado. Y además, también, a tu persona le ha causado la muerte y a tu familia la ha exterminado por completo.

CORIFEO.—¡Oh, oh! ¡Me has llegado al alma, sí, me has llegado, oh tú, que poderoso soberano de la ciudad en el futuro tendrías que haber sido!

HÉCABE.—Cubro tu cuerpo con los fastuosos peplos frigios que habrías debido llevar sobre tu piel el día que con la más excelente mujer del Asia te hubieses casado. Y tú, querido escudo de Héctor, glorioso vencedor, madre de incontables trofeos en el pasado, cíñelo como una corona, que mueres aunque no mueres con el cadáver, toda vez que tú eres mucho más digno de estima que las armas de Odiseo, tan ingenioso como pérfido.

CORO.—*¡Ay, ay! ¡Ay, ay! ¡Como amargo lamento la tierra, oh hijo, te va a acoger! Suspira, madre.*

HÉCABE.—*¡Ay, ay!*

CORO.—*¡Llora por los muertos!*

HÉCABE.—*¡Ay de mí!*

CORIFEO.—*¡Ay, sí, qué males los tuyos que no cesan!*

HÉCABE.—Con estas vendas voy a cuidar tus heridas, yo, pobre médico, de nombre, que no de hecho. Entre los muertos tu padre velará por lo demás.

CORO.—*Golpea, golpea tu cabeza, date puñetazos con tus manos. ¡Ay de mí, infelice!*

HÉCABE.—¡Oh queridísimas mujeres!

CORO.—*Hécabe, habla a las tuyas. ¿Qué son esas voces que estás gritando?*

HÉCABE.—No había justamente entre los dioses otra cosa que mis sufrimientos, y el odio a Troya por encima de todas las ciudades. En vano fueron las hecatombes. Mas, si un dios no hubiese dado la vuelta a lo de arriba derribándolo hacia abajo, una vez desaparecidos no habríamos sido el tema central de poemas ni habríamos dado a las musas de las generaciones futuras motivo para sus cantos[83].

En marcha, enterrad el cadáver en su triste sepultura. Ya tiene los vendajes que son precisos allá abajo[84]. Creo que a los muertos poco les importa si se les distingue con ricas honras funerarias. Vana presunción de los vivos es ello. *(Se llevan el cadáver de* ASTIANACTE *sobre el escudo de* HÉCTOR.)

CORO.—*¡Oh, oh! ¡Pobre madre! ¡Las grandes expectativas que había concebido para tu vida las acaba de enterrar! Aunque llegaste a ser considerado enormemente dichoso por proceder de nobles padres, pereces de terrible muerte. (Al fondo, en lo alto de la ciudadela, que se ve claramente, se empieza a divisar el fuego de nuevas*

---

[83] Esta idea, el hecho de dar tema para composiciones poéticas a las generaciones venideras, se repite al final de la tragedia *Las Suplicantes (Las Suplicantes,* 1224-5: «'Epígonos' a lo largo y ancho de toda la Hélade se os llamará e inspiraréis cantos a las generaciones venideras»). No es éste el único elemento común entre ambas piezas; el dolor por los hijos muertos, el desvalimiento de la vejez, la censura a la guerra y la ambición humana, los bellos diálogos líricos entre personajes que sufren amargamente y el azaroso destino trágico son ingredientes que se prestan muy bien a la temática de ambas tragedias.

[84] El mundo subterráneo de los muertos.

antorchas que arrasarán definitivamente la ciudad.) ¡Eh, eh! ¿Qué son esas manos que estoy viendo que resplandecen en los altos de Ilión, agitando antorchas de un lado para otro? A punto está de sobrevenirle a Troya una nueva desgracia.

(Entra de nuevo en escena TALTIBIO *acompañado de un gran séquito de soldados.)*

TALTIBIO.—[1260] *(Dirigiéndose a parte de su séquito, que porta antorchas.)* Mando a los capitanes, a quienes se ha ordenado incendiar esta ciudad de Príamo, que no tengan por más tiempo inactivas las antorchas en sus manos y que le prendan fuego, para que, una vez completamente enterrada la ciudad de Ilión, podamos de Troya regresar contentos a casa. *(Dirigiéndose a las mujeres.)* Y vosotras, hijas de los troyanos, a fin de que las mismas palabras tengan dos caras, cuando los capitanes del ejército den una señal de trompeta, poneos en marcha derechamente en dirección a las naves aqueas, para partir de esta tierra. *(Dirigiéndose a* HÉCABE.*)* Y tú, oh anciana, la más desdichada de todas las mujeres, [1270] acompáñame. Éstos de aquí te andan buscando de parte de Odiseo; el sorteo te lleva lejos de la patria en calidad de esclava suya.

HÉCABE.—¡Ay desgraciada de mí! Esto es en este momento verdaderamente el fin y término supremo de todos mis males: parto de mi patria y la ciudad arde desde la base misma de sus cimientos. Adelante, pie anciano, apresúrate, aunque ya no puedas, que mi postrero saludo dirijo a esta desventurada ciudad. ¡Oh Troya, que antaño aires de grandeza te dabas entre los bárbaros! Pronto tu ilustre nombre va a desaparecer. A ti te prenden fuego, y a nosotras nos llevan ahora fuera del país como esclavas. [1280] ¡Oh dioses! Pero, ¿por qué estoy invocando a los dioses? Bien cierto es que antes no escuchaban cuando se les invocaba[85]. A ver,

---

[85] Cfr. *Heracles*, 498-1: «A ti, Zeus, elevando mis manos al cielo, te invoco: a estos hijos tuyos, si es que algún auxilio tienes intención de enviarles, protégelos cuanto antes, pues dentro de poco no vas a tener ninguna ayuda que dar. *(Se desanima.)* Sin embargo, ya has sido invocado muchas veces. Me estoy esforzando en vano.»

pues, corramos a la hoguera, que lo más hermoso para mí será morir calcinada a la vez que mi patria.

TALTIBIO.—Desventurada, tus propios males te transportan al éxtasis. *(Dirigiéndose a sus soldados.)* ¡Venga! Llevadla sin miramientos, que debemos escoltar y depositar a esta anciana en manos de Odiseo. (TALTIBIO *se va y deja a los soldados encargados de custodiar y llevar a* HÉCABE *al barco que le corresponde.)*

CORO.

Estrofa 1.ª.

HÉCABE.—*¡Oyoyoyoy! Crono*[86], *noble señor frigio, padre genitor, ¿ves todo cuanto padeciendo estamos, y que nosotros, linaje de Dárdano*[87], *no merecemos?*

CORO.—*Sí, lo ve, mas la gran ciudad ha perecido, ya no es una ciudad, ya no hay más Troya.*

Antístrofa 1.ª.

HÉCABE.—*¡Oyoyoyoy! Resplandece Ilión, el fuego las casas de Pérgamo está dejando reducidas a cenizas, y la ciudad, y la cima de las murallas.*

CORO.—*Como el humo que se disipa por los aires, derribada por la guerra se consume nuestra tierra. Los palacios están siendo devastados con furia por el fuego y la abrasadora lanza.*

Estrofa 2.ª.

HÉCABE.—*(Se arroja al suelo.) ¡Oh tierra criadora de mis hijos!*

CORO.—*¡Ay, ay!*

HÉCABE.—*¡Oh hijos! ¡Escuchad, prestad oído a la voz de vuestra madre!*

CORO.—*¡Con lamentos fúnebres a los muertos llamas!*

HÉCABE.—*¡Más bien depositando en el suelo estos ancianos miembros míos y golpeando la tierra con ambas manos!*

CORO.—*(Se arroja también al suelo imitando a* HÉCABE.) *En respuesta a tu gesto mis rodillas hinco en tierra, para llamar a mi desgraciado esposo que está allá abajo.*

HÉCABE.—*¡Nos llevan, cargan con nosotras!*

---

86 Crono, padre de Zeus, pertenece a la primera generación divina.

87 Dárdano es hijo de Zeus y progenitor de los troyanos.

CORO.—*¡Dolor, dolor gritas!*

HÉCABE.—*¡Bajo techo servil!*

CORO.—*¡Lejos de mi patria!*

HÉCABE.—*¡Oh, oh! ¡Príamo, Príamo! ¡Tú muerto, insepulto, sin amigos, no ves mis desgracias!*

CORO.—*¡Toda vez que los ojos cubrióle negra la muerte piadosa con impío degüello!*

(Contemplan todas cómo arde la ciudad.)

Antístrofa 2.ª.

HÉCABE.—*¡Oh templos de los dioses, ciudad amada!*

CORO.—*¡Ah, ah!*

HÉCABE.—*¡Mortalmente padecéis la llama y la punta de la lanza!*

CORO.—*¡Pronto a tierra caeréis en el más oscuro anonimato!*

HÉCABE.—[1320] *¡El polvo y en igual medida el humo que alado asciende a los cielos harán que no vea mis palacios!*

CORO.—*El nombre del país desaparecerá también, el uno para el otro se han ido, y ya no existe por más tiempo la desgraciada Troya.*

(Se desploma finalmente con gran estruendo la ciudadela de Troya devorada por las llamas.)

HÉCABE.—*¿Lo estáis viendo? ¿Lo estáis escuchando?*

CORO.—*¡Sí! ¡El estruendo de la ciudadela!*

HÉCABE.—*¡Un terremoto, un terremoto toda...*

CORO.—*...la ciudad invade!*

HÉCABE.—*¡Oh, oh! Temblorosos, temblorosos miembros míos, guiad mis pasos. [1330] Marcha con destino a una vida de esclava.*

CORO.—*¡Oh ciudad desdichada! En fin, adelanta tu pie hacia los navíos de los aqueos.*

(Van desfilando todos lentamente hacia la salida.)

IFIGENIA ENTRE LOS TAUROS



INTRODUCCIÓN

ESTA genial y entretenida pieza dramática suele fecharse en torno al 414 a.C. En pocas palabras, su acción se enlaza con la desarrollada en la tragedia *Electra.*

En *Electra,* tras el brutal matricidio cometido por Orestes, se le ordena a éste que vaya a Atenas para someter su caso al tribunal del Areópago. Como quiera que, incluso después de su absolución, las Erinias siguen acosándole y persiguiéndole sin descanso, a raíz de un nuevo oráculo de Apolo se ve obligado a dirigirse al bárbaro país de los Tauros, para robar la estatua de Ártemis de su templo y llevarla a Atenas. Casualmente, su desaparecida hermana Ifigenia a la que todos dan por muerta, sacrificada en Áulide a manos de su padre Agamenón, desempeña en dicho templo el ministerio sacerdotal en honor de la diosa. A partir de este momento es cuando se inicia la acción de la pieza, que nadie se atrevería a calificar de verdadera tragedia sino, más bien, de melodrama, tragicomedia o, simplemente, novela en drama.

El proceso de reconocimiento de los dos hermanos es, técnicamente, una obra maestra por lo que respecta a la prolongación del suspense, hasta el punto de admitirlo así uno de sus no más benevolentes críticos, como Aristóteles. En concreto, las palabras del estagirita son las siguientes: «De entre todos, el mejor reconocimiento es el que surge a raíz de los hechos mismos, cuando el impacto se produce a través de circunstancias verosímiles, como en el *Edipo* de Sófocles y la *Ifigenia (sc.* de Eurípides), pues querer enviar una carta es un he-

cho verosímil»[1]. Precisamente el motivo de la carta, que Ifigenia entrega a Pílades para que le haga llegar noticias suyas a su hermano Orestes, presente aunque ella todavía lo ignora, es uno de los recursos más elaborados de nuestro trágico. Con toda razón Aristóteles consideró que era éste un hecho totalmente creíble. Entretanto, el espectador sabe que ambos hermanos están en la escena, aunque ellos mismos no lo saben, y por eso cobra especial intensidad el momento en que Ifigenia está a punto de degollar a su hermano, a quien todavía no ha reconocido. Aún tendremos algo que añadir más adelante a propósito de la prolongación de la acción y de la tensión dramática.

Hay dos obras que parecen sugerir que Eurípides es el inventor y precursor de un género de melodrama romántico, en el que suele ser habitual el rescate de una heroína de las garras de extranjeros retrógrados, a cargo de unos aventureros que se aprovechan de las supersticiones de los nativos. Así parece suceder en *Ifigenia entre los Tauros* y en *Helena*. Ifigenia es la pobre muchacha griega que se encuentra en los confines del mundo, en tierra bárbara y extranjera, en el Quersoneso táurico, actual Crimea, sometida a un ministerio nada agradable. En efecto, los bárbaros del país, gobernados por el bárbaro Toante, tienen instituida la antigua costumbre de sacrificar a todos los extranjeros que arriban al país, en honor de la diosa Ártemis. Se aprovecha esta circunstancia para, a partir de una civilización bárbara y un pueblo lejano, ofrecer una explicación etiológica de los restos de sacrificios humanos practicados en el Ática. En el otro extremo, Orestes y su primo Pílades son los intrépidos aventureros que, tras arrostrar numerosos peligros, logran coronar con éxito la empresa de rescatar a la cautiva y devolverla a la opulenta y civilizada Atenas. De paso, no se desperdicia la oportunidad de echar unas flores sobre la ilustre ciudad de Palas, como prácticamente sucede en casi todas las tragedias. Al menos en este volumen, así ocurre en todas, en mayor o menor medida.

La obra tiene muchos ingredientes propios de una novela:

---

[1] Aristóteles, *Poética*, 1455a, 17-21.

los paisajes y las costumbres exóticas, los viajes, los cambios repentinos de la fortuna, el azar, el imprevisto y prolongado proceso de reconocimiento, la consiguiente escena de demostración de amor fraternal tras el reencuentro, las mil y una preguntas para interesarse el uno por el otro, la conspiración para tramar un plan que les permita salvarse, la salvación en el último momento, cuando todo parecía volver a estar perdido. Todos estos elementos nos sitúan en una pieza literaria de acción trepidante, de suspense, de intriga, y de final feliz. Los personajes son nobles, pertenecen a la familia de los Atridas, pero podrían no serlo.

No falta tampoco, por supuesto, una buena dosis de ironía, ingrediente bien frecuente en el estilo de Eurípides. Si bien el momento estelar se produce en la escena en que ambos hermanos están situados frente a frente, e Ifigenia se encuentra ya decidida y próxima a ejecutar su brutal ministerio dando muerte al extranjero, cuando todavía no sabe que ellos son en realidad su hermano y su primo, cuya existencia incluso desconoce, porque era muy joven cuando abandonó la residencia familiar, no deja de ser irónico, asimismo, otro evento: en las escenas iniciales del drama, Ifigenia se prepara para derramar unas lustraciones en honor a su hermano, al que cree muerto a raíz de la interpretación de un sueño que ha tenido. Entona en ese momento los correspondientes trenos funerarios, cuando precisamente poco antes los espectadores acabamos de ver vivito y coleando sobre la escena al supuesto finado, que está muerto, pero de miedo. La aparición en escena de Orestes acompañado de Pílades tiene algunos paralelos con la entrada que la pareja efectúa en la tragedia *Electra*. En ambas escenas, el hijo de noble padre se asoma temerosamente, con miedo a ser visto y con intención de ejecutar acciones siempre camufladas y que precisan de más arrojo que el que el joven tiene. Por fortuna para él, su inseparable primo Pílades es quien le insufla el valor necesario en los momentos más críticos.

Merecen ser destacados los relatos del boyero cuando anuncia la llegada y captura de los extranjeros, y el del mensajero que describe a Toante cómo han sido engañados por Ifigenia y cómo se han embarcado para huir del país, tras ha-

ber robado la imagen de Ártemis. Son largas *rhéseis* no carentes de interés y muy bien construidas y articuladas. Los diálogos también están realmente logrados.

Retornamos al punto, antes comentado, de la prolongación de la acción, el mantenimiento del suspense y la gradación creciente de la tensión dramática más allá de límites esperables. Al final de la pieza, cuando Orestes, Ifigenia y Pílades han conseguido embarcar y navegan ya hacia alta mar a toda vela y con el impulso de sus remos, cuando todo parece ya resuelto y cumplido, un golpe de mar y una fuerte e inesperada marejada hace retornar el barco de nuevo hacia la costa. Éste es un percance totalmente innecesario, en principio, pero que sirve principalmente para dos motivos. De una parte, produce el efecto de prolongar aún más, si cabe, la tensión de la acción; de este modo, el clímax final se hace todavía más esperado e intenso, cuando lo único que se esperaba ya era el propio final de la pieza. De otra parte, justifica la aparición de la diosa Atenea, como *dea ex machina*, que, a modo de conveniente explicación etiológica muy frecuente en estos casos, ordena instaurar dentro del Ática un culto a Ártemis Tauropola, en Halas, y otro en Braurón dedicado a Ifigenia.

Nota bibliográfica

Albini, U., «L'Ifigenia in Tauride e la fine del mito», *PP*, XXXVIII, 1983, págs. 105-112.

Belpassi, L., «L'Oreste Taurico e l'efebia. Alcune considerazioni sui v. 67-122 della I.T. di Euripide», *QUCC*, 59, 1988, págs. 117-121.

Caldwell, R., «Tragedy romanticized. The Iphigenia Taurica», *CJ*, LXX, 1974, págs. 23-40.

Cambitoglou, A., «Iphigenia auf Tauris. The question of the influence of the Euripidean play in the representations of the subject in Attic and Italiote vasepainting», *AK*, XVIII, 1975, págs. 56-66.

Diggle, J., «Notes on the Iphigenia in Tauris of Euripides», *PCPhS*, XXII, 1976, págs. 42-45.

Graf, F., «Das Götterbild aus dem Taurerland», *AW*, X, 4, 1979, págs. 33-34.

Hall, E. M., «The geography of Euripides' Iphigeneia among the Taurians», *AJPh*, CVIII, 1987, págs. 427-433.

Hartigan, K. V., «Salvation via deceit. A new look at Iphigeneia at Tauris», *Eranos*, LXXXIV, 1986, págs. 119-125.
Hartigan, Karelisa, «Euripidean madness. Herakles and Orestes», *G&R*, XXXIV, 1987, págs. 126-135.
Lapidge, S., *Orestes and Iphigeneia. An interpretation of Euripides' Iphigeneia among the Taurians*, Princeton Univ., Princeton, NJ, 1976.
Lattimore, R., *Iphigenia in Tauris*, Oxford, 1974.
Masaracchia, E., «Ifigenia Taurica: un dramma a lieto fine?», *QUCC*, 47, 1984, págs. 111-123.
O'Brien, Michael J., «Pelopid history and the plot of Iphigenia in Tauris», *CQ*, XXXVIII, 1988, págs. 98-115.
O'Connor-Visser, E. A. M. E., *Aspects of human sacrifice in the tragedies of Euripides*, Amsterdam, 1987.
Palazzo, M. y Pasciuta B., «Ifigenia fra i Tauri. Senso di incertezza e condizione umana», *ALGP*, XIX-XX, 1982-1983, págs. 177-187.
Parássoglou, G. M., «Iphigenia Taurica 946-955», *Hellenica*, XXXIV, 1982-1983, págs. 479-480.
Ruiz de Elvira, A., «Pilades, Orestes e Ifigenia», *CFC*, XII, 1977, págs. 47-58.
Sansone, D., «The sacrifice-motif in Euripides' IT», *TAPhA*, CV, 1975, págs. 283-295.
— «Notes on the Iphigenia in Tauris of Euripides», *Maia*, XXXI, 1979, págs. 237-244.
Strachan, J. C. G., «Iphigenia and human sacrifice in Euripides' Iphigenia Taurica», *CPh*, LXXI, 1976, págs. 131-140.
Turato, F., «Euripide, Ifigenia in Tauride. Dramma barocco?», *BIFG*, II, 1975, págs. 144-164.

Sobre el texto

Nos hemos apartado de la edición oxoniense de J. Diggle en los siguientes versos: 105, 258, 260, 288, 905, 1091, 1246, 1438.

ARGUMENTO

Orestes, de acuerdo con un oráculo, fue a la tierra de los Tauros de Escitia con Pílades, con el propósito de sustraer la imagen de Ártemis, objeto de veneración entre aquéllos. Tras alejarse de su barco y presa de un ataque de locura, fue hecho prisionero junto con su amigo por los lugareños y llevado, de acuerdo con la costumbre del lugar, para convertirse en víctima del templo de Ártemis, pues solían matar a los extranjeros que allí desembarcaban.

La escena del drama tiene lugar en tierra de los Tauros de Escitia. El coro se compone de mujeres griegas, sirvientas de Ifigenia. Ifigenia pronuncia el prólogo.

PERSONAJES DEL DRAMA

IFIGENIA, *hija de Agamenón*
ORESTES, *hijo de Agamenón*
PÍLADES, *primo de ambos y excelente amigo de Orestes*
CORO DE CAUTIVAS GRIEGAS, *sirvientas de Ifigenia*
BOYERO
TOANTE, *rey de los Tauros*
MENSAJERO, *sirviente de Toante*
ATENEA, *diosa*

(La escena se desarrolla en la tierra de los Tauros, a las puertas del templo de Ártemis. Al frente hay un altar. Pueden verse cráneos y otros restos sangrientos de sacrificios humanos allí oficiados. IFIGENIA *sale por la puerta del templo y comienza a hablar.)*

IFIGENIA.—Pélope, el hijo de Tántalo, fue a Pisa con veloces caballos y se casó con la hija de Enómao, de la que nació Atreo[2]. Los hijos de Atreo son Menelao y Agamenón, y de éste nací yo, Ifigenia, retoño de la hija de Tindáreo[3]. Junto a los torbellinos que con frecuencia el Euripo hace refluir, cuando arremolina la mar azuloscura con compactos vientos, allí mi padre me inmoló por causa de Helena, según cree él, en los ilustres valles de Áulide, en honor de Ártemis.

Hasta allí, como es bien sabido, el soberano Agamenón condujo una flota griega de mil navíos, porque quería tomar para gloria de los aqueos la bella corona del triunfo sobre Ilión, tratando de vengar las oprobiosas bodas de Helena, y hacer un favor a Menelao. Pero, ante la imposibilidad de navegar y por no tener vientos favorables, acudió a

[2] Enómao es un rey de Pisa, en Élide, Olimpia. Tenía una hija a la que se resistía a dar en matrimonio. Por ese motivo, sometía a sus pretendientes a una carrera de carros en la que siempre ganaba él, ya que sus caballos eran divinos. Cuando un día se presentó Pélope, hijo de Tántalo, Hipodamía se enamoró de él y sobornó al auriga de su padre para que éste perdiese la carrera. De este modo, Pélope e Hipodamía se casaron. Entre los hijos que tuvieron, se cuenta Atreo.

[3] Este retoño es Clitemestra, hija de Tindáreo y de Leda. Es hermana gemela de la famosa Helena, aunque ésta es fruto de las relaciones que mantuvo su madre con Zeus. Ambas dos son también hermanas de los Dióscuros.

los sacrificios. Entonces dice Calcante: «Agamenón, comandante en jefe de Grecia, no vas a hacer zarpar estos barcos del puerto hasta que Ártemis [20] reciba inmolada a tu hija Ifigenia, pues prometiste sacrificar a la diosa portadora de la luz la criatura más hermosa que te naciese en un año. Pues bien, tu esposa Clitemestra ha dado a luz en casa a una niña (me ha traído una ofrenda por su excepcional belleza) a la que tú tienes que sacrificar». Entonces me llevaron, mediante intrigas de Odiseo[4], lejos de mi madre con idea de casarme con Aquiles. Pero cuando llegué a Áulide, desdichada de mí, me colocaron en suspenso sobre una pira para matarme a punta de espada. Pero Ártemis me raptó, ofreciendo en mi lugar un ciervo a los aqueos, [30] me acompañó a través del brillante éter y me hizo vivir en este país de los tauros[5], en cuya tierra gobierna sobre bárbaros el bárbaro Toante que, como los pies mueve veloces igual que si fuesen alas, recibió este nombre debido a la ligereza de sus pies[6]. Y me ha hecho sacerdotisa en este templo, donde la diosa Ártemis se deleita en la práctica de un entretenimiento, cuyo nombre es lo único hermoso que tiene (el resto me lo callo por miedo a la diosa), pues sacrifico, a raíz de una costumbre que ya existía en la ciudad incluso en el pasado, a todo griego que alcanza esta tierra. [40] Yo doy comienzo al rito, pero de los sacrificios, que no se deben revelar, se ocupan otros en el interior del santuario de la diosa.

Voy a contar al éter las inesperadas visiones que la pasada noche ha venido a traerme, por si esto sirve ahora de remedio en alguna medida. Me pareció en el sueño que me marchaba libre de esta tierra y que vivía en Argos. Estaba

---

4 Como muestra de hasta qué punto se le caracteriza a Odiseo como personaje perverso en las tragedias de Eurípides, sirvan las palabras que le dedica Hécabe en el momento de enterarse de que va a ser su esclava: *Las Troyanas*, 282-8: «¡Me ha tocado en suerte ser la esclava de un hombre abominable, doloso, enemigo de la justicia, bestia al margen de la ley, que a todo le da la vuelta, lo de aquí allá, y luego otra vez allá lo de aquí, de lengua bífida, que lo que amigo primero era, en enemigo trastoca!»

5 La actual Crimea.

6 Etimología popular. En griego *thoós* significa 'rápido, ligero, veloz'.

durmiendo en medio de la cámara de las doncellas, y temblaron los lomos de la tierra a causa de un terremoto. Escapé, y cuando ya estaba fuera, vi cómo caían las cornisas de la casa, y toda la techumbre venida abajo en ruinas, desplomada en el suelo desde lo alto de los pilares. Únicamente quedó una columna, según me parecía, de la casa de mi padre, que dejaba caer del capitel unos mechones rubios y que tomaba voz humana. Entonces yo, a la manera que tengo cuando mato a los extranjeros, lo honré y lo rocié con agua como a un muerto, entre llantos. Este sueño yo lo interpreto del siguiente modo: Orestes ha muerto y yo cumplía con el rito por él, pues los pilares de una casa son los hijos varones y mueren aquellos a los que hieren mis lustraciones. No puedo, además, enlazar este sueño con amigos míos, ya que Estrofio no tenía hijos cuando yo llegué a mi fin.

Ahora, pues, quiero ofrecer unas libaciones en honor de mi hermano ausente, estando yo igualmente ausente (pues eso sí que puedo hacerlo) con la ayuda de mis sirvientas, unas mujeres griegas que el rey me dio. *(Se impacienta al ver que no acuden sus sirvientas.)* Pero, ¿por qué motivo no están todavía aquí? Iré dentro de los aposentos del santuario de la diosa, en los que yo vivo.

(IFIGENIA *entra en el interior del templo. Por un lateral aparecen* ORESTES *y* PÍLADES, *con cautela y mirando a todos los lados.)*

ORESTES.—Estáte atento, vigila, no sea que haya algún hombre en el camino.

PÍLADES.—Ya estoy atento, y miro dando vueltas a todas partes con los ojos.

ORESTES.—Pílades, ¿crees que ésta es la morada de la diosa, adonde desde Argos hemos puesto rumbo a nuestro barco?

PÍLADES.—Yo creo que sí, Orestes, pero tú también tienes que creerlo.

ORESTES.—¿Y ése es el altar del que gotea la sangre griega de los homicidios?

PÍLADES.—De sangre, desde luego, tiene enrojecidos los bordes.

ORESTES.—Debajo de las cornisas, ¿ves colgados sus despojos?

PÍLADES.—Sí, ofrenda de primicias de los extranjeros muertos. Pero es preciso mover los ojos en círculo y estar bien atentos.

ORESTES.—*(Invocando a Apolo.)* Febo, ¿a qué red de nuevo me has conducido por disposición de tus oráculos? Después de vengar la sangre de mi padre matando a mi madre[7], las Erinias[8] nos andan persiguiendo y acosando por turnos, huidos y desterrados de la patria, y ya he recorrido muchos trayectos sinuosos.

Acudí a ti y te pregunté cómo podría llegar al final de esta locura rodante y de las desgracias entre las que me debato dando vueltas por toda Grecia. Entonces tú me dijiste que me dirigiese a los confines de la tierra táurica, donde tu hermana Ártemis tiene sus altares, y que cogiese la estatua de la diosa, ésa que dicen que cayó del cielo ahí en esos templos; y que, una vez que me hubiese apoderado de ella bien a través de alguna treta o bien por cualquier otro tipo de medio, a pesar de los peligros que tuviese que superar, la entregase al país de los atenienses —a partir de ahí, nada más se dijo— y que, por hacerlo, recuperaría el aliento después de mis fatigas.

---

[7] Estos hechos se producen en la tragedia *Electra*, en este mismo volumen.

[8] Las Erinias son unas divinidades violentas y vengadoras, especialmente de los crímenes familiares como protectoras del orden social. Según las palabras de Cástor en *Electra*, versos 1270-2: «Y las diosas, verdaderamente terribles, abatidas por este doloroso golpe, al pie de la colina misma se hundirán en las profundidades de este lugar, venerable sede oracular para los hombres piadosos», las Erinias tendrían que haber dejado en paz a Orestes tras el juicio al que éste se sometió en el Areópago, pero, obviamente, no fue así, sino que algunas no se avinieron al resultado del juicio (cfr. *Ifigenia entre los Tauros*, 968-71: «Cuantas Erinias se sometieron al resultado del juicio, obtuvieron junto al mismo lugar de la votación un espacio delimitado como santuario; pero las que no se sometieron a la ley, me iban persiguiendo en agobiante carrera»). Las Erinias son viejas, con serpientes por cabellera, cabezas de perro, cuerpos negros como el carbón, alas de murciélago y ojos inyectados en sangre. Llevan en sus manos azotes tachonados con bronce y sus víctimas mueren atormentadas.

Aquí he venido dejándome persuadir por tus palabras, a esta tierra ignota e inhóspita. *(Dirigiéndose a* Pílades.) Pílades, como tú eres quien me ayuda en este trabajo, a ti te lo pregunto: ¿qué hacemos? Ya estás viendo qué alta es la circunferencia de las murallas. ¿Entramos subiendo con escalas? Pero, entonces, ¿cómo podríamos pasar inadvertidos? ¿O si hacemos saltar con palancas los cerrojos de bronce, de los que nada sabemos? Pero, si al abrir las puertas somos descubiertos mientras nos las ingeniamos para entrar, moriremos. Así que, antes de morir, huyamos al barco en el que precisamente hasta aquí hemos llegado navegando.

Pílades.—Huir no es una acción tolerable y tampoco es nuestra costumbre. Por otra parte, no hay que hacer reproche alguno[9] al oráculo del dios. De momento, alejémonos del templo y escondámonos en esa cueva que el mar baña negro, rezumante de humedad, lejos del barco, no sea que alguien vea el buque, se lo comunique al rey, y luego nos capturen por la fuerza. Cuando caiga el rostro de la lóbrega noche, tendremos que tener el valor de coger del templo la pulida estatua, aplicando todo tipo de recursos. Mira el espacio interior entre los triglifos[10]; por ahí podría dejarse caer un cuerpo.

Los valientes hacen frente a las dificultades; los cobardes, en cambio, no valen nada en ninguna parte. Lo cierto es que no hemos recorrido un camino tan largo a remo para emprender el regreso de vuelta sin haber alcanzado nuestra meta.

Orestes.—Como has hablado bien, te haré caso. Tenemos que ir a un lugar donde podamos esconder nuestros cuerpos y pasar inadvertidos. Yo no he de ser el responsable de que la profecía del dios caiga en saco roto. Hay que armarse de valor, pues ninguna fatiga sirve de excusa a los jóvenes.

---

[9] Lectura de los manuscritos.

[10] Elemento arquitectónico de los templos antiguos.

(Se van ambos por un lateral. Por el otro lado sale el CORO DE CAUTIVAS GRIEGAS, *sirvientas de* IFIGENIA, *y ella misma.)*

IFIGENIA.—*¡Guardad pío silencio, habitantes de las dos rocas que en el ponto inhóspito una contra otra chocan!*[11].

CORO.—*¡Oh hija de Leto, la montaraz Díctina!*[12]. *Al vestíbulo de tu morada, a las cornisas de oro de tu templo de hermosas columnas, [130] mis santos pies de doncella encamino, esclava que soy de la santa guardesa de las llaves. Atrás he dejado las torres y murallas de Grecia, rica en corceles, y las hermosas praderas arboladas de Europa, sedes de mi casa paterna.*

Ya he venido. ¿Qué novedad ha acontecido? ¿Qué preocupación te ocupa? ¿Por qué me has hecho venir a tu templo, hija del ilustre atrida que a las torres de Troya marchó [140] con ilustre remo, mil navíos[13] *y diez mil hombres armados?*

IFIGENIA.—*¡Ay, sirvientas! Me siento como si estuviese envuelta en la más dolorosa de las elegías, en un canto sin acompañamiento de lira, de música sin melodía —¡ay, ay!— entre fúnebres lamentos. La ruina camina conmigo, que lloro a mi hermano, por su vida. [150] ¡Qué visión vi en sueños durante la noche cuya oscuridad ya ha partido! ¡Estoy perdida, estoy perdida! ¡Ya no existe la casa de mi padre! ¡Ay de mí! ¡Mi familia ha desaparecido! ¡Huy, huy! ¡Qué miserias las de Argos! ¡Ay, divinidad, que me despojas de mi único hermano y lo envías al Hades! En su honor [160] voy a verter estas libaciones sobre los lomos de la tierra, una copa por los muertos, leche de terneras salvajes, vino de Baco, el trabajo de las*

---

[11] El ponto inhóspito es el ponto euxino, 'hospitalario', el actual mar Negro. Las dos rocas son las Simplégades, a las que más adelante se hace referencia por su nombre (versos 241, 260 y 1389). Las *Simplégades*, las rocas 'que entrechocan', eran rocas móviles que cerraban el paso del estrecho hasta que, tras pasar por ellas la nave de los Argonautas, quedaron fijas, pues era voluntad del Destino que su movilidad cesase en cuanto un barco consiguiese franquearlas.

[12] Epíteto de Ártemis como diosa de la caza. Su culto se difundió originariamente en Creta. Este nombre está emparentado con *diktya*, 'redes de caza'.

[13] Alusión a la flota de Agamenón, tal como se menciona en los versos 10 y 11 de esta misma obra, «hasta allí, como es bien sabido, el soberano Agamenón condujo una flota griega de mil navíos». Agamenón era el comandante en jefe del ejército griego en la guerra de Troya.

abejas zumbadoras, todo, en definitiva, lo que se ofrece en las libaciones a los muertos para aliviar sus males. ¡Venga! Dame el instrumental todo de oro y las libaciones de Hades. [170] ¡Oh retoño de Agamenón que bajo tierra yaces! En tu honor, como a un muerto, envío estas ofrendas. Acéptalas. Junto a tu tumba ni he de depositar mis rubios cabellos ni verter mis lágrimas[14]*, ya que vivo, como bien puede verse, muy lejos de tu patria y la mía, donde todos me creen muerta, tristemente sacrificada.*

CORO.—*Cantos de respuesta, [180] eco bárbaro de himnos asiáticos en tu honor, señora, voy a entonar, triste música de elegías por los muertos, que en las canciones de Hades canta sin peanes. ¡Ay de la casa de los atridas! ¡Se ha apagado la luz del cetro*[15]*, ay de mí, de la casa de mi padre! ¡Monarquía de los muy dichosos reyes de Argos! [190] A una pena se le sucede velozmente otra pena, como cuando, sobre los caballos alados en los que se pasea en su recorrido, el sagrado ojo de los rayos del sol se desvió de su curso. Los dolores, unos sobre otros, caían en su morada por causa del cordero de oro, muerte tras muerte, desgracia tras desgracia*[16]*. De aquí, de los tantálidas muertos antaño, [200] viene como resultado el castigo sobre esta casa, y su destino se ceba sobre ti con toda su malicia.*

---

[14] Este gesto ya lo hemos podido ver en otra tragedia de este volumen, cuando Orestes hace lo mismo ante la tumba de su padre: *Electra,* 90-1: «Esta noche he ido ante el túmulo de mi padre, he derramado unas lágrimas y le he ofrecido como primera ofrenda unos mechones de mi cabello.» También Astianacte se los prometía a su abuela Hécabe, *Las Troyanas,* 1182-4: «Ten por seguro que pienso cortarme esta espesa melena de rizos en tu honor y que hasta tu tumba he de llevar una procesión de camaradas, para ofrecerte una querida despedida.» También en *Ifigenia entre los Tauros,* 703 y 820-1.

[15] Lectura de los manuscritos.

[16] Vuelven a invocarse las desgracias de la casa de Atreo. Una versión más extensa de lo que aquí se resume puede leerse en los versos 700-742 de la tragedia *Electra,* en este volumen. Tiestes, hermano gemelo de Atreo, sedujo a su cuñada Aérope, para que ésta le entregase el cordero de oro que aseguraba a su marido Atreo el poder real. Con todo, Atreo consiguió conservar la corona gracias a la intervención de Zeus. En el debate que se planteó a los habitantes de Micenas, Tiestes propuso que fuese elegido rey aquel que pudiese mostrar un vellón de oro. Atreo aceptó, ignorante del hurto, perdió y Tiestes fue proclamado rey. Pero Atreo argumentó, con ayuda de Zeus, que el verdadero soberano fuera designado por otro prodigio, a saber, invertir el curso del sol. Así sucedió, y Atreo recuperó el trono.

IFIGENIA.—*Desde el principio, desafortunada me fue la fortuna del ceñidor de mi madre y de la noche aquella. Desde el principio, las diosas parteras sometieron mi infancia a una gran tensión. A mí, a su retoño primogénito en el tálamo nupcial, [210] la desdichada hija de Leda*[17] *me parió como víctima para el deshonor paterno y un sacrificio nada dichoso. Me crió consagrada. Y en carro de caballos me hicieron encaminarme a las arenas de Áulide como doncella, ay de mí, mal casada con el hijo de la hija de Nereo*[18]. *¡Ay, ay! Sin embargo, ahora habito en casa estéril como huésped del mar inhóspito, [220] sin boda, sin hijos, sin patria, sin amigos, la que antaño era cortejada por parte de los griegos, sin celebrar a la Hera de Argos*[19]. *No bordo en los telares —hermoso es su sonido— con mi lanzadera ni imágenes de la ática Palas ni de los Titanes; antes bien, con baños de sangre —de roja sangre— rocío a los extranjeros. Triste es verlos morir con gran pena. Triste es el sonido de sus 'ayes' de dolor. Triste es el río de sus lágrimas. Ahora me olvido de ellos y [230] lloro a mi hermano muerto en Argos, a quien dejé siendo todavía un nene de teta, todavía joven, todavía un retoño en brazos de su madre, recostado junto a su pecho, el que habría tenido que empuñar el cetro de Argos, Orestes.*

(Ven a un BOYERO *que se acerca.)*

CORIFEO.—Por cierto, aquí viene un boyero que ha dejado la orilla del mar para contarte alguna novedad.

BOYERO.—Hija de Agamenón y de Clitemestra, escucha de mí esta nueva proclama.

IFIGENIA.—[240] ¿Cuál es el elemento turbador de tus presentes palabras?

BOYERO.—Han arribado al país, tras escapar a remo de las Simplégades[20] azul oscuro, dos jóvenes, víctimas y sacrificio grato a la diosa Ártemis. No te precipitarías si fueses

---

[17] Su madre Clitemestra, que es hija de Leda y de Tindáreo.

[18] La hija de Nereo a la que se refiere es Tetis, que a su vez es la madre de Aquiles.

[19] En Argos había un importante templo dedicado a Hera. Cfr. *Electra*, 171-4: «Me ha traído la noticia de que los heraldos argivos andan proclamando fiesta de tres días, y que todas las doncellas van a marchar al templo de Hera.»

[20] Cfr. nota al verso 125.

preparando ya el agua para la purificación y las primeras ofrendas.

IFIGENIA.—¿De qué país? ¿De qué tierra tienen aspecto los extranjeros esos?

BOYERO.—Griegos. Esto es lo único que sé, y nada más.

IFIGENIA.—¿Y no sabes el nombre de los extranjeros? ¿No se lo has oído decir?

BOYERO.—Uno le llamaba Pílades al otro.

IFIGENIA.—[250] Y del compañero del extranjero ¿cuál era el nombre?

BOYERO.—No lo sabe nadie, pues no lo hemos oído.

IFIGENIA.—¿Dónde los visteis? ¿Dónde os los encontrasteis en el momento de capturarlos?

BOYERO.—En lo alto de los acantilados del estrecho inhóspito.

IFIGENIA.—¿Y qué teníais que hacer unos boyeros junto al mar?

BOYERO.—Fuimos a bañar a los bueyes con agua del mar.

IFIGENIA.—Continúa con lo que estábamos. ¿Cómo y de qué manera los capturasteis? Eso, eso es lo que deseo saber, pues vienen después de mucho tiempo desde la última vez[21] que el altar de la diosa se tiñó con ríos de sangre griega.

BOYERO.—[260] Cuando introducíamos los bueyes, que por lo general pacen en los bosques, en el interior del mar que a través de las Simplégades[22] desemboca[23], vimos una abertura cóncava que había sido perforada por el embate continuo de las olas, que servía de refugio a los pescadores de púrpura.

[21] Enmienda del texto de Heath. De lo contrario, se afirmaría que «jamás el altar de la diosa se tiñó con ríos de sangre griega», información claramente contradictoria con lo que se nos ha dicho en el verso 72: «¿Y ése es el altar del que gotea la sangre griega de los homicidios?», y más adelante, en los versos 344-7: «¡Ay, pobre corazón! Antes eras con respecto a los extranjeros apacible y siempre inclinado a la compasión, y medías cuidadosamente las lágrimas con los individuos de tu misma raza, cada vez que tomabas en tus manos a hombres griegos», referido siempre al mismo altar.

[22] Cfr. nota al verso 125.

[23] Lectura de los manuscritos.

Allí divisó uno de nuestros boyeros a los dos jóvenes y regresó de vuelta caminando de puntillas, y dijo: «¿No los habéis visto? Ésos de ahí que están sentados son dioses.» Y uno de nosotros, que era hombre temeroso de dios, levantó sus manos y dirigió al verlos esta súplica: [270] «¡Oh hijo de la marina Leucótea, custodio de los jóvenes, señor Palemón[24], sé propicio con nosotros! Evidentemente, sobre el acantilado están sentados los Dióscuros[25], o las dos preciosidades de Nereo, que engendró al coro de las cincuenta Nereides»[26]. Pero otro, que era un irreverente y un descarado sin respeto a la ley, se rió de la súplica y decía una y otra vez que eran unos marineros que habían naufragado y que se agazapaban sentados en la sima por temor a la ley, tras oír que aquí sacrificábamos a los extranjeros. A la mayoría de nosotros nos pareció que había expuesto buenas razones [280] y, según la costumbre patria, decidimos dar caza a las víctimas de la diosa.

Entonces, en esto, uno de los dos extranjeros dejó la roca, se puso en pie y agitando la cabeza arriba y abajo comenzó a proferir agudos lamentos. Hacía temblar las extremidades de sus brazos, se retorcía a causa de su locura, y gritaba como un cazador: «Pílades, ¿la ves? ¿Y a ésta no la estás viendo, a la serpiente de Hades[27], cómo quiere matarme con boca armada contra mí de horribles víboras? ¿Y a esa otra, respirando de sus ropajes fuego y sangre, que rema

---

[24] Leucótea y Palemón se llamaban respectivamente, antes de su divinización, Ino y Melicertes. Ino enloqueció víctima de un castigo de Hera: echó a su hijo Melicertes a un caldero de agua hirviendo y, posteriormente, se arrojó junto con el cadáver de su hijo al mar. Las divinidades marinas se apiadaron de ellos y a ella la metamorfosearon en nereida, mientras que al niño lo convirtieron en el pequeño dios Palemón. Leucótea, 'la diosa blanca', y su hijo Palemón protegen a los marinos y los guían en la tempestad.

[25] Cástor y Polideuces, los Dióscuros, 'hijos de Zeus', hermanos de Helena y Clitemestra.

[26] Cfr. los versos 1-3 de *Las Troyanas:* «la salina profundidad del mar, donde los coros de Nereides despliegan con grandísima hermosura la estela de sus pies».

[27] Es Orestes quien sufre este ataque de locura y quien cree ver a las Erinias que le persiguen, tal como él mismo refería en los versos 79-80: «Las Erinias nos andan persiguiendo y acosando por turnos.»

con sus alas y que tiene a mi madre entre sus brazos, como carga de piedra, para arrojármela encima? ¡Ay de mí! ¡Me va a matar! ¿Adónde podría huir?»

Pero no era posible ver tales figuras, sino que él iba tomando para sí los mugidos de los bueyes y los ladridos de los perros como una imitación que no dejaba de decir que proferían las Erinias. Nosotros, entonces, formamos una piña, como si fuésemos a morir, y nos quedamos quietos en silencio. Mientras, él con su mano desenvainó la espada y, arreando los bueyes hacia el centro como un león, les golpea los costados con el hierro dirigiéndolo contra sus lomos, en la idea de que esto rechazaría a las diosas Erinias, hasta cubrir con un manto de sangre la superficie del mar.

En esto, al ver cómo toda la manada de bueyes iba cayendo muerta, todo el mundo echó mano de las armas, soplando las caracolas para que sonasen y congregando a los habitantes del país, pues creíamos que unos boyeros no estaban a la altura para combatir con unos extranjeros jóvenes y bien alimentados. Nos reunimos una multitud en un intervalo de tiempo no muy largo.

Entonces el extranjero cayó a tierra, tan pronto como remitió su ataque de locura, babeando espuma por la barbilla. Cuando vimos aquel oportuno desmayo, todo el mundo emprendió la lucha arrojando y tirándoles piedras. El otro extranjero le enjugaba la espuma, cuidaba su cuerpo y lo cubría con su túnica de fina textura, a la espera de los golpes que aún se les venían encima, prestando la mejor de las ayudas a su amigo. Entonces el extranjero, ya en su sano juicio y tras ponerse bruscamente en pie después de su caída, se dio cuenta del mar de enemigos que les estaba presionando y de la cercana y presente mala situación, y profirió 'ayes' de dolor. Pero nosotros no dejábamos de tirarles piedras, presionándolos cada uno desde sitios diferentes. En ese momento escuchamos su terrible exhortación: «Pílades, vamos a morir, pero gocemos de la más honrosa de las muertes. Sígueme y desenvaina la espada.» Cuando vimos cómo nuestros enemigos blandían con ambas manos sus espa-

das, llenamos con la huida los valles rocosos. No obstante, si bien huyeron algunos, otros perseveraron y los atacaban. Y si a éstos los rechazaban, los que acababan de retroceder de nuevo los volvían a atacar con más piedras. Era increíble. Ni con infinitas manos nadie acertaba a herir a las víctimas de la diosa. [330] Los sometimos con gran dificultad, no por nuestro coraje, sino porque nos echamos sobre ellos en círculo e hicimos que soltasen las espadas de sus manos con nuestras piedras, e hincaron la rodilla en tierra por pura fatiga.

Entonces los condujimos a la presencia del soberano de esta tierra. Él, en cuanto los vio, te los ha enviado lo más rápidamente posible para su purificación y sacrificio. Tú solías formular súplicas como ésta, señora, a saber, que se te enviasen víctimas extranjeras. Además, si matas a extranjeros de semejante condición, la Hélade pagará su deuda por tu muerte y expiará su culpa por aquel sacrificio en Áulide.

CORIFEO.—[340] Es asombroso lo que acabas de contar del loco este, quienquiera que sea el griego que de su patria a este ponto inhóspito ha venido.

IFIGENIA.—Bien. *(Dirigiéndose al* BOYERO.*)* Tú vete y tráeme a los extranjeros, y nosotras nos ocuparemos aquí de los ritos sagrados. *(El* BOYERO *se marcha. Habla ahora primero consigo misma y luego con el* CORO.*)* ¡Ay, pobre corazón! Antes eras con respecto a los extranjeros apacible y siempre inclinado a la compasión, y medías cuidadosamente las lágrimas con los individuos de tu misma raza, cada vez que tomabas entre tus manos a hombres griegos. Ahora, por el contrario, a raíz del sueño a causa del cual me enfurecí por creer que Orestes ya no contemplaba la luz del sol, [350] me habéis pillado mal dispuesta, quienesquiera que seáis los que aquí en este momento habéis llegado. Por tanto, amigas mías, aquello era verdad; bien me acabo de percatar: los desafortunados hacia los más afortunados, cuando están en una mala situación, no tienen buenos pensamientos.

En fin, nunca se han acercado en esta dirección los vientos de Zeus, ni un barco que a través de las rocas

Simplégades[28] aquí a Helena me trajese, la que causó mi perdición, ni a Menelao, para cobrarme la venganza sobre ellos, sustituyendo a esta Áulide de aquí por aquélla de entonces, en donde a mí como a un ternero los danaidas me atraparon y me inmolaron. [360] ¡Y el sacerdote era el padre que me dio la vida! ¡Ay de mí! No consigo olvidarme de las desgracias de entonces. ¡Cómo arrojé mis manos hacia la barbilla y las rodillas de mi padre! Me aferraba a él y le decía: «¡Padre! ¡Vergonzosas son estas bodas que de ti estoy recibiendo! Mientras tú me matas, mi madre y las argivas ahora me están cantando himeneos, y el palacio todo se llena del son de las flautas. Pero yo, sin embargo, muero a tus manos. Era, por tanto, Hades y no Aquiles, el hijo de Peleo, [370] el esposo que me tendías, cuando me hiciste venir en carro mediante engaño para una boda teñida de sangre.» Y yo, que tenía el rostro cubierto con un fino velo, ni agarré las manos de mi hermano, el que ahora está muerto, ni besé por pudor la boca de mi hermana, porque iba al palacio de Peleo. Muchos fueron los abrazos que aplacé para más adelante, como si hubiese de regresar a Argos de nuevo después. ¡Oh desdichado! ¡Si has muerto, qué lejos de los bienes, Orestes, y de la alta fortuna de tu padre te has ido!

[380] Censuro las argucias de una diosa que, en caso de que algún mortal cometa un crimen, o toque a una parturienta, o a un cadáver con sus manos, lo margina de sus altares, teniéndolo por un ser contaminado, cuando ella, por su parte, se entretiene con cruentos sacrificios humanos. No hay modo de que la esposa de Zeus, Leto[29], haya parido una crueldad de tal calibre. Yo, desde luego, el banquete aquel de Tántalo en honor de los dioses no creo que sea digno de crédito —¡gozar devorando la carne de su hijo![30]—, y me parece que los individuos de aquí [390] ha-

[28] Cfr. nota al verso 125.

[29] Madre de Apolo y de Ártemis. Aquí se refiere, obviamente, a esta última.

[30] Se cuenta que Tántalo mató a su hijo Pélope, lo partió en trozos, lo condimentó y se lo sirvió a los dioses como manjar. Los dioses no lo aceptaron y devolvieron a Pélope a la vida.

cen remontar su vileza a la diosa para justificar su condición de asesinos. La verdad es que yo no creo que ninguno de los dioses sea malvado.

CORO.

Estrofa 1.ª.

Azul, azul del mar de los estrechos donde el tábano volador de Argos al mar inhóspito pasó, tras dejar Europa a cambio de la tierra de Asia. ¿Quiénes, en buena hora, los bien regados prados de juncos del Eurotas [400] abandonaron, o las venerables corrientes del Dirce[31]*, para encaminarse a una tierra indómita, donde, en honor de la hija de Zeus, altares y templos de columnas circundados se tiñen con sangre humana?*

Antístrofa 1.ª.

¿Acaso merced al doble batir rugiente del remo de abeto navegar han hecho, sobre la espumosa superficie del mar, [410] el carro náutico, con ayuda de brisas que insuflan las velas, con intención de incrementar anhelante un empeño de riquezas en beneficio de su casa? Querida la esperanza para ruina de los mortales vuélvese insaciable en perjuicio de los hombres, que soportan la carga de la riqueza, errantes a lo largo del ancho mar, recorriendo ciudades extranjeras, con común criterio. [420] La inclinación a la riqueza para unos es inoportuna, mas para otros cae en el centro.

Estrofa 2.ª.

¿Cómo consiguieron cruzar las rocas gemelas[32]*, cómo los acantilados insomnes de los hijos de Fineo, tras correr a lo largo de las costas marinas sobre el mar bramante de Anfitrita*[33]*, donde los coros de las cincuenta hijas de Nereo danzan en círculo, [430] con el viento hinchando las velas, al tiempo que silban los timones a popa que el barco guían, impulsados por las brisas meridionales o por los vientos del Céfiro, en dirección a tierra rica en aves, a la isla Blanca, a las pistas bien equipadas de Aquiles*[34]*, a través del mar inhóspito?*

---

[31] El Eurotas es el río principal de Laconia, y el Dirce es un río de Tebas.

[32] Las Simplégades. Cfr. nota al verso 125.

[33] Mujer de Posidón y diosa, asimismo, del mar.

[34] Después de muerto, Tetis llevó a su hijo Aquiles, 'el de los pies ligeros' a la isla Blanca, en la desembocadura del Danubio, en la región del ponto Euxino, donde vive eternamente disfrutando de perenne felicidad.

Antístrofa 2.ª.

¡Ojalá gracias a los ruegos que a mi señora dirijo [440] resultase por casualidad que Helena, la querida hija de Leda, aquí viniese después de abandonar la ciudad de Troya, a fin de que, ciñendo en torno a su melena una corona de sangriento rocío, muriese degollada a manos ejecutoras de mi señora, pagando así su pena en justa correspondencia! ¡Con sumo placer recibiríamos esta noticia[35]*, a saber, que de tierra griega algún marinero aquí se encamina [450] a poner fin a la fatiga de mi penosa esclavitud! ¡Aunque fuese en sueños, ojalá estuviese en mi casa y en la ciudad patria, gozoso cumplimiento de alegres sueños, felicidad común en la riqueza!*

(Unos guardianes traen encadenados a ORESTES *y a* PÍLADES.*)*

Mas aquí vienen estos dos hombres con las manos inmovilizadas con cadenas, nuevo sacrificio para la diosa. ¡Callad, amigas! Estas primicias de ofrendas griegas ya [460] se encaminan cerca del templo. No mentía el boyero al contarnos su mensaje.

Señora, si son de tu agrado los ritos que este pueblo celebra, acepta las víctimas que la ley imperante entre nosotros proclama no santas.

IFIGENIA.—Bien. En primer lugar, he de poner mi atención en que el ritual de la diosa se desarrolle correctamente. *(A los guardianes.)* Soltad las manos de los extranjeros para que, toda vez que son sagrados, no permanezcan encadenados por más tiempo. *(A sus sirvientas.)* [470] Vosotras, id dentro del templo y preparad allí lo que es menester en estas circunstancias, según lo acostumbrado.

(A los extranjeros.) ¡Huy! ¿Quién es —¡ay!— la madre que en su día os engendró? ¿Y vuestro padre? ¿Y hermana, si es que resulta que la tenéis? ¡De qué par de jóvenes y magníficos hermanos se va a ver privada ella, sin hermanos dentro de poco! ¿Quién sabe sobre quién va a caer un destino semejante? Lo cierto es que todo lo divino se desliza por

---

[35] Lectura de los manuscritos.

invisible senda, y que nadie conoce a ciencia cierta ningún mal, pues la fortuna nos aparta de la recta intelección, para que nos percatemos mal de sus designios. ¿De dónde, entonces, habéis llegado, infelices extranjeros? [480] Del mismo modo en que durante largo tiempo habéis estado navegando hacia esta tierra, largo tiempo igualmente vais a estar lejos de casa dentro de poco, en el mundo subterráneo.

ORESTES.—Mujer, quienquiera que seas, ¿por qué te lamentas y te apenas por las desgracias que están a punto de ocurrirnos? Verdaderamente, no creo que sea sensato aquel que, estando a punto de morir, quiere vencer con compasión el miedo a la muerte, ni aquel que se lamenta, sin esperanza ya de salvación, de lo cerca que está Hades[36]. A partir de un solo mal se junta con dos: carga con la acusación de estúpido y muere igualmente. Hay que aceptar el destino. [490] No te lamentes por nosotros, que estamos enterados de los ritos de aquí y los conocemos.

IFIGENIA.—A ver, ¿cuál de vosotros dos es al que le llamaban con el nombre de Pílades? Es lo primero que quiero saber.

ORESTES.—*(Señalando a* PÍLADES.) Éste, si es que te produce placer saberlo.

IFIGENIA.—¿De qué ciudad griega eres ciudadano?

ORESTES.—Mujer, ¿qué más vas a conseguir con saberlo?

IFIGENIA.—¿Sois hermanos los dos de la misma madre?

ORESTES.—Por amistad sí, pero no somos hermanos de padre y madre.

IFIGENIA.—Y a ti, ¿qué nombre te puso el padre que te dio la vida?

ORESTES.—[500] En justicia tendría que llamarme Infortunado.

IFIGENIA.—No es ésa mi pregunta. Eso atribúyeselo, más bien, a la fortuna.

ORESTES.—Si muero anónimo, no seré objeto de burlas.

IFIGENIA.—¿Por qué soportas tan mal esta situación? ¿Acaso eres así de soberbio?

ORESTES.—Sacrificarás mi cuerpo; mi nombre, desde luego, no.

---

36 La muerte.

IFIGENIA.—¿Tampoco me dirías cuál es tu ciudad?

ORESTES.—Estás tratando de averiguar algo que, para quien va a morir, no supone beneficio alguno.

IFIGENIA.—Pero, ¿qué te impide concederme este favor concreto?

ORESTES.—Me jacto con orgullo de que la ilustre Argos es mi patria.

IFIGENIA.—¡Por los dioses! ¿De verdad, extranjero, eres de allí?

ORESTES.—[510] De Micenas, para ser exactos, la que antaño opulenta fue.

IFIGENIA.—Pues lo cierto es que tu venida de Argos es muy bien recibida.

ORESTES.—Para mí, al menos, desde luego no. Si lo es para ti, tú sabrás.

IFIGENIA.—¿Partiste de tu patria exiliado, o por qué otro azar?

ORESTES.—Huyo desterrado, de algún modo, más o menos, voluntario e involuntario[37].

IFIGENIA.—Entonces, ¿me dirías alguna de las cosas que yo quiero?

ORESTES.—Asuntos menores —seguro— en comparación con mi mala situación.

IFIGENIA.—Casi con total seguridad conoces Troya, de la que se habla en todas partes.

ORESTES.—¡Ojalá —¡sí!— no la hubiese visto nunca, ni siquiera en sueños!

IFIGENIA.—Dicen que ya no existe, que ha desaparecido bajo lanza enemiga.

ORESTES.—[520] Sí, así es. No es falso lo que habéis oído.

IFIGENIA.—Y Helena, ¿ha regresado de vuelta al palacio de Agamenón?

---

[37] Forma parte del gusto de Eurípides este tipo de oposiciones, muy expresivas en griego. *Heracles*, 1061: «Duerme un sueño funesto que no es tal sueño.» *Ifigenia entre los Tauros*, 1133: «Hijo, te enzarzaste precipitadamente en una guerra, que no era tal guerra, contra tus hijos.» 566: «Por desgraciada gracia de una mujer malvada murió.» 568: «Vive desgraciado —eso sí— en todas y en ninguna parte.» 887: «Recorriendo caminos que no son caminos.»

ORESTES.—Ya ha vuelto, regresando para desgracia de uno de los míos.

IFIGENIA.—¿Y dónde está? Que también a mí me debe una reparación desde hace tiempo.

ORESTES.—Vive en Esparta con su primitivo cónyuge[38].

IFIGENIA.—¡Ah, ser odioso para los griegos, no sólo para mí!

ORESTES.—También me llevé yo entonces una alegría con las bodas de esa mujer[39].

IFIGENIA.—Y el regreso de los aqueos, ¿llegó a producirse, como suele proclamarse?

ORESTES.—¡Me estás formulando una sola pregunta con la que pretendes abarcarlas todas!

IFIGENIA.—Sí, pues quiero obtener estas respuestas antes de que mueras.

ORESTES.—[530] Pregunta, si es eso lo que quieres. Yo te responderé.

IFIGENIA.—Un adivino, un tal Calcante, ¿volvió de Troya?

ORESTES.—Pereció, según lo que se contaba en Micenas.

IFIGENIA.—¡Oh, señora, qué bien![40]. Y el hijo de Laertes, ¿qué?

ORESTES.—Todavía no ha regresado a casa, pero vive, según dicen.

IFIGENIA.—¡Así muera, sin alcanzar jamás el regreso a su patria![41].

ORESTES.—No lances maldiciones contra él. Está completamente arruinado.

---

[38] Menelao.

[39] Su primer marido fue Menelao, pero con estas bodas se refiere al matrimonio que contrajo con Paris y que motivó la guerra y posterior destrucción de Troya. La tragedia *Las Troyanas*, en este volumen, cuenta alguno de los sucesos posteriores a la guerra, el encuentro entre Menelao y su infiel esposa, y la discusión que ambos mantuvieron.

[40] Se entiende esta alegría. Calcante, según cuenta la propia Ifigenia en los versos 16 y ss. de esta tragedia, fue quien sugirió a su padre que la sacrificase.

[41] El hijo de Laertes es Odiseo (Ulises), que fue quien propuso la treta de hacer viajar a Ifigenia hasta Áulide con el propósito —falso— de casarla con Aquiles. Así lo refiere asimismo Ifigenia en los versos 24 y 25: «Entonces me llevaron, mediante intrigas de Odiseo, lejos de mi madre con idea de casarme con Aquiles.»

IFIGENIA.—Y el hijo de Tetis[42], la hija de Nereo, ¿todavía vive?

ORESTES.—No vive. Vanas fueron las nupcias que en Áulide contrajo.

IFIGENIA.—Dolosas, sí. Quien lo ha probado, lo sabe.

ORESTES.—[540] ¿Quién eres tú, entonces? ¡Qué bien vas descubriendo y trazando los asuntos de Grecia!

IFIGENIA.—Soy de allí. Me separé de ella cuando no era más que una niña.

ORESTES.—Rectamente, entonces, deseas conocer su situación, mujer.

IFIGENIA.—Y el general del que cuentan que era dichoso, ¿qué?

ORESTES.—¿Quién? Pues al menos el que yo conozco[43] no se cuenta en el grupo de los dichosos.

IFIGENIA.—Se decía entonces que era hijo de Atreo, un tal Agamenón, el soberano.

ORESTES.—No lo conozco. Mujer, deja esta conversación.

IFIGENIA.—¡No, por los dioses! ¡Venga, dímelo para que me lleve una alegría, extranjero!

ORESTES.—Está muerto el desdichado, y destruyó además a otro.

IFIGENIA.—¿Está muerto? ¿En qué circunstancias? ¡Pobre de mí!

ORESTES.—[550] ¿Por qué lo lamentas? ¿Acaso te concierne?

IFIGENIA.—Me lamento por su opulencia de antaño.

ORESTES.—Sí. Murió indignamente degollado a causa de una mujer.

IFIGENIA.—¡Dignos de la mayor lástima el muerto y la que provocó su muerte!

ORESTES.—Pues déjalo ya y no me hagas más preguntas.

IFIGENIA.—Sólo una, si vive la esposa del desdichado.

ORESTES.—No vive. El propio hijo que ella parió la mató.

IFIGENIA.—¡Oh casa sumida en la confusión! ¿Qué es, pues, lo que pretendía?

---

[42] Aquiles, el prometido supositicio de Ifigenia con el que nunca llegó a consumar el matrimonio.

[43] El original griego oculta aquí una forma conversacional con crasis y elisión.

Orestes.—Vengarse de ella por la muerte de su padre.

Ifigenia.—¡Huy! ¡Con qué destreza ejecutó un mal conforme a derecho!

Orestes.—Pero, aun siendo conforme a derecho, no alcanza la dicha de los dioses.

Ifigenia.—¿Dejó Agamenón en palacio algún otro hijo?

Orestes.—Sólo ha dejado a Electra soltera.

Ifigenia.—¿Y qué? ¿Se cuenta algo de la hija que fue inmolada?

Orestes.—No, nada; sólo que murió y que ya no ve la luz.

Ifigenia.—Desdichada ella y el padre que la mató.

Orestes.—Por desgraciada gracia de una mujer malvada murió.

Ifigenia.—¿Y vive en Argos el hijo del padre muerto?

Orestes.—Vive desgraciado —eso sí— en todas y en ninguna parte[44].

Ifigenia.—¡Adiós, sueños falsos! ¡Nada significabais entonces![45].

Orestes.—Ni tampoco los dioses, a los que se llama sabios, mienten menos que los sueños alados. Gran confusión reina en lo divino y lo humano. Una única cosa es fuente de dolor, a saber, que aquél, sin ser un insensato, se dejase convencer por las palabras de los adivinos y que pereciese como pereció, a ojos de los que lo vieron.

Corifeo.—¡Huy, huy! ¿Y nosotras? ¿Y nuestros progenitores? ¿Acaso viven? ¿Acaso no? ¿Quién podría revelármoslo?

---

[44] Forma parte del gusto de Eurípides este tipo de oposiciones, muy expresivas en griego. *Heracles*, 1061: «Duerme un sueño funesto que no es tal sueño.» 1133: «Hijo, te enzarzaste precipitadamente en una guerra, que no era tal guerra, contra tus hijos.» *Ifigenia entre los Tauros*, 512: «Huyo desterrado, de algún modo, más o menos, voluntario e involuntario.» 887: «Recomiendo caminos que no son caminos.»

[45] Ifigenia acaba de interrogar a su propio hermano, a quien no reconoce, sobre la historia de su familia; sobre su padre Agamenón, caudillo de los griegos en la guerra de Troya, y su madre Clitemestra; sobre la venganza de Orestes contra su madre por haber dado muerte ésta a su marido; sobre el destierro de Orestes, primero para escapar de su madre viva y luego acosado por las Erinias vengadoras del asesinato de su madre. Ifigenia, en definitiva, llega a la conclusión de que los presagios de su sueño eran infundados y que su hermano sigue vivo.

IFIGENIA.—¡Escuchad! Acaba de ocurrírseme ahora el siguiente razonamiento, pues andaba afanándome por algo que igualmente nos aprovechase a mí y a vosotros, extranjeros. Estas cosas suceden así, sobre todo cuando un mismo asunto está de acuerdo con el interés de todos. *(Dirigiéndose a* ORESTES.) ¿Estarías dispuesto, si te perdonase la vida, a ir a Argos, dar noticias mías a mis seres queridos de allí y llevarles una tablilla que me escribió un cautivo que de mí se compadeció, ya que creía que no era mi mano la que lo mataba, sino que moría a manos de la ley de una diosa que consideraba que tales actos eran justos? No he tenido quien, de regreso a Argos sano y salvo, me llevase estas noticias y que mis cartas enviase a alguno de mis amigos. Tú, en cambio, ya que eres —según parece— hombre de no bajo linaje y que conoces Micenas y a mis seres queridos, ve allí y salva tu vida cobrando una recompensa nada vergonzosa: tu salvación gracias a una cartita de nada. *(Señalando a* PÍLADES.) Éste de aquí, por su parte, como la ciudad impone esta obligación, que se separe de ti y que sea el sacrificio en honor de la diosa.

ORESTES.—Bien has hablado en todo excepto en un punto, extranjera, pues sacrificar a mi amigo supone para mí una gran carga. Yo soy quien dirige esta empresa, y él me acompaña en mi viaje a causa de mis penas. Por consiguiente, no sería justo que yo aceptase este favor para beneficio mío a expensas de su muerte, y que me escapase del mal. Al contrario, hágase así: dale a él la tablilla. La llevará a Argos tal como deseas. A mí que me mate quien quiera. El colmo de la desvergüenza es arrastrar a un amigo a una situación peligrosa y salvarse uno. Se da el hecho de que éste es un amigo al que quiero no menos que lo que deseo contemplar la luz.

IFIGENIA.—¡Oh espíritu excelente! ¡Qué nobles son las raíces de las que procedes, recto amigo de tus amigos! ¡Ojalá de tu talla fuese el que queda entre mis hermanos! Sí, yo también tengo un hermano, extranjero, aunque no lo vea[46].

---

[46] Sí lo está viendo: ella no lo sabe pero nosotros sí. Todo el pasaje está cargado de una gran ironía, pues los espectadores griegos en su día y los lectores modernos hoy sabemos que ambos hermanos están presentes cara a cara, aunque ellos no lo sepan todavía. Aún se mantendrá el suspense por un tiempo más.

Como tú así lo quieres, enviaré a éste para que lleve la tablilla y tú morirás: se da la coincidencia de que precisamente a ti te invade un gran deseo por ello.

ORESTES.—¿Quién va a oficiar el sacrifio y va a hacer frente a este horror?

IFIGENIA.—Yo, pues desempeño este ministerio para la diosa.

ORESTES.—No es digno de envidia, jovencita, ni dichoso.

IFIGENIA.—[620] Mas estoy sometida a un deber que he de observar.

ORESTES.—¿Tú misma con la espada sacrificas, siendo una mujer, a los hombres?

IFIGENIA.—No; yo sólo rociaré tu melena con agua lustral[47].

ORESTES.—Y el verdugo, ¿quién va a ser, si puedo preguntarlo?

IFIGENIA.—Dentro del templo están los que de eso se ocupan.

ORESTES.—Y cuando muera, ¿qué sepultura me va a acoger?

IFIGENIA.—Dentro, el fuego sagrado y una ancha abertura de la roca.

ORESTES.—¡Huy! ¿Cómo el brazo de mi hermana podría envolverme?

IFIGENIA.—¡Vana súplica, desgraciado, quienquiera que seas, suplicaste en buena hora! ¡Bien lejos de esta tierra bárbara vive ella! [630] Con todo, como se da la casualidad de que eres argivo, no será así sino que yo, en la medida de lo posible, no dejaré de prestarte ese favor. Numerosos pondré en tu honor ornamentos sobre la tumba, con dorado aceite tu cuerpo muerto limpiaré, y de la rubia abeja silvestre el brillante néctar que de las flores bebe echaré sobre tu pira[48]. ¡Ea! Voy a traerte la tablilla del interior del templo de la diosa. No me acuses, por tanto, de ser enemiga tuya.

---

[47] Cfr. versos 40-1: «Yo doy comienzo al rito, pero de los sacrificios, que no se deben revelar, se ocupan otros en el interior del santuario de la diosa.»

[48] Cfr. versos 159-66: «En su honor voy a verter estas libaciones sobre los lomos de la tierra, una copa por los muertos, leche de terneras salvajes, vino de Baco, el trabajo de las abejas zumbadoras, todo, en definitiva, lo que se ofrece en las libaciones a los muertos para aliviar su mal.»

(Dirigiéndose a los guardias.) Sirvientes, custodiadlos sin cadenas[49]. Quizá inesperadamente de entre mis seres queridos a alguno, a aquel que más yo quiero, [640] le haga llegar este envío, y la tablilla que anuncia que viven quienes él cree muertos le relatará placeres que no esperaba. *(Entra en el templo a por la tablilla.)*

CORO.—*(Dirigiéndose a* ORESTES.*) Lloro por ti, de quien buena cuenta van a dar las gotas con sangre teñidas de las lustraciones.*

ORESTES.—No son estos hechos dignos de compasión, extranjeras; antes bien, alegraos.

CORO.—*(Dirigiéndose a* PÍLADES.*) A ti, en cambio, por tu feliz destino, joven, te honramos.*

PÍLADES.—[650] No es envidiable —¡fíjate bien!— para un amigo, si el otro amigo muere.

CORO.—*¡Oh, cruel regreso! ¡Huy, huy! ¡Estás perdido! ¡Ay, ay! ¿Cuál de los dos lo va a estar? Mi corazón todavía se debate indeciso entre los dos. ¿Lloraré antes por ti, o por ti?*

ORESTES.—Pílades, por los dioses, ¿te pasa a ti lo mismo que a mí?

PÍLADES.—No lo sé. Me preguntas y no puedo hablar.

ORESTES.—[660] ¿Quién es esta joven? Nos ha preguntado en griego por las fatigas de la guerra de Ilión, por el regreso de los aqueos, por Calcante, diestro con las aves augurales, por el nombre de Aquiles. Y por el pobre Agamenón, con qué compasión me preguntó por su mujer y sus hijos. Esta extranjera ha nacido allí, es alguna argiva. De lo contrario, no enviaría la tablilla ni investigaría con tanto interés si las cosas marchan bien en Argos, como si le concerniese a ella en calidad de asunto propio.

PÍLADES.—Te has adelantado a mí un poco. Te has adelantado a decir las mismas palabras que yo, [670] excepto en un aspecto, a saber, los padecimientos de estos reyes —fíjate

[49] Ya había ordenado previamente a los guardias que les soltasen las cadenas. Cfr. versos 468-9: «Soltad las manos de los extranjeros para que, toda vez que son sagrados, no permanezcan encadenados por más tiempo.»

bien— los conocen todos aquellos que entre sí tienen algún trato. Por otra parte, he estado también dándole vueltas a otro razonamiento.

ORESTES.—¿Cuál? Si lo pusieses en común, mejor lo comprenderías.

PÍLADES.—Es una vergüenza que, al tiempo que tú mueres, yo vea la luz. Como contigo me embarqué, debo también contigo morir. De otra manera, de vil y cobarde me tacharán en Argos y en los valles de Fócide. En efecto, la mayoría creerá, pues la mayoría es cobarde, que he regresado sano y salvo yo solo a casa a cambio de traicionarte, [680] o incluso que yo te he asesinado y que, con la excusa de la desgracia que sacude tu familia, he tramado tu trágico destino, por causa de tu trono con intención de casarme con tu hermana, tu heredera a la sazón. Éste es, sin duda alguna, mi temor, y lo tengo por pudor, y no hay, por consiguiente, modo de que no deba yo compartir contigo el último suspiro, ir contigo al degollamiento, y que el fuego haga arder mi cuerpo, ya que que soy tu amigo y temo esos reproches.

ORESTES.—¡Calla! Mis desgracias he de soportarlas yo y, pudiendo soportar una sola pena, no he de soportar dos, pues lo que tú dices que es penoso y oprobioso, [690] también lo es para mí si a ti, que has compartido conmigo mis fatigas, te causo la muerte. Por lo que a mí respecta, yéndome todo como me va por parte de los dioses, no está mal dejar esta vida.

Tú, en cambio, eres dichoso y habitas una casa pura a la que no sacude el infortunio, mientras que la mía es infame y desdichada. Si tú te salvas y tienes hijos de la hermana que yo te ofrecí por esposa, mi nombre seguirá existiendo y jamás la casa de mi padre se extinguirá por falta de hijos.

¡Ea! Vete, vive y habita la casa de mi padre. [700] Cuando a la Hélade y a la ecuestre Argos llegues, por esta mano derecha te encomiendo lo siguiente: que levantes un túmulo, y que sobre él me erijas un monumento, y que mi hermana lágrimas y cabellos ofrezca sobre mi tumba[50]. Procla-

[50] Cfr. para el mismo ritual, *Electra*, 90-1; *Las Troyanas*, 479-80 y 1182-4; *Ifigenia entre los Tauros*, 172-3 y 820-1.

ma la noticia de que he perecido a manos de una mujer argiva, tras ser purificado junto a un altar para mi inmolación. Y no traiciones a mi hermana jamás, al ver asolados a tus parientes políticos y la casa de mi padre.

¡Adiós! En ti encontré al más querido de mis amigos, compañero mío de caza y de niñez, que muchas veces soportaste la carga de mis desgracias. Febo, por muy adivino que sea, me ha engañado. Por medio de sus artes, me envió lo más lejos posible de Grecia por vergüenza a la respuesta de su anterior oráculo[51]. Después de ofrecerle todo mi ser y dejarme convencer por sus palabras, por matar a mi propia madre soy yo el que muere.

PÍLADES.—Tendrás tu tumba y no traicionaré el lecho de tu hermana, pobre amigo, pues muerto te consideraré aún más amigo que vivo. No obstante, el oráculo del dios todavía no ha acabado contigo, en sentido estricto, aunque bien cierto es que te encuentras próximo a morir. Mas, cuando así alcanza a suceder, puede haber, sí, una inconmensurable mala suerte que puede dar lugar a un cambio igualmente inconmensurable de la situación. *(Sale de nuevo* IFIGENIA *con la tablilla que había ido a buscar.)*

ORESTES.—¡Calla! Ninguna ayuda me prestan ya las palabras de Febo. Esa mujer ya está saliendo fuera del templo.

IFIGENIA.—*(Dirigiéndose a los guardianes.)* Vosotros, marchaos. Id y disponed los preparativos de dentro para los oficiantes del sacrificio. *(Dirigiéndose a* PÍLADES *y* ORESTES.) Aquí están, extranjeros, los pliegos de la tablilla. Escuchad lo que a propósito de ellos quiero decir. Ningún hombre es el mismo cuando se encuentra inmerso en una desgracia y cuando del miedo ha pasado ya a la confianza. Por ello temo yo que aquel que tiene que llevar a Argos esta tabli-

[51] El primer oráculo que recibió de Apolo lo explica él mismo en los versos 87-9 de *Electra:* «He venido, a raíz de una revelación divina, a suelo argivo sin que nadie lo sepa, para devolver el asesinato de mi padre a su asesino.» Después de matar a su madre de acuerdo con el oráculo, las temibles Erinias empezaron a acosar a Orestes. Después, en otro oráculo, Apolo le ordenó que se dirigiese a la tierra de los Tauros.

lla, al marcharse de esta tierra de regreso a casa, no haga ningún caso a mis cartas.

ORESTES.—Entonces, ¿qué quieres? ¿Qué es lo que te falta?

IFIGENIA.—Que me preste juramento de que va a llevar este escrito a Argos, a aquellos seres queridos míos a los que quiero enviárselo.

ORESTES.—¿Acaso vas a corresponderle tú también con esas mismas palabras?

IFIGENIA.—¿Qué es lo que sí y lo que no tendría que hacer? Dímelo.

ORESTES.—Garantízale que le vas a dejar marchar vivo de esta tierra bárbara.

IFIGENIA.—[740] Justas son tus palabras. ¿Cómo, si no, podría llevar mi mensaje?

ORESTES.—¿El rey estará también de acuerdo con esto?

IFIGENIA.—Sí. Yo le convenceré y yo misma he de hacerte embarcar en el casco de la nave.

ORESTES.—*(Dirigiéndose a* PÍLADES.) Jura. *(Dirigiéndose a* IFIGENIA.) Empieza tú indicándole el juramento al que debe someterse.

IFIGENIA.—Debes decir: «Entregaré esta carta a tus amigos.»

PÍLADES.—«A tus amigos entregaré este escrito.»

IFIGENIA.—«Y yo te sacaré sano y salvo fuera de las rocas oscuras.»

PÍLADES.—¿Por cuál de los dioses has formulado el juramento?

IFIGENIA.—Por Ártemis, en cuyo templo precisamente desempeño mi ministerio.

PÍLADES.—Pues yo, por el soberano del cielo, sí, por el venerable Zeus.

IFIGENIA.—[750] ¿Y si faltas al juramento y obras injustamente conmigo?

PÍLADES.—Que no regrese. ¿Y qué hay de ti si no me sacas sano y salvo?

IFIGENIA.—Que jamás en vida ponga yo en Argos la huella de mi pie.

PÍLADES.—Escucha tú, pues, ahora, una cosa que nos hemos dejado a un lado.

IFIGENIA.—A ver, ponla en común en seguida, si es acertada.

PÍLADES.—Concédeme lo siguiente en concepto de mera excepción: si algo le sucediese al barco y la tablilla en medio del oleaje desapareciese junto con las mercancías, y yo salvase únicamente mi cuerpo, que el juramento no siga en pie por más tiempo.

IFIGENIA.—Pues, ¿sabes lo que voy a hacer? Mucho de mucho se obtiene. Voy a contarte de palabra todo el contenido que está escrito en los pliegues de la tablilla, para que se lo comuniques a mis amigos. Así estará a buen recaudo. Si salvas el escrito, él mismo relatará en silencio lo que en él está escrito; y si estas letras desaparecen en medio del mar, al tiempo que salvas tu cuerpo salvarás mis palabras.

PÍLADES.—Bien has hablado por lo que a mí y tus asuntos respecta. Indícame a quién debo entregar estas cartas en Argos y lo que debo decir, una vez que te haya escuchado.

IFIGENIA.—Entrégale el mensaje a Orestes, hijo de Agamenón: «Ifigenia, la que en Áulide fue inmolada, pero que está viva, aunque para los de allí no siga viva, envía este mensaje.»

ORESTES.—¿Y dónde está? ¿Ha regresado de vuelta después de morir?

IFIGENIA.—¡Es ésta a quien tú estás viendo! No me distraigas de mis palabras. «Llévame a Argos, sangre de mi sangre, antes de morir, fuera de esta tierra bárbara, y apártame de los sacrificios de la diosa en los que yo desempeño el ministerio de matar extranjeros.»

ORESTES.—Pílades, ¿qué puedo decir? ¿Dónde nos hallamos, en buena hora?

IFIGENIA.—«De no ser así, maldición yo he de ser que cargará sobre tu casa, Orestes.» Escucha este nombre dos veces y apréndetelo.

ORESTES.—¡Oh, dioses!

IFIGENIA.—¿Por qué a los dioses invocas tú por mí?

ORESTES.—Por nada. Termina. Se me había ido el pensamiento a otra cosa.

IFIGENIA.—De inmediato él te interrogará y llegará a una conclusión increíble. Cuéntale que la diosa Ártemis me salvó la vida ofreciendo en mi lugar un temero al que mi pa-

dre sacrificó, si bien él creía que en mí estaba hendiendo su aguda espada, y que me hizo vivir en esta tierra. Ésta es mi carta, éstas son las letras que están escritas en la tablilla.

PÍLADES.—¡Qué fácil el juramento este al que me has ligado! ¡Has formulado el más hermoso de los juramentos! No emplearé mucho tiempo [790] en ejecutar el juramento al que me he comprometido. *(Le entrega la tablilla a* ORESTES.) Toma, Orestes, te traigo y te entrego una tablilla procedente de tu hermana.

ORESTES.—*(Coge la tablilla.)* La tomo, pero dejo a un lado los pliegues del escrito. Voy primero a obtener un placer sin palabras. *(Dirigiéndose a* IFIGENIA.) ¡Oh mi más querida hermana! Me siento completamente conmocionado, pero estrechándote entre mis brazos incrédulos voy a disfrutar de una gran alegría, ahora que me acabo de enterar de una maravillosa noticia. *(Intenta abrazar a su hermana, pero ésta lo rechaza.)*

IFIGENIA.—Extranjero, no es lícito que a las siervas de la diosa roces echando tus manos sobre estos vestidos intocables.

ORESTES.—[800] ¡Oh hermana mía, que de mi mismo padre Agamenón naciste! No me des la espalda, pues aquí tienes a tu hermano, el que no creías que alguna vez habría de venir.

IFIGENIA.—¿Que tú eres mi hermano? ¿No vas a dejar de hablar? Argos y Nauplia están colmados con su persona.

ORESTES.—¡No está allí tu hermano, desdichada!

IFIGENIA.—Pero, ¿a ti te engendró la laconia hija de Tindáreo?

ORESTES.—Sí, para el hijo del hijo de Pélope, del que yo nací.

IFIGENIA.—¿Qué estás diciendo? ¿Tienes algún medio para probármelo?

ORESTES.—Lo tengo. Pregúntame algo de la casa de nuestro padre.

IFIGENIA.—[810] ¿No tendrías que ser tú el que hablase para que yo me diese cuenta de quién eres?

ORESTES.—Te diré primero una cosa que le oí a Electra. ¿Conoces aquella discordia que se originó entre Atreo y Tiestes?

IFIGENIA.—Lo he oído. Fue una disputa en torno a un cordero de oro.

ORESTES.—¿Sabes, entonces, que tejiste la historia en una tela de fina textura?

IFIGENIA.—¡Ay, querido! ¡Me estás llegando cerca del corazón!

ORESTES.—¿Y que representaste en el telar el cambio del curso del sol?

IFIGENIA.—También tejí esa figura con hilos bellamente trenzados[52].

ORESTES.—¿Y que recibiste el baño nupcial a manos de tu madre para ir a Áulide?[53].

IFIGENIA.—Bien lo recuerdo, pues ese matrimonio, por muy desdichado que fue, no me ha privado de la memoria.

ORESTES.—[820] ¿Pues qué más? ¿Entregaste unos cabellos tuyos para que se los llevasen a tu madre?

IFIGENIA.—Como recuerdo, sí, a cambio de mi cuerpo en la tumba[54].

ORESTES.—Y aquello que yo mismo he visto, eso seguidamente es lo que te presento como prueba: en casa de nuestro padre permanece oculta, en la cámara de las doncellas, la antigua lanza de Pélope con la que, blandiéndola vigorosamente entre sus manos, consiguió a la doncella de Pisa, Hipodamía, tras matar a Enómao[55].

---

[52] Ésta es la disputa a que se refiere. Tiestes, hermano gemelo de Atreo, sedujo a su cuñada Aérope para que ésta le entregase el cordero de oro que aseguraba a su marido Atreo el poder real. Con todo, Atreo consiguió conservar la corona gracias a la intervención de Zeus. En el debate que se planteó a los habitantes de Micenas, Tiestes propuso que fuese elegido rey aquel que pudiese mostrar un vellón de oro. Atreo aceptó, ignorante del hurto, perdió y Tiestes fue proclamado rey. Pero Atreo argumentó, con ayuda de Zeus, que el verdadero soberano fuese designado por otro prodigio, a saber, invertir el curso del sol. Así sucedió, y Atreo recuperó el trono.

[53] Uno de los ritos fundamentales del matrimonio consistía en el baño de la novia, con vistas a su purificación.

[54] La costumbre de depositar cabellos en la tumba ya la hemos visto varias veces: *Electra*, 90-1; *Las Troyanas*, 479-80 y 1182-4; *Ifigenia entre los Tauros*, 172-3 y 703.

[55] Enómao es un rey de Pisa, en Élide, Olimpia. Tenía una hija a la que se resistía a dar en matrimonio. Por ese motivo, sometía a sus pretendientes a una carrera de carros en la que siempre ganaba él, ya que sus caballos eran divinos. Cuando un día se presentó Pélope, hijo de Tántalo, Hipodamía se enamoró de él y sobornó al auriga de su padre para que éste perdiese la carrera. De este modo, Pélope e Hipodamía se casaron.

IFIGENIA[56].—*(Ya se muestra convencida.) ¡Ay, queridísimo hermano, pues eres lo que más quiero, y nada más! ¡Por fin te he recuperado, Orestes, por fin has venido desde muy lejos, de nuestra tierra patria, [830] de Argos! ¡Ay, querido mío!*

ORESTES.—¡También yo a ti, que muerta estabas según la opinión que nos habíamos formado! Lágrimas y llantos de alegría humedecen tus párpados, lo mismo que los míos.

IFIGENIA.—*Entonces, siendo todavía un bebé, te dejé, un pequeñín en brazos de la nodriza, un pequeñín en palacio. ¡Oh alma que has alcanzado una dicha inenarrable! ¿Qué podría decir? Más allá de cualquier maravilla [840] y lejos de toda explicación ha resultado este encuentro.*

ORESTES.—De aquí en adelante ojalá dichosos seamos el uno con el otro.

IFIGENIA.—*Un insólito placer de mí ha hecho presa, amigas mías. Temo que de mis brazos al éter volando de mí escape. ¡Ay, hogar ciclópeo![57]. ¡Ay patria! ¡Micenas querida! ¡Gracias te doy por su vida! ¡Gracias te doy por su crianza! ¡Porque a mi hermano, a esta sangre de mi sangre, criaste, luz de la casa!*

ORESTES.—[850] Por nuestro origen somos afortunados, mas por lo que a sus circunstancias respecta, hermana, desafortunada fue nuestra vida.

IFIGENIA.—*Ya lo sé[58], pobre de mí, ya lo sé, cuando su espada sobre mi garganta puso mi perverso padre.*

ORESTES.—¡Ay de mí! Allí me parece estar viéndote, aunque no lo presencié.

IFIGENIA.—*Sin cánticos nupciales, hermano, al doloso tálamo nupcial de Aquiles me llevaron. [860] Lágrimas y sollozos hubo, en cambio, junto al ara. ¡Ay, ay! ¡Qué lustraciones aquellas! ¡Ay de mí!*

---

[56] Se inicia aquí un *kommós* o diálogo lírico entre Orestes e Ifigenia. Efectivamente, este tipo de diálogos es usado con frecuencia en momentos muy emotivos, como esta escena de reconocimiento. Cfr. también el reconocimiento de Creúsa y su hijo Ión en el drama *Ión*, 1445 ss.

[57] A Micenas suele aplicarse el estilo de arquitectura ciclópea, consistente en grandes bloques de piedra que parecen desafiar las fuerzas humanas. Estas construcciones suelen atribuirse a los Cíclopes, caracterizados, entre otras cosas, por su fuerza y su habilidad manual.

[58] El original griego oculta aquí una forma conversacional con crasis y elisión.

ORESTES.—¡'Ayes' de dolor exclamé yo también por la audacia a que nuestro padre osó!

IFIGENIA.—*Sin padre, un destino privado de padre tocóme en suerte. Un mal detrás de otro encadenándose va en virtud de los designios de alguna divinidad.*

ORESTES.—¿Y si a tu hermano, desdichada, hubieses matado?

IFIGENIA.—*¡Ay, pobre de mí! ¡Terrible acto de audacia! ¡Terrible osadía iba a cometer! ¡Iba a cometer una terrible osadía! ¡Ay de mí! ¡Hermano! ¡Por bien poco te has librado de una impía muerte desgarrado por mis manos! ¿Cuál será el desenlace de esta situación? ¿Qué destino me aguardará en el futuro? ¡Qué camino! ¿Qué camino podría encontrar para enviarte de regreso lejos de esta ciudad, lejos de esta muerte criminal, a tu patria argiva, antes de que la espada llegue a tocar tu sangre? ¡Encontrarlo, encontrarlo, triste alma mía, es tu obligación! ¿Quizá por tierra? ¿No en barco, sino con el impulso de tus pies? ¡Irías justamente al encuentro de la muerte recorriendo bárbaras tribus y caminos que no son caminos!*[59]. *¡A través de las oscuras rocas del estrecho larga es la travesía para una fuga en barco! ¡Desdichada, desdichada! ¿Qué dios, pues, o qué mortal, o qué ayuda inesperada podría abrirnos un camino que hasta ahora no existe, y mostrarnos a nosotros, los dos únicos hijos de Atreo, la liberación de nuestras desgracias?*

CORIFEO.—Por estar en medio de estos hechos admirables y más allá de toda explicación, yo misma lo he presenciado sin haberlo oído de mensajeros.

PÍLADES.—Cuando un ser querido llega a la presencia de otro ser querido, Orestes, natural es que se estrechen entre sus brazos, mas ahora es preciso poner fin a las lamentaciones y llegar al modo con que podamos obtener el glorioso nombre[60] de la salvación y salir de esta tierra bárbara. Esto es, en efecto, lo propio de hombres sensatos: no apartarse

[59] Forma parte del gusto de Eurípides este tipo de oposiciones, muy expresivas en griego. *Heracles*, 1061: «Duerme un sueño funesto que no es tal sueño.» 1133: «Hijo, te enzarzaste precipitadamente en una guerra, que no era tal guerra, contra tus hijos.» *Ifigenia entre los Tauros*, 512: «Huyo desterrado, de algún modo, más o menos, voluntario e involuntario.» 566: «Por desgraciada gracia de una mujer malvada murió.» 568: «Vive desgraciado —eso sí— en todas y en ninguna parte.»

[60] Lectura de los manuscritos.

de la buena suerte, aprovechar la oportunidad, disfrutar otros placeres.

ORESTES.—Bien has hablado. Creo que es cuestión de suerte junto con nuestra ayuda. Cuando alguien está bien dispuesto, [910] es razonable que la divinidad se esfuerce más.

IFIGENIA.—No me detengas ni me impidas que hable y que pregunte, en primer lugar, qué fortuna ha alcanzado Electra en su vida, pues vosotros sois todo lo que quiero.

ORESTES.—Vive casada con éste *(Señalando a* PÍLADES*)* y lleva una vida feliz.

IFIGENIA.—Y éste, ¿de qué país proviene y de quién es hijo?

ORESTES.—Su padre es Estrofio de Fócide.

IFIGENIA.—¿De verdad es hijo de la hija de Atreo, de mi misma familia?

ORESTES.—Primo nuestro[61], sí, y mi único amigo de verdad.

IFIGENIA.—[920] No había nacido todavía cuando mi padre me mató[62].

ORESTES.—No, no había nacido, ya que Estrofio estuvo durante algún tiempo sin tener hijos.

IFIGENIA.—¡Enhorabuena, esposo de mi hermana!

ORESTES.—Y también mi salvador, como poco, no sólo pariente.

IFIGENIA.—¿Cómo es que cometiste aquella terrible audacia contra nuestra madre?

ORESTES.—No hablemos de ello. Vengué a mi padre.

IFIGENIA.—¿Y cuál fue la causa? ¿Por qué mató a su esposo?

ORESTES.—Deja lo de tu madre. No es decente que lo escuches.

IFIGENIA.—Me callo. ¿Y Argos? ¿Dirige ahora hacia ti su mirada?

ORESTES.—Gobierna Menelao[63]. Yo me encuentro desterrado de la patria[64].

---

[61] El padre de Pílades es Estrofio, casado con Anaxibia, hermana de Agamenón, y por tanto cuñado suyo.

[62] Cfr. verso 60: «Estrofio no tenía hijos cuando yo llegué a mi fin.»

[63] Menelao es su tío, hermano de su padre Agamenón, y casado con Helena, hermana de su madre Clitemestra.

[64] Así se lo ha indicado Cástor, *Electra*, 1250-1: «Tú abandona Argos, toda vez que, al haber dado muerte a tu madre, no puedes tomar posesión de tu herencia, de esta ciudad.»

IFIGENIA.—[930] ¿No habrá nuestro tío tratado de malos modos nuestra casa debilitada?

ORESTES.—No, lo que me expulsa fuera del país es el terror a las Erinias.

IFIGENIA.—Ya lo he comprendido. A causa de tu madre las diosas te persiguen.

ORESTES.—Hasta ponerme un bocado teñido de sangre.

IFIGENIA.—Por eso entonces me anunciaron que habías enloquecido ahí, sobre los acantilados[65].

ORESTES.—No es ahora la primera vez que me han visto en ese penoso estado.

IFIGENIA.—¿Y por qué has dirigido en este momento tus pasos hasta esta tierra?

ORESTES.—He venido hostigado por un oráculo de Febo.

IFIGENIA.—¿Qué es lo que tienes que hacer? ¿Puede decirse o debe mantenerse en silencio?

ORESTES.—Te lo contaré. Éste es el comienzo de mis muchas penalidades. [940] Cuando a mis manos llegó la maldición de mi madre, aquella que silenciamos, por la persecución de las Erinias al destierro me vi impulsado. Por eso Loxias[66] encaminó mis pasos a Atenas, como es bien sabido, para que ofreciese mi pena a las diosas sin nombre[67]. Hay allí un tribunal sagrado que, a favor de Ares, antaño Zeus instituyó a raíz de una mancha que contrajo con sus manos[68]. Una vez que allí llegué, al principio ningún huésped quiso

---

[65] Cfr. versos 340-1: «Es asombroso lo que acabas de contar del loco este, quienquiera que sea el griego que de su patria a este ponto inhóspito ha venido.»

[66] Apolo.

[67] En realidad, sí tienen nombre. Pocos versos antes las acaba de llamar las Erinias. Como no es prudente mencionarlas por su nombre, es frecuente eludir su nombre o referirse a ellas eufemísticamente, como cuando, por ejemplo, se las llama Euménides, 'las bondadosas'.

[68] El famoso tribunal del Areópago, 'colina de Ares'. En los versos 1258-1263 de *Electra* leemos lo siguiente: «Hay una colina de Ares, donde por primera vez los dioses se sentaron para juzgar por votación un proceso de sangre, cuando sin ninguna piedad Ares mató a Halirrocio, hijo del señor de los mares, en venganza por las impías bodas de su hija. Por ello allí la imposición del voto es la más pía y firme.» En esa escena se relatan los hechos de la suerte de Orestes con más detalle.

acogerme, por ser yo un individuo aborrecido por los dioses. Algunos sintieron vergüenza y me ofrecieron su hospitalidad en mesa aparte, [950] aun estando bajo el mismo techo, pero idearon que yo me estuviese en silencio sin hablar, de modo que yo disfrutase de su comida y bebida por separado. Ellos se deleitaban con una vasija propia que llenaban con una medida de vino idéntica para todos. Yo no creía conveniente llevar la contraria a mis huéspedes, soportaba mi dolor en silencio y daba la impresión de que no me daba cuenta, aunque me lamentaba profundamente por ser el asesino de mi madre. He oído decir que estas desgracias mías son el origen de una fiesta entre los atenienses, y que todavía conservan esa costumbre, [960] de que el pueblo de Palas honre la vasija de los Coes[69].

Una vez que llegué a la colina de Ares, comparecí ante el tribunal. Yo ocupé uno de los dos bancos y la más anciana de las Erinias el otro. Después de pronunciar los alegatos y escuchar el crimen de sangre contra mi madre, Febo presentó las evidencias a mi favor y me salvó de la muerte. Palas con su mano contó los votos uno a uno, que resultaron estar igualados (lo cual me favorecía). Así gané y salí libre del juicio por asesinato[70]. Cuantas Erinias se sometieron al resultado del juicio, obtuvieron junto al mismo lugar de la votación un espacio delimitado como santuario; [970] pero las que no se sometieron a la ley, me iban persiguiendo en agobiante carrera, hasta que al sacro territorio de Febo regresé y, postrándome ante su templo, ayuno de ali-

---

[69] Los *Coes,* 'jarritas para servir el vino', es el nombre del segundo día de las *Antesterias,* fiestas que se celebraban en Atenas en el mes *Antesterion,* correspondiente a nuestro febrero, en honor a Dioniso, dios del vino. Durante el segundo día de estas fiestas, tenía lugar un concurso de bebedores que debían apurar lo más deprisa posible el vino contenido en una jarra. El vencedor recibía una corona de hojas y un odre de vino, tal como puede verse al final de la comedia de Aristófanes *Los Acarnienses.*

[70] Cfr. *Electra,* 1265-9: «Los votos depositados a partes iguales en el proceso judicial te absolverán de la pena capital, ya que Loxias atraerá a sí mismo la responsabilidad, por revelarte el oráculo del asesinato de tu madre. Y en los procesos restantes se establecerá esta norma de jurisprudencia, a saber, que en igualdad de votos el reo gane siempre la causa.» Al final de *Ifigenia entre los Tauros* vuelve a recordarse el tema, en los versos 1469-72.

mentos, juré que allí mismo mi vida perdería muriendo si Febo, que causó mi ruina, no me salvaba[71]. A continuación, Febo hizo resonar poderosa su voz desde el trípode áureo y aquí me envió para que me apoderase de la estatua que Zeus hizo caer del cielo y la erigiese en territorio ateniense.

Así que ayúdame a conseguir la vía de salvación que precisamente me ordenó. [980] Así es. Si conseguimos la imagen de la diosa, terminarán mis ataques de locura, te conduciré en mi nave de muchos remos a Micenas y allí te estableceré de nuevo. ¡Venga, hermana queridísima mía! ¡Salva tu casa paterna y líbrame a mí de estos peligros! Que perdido está todo lo mío y lo de los pelópidas si no nos hacemos con la celeste imagen de la diosa.

CORIFEO.—¡Terrible hierve la cólera de los dioses contra la estirpe de los tantálidas y a través de mil penalidades la conduce![72].

IFIGENIA.—Ya tenía yo ganas, incluso antes de que aquí tú llegases, [990] de estar en Argos y de verte, hermano. Quiero lo mismo que tú, librarte de tus penalidades y enderezar nuestra debilitada casa paterna, sin guardar rencor a quien quiso matarme. Así libraría mis manos de inmolarte y salvaría mi casa.

Mas, cómo pasaría inadvertida a la diosa es lo que temo, y al rey, cuando vacío encuentre el pedestal de piedra de la estatua. ¿Cómo podré entonces no morir? ¿Qué podría argumentar? Pero si las dos cosas se hiciesen a la vez, [1000] y tú te llevases la estatua y me embarcases a mí en tu navío de buena popa, el riesgo de la empresa se tornaría exitoso. De otro modo, si yo no entro en tus planes, perdida estoy,

---

[71] Sin embargo, en la tragedia *Electra*, Cástor comunicó a Orestes este otro resultado en los versos 1270-2: «Y las diosas, verdaderamente terribles, abatidas por este doloroso golpe, al pie de la colina misma se hundirán en las profundidades de este lugar, venerable sede oracular para los hombres piadosos.» Como es obvio, las 'diosas verdaderamente terribles', las Erinias, no se sometieron al resultado del juicio; al menos, no todas.

[72] En cuanto a los descendientes de Tántalo y de Pélope, tanto se les llama tantálidas como pelópidas, y también atridas.

aunque tú, en cambio, tras disponer convenientemente tus asuntos, obtendrías el regreso. Mas a nada me niego, ni siquiera a salvarte aunque yo deba morir, pues no a otro sino al hombre es a quien se echa de menos al morir; la condición femenina, por el contrario, es insignificante.

ORESTES.—No he de ser yo tu asesino y el de mi madre. Su sangre ya fue suficiente. Siendo, como es, mi corazón común al tuyo, quiero alcanzar la misma suerte que tú: vivir o morir. [1010] Te llevaré conmigo tanto si salgo de aquí en dirección a casa, como si me quedo para morir contigo. Pero escucha lo que yo creo; si esta acción nuestra desagradase a Ártemis, ¿cómo, entonces, Loxias me habría ordenado en su oráculo que llevase la estatua de la diosa a la ciudad de Palas y que su rostro contemplase? Reuniendo todo en uno, confío en conseguir nuestro regreso.

IFIGENIA.—¿Cómo, entonces, podríamos lograr no morir y obtener lo que queremos? En este punto nuestro regreso a casa se debilita. Esto es lo que hay que deliberar.

ORESTES.—[1020] ¿Podríamos, acaso, matar al rey?

IFIGENIA.—Eso que acabas de decir es horrible. ¡Que a su huésped mate alguien de fuera!

ORESTES.—Pero si eso nos salva a ti y a mí, habrá que correr ese riesgo.

IFIGENIA.—Yo no podría, pero alabo tu arrojo.

ORESTES.—¿Y si me ocultases secretamente dentro del templo?

IFIGENIA.—¿Para librarnos del peligro aprovechándonos de la oscuridad?

ORESTES.—Sí, pues la noche es propia de ladrones y el día de la verdad.

IFIGENIA.—Dentro están los guardianes del templo y no podríamos ocultarnos.

ORESTES.—¡Ay de mí! ¡Estamos perdidos! ¿Cómo podríamos salvarnos?

IFIGENIA.—Creo que he encontrado una nueva solución.

ORESTES.—[1030] ¿Cuál? Hazme partícipe de tu idea, para que yo también la conozca.

IFIGENIA.—Me valdré de tu propia ruina como truco.

ORESTES.—¡Terriblemente admirables sois las mujeres para inventar estratagemas![73].

IFIGENIA.—Diré que tú vienes de Argos por asesinar a tu madre.

ORESTES.—Válete de mis desgracias, si con eso vas a obtener alguna ganancia.

IFIGENIA.—Diré que no es lícito sacrificarte a la diosa...

ORESTES.—¿Qué motivo vas a tener? Algo voy sospechando.

IFIGENIA.—...porque no eres puro, y que yo sólo sacrificaré una víctima pura.

ORESTES.—¿Por qué, entonces, va a estar la estatua de la diosa más cerca de ser capturada?

IFIGENIA.—Diré que prefiero purificarte con agua del mar.

ORESTES.—[1040] Pero todavía seguirá estando en el templo la imagen por la que hasta aquí hemos venido navegando.

IFIGENIA.—Diré que también hay que lavarla porque tú la has tocado.

ORESTES.—¿En dónde, pues? ¿Vas a ir junto al húmedo entrante del mar?

IFIGENIA.—Donde tu nave anclada se encuentra con amarras de lino.

ORESTES.—¿Quién llevará la figura entre sus brazos? ¿Tú o algún otro?

IFIGENIA.—Yo, porque sólo a mí me está permitido tocarla.

ORESTES.—¿Cuál es el papel de Pílades en esta empresa nuestra?

IFIGENIA.—Puede decirse que tiene la misma mancha que tú en sus manos.

ORESTES.—¿Vas a ejectuar esto a escondidas del rey o sabiéndolo él?

IFIGENIA.—Tendré que convencerlo con mis palabras, pues

---

[73] Afirmaciones de este tipo puede que contribuyesen a forjar la imagen de un Eurípides misógino y enemigo de las mujeres. Así se justificaría la trama de la comedia de Aristófanes *Las Tesmoforiantes*, donde todas las mujeres se conjuran para dar muerte a Eurípides. Cfr. Aristófanes, *Las Tesmoforiantes* 384-8: «*(Habla una mujer.)* Hace ya mucho tiempo que soporto con pesar, pobrecita de mí, el ver cómo nos arrastra por el fango el Eurípides ese, el hijo de la verdulera, y cómo cuenta de nosotras todo tipo de maldades sin número.» No obstante, la realidad es más compleja y no se ajusta a este tópico.

no podría ocultárselo de ninguna de las maneras. Tú debes ocuparte, por tanto, de que todo lo demás resulte bien.

ORESTES.—A punto tenemos, desde luego, el barco y los bien dispuestos remos. Ya sólo falta una cosa, que estas mujeres mantengan el secreto. Así que acércate a ellas y encuentra palabras que resulten persuasivas. Tiene la mujer —que lo sepas— capacidad de mover a la compasión. ¡Hasta es posible que todo lo demás resulte bien!

IFIGENIA.—*(Dirigiéndose al* CORO DE CAUTIVAS GRIEGAS.) ¡Queridísimas mujeres! A vosotras dirijo mi mirada, pues en vuestras manos se encuentra mi destino: o que bien resulte, o que en nada quede y me vea yo privada de mi patria, de mi querido hermano y de mi muy amada hermana. Por eso, que estas palabras den inicio a mi discurso las primeras. Somos mujeres, seres amistosamente dispuestos los unos con los otros, y las más firmes a la hora de preservar los intereses comunes. Ayudadnos a lograr nuestra huida y mantenedla en secreto por nuestro bien. Noble, en verdad, es la lengua en la que se puede confiar. Y fijaos, cómo a tres seres muy queridos un único destino une: o el regreso a la tierra patria, o la muerte. Si yo me salvo, te he de llevar sana y salva a Grecia, de modo que también tú alcances común destino al mío. Así que te lo suplico a ti por tu mano derecha, y a ti, y a ti también, y a ti por tu mejilla, tus rodillas, los seres queridos que estén en casa, madre, padre e hijos, si los tenéis. *(Se produce un momento de silencio. La tensión crece.)* ¿Qué decís? ¿Quién de vosotras dice que sí quiere o que no? Hablad, lo que sea, que si no estáis de acuerdo con mis palabras, perdidos estamos mi pobre hermano y yo.

CORIFEO.—Tranquila, querida señora, y sálvate. Que, con respecto a lo que encarecidamente me estás rogando, por mi parte, al menos, he de callarlo todo en tu favor. Sépalo el gran Zeus.

IFIGENIA.—¡Benditas seáis por vuestras palabras y que lleguéis a ser felices!

(Dirigiéndose a ORESTES *y* PÍLADES.*)* Cosa tuya, y tuya también, es entrar ya en el templo[74]. [1080] Dentro de nada vendrá aquí el rey de este país a enterarse de si ya se ha consumado el sacrificio de los extranjeros.

(ORESTES *y* PÍLADES *entran en el templo.* IFIGENIA *se dirige a la diosa Ártemis.)*

¡Oh, señora, que de los valles de Áulide me salvaste de la mano terrible y asesina de mi padre! ¡Sálvanos también ahora a mí y a éstos, o por tu culpa la boca de Loxias ya no será por más tiempo digna de crédito entre los mortales! ¡Venga! Encamínate propicia fuera de esta tierra bárbara en dirección a Atenas, pues en verdad ya no te conviene vivir aquí, toda vez que te es posible habitar en una ciudad dichosa.

(IFIGENIA *entra en el templo. Queda el* CORO *solo en escena.)*

CORO.
Estrofa 1.ª.
¡Alción, ave que cabe las rocosas crestas [1090] de los acantilados marinos tu son lastimero cantas, grito bien comprensible para quienes comprenden que a tu esposo celebras constantemente con tus cantos![75]*. Yo contigo comparo mis lamentos, ave sin alas, que anhela las fiestas de los griegos, que anhela a Ártemis partera, que junto al monte Cinto*[76] *habita, y la palma de exuberante follaje, [1100] y el laurel de lozanos brotes, y la sacra rama del verde olivo, tan querida para los dolores del parto de Leto, y el lago que el agua arremolina en círculo, donde el cisne canoro a las musas honra.*

---

[74] La expresión original del griego reviste cierto tono coloquial.

[75] Alcíone es la hija del rey de los vientos, Eolo. Se casó con Ceix y formaban un matrimonio tan feliz, que ellos mismos se comparaban con Zeus y Hera. Irritados por esta muestra de orgullo, los dioses los transformaron en aves: a él, en somormujo; y a ella, en alción.

[76] El Cintio es un monte situado en Delos, lugar de nacimiento de Apolo y Ártemis.

Antístrofa 1.ª.

¡Oh ríos y ríos de lágrimas y más lágrimas, que a mis mejillas cayeron cuando tras perderse la ciudadela en las naves me embarcaron enemigas, junto con sus remos y sus lanzas! Tras venderme a cambio de una buena suma de oro, me condujeron camino de esta bárbara tierra, donde mis servicios presto a la sacerdotisa de la diosa cazadora de ciervos, a la doncella hija de Agamenón, en el altar donde no son corderos lo que se sacrifica. Envidio al que siempre desafortunado ha sido, pues en medio de la necesidad no sufre, por estar habituado a ella[77]*. Las mudanzas son una desgracia. Sin embargo, después de un período de buena suerte, arruinarse para los mortales es oneroso destino.*

Estrofa 2.ª.

También a ti, señora, sí, argiva nave de cincuenta remos a casa ha de llevarte. Silbando el cálamo, trabado con cera de Pan montaraz, a los remos sus órdenes potentes dará. Febo el adivino, al tiempo que de su lira de siete tonos sus sones obtiene, cantando te llevará a buen puerto, a la opulenta tierra de los atenienses. Irás a golpe de remo rugiente y a mí me dejarás aquí. Con el viento en las velas, el estay de trinquete[78] *extenderá la escota*[79] *de la nave, inclinándose veloz sobre la propia proa.*

Antístrofa 2.ª.

¡Ojalá la resplandeciente carrera del carro yo recorriese, por donde avanza el fuego del sol! ¡Ojalá sobre las estancias de mi casa las alas en mis costados cesase yo de batir! ¡Ojalá presente estuviese en medio de las danzas, donde también yo, cuando era joven, en las bodas bien reputadas, a los pies de mi querida madre, guiaba la comitiva de mis compañeras, para competir en gracia y hermosura, para rivalidad de melenas ricamente exuberantes! Con mis movimientos, los velos de ricos colores y los rizos

---

[77] Cfr. *Heracles*, 1291-3: «Para un hombre que en otro tiempo era aclamado por su felicidad, cosa penosa son estos cambios. Sin embargo, al que siempre ha estado en una mala situación, nada le duele porque ya desde su nacimiento es un ser desgraciado.»

[78] Cable que va del mástil a la proa.

[79] Cabo que sirve para cazar las velas, poniéndolo tirante hasta que el puño de la vela quede lo más cerca posible de la borda.

de mi cabellera íbanme cubriendo en rededor hasta quedar mi rostro oculto entre sombras.

(Llega el rey TOANTE *acompañado de sus servidores.)*

TOANTE.—¿Dónde está la guardiana de las puertas de este templo, la mujer griega? ¿Ya ha iniciado el ceremonial del sacrificio de los extranjeros? ¿En el santo sagrario sus cuerpos brillan en el fuego abrasador?

CORIFEO.—*(Ve salir a* IFIGENIA *del templo con la imagen de Ártemis entre los brazos.)* Aquí está, soberano, la que todo te explicará con claridad.

TOANTE.—*(El rey se sorprende e intenta entrar dentro.)* ¡Eh! ¿Por qué cambias de sitio la estatua de la diosa, hija de Agamenón, y en brazos te la llevas de su pedestal, del que moverse no debe?

IFIGENIA.—¡Soberano, detén ahí mismo en el vestíbulo tus pasos!

TOANTE.—[1160] Pero, Ifigenia, ¿qué nuevo suceso acontece en el templo?

IFIGENIA.—Escupo[80]. A la piedad imputo esta palabra.

TOANTE.—¿Qué significa este nuevo preámbulo? Habla con claridad.

IFIGENIA.—No son puras, en mi opinión, las víctimas que cazasteis, soberano.

TOANTE.—¿Qué te lo ha hecho saber con tal seguridad? ¿O te refieres a una conjetura tuya?

IFIGENIA.—La imagen de la diosa desde su posición se ha girado hacia atrás.

TOANTE.—¿Por sí misma, o la ha girado un temblor de tierra?

IFIGENIA.—Por sí misma. Y cerró los ojos ajustando sus párpados.

TOANTE.—Y la causa, ¿cuál es? ¿Acaso por contaminación de los extranjeros?

---

[80] Con intención de alejar de sí cualquier mancha o desgracia. En griego propiamente hay una forma de aoristo. Escupir era para los antiguos un modo de rechazar un mal agüero.

IFIGENIA.—Ésa, y no otra, pues han cometido unos delitos terribles.

TOANTE.—¿Es que acaso mataron a alguno de los bárbaros en la costa?

IFIGENIA.—Vinieron tras ganarse ya el crimen en casa.

TOANTE.—¿Cuál? He caído ya en ganas de saberlo.

IFIGENIA.—A su madre mataron con espada común.

TOANTE.—¡Apolo! ¡Ni siquiera entre estos bárbaros alguien se atrevería a eso!

IFIGENIA.—Fueron desterrados ante el acoso de toda Grecia.

TOANTE.—Entonces, ¿por eso estás sacando fuera la estatua?

IFIGENIA.—Sí, bajo el sacro éter, para alejarla de la sangre del crimen.

TOANTE.—Y la mancha de los dos extranjeros, ¿en qué modo la llegaste a conocer?

IFIGENIA.—Los examiné cuidadosamente cuando la imagen de la diosa se dio la vuelta.

TOANTE.—Sabia te educó Grecia. ¡Qué bien te percataste de la situación!

IFIGENIA.—Y además asentaron un dulce cebo en mi corazón.

TOANTE.—¿Te trajeron alguna noticia de Argos como medio para seducirte?

IFIGENIA.—Que mi único hermano Orestes era dichoso.

TOANTE.—Con intención, claro está, de que los salvases por efecto del placer de sus noticias.

IFIGENIA.—Y que mi padre vive y se encuentra bien.

TOANTE.—Pero tú te inclinaste por la diosa, como era bien de esperar.

IFIGENIA.—Sí, por odio a toda la Hélade que causó mi perdición.

TOANTE.—¿Qué hacemos entonces —dime— con el par de extranjeros?

IFIGENIA.—Forzoso es respetar la ley establecida.

TOANTE.—¿No entrarán, por tanto, en acción las lustraciones y tu espada?

IFIGENIA.—Con santa purificación primero quiero limpiarlos.

TOANTE.—¿Con agua de una fuente o con agua del mar?

IFIGENIA.—El mar lava los males todos de los hombres.

Toante.—Más puros, desde luego, en honor de la diosa sucumbirán.
Ifigenia.—Y así también mi empeño, al menos, mejor resultará.
Toante.—¿Y no llegan junto al mismo templo las olas del mar?
Ifigenia.—Se precisa soledad, pues vamos a ejecutar además otros ritos.
Toante.—Condúcelos a donde quieras. No deseo contemplar lo inefable.
Ifigenia.—Debo también purificar la imagen de la diosa.
Toante.—[1200] Siempre que le haya alcanzado la mancha del matricidio.
Ifigenia.—Sí, pues de lo contrario jamás yo la habría levantado de su pedestal.
Toante.—Justa piedad y previsión.
Ifigenia.—¿Sabes, pues, lo que tienes que hacerme?
Toante.—Asunto tuyo es señalármelo.
Ifigenia.—Ponles cadenas a los extranjeros.
Toante.—¿Pero, adónde podrían escaparse de ti?
Ifigenia.—Grecia no conoce lealtad alguna.
Toante.—*(Dirigiéndose a sus sirvientes.)* Sirvientes, id a por cadenas.
Ifigenia.—Que saquen aquí a los extranjeros.
Toante.—Así se hará.
Ifigenia.—Que les cubran con velos la cabeza.
Toante.—Frente a los rayos del sol.
Ifigenia.—Envíame a algunos miembros de tu escolta.
Toante.—Éstos de aquí te acompañarán.
Ifigenia.—Y envía a alguien que a la ciudad anuncie...
Toante.—¿Qué clase de acto?
Ifigenia.—[1210]...que en sus casas todos permanezcan.
Toante.—¿Para no entrar en contacto con el asesino?
Ifigenia.—Sí, ya que eso es impuro.
Toante.—Ve y anuncia tú...
Ifigenia.—...que en absoluto hay que exponerse a su visión.
Toante.—Bien —desde luego— cuidas a la ciudad.
Ifigenia.—Y, de entre mis seres queridos, a aquellos que más lo necesitan.

TOANTE.—*(Impresionado.)* Eso lo acabas de decir por mí. ¡Con qué razón la ciudad te admira!

IFIGENIA.—Tú quédate aquí, delante del templo de la diosa.

TOANTE.—¿Qué es lo que voy a hacer?

IFIGENIA.—Purifica con una antorcha el edificio.

TOANTE.—Limpio estará cuando aquí vuelvas.

IFIGENIA.—Cuando salgan fuera los extranjeros...

TOANTE.—¿Qué es lo que tengo que hacer?

IFIGENIA.—Ponerte un velo delante de los ojos.

TOANTE.—Para no ver al criminal.

IFIGENIA.—Y si te parece que estoy empleando mucho tiempo...

TOANTE.—¿Qué límite tengo para esa tardanza?

IFIGENIA.—[1220]... no te extrañes en punto alguno.

TOANTE.—Ejecuta convenientemente, con tranquilidad, el ritual de la diosa.

IFIGENIA.—¡Ojalá esta purificación termine como yo quiero!

TOANTE.—Me sumo a tu súplica.

(El rey TOANTE *entra en el templo con sus sirvientes. Sale una comitiva que escolta a* ORESTES *y* PÍLADES, *encadenados y con el rostro cubierto, como poco antes ha ordenado* IFIGENIA. *Otros miembros de la comitiva portan diversos objetos necesarios para el rito sacrificial.)*

IFIGENIA.—Estoy viendo que justamente ahora salen ya del templo los extranjeros. Veo también los ornamentos de la diosa, y los corderos recién nacidos, con cuya sangre la sangre inmunda purificaré, y el resplandor de las antorchas y el resto de los utensilios que ordené para purificar a la diosa y a los extranjeros. A los ciudadanos doy orden de que se mantengan lejos de esta mancha, tanto si se trata de algún portero que mantiene puras sus manos al servicio de los dioses, como de alguien que venga a unirse en matrimonio, o de alguna mujer que se encuentre embarazada. Huid, alejaos, que sobre nadie caiga esta contaminación. [1230] *(Dirigiéndose a la imagen que sigue teniendo entre sus brazos.)* ¡Oh doncella soberana hija de Zeus y de Leto! Si purifico la sangre de estos hombres y ejecuto el sacrificio don-

de conviene, habitarás tú una casa pura y dichosos seremos nosotros. El resto no lo digo, mas indicios de ello os doy a ti, diosa, y a los dioses que todo lo saben.

(Se marcha Ifigenia *junto con la comitiva que traslada a* Orestes *y* Pílades. *El* Coro *queda solo en la escena.)*

Coro.

Estrofa.

¡Oh bien nacido hijo de Leto, al que antaño en los fértiles valles de Delos dio a luz! Rubios son sus cabellos, diestro con la cítara, radiante de alegría por la certera puntería de sus flechas. Su madre lo llevó lejos del acantilado marino, cuando atrás dejó el ilustre lugar en el que lo había alumbrado, adonde las corrientes de agua manan sin cesar, a la cumbre del Parnaso que con Dioniso furor comparte. En ese lugar, una serpiente de lomos moteados color de vino, cubierta con escamas de umbrío laurel de tupido follaje[81]*, portento monstruoso de la tierra, custodiaba el oráculo del lugar. Todavía recién nacido, cuando aún te abalanzabas sobre los brazos de tu querida madre, le diste muerte, Febo. Tu pie plantaste sobre los muy divinos oráculos y en el trípode de oro ahora te sientas, en trono que no miente, administrando entre los mortales oráculos determinados por los dioses al pie del sagrario, vecino a las corrientes de Castalia*[82]*, ocupando una morada que es el centro de la tierra*[83]*.*

Antístrofa.

Y cuando a Temis[84]*, hija de la Tierra, la desterró de los muy divinos oráculos, por la noche Tierra produjo visiones oníri-*

---

[81] Lectura de los manuscritos.

[82] Manantial de las Musas en el monte Parnaso.

[83] El 'ombligo central' lo llama en el verso 5 de la tragedia *Ión*. Delfos era considerado el ombligo del mundo, y en el templo que allí había, donde se desarrolla la acción de la mencionada tragedia, había efectivamente un ombligo de piedra. Al comienzo de la tragedia *Las Euménides*, de Esquilo, se traza una breve historia del oráculo de Delfos, que era el más famoso de Grecia.

[84] Temis era hija, efectivamente, de Gea (Tierra) y de Urano. Enseñó a Apolo los secretos de las artes adivinatorias y, con anterioridad al dios, poseía el santuario pítico de Delfos. Según se cuenta en la tragedia de Esquilo que hemos citado en la nota anterior, *Las Euménides*, el oficio oracular lo desempeñó en primer lugar Gea, la Tierra, la divinidad más antigua, madre de los Titanes. Luego le siguieron su hija Temis y Febe, madre de Leto y abuela de Apolo. Posteriormente se le concedió como presente natalicio a Febo Apolo.

cas que a muchos mortales, cuanto más tarde o más pronto iba a acontecer, revelaba mientras dormían tumbados en sus camas. Así Gea el honor oracular a Febo arrebató, indignada por lo de su hija. Entonces con pie ligero al Olimpo el soberano se dirigió y se aferró con mano de niño al trono de Zeus, para que apartase de la morada pítica la cólera de la diosa de la tierra. Y su padre sonrió por lo pronto que había acudido su hijo, movido por el deseo de retener su culto, rico en oro. Sacudió la melena para que cesasen las voces de la noche, y privó a los mortales de la veracidad de las visiones nocturnas. Restituyó su oficio a Loxias, y a los mortales la confianza asentada en los cantos del trono oracular, que tantos visitantes recibe.

(Llega un mensajero que es en realidad uno de los sirvientes del rey Toante.)

Mensajero.—¡Guardianes del templo y encargados del altar! ¿Dónde se encuentra Toante, rey de esta tierra? ¡Abrid las puertas de bellos goznes y llamad al señor del país para que salga fuera de estos recintos!

Corifeo.—¿Qué sucede, si puedo hablar sin permiso?

Mensajero.—¡Se han marchado, se han ido los dos jóvenes mediante un plan de la hija de Agamenón! ¡Están huyendo del país y llevan en el interior del barco griego la sagrada imagen que nos acaban de robar!

Corifeo.—*(De acuerdo al compromiso adquirido con* Ifigenia, *trata de engañar al* mensajero.) Acabas de relatarnos una historia increíble. En cuanto al soberano del país, a quien deseas ver, acaba de marcharse del templo a toda prisa.

Mensajero.—¿Adónde? Tiene que enterarse de estos hechos.

Corifeo.—No lo sabemos. Pero vete y búscalo donde quiera que se encuentre para que le anuncies estas noticias.

Mensajero.—*(Desconfiando.)* ¡Fijaos qué poco de fiar es el género femenino! ¡También vosotras tenéis parte en estos acontecimientos!

Corifeo.—¡Estás loco! ¿Qué tenemos nosotras que ver con la huida de los extranjeros? ¿No vas a marcharte a las puertas del soberano lo más rápidamente posible?

MENSAJERO.—No antes, al menos, de que el intérprete[85] me diga lo siguiente, si se encuentra dentro o no el gobernante de esta tierra. *(Golpea furiosamente las puertas con el picaporte.)* ¡Eh! ¡Soltad los cerrojos! Os lo estoy diciendo a los de dentro, y comunicad a nuestro señor que yo estoy aquí en la puerta, para anunciarle un cargamento de malas nuevas.

TOANTE.—*(Acudiendo a las puertas del templo desde el interior, al oír los ruidos y el griterío.)* ¿Quién está levantando semejante griterío ante el templo de la diosa, aporreando las puertas y molestando a los de dentro con el ruido?

MENSAJERO.—Estas mujeres me han contado una mentira —que tú te encontrabas fuera— y me enviaban lejos del templo. [1310] Pero tú estabas justamente en el templo.

TOANTE.—¿Qué beneficio esperaban obtener con ello?

MENSAJERO.—Luego te explicaré sus intenciones. Ahora escucha estos hechos presentes que nos acaban de salir al paso. La joven que aquí supervisaba los oficios del ara, Ifigenia, se ha marchado fuera del país con los extranjeros, después de apoderarse de la estatua sagrada de la diosa. Las purificaciones eran una farsa.

TOANTE.—¿Qué estás diciendo? ¿Qué aire le ha dado a esta mujer?

MENSAJERO.—¡Salvar a Orestes de la muerte! Sin duda esto te sorprende.

TOANTE.—¿A quién? ¿Acaso al que parió la hija de Tindáreo?

MENSAJERO.—[1320] A aquel que para honra de estos altares la diosa consagró.

TOANTE.—¡Qué sorpresa! ¿Cómo podría encontrar un nombre mejor para esto?

MENSAJERO.—No dirijas tu pensamiento a este punto. Antes bien, préstame atención. Después de verlo con claridad y de escucharme, piensa en una persecución que pueda dar caza a los extranjeros.

TOANTE.—Cuéntamelo, tienes razón. Lo cierto es que su viaje es demasiado largo como para que puedan escapar de mi lanza.

---

[85] Se está refiriendo al picaporte de la puerta.

Mensajero.—Cuando llegamos a la orilla del mar, donde la nave de Orestes estaba anclada ocultamente, a nosotros, a quienes tú habías enviado como escolta suya sosteniendo las cadenas de los extranjeros, nos hizo señales la hija de Agamenón de que nos colocásemos lejos, con intención de oficiar la purificación, que hasta allí la había llevado, con el fuego secreto. Entonces ella se marchó sosteniendo por detrás con sus manos las cadenas de los dos extranjeros. Si bien este comportamiento parecía sospechoso, lo cierto es que tus sirvientes, señor, le dieron el visto bueno.

Entonces, al rato, para que nosotros creyésemos que estaba haciendo algo de provecho, rompió a gritar y a cantar bárbaros cantos y conjuros, haciendo uso de artes mágicas, como si estuviese lavando la sangre en ese momento. Después de estar sentados durante bastante tiempo, nos vino a la mente el temor de que los extranjeros, tras haber conseguido liberarse, hubiesen matado a la mujer y que se hubieran marchado como fugitivos, pero, por miedo a lo que no debíamos ver, permanecimos sentados en silencio. Por fin todos llegamos al mismo parecer: ir a donde estaban, aunque no nos estuviese permitido. Y entonces vimos el casco de la nave griega, bien provista de una fila de remos, a modo de alas, y cincuenta marineros que sostenían los remos sobre los toletes[86]. Los jóvenes estaban en pie, libres de sus cadenas, por la parte de popa de la nave. Unos con pértigas se ocupaban de la proa, otros colgaban el ancla de las serviolas[87], otros a toda prisa traían escalas en las manos y desde popa las dejaban caer para tendérselas en el mar a la extranjera. Entonces nosotros, sin contemplaciones, al ver estas dolosas artimañas, nos cogimos de la extranjera y de las amarras de popa, e intentamos sacar a través de su soporte la caña del timón de la nave de buena popa.

En ese momento llegaron las palabras. «¿Con qué razón nos robáis la estatua y a la sacerdotisa y os las lleváis de esta

[86] Estaquilla fijada en el borde de la embarcación a la cual se ata el remo.
[87] Pescante muy robusto a ambos lados de la proa.

tierra? [1360] ¿Quién eres tú que subrepticiamente te la llevas del país?» Y el otro dijo: «Soy Orestes, sangre de su sangre —que lo sepas—, hijo de Agamenón. Estoy cogiendo a mi hermana, a la que perdí del hogar, para llevármela.» Pero nosotros nos teníamos cogidos de la extranjera con no menos fuerza, y la obligábamos con más empeño a que te obedeciese. De ahí vienen estas terribles magulladuras en las mejillas. Como ni ellos ni nosotros teníamos espadas a mano, nos enzarzamos en una lucha a puñetazos, y los dos jóvenes nos pegaban a la vez con brazos y piernas [1370] en los costados y en el hígado, hasta que todos acabamos fatigados y con los miembros doloridos. Marcados con tremendas señales, huimos hacia los riscos. Unos tenían heridas de sangre en la cabeza, otros en los ojos. Pero plantados con más precaución firmes en pie en la orilla, continuábamos luchando y les íbamos alcanzando con nuestras piedras. Pero nos estorbaban los arqueros con sus flechas plantados sobre la popa, hasta hacernos retroceder lejos.

Y en esto, como una tremenda ola empujó la nave hacia la playa, [1380] y la muchacha tenía miedo a mojarse los pies, Orestes la cogió sobre su hombro izquierdo, se adentró en el mar, saltó sobre la escala y la introdujo en el barco de buenos bancos, junto con el objeto caído del cielo, la estatua de la hija de Zeus.

Y desde el centro del barco dejó oír su clara y potente voz: «Oh marineros de la tierra helena, coged los remos y blanquead las olas espumosas. Tenemos ya aquello por lo que hasta el interior del estrecho inhóspito de las Simplégades[88] hemos navegado.» [1390] Y ellos, exhalando un potente suspiro como un rugido, batían el mar con sus remos. El barco, mientras estuvo dentro del puerto, iba avanzando a buen ritmo hacia la desembocadura, pero una vez que la atravesó, al encontrarse con una fuerte marejada, ganó velocidad. El hecho es que se presenta de repente un viento terrible que impulsa el velamen principal de la popa del barco. Ellos seguían insistiendo en batir las olas, pero el re-

[88] Cfr. nota al verso 125.

flujo de la marejada arrastraba el barco de vuelta hacia tierra. Entonces, firme en pie, la hija de Agamenón dirigió la siguiente plegaria: «Oh hija de Leto[89], condúceme a mí, tu sacerdotisa, sana y salva a Grecia, fuera de esta bárbara tierra, y perdóname por este robo alevoso. Diosa, como también amas tú a tu hermano, bien ha de parecerte que yo ame a la sangre de mi sangre.» Los marineros entonaron una oración en favor de las súplicas de la muchacha, al tiempo que ajustaban el remo a sus hombros desnudos de ropa, al ritmo de las órdenes de boga. El barco se iba acercando cada vez más y más en dirección a las rocas. Entonces, uno de los nuestros se lanzó al mar a pie, otro iba tratando de sujetarlo con sogas trenzadas, y a mí al punto me hicieron venir aquí junto a ti, señor, para comunicarte los sucesos de allí.

Así que coge cadenas y unas cuerdas con tus manos y ve allí. Si el mar sigue sin calmarse, no hay esperanza de salvación para los extranjeros. El venerable Posidón, adversario de los hijos de Pélope, es señor del mar y vela por Ilión, y ahora, por lo que parece, va presentarte a ti y a tus conciudadanos la ocasión de atrapar en tus manos al hijo de Agamenón y a su hermana, convicta de traición a la diosa tras olvidar aquel crimen de Áulide.

CORIFEO.—¡Ay desdichada Ifigenia! ¡Junto con tu hermano vas a morir cuando a las manos de tu señor regreses!

TOANTE.—*(Dirigiéndose a sus hombres.)* ¡Ciudadanos todos de esta bárbara tierra! ¡Venga! ¿No vais a poner las bridas a vuestros caballos y a correr junto a la orilla del mar? ¿No vais a aguardar a los marineros náufragos y, con la ayuda de la diosa, no os vais a apresurar a dar caza a esos hombres impíos? ¿No vais a arrastrar vuestras veloces embarcaciones hasta el mar, de modo que, tanto desde el mar como desde tierra con los carros a caballo, los apresemos, o los despeñemos por los precipicios rocosos, o empalemos sus cuerpos con estacas? *(Dirigiéndose a las mujeres del* CORO.*)*

---

89 Ártemis.

Y a vosotras, mujeres, que erais conocedoras de estos planes, luego, en cuanto me tome un respiro, ya os aplicaré vuestro castigo. Mas ahora, como en este momento tenemos prisa, no vamos a quedarnos aquí tranquilos.

(La diosa ATENEA *aparece en lo alto del templo y se dirige a* TOANTE.)

ATENEA.—¿Adónde, soberano Toante, adónde vas con esta persecución? Escucha estas palabras de Atenea. Cesa de perseguirlos y de enviar los ríos de tu ejército a guerrear. En virtud de unos oráculos determinados[90] por Loxias aquí vino Orestes, para escapar de la cólera de las Erinias —conduciendo a su hermana a Argos, y llevando la estatua sagrada a mi país— y liberarse así de sus penalidades actualmente presentes. Por lo que a ti respecta, esto es lo que he de decirte. Y en cuanto a Orestes, a quien pensabas atrapar en medio de la marejada del mar para matarlo, ya Posidón me ha hecho el favor de aplacar las olas de la superficie del mar para que puedan emprender su viaje.

(Dirigiéndose a ORESTES.) Y tú, Orestes, entérate de estas mis órdenes, pues estás oyendo la voz de la diosa aun no estando presente. Coge la estatua y a tu hermana y vete. Cuando a Atenas, ciudad edificada por los dioses, llegues, hay allí un lugar en los confines del Ática, vecino a la peña caristia, que es un espacio sagrado. Mi pueblo le da el nombre de Halas. Edifica allí un templo y conságraselo a la imagen, con el nombre de la tierra táurica y el de tus fatigas, por las que tanto has sufrido viajando a lo largo y ancho de Grecia por culpa del aguijón de las Erinias. A Ártemis los mortales de aquí en adelante la conmemorarán en sus cantos como la diosa taurópola. Instaura, además, la siguiente norma: cuando el pueblo celebre la fiesta por el rescate de tu inmolación, que una espada penda sobre el cuello de un hombre y que se vierta su sangre, con motivo de aquel rito y para que la diosa obtenga sus honras.

---

[90] Lectura de los manuscritos.

(Dirigiéndose a IFIGENIA.) Y tú, Ifigenia, en las venerables praderas brauronias debes servir de clavera en honor de la diosa. Allí has de ser enterrada cuando mueras, y te impondrán como ofrenda las finas telas bien trabajadas de los vestidos que en sus casas dejen las mujeres que durante el parto pierdan la vida.

(Dirigiéndose a TOANTE.) A estas mujeres griegas te ordeno que las mandes fuera del país, en virtud de sus rectas y justas intenciones.

(Dirigiéndose nuevamente a ORESTES.) Como a ti ya te salvé antes [1470] en la colina de Ares, Orestes, cuando repartí los votos en partes iguales, por eso en el futuro se hará efectiva la siguiente norma de jurisprudencia, a saber, que gane el juicio todo aquel que obtenga igualdad de votos[91]. ¡Venga, hijo de Agamenón! Llévate de esta tierra a tu hermana.

(Dirigiendo sus últimas palabras a TOANTE.) Y tú, Toante, no te enfades.

TOANTE.—¡Soberana Atenea! No piensa cuerdamente todo aquel que, tras oír las palabras de los dioses, no tiene fe en ellas. Yo, por mi parte, con Orestes, aunque se haya marchado llevándose la imagen de la diosa y con su hermana, en modo alguno voy a enfadarme. Pues, ¿qué? ¿Acaso es una noble acción competir con los dioses, cuando éstos son los que tienen el poder? [1480] Que vayan a tu tierra con la estatua de la diosa, y que ojalá con éxito consagren su imagen. A estas mujeres también las he de enviar a la dichosa Grecia, tal como me lo impone tu mandato. Y he de retirar, asimismo, la lanza que contra estos extranjeros he levantado, y los remos de mis barcos, ya que a ti te place, diosa.

ATENEA.—Doy mi aprobación. En efecto, el destino gobierna sobre ti, e incluso sobre los dioses. Adelante, vientos, impulsad el barco del hijo de Agamenón hasta Atenas. También yo he de viajar en vuestra compañía para hacer

---

[91] Todo esto también aparece en *Electra*, versos 1258-69, y en *Ifigenia entre los Tauros*, versos 961-7

llegar en perfecto estado la venerable imagen de mi hermana.

CORIFEO.—[1490] *¡Marchad y sed dichosos por el éxito de un destino que sanos y salvos os conduce! ¡Oh diosa venerada entre mortales e inmortales, Palas Atenea! Haremos como nos ordenas. En extremo gozosas e inesperadas tus palabras en mis oídos las he acogido.*

¡Oh Victoria poderosa, venerable! ¡Así mi vida conserves bajo tu diestra y no ceses de coronarme con el éxito!

(Salen todos.)



IÓN



INTRODUCCIÓN

DRAMA del año 413 o 412 a.C., parece explotar una fórmula cuyos principales ingredientes son los siguientes. El galanteo de un dios hacia una doncella a la que acaba seduciendo más o menos forzadamente, las complicaciones del consiguiente parto, normalmente en secreto, y el reconocimiento final del alto linaje de la criatura, parecen ser lugares comunes en la genealogía heroica. Ejemplos de esto los encontramos a millares en los relatos mitológicos. El *Ión* parece seguir el modelo de creación literaria sometida a estos lugares comunes, en los que, por supuesto, dominan también las fuerzas del azar, el avance y retroceso de la acción, el suspense, la intriga y la emoción. Depende de la habilidad del artista el que el resultado de todo ello sea mejor o peor y, concretamente en el caso de Eurípides, estamos ante un verdadero maestro que maneja el género con arte de virtuoso. Sobra decir que en esta fórmula tenemos el inmediato precedente de la futura Comedia Nueva.

En la pieza que nos ocupa, Apolo es el dios de irrefrenable pasión que deja embarazada a Creúsa, princesa hija del rey de Atenas, Erecteo. Si bien la acción se desarrolla en el templo de Apolo en Delfos, en su sede oracular, la circunstancia de que la doncella sea ateniense se aprovecha para evocar constantemente un sentimiento de devoto patriotismo hacia Atenas. La joven doncella abandona al niño en la misma gruta en que ha sido violada. Posteriormente Hermes, por encargo de Apolo, lleva al niño hasta Delfos, donde la pitia del templo se ocupará de criarlo. Así crece el niño, hasta convertirse en un

adulto consagrado a una vida de castidad y de servicio a los altares donde se ha criado. Su aparición en la escena tiene lugar por medio de una hermosísima monodia en la que lo vemos limpiando graciosamente el templo de Apolo y evitando que las aves se posen en él. En este momento aprovecha para decir —y más tarde volverá a repetirlo— que el verdadero padre de un individuo no es el biológico, sino aquel que en todo caso se ha ocupado de criar a un hijo. De este modo, considera a Apolo (que es, aunque él no lo sabe, su padre biológico) y a la pitia su padre y su madre respectivamente.

Entretanto, su madre Creúsa se casó con Juto y, como quiera que no tienen descendencia, acuden a Delfos a consultar el famoso oráculo. A partir de este momento empiezan los enredos propios del melodrama. Primero Apolo hace creer a Juto que Ión es su hijo. Esto provoca una escena, en el momento en el que el ilusionado padre y el desconcertado hijo se encuentran, que no puede caracterizarse de otro modo que de escena cómica. El padre se echa sobre su nuevo hijo, lo abraza, lo besa, lo toquetea y lo manosea hasta el punto de que el muchacho, desconcertado, creyendo que el pobre hombre ha perdido el juicio, llega incluso a amenazarle de muerte para lograr quitárselo de encima. Entonces Juto explica a su inesperado hijo lo que el dios le ha revelado. El momento es aprovechado para que el rey cuente, entre tímido y sonrojado, historias de amoríos de juventud en los que, al parecer, en medio de orgías dionisíacas y ebrio de vino, se acostó con alguna joven que, quizá, pudiese ser la madre del joven. Desde el punto de vista del espectador, que conoce la verdad de la historia, este improvisado relato suena a enredo novelesco y parcialmente hilarante. Es un buen ejemplo, además, de los equívocos que provocan los oráculos de Apolo.

Cuando la esposa del monarca se entera de lo sucedido, recibe la noticia con gran dolor, porque no puede evitar acordarse del hijo que tuvo y perdió. Alentada por el viejo pedagogo de su padre, decide matar al hijo de su marido, que en realidad es el hijo por el que ella tanto se anda lamentando. El asesinato queda en un intento frustrado y Creúsa es declarada culpable. Tras ver cómo la madre ha intentado matar al que no sabe todavía que es su hijo, nos enfrentamos a la vo-

luntad del hijo de matar a la madre que, igualmente, aún no conoce. El reconocimiento de ambos, largamente esperado, se produce cuando ya parece que no hay solución alguna. A través de unas pertenencias con las que la madre abandonó a su hijo, Creúsa reconoce al niño que antaño expuso y dejó abandonado al pie de la Acrópolis de Atenas. Finalmente madre e hijo se reconocen, pero la intervención de Apolo en la trama ha sido tan desastrosa que se hace necesaria la intervención de Atenea para dar las pertinentes explicaciones y poner un poco de orden. Este hecho pone en evidencia las siguientes realidades: que Apolo también está sometido al azar, que le ha jugado unas cuantas malas pasadas —madre e hijo han intentado asesinarse el uno al otro—; que los oráculos del dios no son completamente veraces y que el dios los anuncia para provecho propio; y que se siente culpable y avergonzado (no se atreve a comparecer en persona) por sus actos. En efecto, su imagen sale muy mal parada. Sale retratado como un violador de jovencitas indefensas, a las que luego deja desamparadas, y que para arreglar la situación diseña tramas que todavía complican más, si cabe, el desenlace. En definitiva, un completo desastre.

Hemos enumerado elementos que salpican la pieza de acción, intriga y suspense. Toda la obra gira en torno a la sustitución de niños. Éstos no son los únicos elementos que preludian la futura Comedia Nueva. Puede observarse, asimismo, una mayor relajación de la dicción trágica que acerca los diálogos más que nunca a un estilo conversacional, muy ágil y suelto, bastante próximo a la lengua coloquial culta del hablar cotidiano. En efecto, abundan profusamente las expresiones coloquiales y, por citar un ejemplo, el uso de los elementos deícticos y del artículo se asemejan más en ocasiones a los de la Comedia aristofánica que a los de la *lexis* de la tragedia.

Ahora bien, Eurípides, hombre inteligente y hábil, hombre de contrastes, nos deleita con piezas líricas de inconmensurable belleza y finura estética. Ya hemos mencionado la monodia inicial de Ión, pero el diálogo lírico que mantienen madre e hijo no le queda a la zaga. Otro tanto puede decirse del momento en el que las sirvientas de Creúsa llegan al templo y

van describiendo por partes las obras de arte y las riquezas que adornan dicho templo, motivo ya de por sí de sabor homérico. En la *rhêsis* del mensajero, en la que éste relata lo sucedido en el banquete ofrecido en honor de Ión, se intercala asimismo una preciosa descripción minuciosa de la tienda en la que se celebra el banquete. La monodia de Creúsa en el momento en el que ya no aguanta más y decide revelar el secreto que lleva padeciendo durante años en silencio, también se encuentra entre los momentos líricos de belleza más lograda. Es decir, la afirmación de que el estilo de los diálogos se encuentra más próximo que nunca al coloquio cotidiano no entra en contradicción, en punto alguno, con el hecho de que la belleza y altura estética de la pieza esté fuera de toda duda. Eurípides se ha mostrado francamente hábil para conseguir esta combinación.

Los tintes patrióticos, en favor de Atenas, son igualmente innegables. Ésta queda perfilada como metrópolis de los jonios y como antepasado glorioso de los dorios. No es asunto baladí, ni mucho menos. Atenas cobra nuevamente protagonismo sobre toda la Hélade.

Este mito teatral tiene por finalidad justificar la antigüedad de los jonios respecto de los dorios y aqueos, y también concederles la ascendencia divina de Apolo.

Vamos a concluir comentando un último aspecto. Eurípides ha aprovechado muchas veces, en esta obra y en otras muchas, la diferente perspectiva de los hechos que tienen los personajes de sus tragedias y los espectadores que las contemplan. De esta manera, Heracles defiende en la tragedia homónima a los dioses porque él no ha visto a qué extremos de crueldad pueden llegar —le han inducido a matar a sus hijos sin que él mismo se diese cuenta—, pero el público sí lo ha visto. En *Ión*, el personaje que da título a la obra critica en un determinado momento los adulterios de los dioses y defiende la figura de Apolo, al que insta a seguir los caminos de la virtud, pero al mismo tiempo el público sabe que dicha defensa no está justificada sobre fundamento alguno. Lo cierto es que Ión en absoluto hablaría así del dios si supiese algo que sí saben los espectadores, a saber, que Apolo es su padre y que se cuenta entre el grupo de los adúl-

teros. Eurípides juega con el efecto que producen estas diferencias de perspectiva.

En definitiva, estamos ante una obra de gran belleza en la que los personajes expresan con gran viveza sus sentimientos. Creúsa es la madre que no acaba de superar la pérdida del hijo que abandonó y que durante años soporta en silencio un gran pesar. Juto es buen esposo, amante de su esposa. Ión es un joven tierno, delicado, afeminado incluso en algunas secuencias, pero al mismo tiempo un hombre de carácter, inteligente y crítico. Apolo es el personaje que sale peor parado, lo cual tampoco es nuevo.

Nota bibliográfica

Albini, U., «Lo Ione, o dell'inventiva euripidea», *PP,* XXXV, 1980, págs. 321-332.

Bain, D., «Euripides, Ion 1261-81», *CQ,* XXIX, 1979, págs. 263-267.

Cagnetta, M., «Una città in preda al terrore (Euripide, Ione 598-601; Tucidide viii 65 sq.)», *QS,* IV, 8, 1978, págs. 365-372.

Diggle, J., «On the Heracles and Ion of Euripides», *PCPhS,* XX, 1974, págs. 3-36.

Forehand, W. E., «Truth and reality in Euripides' Ion», *Ramus,* VIII, 1979, págs. 174-187.

Gellie, G., «Apollo in the Ion», *Ramus,* XIII, 1984, págs. 93-101.

Giraud, M. H., «Les oiseaux dans l'Ion d'Euripide», *RPh,* LXI, 1987, págs. 83-94.

Imhof, M., *Euripides' Ion. Eine literarische Studie,* Berna, 1966.

Kovacs, D., «Four passages from Euripides' Ion», *TAPhA,* CIX, 1979, págs. 111-124.

Leimbach, R., *Euripides, Ion. Eine Interpretation,* Francfort, 1971.

Lowry, Eddie, «Euripides' Ion and Rank's hero myth», *CB,* LXIV, 1988, págs. 15-20.

Mastronarde, D. J., «Iconography and imagery in Euripides' Ion», *CSCA,* VIII, 1975, págs. 163-176.

Mueller, Gerhard, «Beschreibung von Kunstwerken im Ion des Euripides», *Hermes,* CIII, 1975, págs. 25-44.

Pulquério, Futre M., «As orações no Ion de Euripides», *Euphrosyne,* VIII, 1977, págs. 57-91.

Rosivach, V. J., «Earthborns and Olympians. The parodos of the Ion», *CQ,* XXVII, 1977, págs. 284-294.

RUCK, C. A. P., «On the sacred names of Iamos and Ion. Ethnobotanical referents in the hero's parentage», *CJ*, LXXI, 1976, páginas 235-252.
SINOS, D. S., «Characterization in the Ion. Apollo and the dynamism of the plot», *Eranos*, LXXX, 1982, págs. 129-134.
STROHM, H., «Epikritisches zur Erklärung von Euripides' Ion», *WS*, X, N.F., 1976, págs. 68-79.
TROIANO, E. M., «The Ion. The relationship of character and genre», *CB*, LXI, 1985, págs. 45-52.
WALSH, G. B., «The rhetoric of birthright and race in Euripides' Ion», *Hermes*, CVI, 1978, págs. 301-315.
WINNINGTON-INGRAM, R. P., «The Delphic temple in Greek tragedy», en *Miscellanea tragica in honorem J. C. Kamerbeek*, J. M. Bremer, S. L. Radt y C. J. Ruijgh (eds.), Amsterdam, 1976, págs. 483-500.

SOBRE EL TEXTO

Nos hemos apartado de la edición oxoniense de J. Diggle en los siguientes versos: 61, 116, 285, 507, 511, 572, 602, 649, 691, 700-1, 909, 910, 922, 930, 1434.

ARGUMENTO

Apolo sedujo y dejó embarazada en Atenas a Creúsa, hija de Erecteo. Ésta expuso el niño al pie de la Acrópolis, tomando el mismo lugar como testigo de la violación y del parto. Hermes recogió al recién nacido y lo llevó a Delfos. Allí lo encontró la profetisa y lo crió. Juto se casó con Creúsa, pues por haberse aliado con los atenienses, obtuvo como regalo el reino y el matrimonio con la anteriormente citada, mas ésta[1] no tuvo ningún hijo más. Por su parte, los habitantes de Delfos hicieron guardián de su templo al niño que había criado la profetisa. Sin saberlo, estaba al servicio de su padre...

---

[1] Diggle.

PERSONAJES DEL DRAMA

HERMES, *dios*
IÓN, *hijo de Apolo y Creúsa*
CORO DE SIRVIENTAS DE CREÚSA
CREÚSA, *reina de Atenas, esposa de Juto*
JUTO, *rey de Atenas, esposo de Creúsa*
ANCIANO, *antiguo sirviente de Erecteo*
SIRVIENTE, *al servicio de Creúsa*
PITIA, *profetisa de Delfos*
ATENEA, *diosa*

(La escena tiene lugar en Delfos, frente al templo de Apolo. Delante del templo hay un altar. El dios HERMES *entra por un lateral y comienza a hablar.)*

HERMES.—[1] Atlante[2], el que sobre sus espaldas de bronce la bóveda celeste soporta, morada de los dioses ya de antiguo, de una de las diosas engendró a Maya, que a su vez me engendró a mí, Hermes, sirviente de los dioses, para Zeus altísimo. A esta tierra de Delfos he venido, donde, sentado en el ombligo central[3], Apolo a los mortales sus oráculos revela, vaticinando por siempre presente y futuro.

---

[2] Atlante es uno de los Gigantes que participó en la Gigantomaquia, en la guerra entre Gigantes y dioses. Zeus lo castigó, tras ser derrotados, a sostener sobre sus hombros la bóveda celeste. Es padre de Maya y abuelo de Hermes. Como este último es hijo de Zeus y Maya, por eso afirma versos más adelante que es hermano de Apolo, por parte de padre (Apolo y Ártemis son hijos de Zeus y de Leto).

[3] Delfos era considerado el ombligo del mundo. En el templo de Delfos, donde se desarrolla la acción de esta tragedia, había un ombligo de piedra que recibía culto (posiblemente se trate de un resto de la primitiva religión matriarcal que hubo en Delfos, anterior a la instalación de Apolo). Al comienzo de la tragedia *Las Euménides*, de Esquilo, se traza una breve historia del oráculo de Delfos, que era el más famoso de Grecia. También en la *Ifigenia entre los Tauros* de Eurípides se habla de «una morada que es el centro de la tierra», en los versos 1256-7, en alusión al mismo lugar ocupado por Apolo, a saber, el templo de Delfos.

Hay una ciudad no desconocida entre los griegos, que a partir de Palas, la de lanza de oro, su nombre recibe[4], donde con Creúsa, la hija de Erecteo, Febo a la fuerza se unió carnalmente, en el lugar que los soberanos del país ático llaman Rocas Largas, al norte bajo la colina de Palas. Ella llevó de principio a fin el abultamiento de su vientre sin que lo llegase a saber su padre, pues ése era el deseo del dios. Cuando llegó el momento, dio a luz en casa y llevó al niño recién nacido a la misma gruta en la que se había acostado con el dios, y lo expuso para que muriese en el bien torneado contorno de una cóncava canastilla, observando la costumbre de sus antepasados y de Erictonio, nacido de la tierra. En efecto, la hija de Zeus, tras asignarle como guardianes y custodios de su cuerpo a dos serpientes, confió a las doncellas Agláurides su cuidado[5]. De ahí tienen los hijos de Erecteo[6] la costumbre de criar a sus hijos entre serpientes trabajadas en oro[7]. Pues bien, esta joya que la doncella tenía la puso junto a su hijo, que iba a morir, y lo abandonó.

Febo, entonces, que es mi hermano, me dijo estas palabras: «Hermano, ve al pueblo autóctono de la ilustre Atenas —pues conoces la ciudad de la diosa—, coge al niño recién nacido de las cóncavas rocas, llévalo junto con

[4] La ciudad de Atenas. Palas Atenea es la diosa epónima de dicha ciudad.

[5] Erictonio es uno de los primeros reyes de Atenas. En un intento de Hefesto por forzar a Atenea, parte del semen del dios se esparció por la pierna de la diosa que trataba de rechazarlo. Atenea, asqueada, se limpió el esperma con lana que posteriormente tiró al suelo, fecundando de este modo a la tierra. La diosa recogió al niño y, sin que lo supiesen los dioses, lo introdujo en una cesta y se lo confió a las hijas de Cécrope, protegido por dos serpientes. La curiosidad venció a las muchachas que, tras destapar la cesta, enloquecieron asustadas y se despeñaron desde lo alto de las rocas de la Acrópolis. Atenea crió más tarde a Erictonio en la Acrópolis de Atenas. Parte de este episodio se relata versos más adelante (versos 265-274).

[6] Héroe y rey ateniense cuyo mito está ligado a los orígenes de la ciudad. Eurípides lo hace pasar por nieto de Erictonio.

[7] Se refiere a una joya de oro que imita las serpientes que custodiaban a Erictonio. Cfr. versos 1427-9: «Dos serpientes centelleantes con la mandíbula toda de oro, regalo de Atenea, con las que dijo que criásemos a nuestros hijos, imitación de las de Erictonio en el pasado.»

el canastillo y los pañales en los que está envuelto a mi sede oracular de Delfos, y ponlo junto a la entrada misma de mi templo. Del resto —pues es hijo mío, que lo sepas— ya me ocuparé yo.» Entonces yo, por hacerle este favor a mi hermano Loxias, saqué de allí el cesto trenzado, me lo llevé y puse al niño sobre las gradas de este templo, no sin antes desenrollar el curvado borde de la canastilla para que el niño fuese visible.

Resulta entonces que la profetisa entra en el templo del dios al mismo tiempo que la órbita del sol en su cabalgadura. Tras echar una mirada sobre el niño pequeñito, se preguntó sorprendida si alguna muchacha de Delfos se habría atrevido a dejar abandonado ante el templo del dios el fruto secreto de un parto, y estaba resuelta a echarlo fuera del santuario. Mas, en beneficio de la compasión, ablandó su crueldad, y el dios actuó en complicidad con la criatura para que no lo expulsase del templo. Lo toma, pues, y lo cría, sin saber que Febo es su progenitor ni quién es la madre de la que nació. Tampoco el niño, a su vez, tiene conocimiento de quiénes son sus padres.

Cuando a la sazón era un niño, recorría jugando todos los rincones del altar en que se crió, pero cuando su cuerpo se convirtió ya en el de un hombre, los delfios le hicieron custodio del tesoro de oro del dios y administrador fiel de todos sus bienes, y por siempre aquí en el tempo del dios lleva una vida de santidad.

Creúsa, por su parte, la que engendró al joven, se casa con Juto en las siguientes circunstancias. Hubo entre Atenas y los Calcodóntidas, que ocupan la tierra de Eubea, una tempestad guerrera. Como se unió a los primeros en la batalla y les ayudó a expulsarlos de su patria[8], recibió el honor de casarse con Creúsa, aun no siendo nativo, sino aqueo hijo de Eolo, hijo de Zeus. Tras tratar de fecundar con descendencia su matrimonio durante mucho tiempo, continúan sin hijos, él y Creúsa. Por ese motivo en dirección a este oráculo de Apolo han venido, por su deseo de

[8] Lectura de los manuscritos.

tener hijos. A ello Loxias su destino impulsa, pero no pasa inadvertido, como él cree.

En efecto, va a entregarle a Juto, cuando acuda a este oráculo, a su hijo, y le dirá que es hijo suyo para que, cuando vaya a casa de su madre, Creúsa lo reconozca y aquellas relaciones sexuales de Loxias queden ocultas, y para que su hijo obtenga lo que bien le cuadra. Y se le conocerá por toda Grecia con el nombre de Ión, el fundador de la colonia en la tierra de Asia.

En fin, voy a encaminarme a la hondonada cubierta de laurel para enterarme de qué va a suceder con respecto al niño, pues he aquí que ya estoy viendo salir al hijo de Loxias, para adornar el resplandeciente pórtico, situado delante del templo, con ramas de laurel. El nombre que en el futuro alcanzará, Ión, yo soy de los dioses el primero que lo está pronunciando.

(HERMES *se marcha.* IÓN *sale del templo acompañado de unos sirvientes.)*

IÓN[9].—Resplandeciente aquí aparece el carro tirado por caballos cuatro. Ya el Sol brilla sobre la tierra[10], y con este ardor las estrellas huyen del éter, hasta la sacra noche. Las nunca holladas cumbres del Parnaso reciben su luz y al disco solar acogen para los mortales. El humo de la mirra deshidratada a estos tejados de Febo vuela.

Sentada se halla la mujer delfia en el muy divino trípode, entonando a los griegos cantos oraculares que Apolo le va dictando.

---

[9] No es posible resistirse a advertir al lector sobre la belleza inconmensurable de esta monodia que entona Ión. El resultado es una imagen de piedad inmensamente conmovedora. El acólito del dios recibe el nuevo amanecer con ilusión y con ganas de servir a los altares, junto a los que se ha criado desde que tiene uso de razón.

[10] Suele representarse a Helio, el sol, como un joven en la plenitud de la virilidad y dotado de gran belleza. Su cabeza está rodeada de rayos, formando una cabellera de oro. Recorre el cielo montado en un carro que arrastran velocísimos corceles. Todas las mañanas, precedido por el carro de la Aurora, se lanza desde el país de los Indios, cabalgando todo el día, hasta retirarse al anochecer en el Océano, donde se bañan sus fatigados caballos.

¡Ea! Sirvientes delfios de Febo, encaminaos a los argénteos remolinos de Castalia[11] y, después de lavaros con las gotas de su puro rocío, enfilad vuestro camino hacia el templo. Guardad pío silencio con lengua de buen agüero. Buenas palabras a quienes quieren consultar el oráculo mostrad en vuestras bocas. Nosotros, por nuestra parte —labores en las que desde niños por siempre nos andamos afanando— con ramas de laurel y sacras guirnaldas el atrio de Febo vamos a limpiar y adornar, y con gotas de agua el suelo humedecer. Y a las bandadas de aves que escarban los exvotos sagrados, con mis flechas he de ponerlas en fuga. Pues como yo no tengo ni padre ni madre, a estos templos de Febo que me criaron presto mis servicios.

Estrofa.

¡Ea! ¡Oh, laurel recién germinado —qué hermoso— al servicio del templo, que el altar de Febo barres ante el templo, procedente del inmortal huerto[12]*, donde el agua baña sagrada, en fuente de incesante fluir, el sagrado follaje del mirto! Contigo barro el suelo del dios a lo largo de todo el día, a la vez que el vuelo veloz del sol, cumpliendo mis tareas día tras día.*

¡Oh Peán, oh Peán! ¡Dichoso, dichoso seas, hijo de Leto!

Antístrofa.

¡Bien hermosa es la labor, Febo, que a tu servicio delante de tu templo yo desempeño, honrando esta sede oracular! ¡Noble labor para mí, tener mano consagrada a los dioses, no a los mortales sino a los inmortales! ¡De esforzarme en pías labores yo no me canso! ¡Febo es el padre que me engendró! ¡Pues sí! ¡A quien me da alimento yo elogio! ¡A quien me ofrece su ayuda doy yo el nombre de padre mío, a Febo el del templo![13].

---

[11] Manantial de las Musas en el monte Parnaso.

[12] Lectura de los manuscritos.

[13] Efectivamente, Hermes en el verso 51 ha declarado que «tampoco el niño, a su vez, tiene conocimiento de quiénes son sus padres». Ión da a Apolo el nombre de padre porque bajo su cuidado se ha criado, pero no porque sepa realmente que él es su padre biológico, como se diría en estos tiempos.

¡Oh Peán, oh Peán! ¡Dichoso, dichoso seas, hijo de Leto!

Bien, voy a dejar esta labor de arrastrar el laurel[14]*, y fuera de estas vasijas de oro voy a derramar el agua que mana de los remolinos de Castalia. Vierto húmeda el agua. Santo soy porque del matrimonio no hago uso. ¡Ojalá así por siempre a Febo jamás cese de servir! De lo contrario, ¡ojalá cese a cambio de un buen destino!*

(Se acercan unos pájaros que amenazan con posarse sobre el templo.)

¡Eh, eh! ¡Ya van y vienen y abandonan las aves sus nidos del Parnaso! ¡Os estoy diciendo que no os acerquéis —¡ni los toquéis!— a los frisos, y tampoco al templo dorado! ¡He de acabar atrapándote con mis flechas, heraldo de Zeus, aunque de las aves con el pico tu fuerza prevalezca! ¡Ahí está! ¡Ya se acerca remando otro cisne en dirección al altar! ¿No vas a batir tus patas coloradas en dirección a otro sitio? ¡En modo alguno la lira que en sus cantos a Apolo acompaña va ampararte de mis flechas![15]*. ¡Lleva tus alas fuera de aquí! ¡Dirígete al estanque de Delos! ¡Vas a proferir 'ayes' de dolor, si no me haces caso, en vez de tus melodías de bellos sones!*

¡Eh, eh! ¿Qué nuevo pájaro es ése que se está acercando? ¿Acaso está construyendo bajo los frisos un nido de briznas de paja para sus polluelos? ¡El tañido de la cuerda de mi arco va a enviarte bien lejos! ¿No me vas a obedecer? ¡Márchate a las arremolinadas aguas del Alfeo y ten tus hijos allí, o a los valles del Istmo, para no causar daños a los exvotos y al templo de Febo! ¡De mataros me avergonzaría, pues los oráculos de los dioses anunciáis a los mortales! En medio de estas fatigas entre las que me hallo, a Febo viviré sometido y no cesaré de servir a quienes me alimentan.

(Entra el CORO DE SIRVIENTAS DE CREÚSA[16]. *Van pasando revista a cada una de las escenas heroicas que ven repre-*

[14] Va a dejar de barrer. Recuérdese que está barriendo con ramas de laurel.

[15] Cfr. versos 106-8: «Y a las bandadas de aves que escarban los exvotos sagrados, con mis flechas he de ponerlas en fuga.»

[16] El contenido del poema coral que entonan las sirvientas de Creúsa es insistentemente pictórico, al evocar las magníficas escenas que adornan el templo de Delfos y la belleza de sus pórticos.

sentadas en el templo de Apolo. Se sorprenden, lo primero, de la magnificiencia del templo.)

Estrofa 1.ª.

UNA SIRVIENTA.—*¡No sólo en la muy divina Atenas había bellos atrios porticados y culto al dios protector de los caminos, sino que también en el santuario de Loxias, hijo de Leto, brilla la luz de los rostros gemelos de bellos párpados!*

OTRA.—[190] *¡Ahí está! ¡Vedla! ¡A la hidra de Lerna con su guadaña de oro mata el hijo de Zeus!*[17]. *¡Querida, míralo con tus ojos!*

Antístrofa 1.ª.

OTRA.—*¡Ya lo estoy viendo! ¡Y cerca de él hay otro que levanta una tea de fuego llameante! ¿No es ése de quien se habla en mis tejidos, el guerrero armado de escudo, Yolao*[18], *que, arrostrando trabajos comunes, [200] con el hijo de Zeus sus fatigas comparte?*

OTRA.—*¡Por cierto, ved también a éste, sobre caballo alado montado! ¡Está matando al portento de tres cuerpos que respira fuego!*[19].

Estrofa 2.ª.

OTRA.—*¡A todas partes, verdaderamente, mis ojos dirijo! ¡Observa los gigantes en tropel sobre los muros de piedra!*

OTRA.—*¡Ya lo estamos mirando, amigas mías!*

OTRA.—*¿La estás viendo, entonces, contra Encélado [210] el escudo de Gorgona, cómo lo blande?*

---

[17] Se refiere a uno de los célebres trabajos de Hércules, el de matar a la hidra de Lerna, hija de Equidna y de Tifón. Se la representa como una serpiente de varias cabezas de las que, al cortarlas, salía una nueva. Con la ayuda de su sobrino Yolao, quemaba con tizones la carne del cuello recién cortado para que no brotase una nueva cabeza. Así finalmente acabó con ella.

[18] Yolao es sobrino de Heracles, toda vez que es hijo de Ificles, quien a su vez es el hermano gemelo de Heracles. La madre de ambos es Alcmena, pero mientras que a Heracles lo engendró Zeus, su hermano es de ascendencia totalmente humana, de Anfitrión. El mencionado Yolao solía acompañar a su tío en sus aventuras.

[19] Se refiere a Quimera, un animal fabuloso hijo de Tifón y de Equidna. Belerofonte la mató por orden del rey de Licia, Yóbates, con la ayuda del caballo alado Pegaso. Se cuenta que Belerofonte puso un trozo de plomo en su lanza, y que por el calor de las llamas que expelía la bestia, se derritió y la mató.

OTRA.—*¡A mi diosa Palas estoy viendo!*[20].

OTRA.—*¿Cómo? ¿El rayo de fuego en ambos extremos, poderoso en la mano certera de Zeus?*

OTRA.—*¡Ya lo veo! ¡Al terrible Mimante*[21] *con su llama a cenizas deja reducido!*

OTRA.—*¡También Bromio a otro de los hijos de Gea con su báculo inofensivo de yedra mata! ¡Nuestro Baco!*[22].

Antístrofa 2.ª[23].

CORIFEO.—*(Dirigiéndose a* IÓN.) *A ti —sí— a ti te estoy hablando, al que junto al templo estás. [220] ¿Nos estaría permitido de este recinto cruzar el umbral, —eso sí— con los pies desnudos?*

IÓN.—No os está permitido, extranjeras.

CORIFEO.—*¿Ni siquiera podría enterarme por ti...?*

IÓN.—¿Qué es lo que quieres saber?

CORIFEO.—*¿Es cierto que este templo de Febo alberga el ombligo central de la tierra?*[24].

IÓN.—Sí, envuelto en ínfulas y rodeado de Gorgonas.

CORIFEO.—*Así, en efecto, reza el rumor.*

IÓN.—Si habéis ofrecido un pastel delante del templo y deseáis preguntar algo a Febo, acercaos al altar, pero no os adentréis al sagrario del templo si no habéis inmolado una res.

CORIFEO.—[230] *Ya tenía conocimiento de eso. No estamos transgrediendo la ley del dios, sino que nuestros ojos se entretienen con lo de fuera.*

IÓN.—Contemplad con vuestros ojos todo lo que permitido os está.

---

[20] En la lucha que mantuvieron los dioses olímpicos contra los Gigantes, Atenea, que participó muy activamente en esta guerra, mató a Encelado cuando éste trataba de huir. Para acabar con él, le lanzó un gran proyectil que lo aplastó, convirtiéndose en la isla de Sicilia; hay quienes aseguran que el proyectil era precisamente la isla de Sicilia, con la que lo inmovilizó. Cfr. *Heracles*, 907; cfr. también *Ión*, 987 ss. y 1528-9.

[21] Mimante es uno de los gigantes que combatió contra los dioses. Zeus lo fulminó con uno de sus rayos.

[22] Dioniso mató en la Gigantomaquia a Éurito golpeándolo con su tirso, su insignia ordinaria.

[23] Se inicia aquí un diálogo lírico entre Ión y la mujer Corifeo.

[24] Con respecto al ombligo, cfr. verso 5.

Corifeo.—*Permítenme mis señores ver la gruta del dios.*

Ión.—¿De qué casa os hacéis llamar sirvientas?

Corifeo.—*Vecina a Palas se encuentra la casa de mis señores, que sustento me da. (Señalando a* Creúsa, *que entra en la escena.) Pero ésta que aquí viene es la mujer por la que me estás preguntado.*

Ión.—*(Dirigiéndose a la recién llegada, a* Creúsa.) Nobleza posees y prueba de ese carácter tuyo, mujer, quienquiera que puedas ser, es el aspecto que tienes. En términos generales, por lo que al hombre respecta, suele saberse [240] con ver su aspecto si es un individuo bien nacido. (Creúsa *rompe inesperadamente en llanto, sin mediar palabra.)* ¡Bueno! ¡Pues acabas de dejarme perplejo con ese cerrar de ojos y ese humedecer con lágrimas tus nobles mejillas, en cuanto has visto la santa sede oracular de Loxias! ¿Por qué motivo de preocupación hasta aquí has venido en buena hora, mujer? En el lugar en que todos los demás, al ver el santuario del dios, se llenan de gozo, ¿aquí tus ojos se cubren de llanto?

Creúsa.—Extranjero, no es una falta de educación por tu parte que te asombres por mis lágrimas, pero es que, al ver este templo de Apolo, [250] un antiguo recuerdo he vuelto a revivir. Allí tenía mi pensamiento, aunque aquí estoy. ¡Oh sufridas mujeres! ¡Oh atrevimiento vergonzoso de los dioses! Entonces, ¿qué? ¿A qué instancia elevaremos nuestra querella, si perecemos víctimas de las injusticias de los poderosos?

Ión.—Mujer, ¿qué inexplicable problema causa tu desánimo?

Creúsa.—Ninguno. Mi arco dejé. Sobre esto yo me callo y tú ya no te preocupas más.

Ión.—Pero, ¿quién eres? ¿De qué tierra has venido? ¿De qué país eres? ¿Por qué nombre tenemos que llamarte?

Creúsa.—[260] Mi nombre es Creúsa y soy hija de Erecteo. Mi patria es la ciudad de Atenas.

Ión.—¡Qué ilustre ciudad habitas y de qué nobles padres procedes! ¡Cómo te admiro, mujer!

Creúsa.—Tan alta dicha ostento, extranjero, pero no va más allá.

Ión.—¡Por los dioses! ¿Es verdad, como se cuenta entre los mortales...?

CREÚSA.—¿Qué quieres preguntar y saber, extranjero?
IÓN.—¿De la tierra brotó el padre progenitor de tu padre?
CREÚSA.—Sí, Erictonio. Pero de nada me sirve este origen.
IÓN.—¿Y no fue Atenea quien lo recogió de la tierra?
CREÚSA.—En sus manos de doncella, sí, aun no habiéndolo parido.
IÓN.—¿Y lo entregó, como suele representarse en los grabados?
CREÚSA.—Sí, a las hijas de Cécrope, para que lo protegiesen, pero sin verlo.
IÓN.—Oí contar que las doncellas destaparon el cesto de la diosa.
CREÚSA.—Por eso murieron y tiñeron de sangre las piedras de la Acrópolis[25].
IÓN.—Bien. ¿Y qué hay entonces de esto otro? ¿Son verdaderas o falsas esas habladurías?
CREÚSA.—¿Por qué asunto me estás preguntando? La verdad es que no estoy cansada de hablar.
IÓN.—¿Tu padre Erecteo sacrificó a tus hermanas?
CREÚSA.—Asumió el sacrificio de matar a sus hijas en pro de su tierra[26].
IÓN.—¿Y cómo es que tu fuiste la única de tus hermanas que se salvó?
CREÚSA.—Era un bebé recién nacido en brazos de su madre.
IÓN.—¿Y es verdad que la tierra se abrió y se tragó a tu padre?
CREÚSA.—Sí. Los golpes del tridente marino causaron su ruina[27].

[25] Esta historia relativa a Erictonio se menciona también en los versos 20-26 de esta misma tragedia. Cfr. las notas correspondientes.

[26] Según algunas versiones, las hermanas de Creúsa se ofrecieron voluntariamente como víctimas expiatorias por su patria, en ocasión de una guerra entre Atenas y los habitantes de Eleusis. Otras versiones cuentan que Erecteo sacrificó a una de sus hijas en virtud de un oráculo de Delfos, para lograr la victoria en la guerra, y que el resto de las hermanas se suicidaron, pues habíanse jurado que ninguna sobreviviría a su hermana muerta.

[27] Posidón, dios del mar, consiguió que Zeus fulminase a Erecteo, toda vez que éste había dado muerte a su hijo Eumolpo, aliado de los habitantes de Eleusis en su guerra con Atenas.

IÓN.—¿Hay allí un lugar que se llama las Rocas Largas?[28].

CREÚSA.—¿Por qué me estás preguntado todo esto? ¡Qué recuerdos me haces rememorar!

IÓN.—Lo honran el rayo y los relámpagos pitios[29].

CREÚSA.—¡Honrar, honrar! ¡Ojalá yo nunca lo viese!

IÓN.—Pero, ¿por qué? ¿Aborreces tú lo más querido para el dios?

CREÚSA.—En absoluto. Conozco de buena tinta cierto acto vergonzoso cometido en aquellos antros.

IÓN.—¿Y te casaste con un ateniense, mujer?

CREÚSA.—[290] No, mi marido no es de la ciudad, sino que proviene de otro país.

IÓN.—¿Con quién? Tiene que tratarse de alguien bien nacido.

CREÚSA.—Con Juto, nacido de Eolo, que es hijo de Zeus.

IÓN.—Y, ¿cómo, si él era extranjero, se casó contigo, siendo noble como eres?

CREÚSA.—Hay una ciudad vecina a Atenas, Eubea.

IÓN.—Delimitada, según dicen, por líquidos límites.

CREÚSA.—Él la arrasó cuando se unió al ejército de los cecrópidas.

IÓN.—¿Vino para prestar su ayuda? ¿Y luego contrajo matrimonio contigo?

CREÚSA.—Lo tomó como dote y recompensa por su participación en la guerra[30].

IÓN.—¿Has venido al oráculo sola o con tu esposo?

CREÚSA.—[300] Con mi esposo, pero se ha retrasado en el santuario de Trofonio[31].

IÓN.—¿Ha ido a visitarlo o porque quería consultar el oráculo?

CREÚSA.—Porque quería obtener la misma respuesta de éste y de Apolo.

---

28 Es el lugar en que Apolo sedujo y violó a Creúsa (cfr. versos 8-13). Sin saberlo, Ión está interrogando a su madre sobre su propia historia. Vuelven a mencionarse en los versos 494, 937 y 1400.

29 Diggle.

30 Cfr. versos 59-64.

31 Santuario dedicado a un héroe, no a un dios (diferencia entre griego *sekós* y *naós*). Trofonio es el héroe de Lebadea, en Beocia, donde poseía un célebre oráculo. Su reputación es grande, especialmente la de arquitecto. Entre otros, construyó uno de los templos de Apolo en Delfos.

Ión.—¿Habéis venido por las cosechas de la tierra o por algún asunto relativo a vuestros hijos?

Creúsa.—No tenemos hijos, aunque llevamos casados mucho tiempo.

Ión.—¿Así que eres estéril y nunca has dado a luz a ningún hijo?

Creúsa.—Febo aquí presente conoce bien mi falta de hijos.

Ión.—¡Ay pobre! ¡Con toda la dicha que tienes en todo lo demás, en esto no eres dichosa!

Creúsa.—Y tú, ¿quién eres? ¡A la madre que te parió bien afortunada la considero!

Ión.—Me llaman el siervo del dios, y lo soy, mujer.

Creúsa.—[310] ¿Eres una ofrenda de la ciudad o te ha vendido alguien?

Ión.—Sólo sé una cosa, que dicen que soy de Loxias.

Creúsa.—Entonces, extranjero, de ti me compadezco yo esta vez.

Ión.—Sí, por no conocer a la madre que me parió ni al padre del que nací.

Creúsa.—¿Y vives en este templo o tienes una casa?

Ión.—Toda la morada del dios es mi casa, donde me coja el sueño.

Creúsa.—¿Llegaste al templo siendo un niño o ya adolescente?

Ión.—Los que creen saberlo dicen que era un bebé recién nacido.

Creúsa.—¿Y qué mujer entre las delfias te amamantó con su leche?

Ión.—Nunca jamás he conocido un pecho que me amamantase. La que me crió...

Creúsa.—[320] ¿Quién, desdichado? ¡Males sufro y males encuentro!

Ión.—A la profetisa de Apolo tengo por madre.

Creúsa.—Hasta llegar a ser un hombre, ¿con qué educación y qué cuidados has contado?

Ión.—El altar me iba alimentando y los extranjeros que siempre venían.

Creúsa.—Sí, tienes medios de vida, pues vas vestido con buenas ropas.

IÓN.—Me visto con las ropas del dios al que presto mis servicios.

CREÚSA.—¿Y no te ha apremiado el deseo de investigar y descubrir tu origen?

IÓN.—No, pues no tengo ningún indicio, mujer.

CREÚSA.—¡Desdichada la madre que te parió, quienquiera que pueda ser!

IÓN.—Quizá nací de la violación de una mujer.

CREÚSA.—[330] ¡Huy! ¡Otra mujer hay que lo mismo que tu madre ha padecido!

IÓN.—¿Quién? Si en mi pena me ayudase, me alegraría.

CREÚSA.—Aquella por la que yo aquí vine antes de que mi esposo llegase.

IÓN.—¿Qué clase de deseo tienes? Que yo te he de ayudar, mujer.

CREÚSA.—Un oráculo secreto necesito saber de Febo.

IÓN.—Cuéntamelo. Nosotros del resto nos ocuparemos.

CREÚSA.—Escucha, entonces, mi relato. ¡Pero es que me da vergüenza!

IÓN.—Pues entonces no vas a hacer nada. Perezosa es la diosa.

CREÚSA.—Con Febo afirma una de mis amigas que mantuvo relaciones sexuales.

IÓN.—¿Con Febo, una mujer? ¡No sigas hablando, mujer!

CREÚSA.—[340] Y que un niño —nada más y nada menos— alumbró para el dios, a escondidas de su padre.

IÓN.—¡No es posible! Se avergüenza de la violación de un hombre.

CREÚSA.—Ella afirma que no, y ha padecido su desgracia.

IÓN.—¿Qué es lo que hizo, si se había unido a un dios?

CREÚSA.—Al niño que parió lo expuso fuera de su casa.

IÓN.—Y el niño expuesto, ¿dónde está? ¿Continúa viendo la luz?

CREÚSA.—Nadie lo sabe. Ése es precisamente el oráculo que reclamo.

IÓN.—Y, si es que ya no vive, ¿de qué modo pereció?

CREÚSA.—Supone ella que al desgraciado unas fieras lo mataron.

IÓN.—¿De qué indicio se sirvió para saberlo?

CREÚSA.—[350] Fue donde lo había expuesto y ya no lo encontró.

IÓN.—¿Había restos de sangre en el camino?

CREÚSA.—Ella dice que no, y lo cierto es que recorrió la zona muchas veces.

IÓN.—¿Qué tiempo tendría el niño al que eso le pasó?

CREÚSA.—Tendría, si es que estuviese vivo, la misma juventud que tú.

IÓN.—¿Y si Febo lo hubiese cogido a escondidas y lo hubiese criado?

CREÚSA.—Si goza de un bien común, no actúa justamente en solitario.

IÓN.—Obra mal, pues, el dios, mientras la madre sufre.

CREÚSA.—Pues sí, por cuanto no dio a luz a ningún otro hijo más.

IÓN.—¡Ay de mí! Esta adversidad concuerda con lo que a mí me pasó.

CREÚSA.—[360] Creo que también tú, extranjero, echas de menos a tu pobre madre.

IÓN.—¡Eh! No me arrastres a lamentos que ya tenía olvidados.

CREÚSA.—Ya me callo, pero concluye aquello que te estoy reclamando.

IÓN.—Bueno. ¿Sabes lo peor de tu petición?

CREÚSA.—¿Pero qué es lo que a esa pobre desgraciada no le va mal?

IÓN.—¿Cómo el dios va a pronunciar un oráculo sobre aquello que quiere mantener oculto?

CREÚSA.—Si es verdad que sobre el trípode común de la Hélade se sienta...

IÓN.—Le da vergüenza su acto. No le pongas a prueba.

CREÚSA.—¡Pues bien que sufre la que padeció por obra suya!

IÓN.—No va haber quien vaya a ser tu intermediario para formular esta pregunta. [370] Pues Febo, si se ve en su propio templo expuesto como un malvado, con razón a quien te comunicase el oráculo le causaría algún daño.

Abandona, mujer. No hay que pedir oráculos contrarios al dios. A un muy alto grado de ignorancia llegaríamos si a los dioses, contra su voluntad, los forzásemos a declarar lo que no quieren, tanto con inmolaciones de ovejas ante los

altares, como por el vuelo de las aves que anuncian el porvenir. Aquellos bienes por los que nos afanemos a la fuerza contra la voluntad de los dioses, en vano los obtendremos, mujer. [380] Por el contrario, lo que nos otorguen de buena gana, de gran utilidad nos resultará.

CORIFEO.—Muchos y variados —sí— son los azares de los mortales, y diferentes sus formas. Con sangre sudor y lágrimas llegaría un hombre a encontrar, en buena hora, una existencia feliz.

CREÚSA.—Febo, tanto entonces como ahora no eres justo con esta mujer ausente, cuyas palabras presentes aquí están: ni salvaste a tu hijo, al que tenías obligación de salvar, ni, aun siendo adivino, das respuesta a una madre que trata de averiguar si ya no vive, para que reciba digna sepultura, o si todavía vive, para que llegue algún día a ver a su madre. [390] Mas es preciso resignarse, si por parte de un dios se me impide averiguar aquello que quiero. *(Ve llegar a su esposo* JUTO.*)* En fin, extranjero, como ya estoy viendo ahí cerca ahora a mi noble esposo que ya ha dejado las moradas de Trofonio, calla ante mi marido las palabras que acabamos de intercambiar, no sea que me sienta avergonzada por prestar servicios secretos y que nuestra conversación no progrese por donde nosotros la estamos desarrollando. Las mujeres somos complicadas para los hombres y, como las buenas resultamos mezcladas con las malas, [400] a todas se nos odia. Así de desgraciadas hemos nacido.

(Entra JUTO.*)*

JUTO.—Reciba el dios el comienzo de mis primeras palabras: ¡salud! Y para ti también, esposa mía. ¿Acaso llego con demasiado retraso y he hecho que te asustases?

CREÚSA.—No, en absoluto, pero he llegado a preocuparme. A ver, cuéntame qué oráculo traes de Trofonio, para unir tu semilla y la mía y que de ahí nos nazcan hijos.

JUTO.—No creyó que fuese conveniente adelantarse al oráculo del dios, pero sí me dijo una cosa, que ni tú ni yo regresaríamos del oráculo a casa sin hijos.

CREÚSA.—[410] ¡Oh venerable madre de Febo! ¡Ojalá en buena hora hayamos venido y ojalá las relaciones que desde antaño tengo con tu hijo se tornen mejores!

JUTO.—Así será. Pero, ¿quién es el intérprete del dios?

IÓN.—Yo me ocupo en exclusiva de lo de fuera, y de lo de dentro se ocupan otros que junto al trípode se sientan, extranjero, los mejores hombres de Delfos a los que la suerte ha designado.

JUTO.—Bien. Ya tengo entonces todo lo que necesitamos. Voy dentro, ya que, según he oído decir, se ha hecho ya la ofrenda para el sacrificio delante del templo[32], requisito general para los que de fuera venimos. [420] Quiero yo en este día, pues es favorable, consultar los oráculos del dios. Y tú, esposa mía, en torno al altar coge unas ramas de laurel y suplica a los dioses que traiga yo del templo de Apolo oráculos que con hijos nos bendigan. *(Entra en el templo.)*

CREÚSA.—Así será, así. Sin embargo, Loxias, en caso de que quiera ahora reparar sus faltas de antaño, no llegará a ser mi amigo del todo; no obstante, como es un dios, habré de aceptar todo cuanto él desee. *(Sale de la escena.)*

IÓN.—¿Por qué, en buena hora, en términos crípticos, mediante insinuaciones, la extranjera al dios [430] se refiere, en un constante tono de reproche? ¿Acaso por amor hacia la mujer por la que ha requerido el oráculo, por silenciar algo que hay que mantener en silencio? De todos modos, ¿qué me importa a mí la hija de Erecteo? No tiene nada que ver conmigo[33].

Bueno, voy a ir a echar con esta vasija de oro agua en la pila de las lustraciones. Sin embargo, tengo que hacerle un reproche a Febo. ¿Qué le pasa? ¿Abandona a las jovencitas después de haberlas tomado a la fuerza? ¿Tiene hijos en secreto y no se preocupa de si van a morir? ¡Tú, desde lue-

---

[32] Cfr. las palabras de Ión en los versos 226-9: «Si habéis ofrecido un pastel delante del templo y deseáis preguntar algo a Febo, acercaos al altar, pero no os adentréis al sagrario del templo si no habéis inmolado una res.»

[33] Frase fuertemente irónica para quienes saben que son madre e hijo. El proceso de reconocimiento todavía se dilatará bastante más, para acrecentar el suspense dramático.

go, no![34]. Antes bien, como tienes el poder, persigue la virtud. A todo aquel mortal que resulta ser perverso por naturaleza, castíganlo los dioses. Por consiguiente, ¿cómo iba a ser ajustado a derecho que vosotros, que redactáis las leyes, fueseis hallados culpables de comportaros al margen de la ley? Y si tú, Posidón, y Zeus que el cielo gobierna —no va a suceder, pero imaginémonoslo por un momento— tuvieseis que dar cuenta y razón a los hombres de las relaciones sexuales que mantenéis a la fuerza, vaciaríais los templos expiando vuestras culpas. Os afanáis más allá de todo límite prudente por los placeres y os comportáis injustamente. Ya no es justo decir que los hombres somos malvados, si estamos imitando las virtudes de los dioses, sino aquellos que constantemente están dando muestras de ello. *(Sale de la escena.)*

CORO.
Estrofa.
¡A ti, que la ayuda de Ilitía en tu nacimiento no tuviste, mi Atenea, a ti te suplico, nacida gracias al Titán Prometeo, de lo más alto de la cabeza de Zeus[35], *oh Victoria bienaventurada! ¡Ven a la*

[34] Cfr. *Heracles*, 1341-6: «Yo, que los dioses desean el lecho que no les está permitido, no lo creo, ni que cubran de cadenas sus manos, nunca lo he creído y nunca me convencerán de ello, ni que uno se convierte en señor de otro, pues un dios, si realmente es un dios, no tiene necesidad de nada. Ésos son cuentos desafortunados de poetas.» Traemos aquí estos versos porque la situación es semejante en el siguiente aspecto: la perspectiva desde uno y otro lado del escenario. Ión defiende a Apolo y le insta a seguir los caminos de la virtud, lejos de los adulterios: Ión defiende a Apolo de algo que el público sabe perfectamente que es culpable, toda vez que el dios es padre natural del joven, aunque éste no lo sabe todavía. A su vez, Heracles niega también los adulterios cometidos por los dioses, pero él mismo es fruto de uno de estos amores extramaritales, cuando su padre Zeus se unió a su madre Alcmena. Para otros aspectos más detallados sobre cómo puede un personaje defender a un dios que, por el contrario, causa escándalo entre el público, véase la citada escena de *Heracles*.

[35] Según Hesíodo en la *Teogonía*, versos 886-900, Zeus tomó como primera esposa a Metis, «la más sabia de los dioses y hombres mortales», a la que dejó embarazada de Atenea. Cuando estaba a punto de dar a luz, Zeus se la tragó por indicación de Gea y de Urano. Llegado el momento del parto, el dios pidió a Prometeo —según esta versión de Eurípides; otros dicen que a Hefesto— que le abriese el cráneo de un hachazo: de su cabeza salió una joven completamente armada. Así nació Atenea.

morada pitia! ¡Desde las áureas estancias del Olimpo vuela hasta estas calles, donde, consagrado a Febo, el altar del ombligo central de la tierra, junto al trípode con cantos y danzas celebrado, oráculos ciertos decreta! ¡Tú y la hija de Leto[36] *nacida, dos diosas —dos— vírgenes sois, santas hermanas de Febo! ¡Suplicad, doncellas, que el antiguo linaje de Erecteo, en virtud de claros oráculos, la bendición de los hijos por mucho tiempo alcance!*

Antístrofa.

¡Los hijos son inconmovible punto de partida de felicidad desbordante para los mortales! Sí, hijos por los que fructífera en la casa paterna brillar pueda vigorosa la juventud, para que en herencia la riqueza se transmita de padres a hijos. Deseado apoyo, en efecto, en medio de la adversidad y en la prosperidad. Con su lanza a la tierra patria salvador trae el auxilio. ¡Ojalá antes que riqueza y estancias reales tuviese yo crianza solícita de cumplidores hijos! De una vida privada de la dicha de los hijos yo reniego con mi aborrecimiento todo, y censuro a quien tal le agrade. ¡Así, aun con posesiones mesuradas, vida tenga bendecida por la dicha de los hijos!

Epodo.

¡Oh, sede de Pan, vecina a las Rocas Largas, lugar de grutas sinuosas, donde sus danzas con los pies marcan las tres hijas de Aglauro[37]*, en los verdes jardines delante del templo de Palas! La flauta, al son de abigarrados sones y cantos, tú tocas, Pan, en esas umbrías grutas tuyas*[38]*, donde Febo de una pobre muchacha se benefició. Ella dio a luz un niñito, al que expuso para que fuese festín de las aves y sangriento pasto de las fieras, por desprecio a unos amargos contactos carnales. Nunca, ni mien-*

[36] Leto es la madre de Apolo y Ártemis. Aquí se refiere, obviamente, a esta última. Apolo y Ártemis son hermanos de padre y madre —Zeus y Leto— y hermanos ambos a su vez de Atenea por parte de padre —Zeus.

[37] Las tres hijas de Cécrope y Aglauro a las que Atenea confió el cuidado de Erictonio. Cfr. nota al verso 23 sobre esta historia. Parte de este episodio se ha relatado también versos más atrás (versos 265-74).

[38] La gruta de Pan es también el lugar que el apurado Cinesias, muy deseoso y ansioso por tener trato carnal con su mujer Mirrina, le propone a ésta para acostarse, en la comedia *Lisístrata* de Aristófanes (*Lisístrata*, 911). No debía de ser, pues, mal lugar la citada gruta.

tras tejía ni mientras conversaba[39]*, decir he oído que de la buena fortuna alcanzasen parte los hijos de origen divino de los mortales.*

(Regresa IÓN, *que se había marchado justo antes de la intervención del* CORO.)

IÓN.—[510] *(Dirigiéndose al* CORO.) Sirvientas que junto a las gradas de este templo, en el que sacrificios se reciben, guardia montáis aguardando a vuestro señor[40], ¿ha abandonado ya Juto el sagrado trípode y la sede oracular, o permanece todavía en su interior consultando sobre su carencia de hijos?

CORIFEO.—Aún sigue en el templo, extranjero. Todavía no ha traspasado el atrio de esta morada al salir. Pero, estamos escuchando el ruido de las puertas al abrirse, como si estuviese a punto de salir. *(Tras oírse el ruido de las puertas, sale* JUTO *del templo.)* Aquí está, ya podemos ver salir a nuestro señor.

JUTO.—*(Lleno de gozo.)* ¡Hijo, hola! ¡Bien apropiado es que comience con esta palabra!

IÓN.—*(Escéptico y a la defensiva.)* Bien, bien, pero mantente en tu sano juicio y seguro que los dos nos entenderemos bien.

JUTO.—Permíteme que te bese la mano y que abrace tu cuerpo. *(Se echa encima de él y no deja de besarle y abrazarle.)*

IÓN.—[520] ¿Seguro que estás en tu sano juicio? ¿O te ha enloquecido, extranjero, alguna perturbación procedente del dios?

JUTO.—¿No estoy en mi sano juicio si, tras encontrar lo más amado, deseo mostrarle todas las señales de mi cariño?

IÓN.—*(Irritado.)* ¡Que te pares! No sea que con tus toqueteos rompas las ínfulas del dios con las manos.

JUTO.—Te estoy tocando, y no te trato como un sustitutivo, sino que estoy encontrando lo que quería.

---

[39] Lectura de los manuscritos.

[40] Lectura de los manuscritos.

IÓN.—¿No vas a apartarte, antes de que mis flechas te alcancen en los pulmones?[41].

JUTO.—¿Por qué estás evitando reconocer que yo soy también lo que tú más quieres?

IÓN.—No deseo hacer razonar a extranjeros brutos y locos.

JUTO.—Mátame o quémame; pero, si me matas, serás el asesino de tu padre.

IÓN.—¿Cómo es eso de que tú eres mi padre? ¿No es como para que me tronche de risa al escuchar esas palabras?

JUTO.—¡No! Corriendo la siguiente explicación te va a aclarar mis palabras.

IÓN.—[530] ¿Y qué me vas a decir?

JUTO.—Que yo soy tu padre y tú eres mi hijo.

IÓN.—¿Quién lo dice?

JUTO.—Loxias, que te crió aunque eras mi hijo.

IÓN.—Tú mismo eres quien corrobora tu testimonio.

JUTO.—Después de conocer con seguridad el oráculo del dios en persona.

IÓN.—Te equivocarías al escuchar el enigma.

JUTO.—Pues entonces es que no oigo bien.

IÓN.—¿Y cuáles fueron las palabras de Febo?

JUTO.—Que aquel que conmigo se encontrase...

IÓN.—¿Qué encuentro?

JUTO.—...cuando yo de esta morada del dios saliese...

IÓN.—¿Qué azar le iba a suceder?

JUTO.—...hijo mío había nacido.

IÓN.—¿Nacido de ti o un regalo de otros?

JUTO.—Un regalo, pero procedente de mí.

IÓN.—Entonces, ¿yo soy el primero que te ha salido al paso?

JUTO.—Ningún otro, hijo.

IÓN.—Este hecho, ¿de dónde, en buena hora, podrá provenir?

JUTO.—Los dos estamos sorprendidos por el mismo motivo.

---

[41] Ión, pese a dar muestras de una gran ternura y sensibilidad, es también un hombre de carácter que llega, incluso, a ponerse violento. Lo hace ahora con Juto; lo hizo al defender el templo de las bandadas de aves que querían posarse sobre el templo (en su monodia lírica, versos 82-183); y volverá a irritarse en el momento en el que su madre lo reconozca antes que él mismo (versos 1395 y siguientes).

Ión.—¿Y de qué madre he nacido como hijo tuyo?
Juto.—No sé cómo explicarlo.
Ión.—¿Febo tampoco lo dijo?
Juto.—Con tanta alegría ni se lo pregunté.
Ión.—¿Será que he nacido de la madre tierra?
Juto.—El suelo no engendra hijos.
Ión.—¿Cómo, entonces, podría ser yo hijo tuyo?
Juto.—No lo sé. Me remito al dios.
Ión.—A ver, toquemos otro punto.
Juto.—Eso es mejor, hijo mío.
Ión.—¿Has tenido alguna relación amorosa impropia?
Juto.—Locuras de juventud, nada más.
Ión.—¿Antes de casarte con la hija de Erecteo?
Juto.—Sí, después nunca más, nunca.
Ión.—¿Es posible, entonces, que allí me engendrases?
Juto.—Concuerda con el tiempo, desde luego.
Ión.—Y después, ¿cómo llegué yo aquí?
Juto.—Eso lo desconozco.
Ión.—¿Vendría a través de un largo viaje?
Juto.—Eso también me deja perplejo.
Ión.—¿Habías venido antes a la roca pitia?[42].
Juto.—Sí, a las procesiones de antorchas de Baco[43].
Ión.—¿Te albergaste en casa de algún huésped?
Juto.—Que a mí con unas muchachas...
Ión.—¿Te inició con ellas en las fiestas báquicas, en algún cortejo de ménades y sátiros, o por qué estás diciendo eso?
Juto.—Sí, con unas ménades de Baco.
Ión.—¿Sobrio o harto de vino?
Juto.—...además de los placeres de Baco...
Ión.—¡Eso, eso es![44]. Allí me engendraste.
Juto.—El destino lo trazó, hijo.
Ión.—Pero, ¿cómo llegaría al templo?
Juto.—Igual expuesto por una joven.
Ión.—He dejado de ser esclavo.
Juto.—Hijo, acepta, pues, a tu padre.

[42] El monte Parnaso.
[43] Estas procesiones eran típicas del culto a Dioniso.
[44] Expresión coloquial en el original.

IÓN.—No es conveniente, desde luego, no prestar crédito al dios.

JUTO.—Ahora justamente estás razonando bien.

IÓN.—Pues, ¿qué otra cosa queremos...

JUTO.—¡Ahora ves lo que tienes que ver!

IÓN.—...sino ser hijo de un hijo de Zeus?

JUTO.—¡Lo que tú eres, ni más ni menos!

IÓN.—[560] *(Ya se convence.)* Entonces, ¿no voy a abrazarte a ti que me engendraste?

JUTO.—Por pura fe en el dios.

IÓN.—¡Bienvenido, padre mío!

JUTO.—He recibido estas palabras como cosa bien querida.

IÓN.—Este día ahora presente...

JUTO.—...bien feliz a mí me ha hecho.

IÓN.—¡Oh madre querida! ¿Cuándo, cuándo he de contemplar también tu cuerpo? Ahora añoro más que antes, quienquiera que seas, verte. Pero quizá hayas muerto, y ni siquiera en sueños pueda hacerlo.

CORIFEO.—Comunes a nosotras son los éxitos de nuestra casa. No obstante, querría que también mi señora alcanzase la dicha de los hijos, y con ella la casa de Erecteo.

JUTO.—Hijo, a tu descubrimiento el dios [570] rectamente nos ha hecho llegar, pues a ti te ha reunido conmigo, y tú, a su vez, has encontrado lo más querido, si bien antes no lo sabías. También a mí me atrapa ese deseo que[45] tú con toda justicia persigues, de qué modo vas tú a encontrar, hijo, a tu madre, y yo a aquella mujer de la que me naciste. Dando tiempo al tiempo, quizá podríamos descubrirlo.

Bien. Abandona el templo del dios y tus andanzas y dirígete en compañía de tu padre, que contigo comparte sus sentimientos, a Atenas, donde te aguarda próspero el cetro de tu padre y su abundante riqueza. [580] No padecerás la enfermedad de que te llamen hombre de bajo linaje y pobre al mismo tiempo, sino que se referirán a ti en calidad de hombre bien nacido e inmensamente rico en recursos. (IÓN *ensombrece el semblante.)* ¿Guardas silencio? ¿Por qué

---

[45] Lectura de los manuscritos.

tienes puesta la mirada en dirección al suelo y has llegado a este estado de inquietud, y pasas de la alegría de antes a dar miedo a tu padre?

ION.—No es el mismo el aspecto de las cosas cuando están lejos y cuando se ven de cerca. Yo acojo esta circunstancia con la mayor de las alegrías, el encontrarte como padre. Ahora bien, padre, escucha lo que yo sé.

Dicen que en la ilustre Atenas el pueblo es oriundo de allí mismo y que no procede de fuera. Voy a caer allí tras haberme ganado dos complicaciones: ser hijo natural y, además, de padre extranjero. Y siendo acreedor de esa vergüenza, quedaré mermado en mis posibilidades y se referirán a mí como a un don nadie. Y si avanzo hacia los primeros puestos de la ciudad con el propósito de ser alguien, recibiré el odio por parte de los que no puedan, pues suele ofenderles que alguien sea más importante. Por otro lado, entre aquellos hombres que, honrados y con capacidad para ello, por ser prudentes guardan silencio y no se afanan por la política, seré objeto de risa, como si fuese un estúpido, por no permanecer tranquilo en una ciudad llena de defectos censurables. Y del lado, a su vez, de quienes toman parte activa en política y en los discursos ante la Asamblea[46], en la medida en que acceda a un rango mayor, a mayor vigilancia me someterán con sus votos. Pues así, padre, suelen ser las cosas: quienes son dueños de las ciudades y sus honores, son los más enemigos con respecto a sus rivales.

Y cuando llegue a casa ajena en condición de recién llegado, junto a una mujer sin hijos que ha compartido en el pasado su sino con el tuyo, pero que en la actualidad se encuentra privada de obtener su porción de suerte correspondiente, ella ha de soportar con amargura su propio destino. ¿Cómo no va a ser normal que ella me odie cuando yo me sitúe cerca de ti a tus pies, y que, al no tener ella hijos, mire con amargura lo que tú amas, y que luego o que bien tú me traiciones a mí y pongas los ojos en tu mujer, o que bien por estimarme a mí eches tu casa abajo? ¡Cuántos

[46] Klinkenberg.

asesinatos —como es bien sabido— por medio de pócimas letales han tramado las mujeres para acabar con sus maridos! En concreto me estoy compadeciendo de tu esposa, padre, que va a llegar a vieja sin hijos, ya que no merece, por proceder de nobles padres, sufrir de esterilidad.

El aspecto superficial de la monarquía, de la que suele hablarse sin fundamento, es dulce, pero el interior de los palacios es fuente de penas. ¿Quién, efectivamente, puede ser feliz, quién puede ser dichoso, cuando va prolongando su existencia mirando la vida con recelo y temor? Preferiría vivir como un simple ciudadano afortunado, antes que ser un monarca que se complaciese en tener como amigos a hombres de las clases bajas y que odiase a los nobles por miedo a ser asesinado. Podrías replicar que el oro vence sobradamente estas dificultades y que ser rico es una alegría. No tengo por costumbre escuchar censuras ni soportar fatigas por conservar entre mis manos la riqueza. ¡Ojalá estuviese dentro de la media para no tener disgustos!

En cambio, escúchame, padre, los bienes que yo aquí tenía: tiempo libre —lo primero que más desean los hombres— y problemas no más que los justos; ningún miserable me ha echado nunca fuera del camino (pues eso no es tolerable: ceder el paso, y cedérselo —¡además!— a alguien inferior). Entre súplicas a los dioses y el trato con los hombres estaba al servicio de individuos alegres, no llorosos. Despedía a unos extranjeros y venían otros, de modo que siempre estaba contento por estar con gente nueva. Hábito y naturaleza al mismo tiempo procuraron al dios que yo fuese un individuo justo, lo cual es deseado por los hombres, aunque no quieran.

Después de plantearme estas reflexiones, creo que es mejor lo de aquí que lo de allí, padre. Deja, pues, que siga viviendo aquí, ya que la alegría es la misma tanto si uno se regocija con grandes bienes como si se contenta con escasos recursos.

CORIFEO.—Bien has hablado, si de verdad aquellos a los que yo quiero van a ser felices conforme a tus palabras[47].

---

[47] Lectura de los manuscritos.

JUTO.—[650] Deja de hablar en esos términos y sé tú mismo capaz de ser feliz. Quiero en el lugar en el que precisamente te he encontrado preparar una mesa, hijo, para que juntos comamos, y proceder al sacrificio que no ejecutamos antaño por tu nacimiento. Voy ahora, como si te hubiese invitado como huésped a casa, a agasajarte con un banquete, y te voy a llevar a la tierra de los atenienses en calidad de visitante, al menos en apariencia, y no como si fueses mi hijo. La verdad es que, como yo he tenido suerte, no quiero que mi mujer se aflija por no tener ella hijos. Con el tiempo, ya encontraré yo oportunamente el momento y la ocasión, y procuraré [660] que mi esposa consienta en que tú sostengas mi cetro. Ión es el nombre que te doy, apropiado a tu destino, porque tus pasos conmigo, cuando salía del sagrario[48] del dios, primero se encontraron[49].

Llama y reúne a todos tus amigos para que disfruten con la fiesta y con los bueyes sacrificados, ahora que estás a punto de abandonar la ciudad de Delfos.

(Dirigiéndose al CORO.) A vosotras, sirvientas, esto es lo que os digo: que guardéis silencio sobre este asunto o, de lo contrario, si le contáis algo a mi esposa, os encontraréis con la pena de muerte.

IÓN.—Iré. Sin embargo, una cosa en este devenir de la fortuna me falta. Si no encuentro a la que me engendró, padre, [670] mi vida será insoportable. De todos modos, si puedo añadir una súplica más, ojalá la mujer que me engendró sea de origen ateniense, de modo que pueda gozar de libertad de expresión gracias a mi madre. Cuando un extranjero se

---

[48] Ésta es la primera vez que se menciona en esta tragedia la palabra griega *ádyton* para referirse al sagrario, la parte más reservada del templo a la que acudía la pitia, sola, para recibir los oráculos. En dicho sagrario se encontraba la estatua de oro de Apolo, la tumba de Dioniso, el ombligo de la tierra ya mencionado varias veces (una piedra sagrada de forma cónica, aproximadamente) y el trípode sobre el que se sentaba la pitia. Otras veces se ha referido a este sitio como 'la parte más recogida del templo', como por ejemplo en el verso 229.

[49] Se relaciona, mediante esta etimología popular, el nombre de Ión con el verbo griego *eimi*, 'ir', cuyo participio de presente es *ión*.

deja caer en una ciudad libre de mestizaje[50], aunque sea ciudadano de palabra tiene boca de esclavo y no tiene derecho a la libertad de expresión.

(Ión *y* Juto *se retiran.)*

Coro.

Estrofa.

Ya estoy viendo las lágrimas y los 'ayes' luctuosos, y de las lamentaciones el comienzo, en el momento en que mi dueña sepa que su marido goza de la bendición de un hijo, [680] mientras ella permanece estéril y queda privada de hijos. ¿Qué oráculo, hijo adivino de Leto, has proclamado? ¿De dónde ha resultado salir este muchacho que alrededor de tu templo se ha criado? ¿De qué mujer? Lo cierto es que estas palabras divinas no me alegran, no sea que contengan algún dolo. Temo al azar, por dónde va a discurrir en el futuro. [690] Fuera de lugar —más fuera de lugar él— está lo que este hombre me confía: guardar esto en silencio[51]. *Maquina algún dolo y algún truco el hijo criado con la sangre de otros. ¿Quién no va a estar de acuerdo con esto?*

Antístrofa.

Amigas mías, ¿acaso a oídos de nuestra dueña estas palabras con toda claridad hemos de hacer llegar, en perjuicio de su esposo, en quien ella —la pobre— tenía depositadas sus esperanzas todas? Ahora ella camina hacia su propia perdición entre desgracias mientras él es feliz, [700] abatida sobre vejez cana, indiferente a su amado esposo[52]. *¡Desgraciado él, que de fuera vino a esta casa y éxito y felicidad a la misma altura no equiparó! ¡Muera, muera por engañar a traición a mi señora y éxito no alcance, ni llama auspiciosa cuando sobre el fuego queme la torta en sacrificio para los dioses! Habrá de saber [710] qué amiga soy yo de mi reina. Ya cerca del horror hállanse el hijo y el padre inesperado del inesperado hijo.*

---

50 Cfr. 589-90: «Dicen que en la ilustre Atenas el pueblo es oriundo de allí mismo y que no procede de fuera.»

51 Lectura de los manuscritos.

52 Diggle.

Epodo.

¡Oh cumbres rocosas del Parnaso, que domináis como observatorio la sede del cielo, donde Baco, sosteniendo antorchas que por ambos extremos arden, ágiles brincos va dando, en compañía al mismo tiempo de nocíámbulas bacantes! ¡Que jamás llegue a mi ciudad este muchacho! [720] ¡Que muera dejando atrás el nuevo día! ¡Motivos tendría la ciudad para protegerse a sí misma de la invasión extranjera! ¡Ya rechazó una en el pasado nuestro soberano Erecteo!

(Llega CREÚSA *acompañada de un* ANCIANO, *al que ayuda a caminar.)*

CREÚSA.—Anciano que a mi padre Erecteo antaño llevabas y traías de la escuela a casa[53], cuando todavía estaba bajo la luz. Ponte en pie y apresúrate en dirección a la sede oracular del dios, para que conmigo compartas la alegría, en caso de que el soberano Loxias haya pronunciado algún oráculo en relación con que vaya a tener hijos. [730] En verdad, es grato compartir con los seres queridos las buenas situaciones. Y —¡que no ocurra!— si llegase a suceder algo malo, dulce es mirar a los ojos de un hombre amigo. Ahora yo a ti, como tú a mi padre en el pasado, aunque yo sea tu ama, te cuido como a un padre.

ANCIANO.—Hija, digno de dignos progenitores carácter sigues conservando y no has deshonrado a los tuyos, descendientes de oriundo linaje. Tira, tira de mí y llévame hasta el templo. Cuesta arriba se me hace el oráculo este[54]. Ayuda en su trabajo a los miembros de este anciano [740] y sé mi cura.

CREÚSA.—Sígueme, entonces, y mira por dónde pones los pies.

---

[53] Es decir, era el pedagogo de su padre, el esclavo que llevaba y traía al niño de la escuela. Eso, y no otra cosa, es lo que significa la palabra 'pedagogo', al margen de las ínfulas con que éstos se recubren en los tiempos presentes.

[54] Quejas similares escuchamos en boca del anciano ayo de Agamenón en la tragedia *Electra: Electra,* 489-92: «¡El acceso a esta casa, qué escarpado lo tienen para subirlo los pies de este arrugado anciano! Con todo, si es por los seres queridos, habré de arrastrar este arqueado espinazo mío y mis combadas rodillas.»

ANCIANO.—Ya. El pie es lento y la mente ágil.

CREÚSA.—Pues apóyate en el bastón. Tus pisadas son vacilantes.

ANCIANO.—Pero, como soy corto de vista, también él está ciego.

CREÚSA.—Tienes razón en lo que dices, pero no cedas a la fatiga.

ANCIANO.—Desde luego que no por propia voluntad, pero yo no mando sobre lo que no tengo[55].

CREÚSA.—*(Dirigiéndose al* CORO.) Mujeres, esclavas fieles de mis telares y lanzaderas, ¿qué resultado de la providencia ha obtenido mi esposo a propósito de nuestra descendencia, motivo por el cual hasta aquí hemos venido? [750] Indicádmelo. Si me dais a conocer buenas noticias, no vais a hacer un favor a amos desleales.

CORIFEO.—¡Ay, destino!

CREÚSA.—El comienzo de tus palabras no es esperanzador.

CORIFEO.—¡Ay, cuitada!

CREÚSA.—¿Pero es que acaso algún asunto de tus señores resulta perjudicado por efecto del oráculo divino?

CORIFEO.—¡Ay, ay! ¿Qué vamos a hacer sobre un asunto sobre el que pesa la pena de muerte?[56].

CREÚSA.—¿Qué significan esas formas de hablar? ¿De qué tenéis miedo?

CORIFEO.—¿Se lo decimos? ¿Nos callamos? ¿Qué hacemos?

CREÚSA.—Dímelo. Que bien sabes alguna desgracia con respecto a mí.

CORIFEO.—[760] Te lo contaré, aunque vaya a morir dos veces. No puedes, señora, tomar un hijo entre tus brazos ni acurrucártelo jamás junto a tu pecho.

CREÚSA.—*¡Ay de mí! ¡Así muera!*

---

[55] El anciano se queja de que ya no tiene el gobierno sobre su propio cuerpo. Cfr. *Heracles,* 232-5: «Si yo fuese joven y todavía tuviese el mando sobre mi cuerpo, cogería una lanza y embadurnaría con sangre los rubios cabellos de este individuo, de suerte que huyera más allá de los límites de Atlante por pura cobardía de mi lanza.»

[56] Cfr. versos 666-7: «A vosotras, sirvientas, esto es lo que os digo: que guardéis silencio sobre este asunto o, de lo contrario, si le contáis algo a mi esposa, os encontraréis con la pena de muerte.»

ANCIANO.—¡Hija!

CREÚSA.—*¡Ay, cuitada de mí! ¡Qué desgracia! ¡Amigas, insoportable es el dolor que recibo y padezco! ¡Así pereciese!*

ANCIANO— ¡Hijita!

CREÚSA.—*¡Ay, ay! ¡Ay, ay! ¡De parte a parte un agudo dolor me ha golpeado traspasándome hasta dentro de las entrañas!*

ANCIANO.—No te lamentes todavía...

CREÚSA.—*¡Pero ya están aquí las lágrimas!*

ANCIANO.—[770] ...antes de conocer...

CREÚSA.—*¿Alguna noticia para mí?*

ANCIANO.—...si tu señor comparte la misma situación de infortunio o si sólo tú eres desdichada.

CORIFEO.—A él, anciano, un hijo le entregó Loxias, y es feliz por sí mismo sin su esposa.

CREÚSA.—*¡Este mal, sumado al otro, es el colmo de los dolores que me anunciaste para lamentarme!*

ANCIANO.—Y el niño del que hablas, ¿tiene que nacer de alguna mujer o anunció el oráculo que ya había nacido?

CORIFEO.—[780] El tal joven que Loxias le ha entregado es ya todo un hombre. Yo estaba presente.

CREÚSA.—*¿Cómo dices? ¡Algo imposible de decir, verdaderamente inaudito me estás contando!*

ANCIANO.—Sí, también a mí me lo parece. Explícame con total claridad en qué términos se ha desarrollado el oráculo y quién es ese muchacho.

CORIFEO.—A aquel con quien primero se encontrase tu esposo al salir del templo del dios, a ése el dios se lo entregó como hijo.

CREÚSA.—[790] *¡Ay, ay, ay, ay, ay! ¡Una vida estéril —estéril— a mí precisamente me auguró, y por eso he de habitar en soledad una casa huérfana de hijos!*

ANCIANO.—¿Quién, entonces, ha sido el beneficiario del oráculo? ¿Quién le salió al paso al esposo de esta desgraciada? ¿Cómo y dónde lo vio?

CORIFEO.—¿Conoces, señora querida, al joven que estaba barriendo este templo? Ése es su hijo.

CREÚSA.—*¡Ojalá subiese en vuelo ascendente hacia el húmero éter, bien lejos de tierra helena, en dirección a las estrellas vespertinas! ¡Qué grande! ¡Qué gran dolor siento, amigas mías!*

CREÚSA[60].—[860] *¡Oh alma mía! ¿En qué modo he de guardar silencio? ¿En qué modo a la luz sacaré unos amores que en la sombra permanecían? ¿Cómo perderé la vergüenza?*

Pues, ¿qué obstáculo a estas alturas me lo sigue impidiendo? ¿A quién me estoy enfrentando en virtud? ¿No se ha convertido mi esposo en un traidor? Privada estoy de mi casa, privada estoy de hijos. Se han esfumado las esperanzas que conforme a mi voluntad disponer no pude, aunque callé aquellos amores, aunque callé el muy doloroso parto. [870] ¡Bien! ¡Por la estrellada sede de Zeus, por la diosa de la Acrópolis de mi ciudad, por la sagrada orilla de la acuática laguna tritónide![61]*. ¡No he de mantener por más tiempo oculta nuestra unión! Si arrojo de mi pecho esta carga, me sentiré mejor. Gotas lacrimosas destilan ya de mis ojos estas pupilas mías, el alma se me resiente de dolor por haber seguido consejos desafortunados, procedentes tanto de los hombres como de los inmortales. Éstos he de demostrar yo [880] que son unos desagradecidos, traidores al amor.*

¡Oh, tú, que con los sones de la cítara de siete cuerdas tus cantos acompañas! En agrestes cuernos sin vida sonar los haces como himnos armoniosos de las musas. ¡Un reproche contra ti, hijo de Leto, voy a proclamar a los cuatro vientos! Viniste ondeando reluciente al viento tu melena de oro, mientras en mi regazo iba yo recolectando pétalos azafranados, [890] que el brillo del oro reflejaban. Me apretaste fuerte de mis blancas muñecas con tus manos y me llevaste a una cueva para acostarte conmigo, aunque yo gritaba «¡Ay, madre mía!», dios y compañero de lecho, para practicar con total falta de pudor los favores de Cipris[62]*. Desdichada de mí,*

---

[60] Suele decirse que esta obra no es una auténtica tragedia, pero los versos que siguen, el lamento de Creúsa por su hijo perdido y por el secreto largamente guardado y la acusación de Apolo, constituyen una de las arias más emotivas y amargas de Eurípides.

[61] Aunque la morada habitual de Tritón, como hijo de Posidón, es el mar, en leyendas tardías se le considera a veces como el dios del lago Tritónide, en Libia.

[62] Como se ha indicado repetidamente, Cipris es una diosa chipriota identificada con Afrodita, y sirve para designar el amor. En este caso, «los favores de Cipris» son idénticos a «los ritos de Afrodita» que se mencionan en el verso 898 de la *Lisístrata* de Aristófanes que, en ambos casos, se refieren eufemísticamente a las relaciones sexuales amorosas.

un hijo te parí al que, por un escalofrío de terror hacia mi madre, expuse en el lugar en que nos acostamos, donde en tristes amores, triste de mí, desgraciada, me forzaste a unirme. ¡Ay, ay de mí! ¡Y ahora está muerto, arrebatado como festín para las aves! ¡Mi hijo y el tuyo! ¡Desgraciado! Tú, en cambio, a tañer la lira y a cantar peanes te dedicas. ¡Eh! A ti, hijo de Leto invoco, que oráculos sorteas y entregas a quienes se llegan[63] *hasta tu trono de oro y asiento central de la tierra. A tu oído*[64] *voy mis palabras a proclamar. ¡Ay, ay, mal amante que a mi esposo, aun sin recibir su gratitud por adelantado, un hijo a su casa le has llevado para que con él viviese! Sin embargo, el hijo que tú y yo engendramos, en silencio se ha ido para provecho de aves de rapiña. Pronto abandonó los pañales de su madre. Odiante Delos y del laurel los tiernos brotes junto a la palmera de exuberante follaje, donde en augusto parto te parió Leto por obra*[65] *de Zeus*[66].

CORIFEO.—¡Ay de mí! ¡Qué enorme tesoro de males guardados se está destapando! ¡Por ellos brotarían todas las lágrimas habidas y por haber!

ANCIANO.—Hija, al ver tu rostro me lleno todo de compasión, pero me he quedado descolocado con respecto a lo que pensaba. Justamente en mi mente el agua del mar de tus males había achicado ya, cuando por la parte de popa otra embestida me levanta a causa de estas palabras tuyas a las que, apartándote de los presentes males, como camino de nuevas[67] y distintas penas prestas tu atención. ¿Qué estás diciendo? ¿Por qué razón censuras a Loxias? ¿De qué modo dices que alumbraste un hijo? ¿En qué lu-

---

63 Page.

64 Lectura de los manuscritos.

65 Lectura de los manuscritos.

66 Contábase que cuando Leto se encontraba embarazada de los dos gemelos divinos, Hera, por celos, había prohibido que en cualquier lugar de la tierra le fuese concedido asilo para dar a luz. Por ese motivo, Leto andaba errante hasta que finalmente Delos, que hasta ese momento había sido una isla flotante y estéril, consintió en acogerla, dado que no temía la cólera de Hera. Como recompensa, quedó fijada en el fondo del mar por cuatro sólidas columnas.

67 Musgrave.

gar de la ciudad expusiste el cadáver amado y sepultado para provecho de las fieras? Vuelve de nuevo a ese punto y cuéntamelo.

CREÚSA.—Aunque cierto es que siento vergüenza ante ti, anciano, voy a contártelo.

ANCIANO.—Sí, que los lamentos sé yo compartirlos noblemente con mis seres queridos.

CREÚSA.—Escucha, entonces. ¿Conoces una cueva al norte de las rocas cecropias[68], que llamamos Rocas Largas?

ANCIANO.—La conozco, donde el santuario de Pan y los altares, cerca.

CREÚSA.—Allí disputé un terrible certamen.

ANCIANO.—[940] ¿Cuál? Que ya me están viniendo ganas de llorar con tus palabras.

CREÚSA.—Con Febo tuve, contra mi voluntad, una relación amorosa desafortunada.

ANCIANO.—Hija, ¿así que era eso de lo que yo me había percatado...?

CREÚSA.—No lo sé, pero si lo dijeses, yo afirmaría que es verdad.

ANCIANO.—¡...cuando a escondidas te andabas quejando de una enfermedad oculta!

CREÚSA.—Ése era entonces el mal que ahora te estoy mostrando claramente.

ANCIANO.—¿Y cómo te las arreglaste para ocultar esas relaciones amorosas con Apolo?

CREÚSA.—Di a luz. Soporta, anciano, el tener que oír esto de mí.

ANCIANO.—¿Dónde? ¿Quién en el parto te asistió? ¿O afrontaste tú sola el dolor?

CREÚSA.—Yo sola, en la misma cueva en la que se me forzó a mantener esas relaciones.

ANCIANO.—[950] Y tu hijo, ¿dónde está, para que dejes de ser una mujer sin hijos?

CREÚSA.—Murió, anciano, expuesto para provecho de las fieras.

---

[68] La Acrópolis de Atenas.

ANCIANO.—¿Está muerto? Y el malvado de Apolo, ¿no le prestó ningún auxilio?

CREÚSA.—No, ninguno. Se ha criado en la mansión de Hades.

ANCIANO.—¿Y quién lo expuso? ¡Pues, desde luego, no lo harías tú!

CREÚSA.—Sí, yo, en la oscuridad de la noche, después de envolverlo con mis vestidos a modo de pañales.

ANCIANO.—¿Y nadie fue testigo de tu acción de exponer al niño?

CREÚSA.—Sólo mi propio infortunio y el pasar inadvertida.

ANCIANO.—¿Y cómo te atreviste a dejar a tu hijo en la cueva?

CREÚSA.—¿Que cómo? Profiriendo de mi boca muchas palabras de tristeza.

ANCIANO.—[960] ¡Huy! ¡Qué osada eres! ¡Qué barbaridad! ¡Y el dios más que tú!

CREÚSA.—¡Si hubieses visto al niño, cómo tendía sus manos hacia mí!

ANCIANO.—¿Buscando tu pecho o para echarse a tus brazos?

CREÚSA.—Ahí donde no estuvo. Recibió él injusto trato por mi parte.

ANCIANO.—¿Y con qué finalidad te vino la idea de exponer al niño?

CREÚSA.—Con la de que el dios salvaría a su propio hijo.

ANCIANO.—¡Ay de mí! ¡A qué tempestad se ve expuesta la felicidad de tu casa! *(Se echa a llorar.)*

CREÚSA.—¿Por qué te cubres la cabeza, anciano, y rompes en llanto?

ANCIANO.—Porque veo que tu padre y tú sois desgraciados.

CREÚSA.—¡Así es la vida! Nada permanece en el mismo estado.

ANCIANO.—[970] Pues entonces, hija, no sigamos lamentándonos.

CREÚSA.—Pero, ¿qué tengo que hacer? El ser desgraciada es un problema sin salida.

ANCIANO.—Págale al dios con la misma moneda, toda vez que él se portó mal contigo primero.

CREÚSA.—¿Y cómo, siendo una simple mortal, voy a vencer yo en la carrera a los todopoderosos dioses?

ANCIANO.—Prende fuego a la venerable sede oracular de Loxias.

Creúsa.—Tengo miedo. ¡Bastantes problemas tengo ya ahora!

Anciano.—Pues atrévete a algo que sí puedes: mata a tu marido.

Creúsa.—Me da vergüenza por los años de matrimonio en que fue bueno.

Anciano.—Bien, pues entonces al hijo que ha aparecido para perjuicio tuyo.

Creúsa.—¿Cómo? ¡Ojalá fuese posible! ¡Bien que querría yo!

Anciano.—Dispón que tu séquito vaya armado de espada.

Creúsa.—Iremos. Pero, ¿dónde va a tener lugar esto?

Anciano.—En el tabernáculo sagrado, donde está convidando a sus amigos.

Creúsa.—Este asesinato es un acto de importancia, y los esclavos son ineficaces.

Anciano.—¡Ay de mí! Te estás echando atrás. A ver, propón entonces tú un plan.

Creúsa.—Pues lo cierto es que tengo un plan astuto y, además, eficaz.

Anciano.—A las órdenes de ambos puntos presto estaría yo.

Creúsa.—Escucha entonces. ¿Conoces la batalla de los hijos de la tierra?

Anciano.—La conozco, la que en Flegra entablaron los Gigantes contra los dioses[69].

Creúsa.—Allí Gea engendró a Gorgona, un monstruo terrible.

Anciano.—¿Acaso como aliada de sus hijos, para fatiga de los dioses?

Creúsa.—Sí. Y la mató la diosa Palas, hija de Zeus.

Anciano.—¿Acaso ésta es la historia que desde antiguo vengo escuchando?

Creúsa.—Sí. Atenea tiene sobre su pecho la piel de aquélla.

[69] La llanura de Flegra, en Tesalia, donde se dice que tuvo lugar la Gigantomaquia, el combate entre los dioses olímpicos y los Gigantes. Cfr. *Heracles,* 1190-4. Atenea participó muy activamente en este combate (cfr. *Heracles,* 907, *Ión,* 209 y 1528-9).

Anciano.—¿La que llaman la égida[70], el arma de Palas?
Creúsa.—Ese nombre tenía porque saltó a la lanza[71].
Anciano.—¿Qué aspecto tenía la salvaje figura?
Creúsa.—Una coraza rematada con serpientes a su alrededor.
Anciano.—Entonces, hija, ¿qué daño supone esto contra tus enemigos?
Creúsa.—¿Conoces o no a Erictonio? Pero, ¡cómo no vas a conocerlo, anciano!
Anciano.—[1000] ¿Aquel a quien como primer progenitor tuyo hizo brotar la tierra?
Creúsa.—A él Palas le entregó nada más nacer...
Anciano.—¿Qué cosa? ¡Me estás contando un relato que no vas a terminar nunca!
Creúsa.—Dos gotas de la sangre de Gorgona.
Anciano.—¿Qué poder tienen sobre el organismo humano?
Creúsa.—Una es mortal, mientras que la otra puede curar enfermedades.
Anciano.—¿Cómo las colgó alrededor del cuerpo del niño?
Creúsa.—Con una cadena de oro que le entregó a mi padre.
Anciano.—Y, al morir él, ¿ha llegado hasta ti?
Creúsa.—Sí, y la llevo sobre la muñeca de mi mano.
Anciano.—[1010] ¿Cómo cumple su cometido el doble regalo de la diosa?
Creúsa.—La sangre que goteó de la vena cava...
Anciano.—¿Qué utilidad tiene ésta? ¿Qué poder se obtiene?
Creúsa.—Aleja las enfermedades y proporciona energía vital.
Anciano.—Y la segunda de la que hablabas, ¿qué hace?

---

[70] La égida es uno de los atributos de Atenea, en común con Zeus. La diosa fijó en su escudo la cabeza de Gorgona que le había entregado Perseo. Llevaba, además, los bordes rematados con serpientes (cfr. más adelante). Cfr. Homero, *La Ilíada,* II, 447 ss., V, 738 ss. y XV, 318 ss.

[71] Comúnmente se hacía derivar el nombre de Palas del verbo griego *pállo,* 'blandir', en el sentido de 'la que blande la lanza', o por haber saltado de la cabeza de Zeus al nacer (cfr. versos, 452-7). Asimismo, aunque la palabra «égida» se suele relacionar con *aíx,* 'cabra', aquí se sugiere también una relación con el verbo *aísso,* 'saltar'. Es posible que se sugiera aquí una serie de recurrencias con todos estos elementos. La égida se describe magníficamente en los versos 738 y siguientes del canto V de la *Iíada* de Homero.

Estrofa 2.ª.

Vergüenza siento ante el dios que los himnos tanto celebran[75]*, si va a contemplar como espectador la antorcha del día veinte*[76] *junto a las aguas de Calícoro*[77]*, por la noche, tras permanecer en vela, cuando el éter inicia estrellado de Zeus sus alegres danzas circulares. Danzan la luna y las cincuenta hijas de Nereo que, bajo el mar y las siempre arremolinadas aguas de los ríos, celebran con sus bailes a la muchacha de la guirnalda de oro y a su augusta madre. Allí espera reinar, cayendo sobre el trabajo de otros, ese holgazán febeo.*

Antístrofa 2.ª.

¡Observad cuántos varones con bien maliciosos himnos acudís a la musa para cantar nuestras nupcias y nuestra uniones impías de ilícita Cipris! ¡Observad en qué medida superamos las mujeres en piedad a los varones por su injusto modo de sembrar su simiente! ¡Cantos —retractación de aquéllos— y música diríjanse maliciosos contra los hombres por sus nupcias! ¿Por qué? Porque claras señales da el hijo de Zeus de tener flaca memoria por lo que a sus hijos respecta: engendra bienaventurados hijos que no comparte con la reina y, en cambio, concediendo sus favores a otra Afrodita, tiene un hijo ilegítimo.

(Entra corriendo en escena un SIRVIENTE *de* CREÚSA.)

SIRVIENTE.—*(Dirigiéndose al* CORO.) Mujeres, ¿dónde podría encontrar a mi señora, a la ilustre hija de Erecteo? La he estado buscando por todos los lugares de la ciudad hasta acabar con el último rincón y no he podido dar con ella.

CORIFEO.—¿Qué sucede, compañero? ¿A qué vienen esos andares tan resueltos? ¿Qué palabras tienes que contarnos?

SIRVIENTE.—Nos están persiguiendo. Magistrados de este país la andan buscando para que muera lapidada.

CORIFEO.—¡Ay de mí! ¿Qué vas a decirnos? ¿No será que nos han descubierto cuando estábamos tramando la muerte en secreto del muchacho?

---

[75] Dioniso.

[76] El día 20 del mes *Boedromion*, nuestro septiembre, el sexto día de los misterios de Eleusis.

[77] Fuente sagrada, cerca de Eleusis, la fuente 'de las bellas danzas'.

SIRVIENTE.—Has acertado. Y no vas a compartir esta desgracia entre los últimos.

CORIFEO.—Pero, ¿cómo han podido ver nuestras maquinaciones secretas?

SIRVIENTE.—El dios, como no quería quedar manchado, procuró que vuestro injusto plan resultase inferior a la justicia.

CORIFEO.—¿Cómo? A ti me dirijo, como si fuese una suplicante, a fin de que me lo digas. [1120] Pues nuestra muerte sería más suave si supiésemos si tenemos que morir o ver la luz.

SIRVIENTE.—Cuando Juto, el esposo de Creúsa, salió, después de ganar un nuevo hijo, y dejó el oráculo del dios camino del banquete y de los sacrificios que estaba preparando para honrar a los dioses, se dirigió a donde salta el fuego báquico del dios para regar con unos sacrificios las dos rocas de Dioniso, a cambio del regalo de contemplar a su hijo, y dijo: «Hijo, tú quédate y levanta unas tiendas bien armadas con la ayuda de los obreros. [1130] En caso de que tarde mucho tiempo en los sacrificios a nuestros dioses tutelares, que tus amigos empiecen con el banquete.» Entonces, cogió unos terneros y se marchó.

El joven, por su parte, empezó a fijar religiosamente con los pilares el contorno, todavía sin paredes, de las tiendas, protegiéndose adecuadamente de los rayos del sol (no se expuso ni a la hora central de mayor virulencia de sus rayos, ni al declinar del día). Midió una longitud de cien pies en cada lado, formando en ángulo recto un cuadrado perfecto, para que la medida interior sumase diez mil pies de superficie, como dicen los expertos, [1140] para poder convocar a todo el pueblo de Delfos al banquete.

Entonces cogió unos sagrados tapices del tesoro —una maravilla para la vista— para que diesen sombra. Primero, en la cubierta del techo extiende, a modo de protección, unas vestiduras, ofrenda del hijo de Zeus, que Heracles trajo al dios como despojo de las Amazonas[78].

Las telas estaban bordadas con los siguientes dibujos.

---

[78] Heracles, efectivamente, viajó al país de las Amazonas, cuando, a petición de Admete, hija de Euristeo, fue a por el cinturón de la reina Hipólita, soberana de las Amazonas.

Urano trataba de reunir las estrellas en la esfera del firmamento. A unos caballos arreaba el Sol hasta alcanzar su resplandor postrero, arrastrando tras de sí la clara luz de las estrellas vespertinas. [1150] La Noche, con sus negros ropajes, conducía furiosamente los caballos de su carruaje, sujetos sin ningún correaje, sólo por el yugo, y las estrellas seguían a la diosa. La Pléyade seguía su recorrido por medio del firmamento, también Orión, armado de su espada, y, más arriba, la Osa volvía su cola áurea sobre su eje. La órbita completa de la luna, que divide en dos al mes, desde lo alto hería con sus rayos; también las Híades, la más clara señal para los navegantes. La Aurora, portadora de la luz, alejaba las estrellas[79].

Sobre las paredes fue colocando otros tapices procedentes de fuera de Grecia. [1160] Naves bien equipadas de remos que se enfrentaban con las griegas, hombres con medio cuerpo de animal, cacerías ecuestres de ciervos y trofeos de fieros leones. A la entrada, Cécrope se enroscaba en espiral[80] cerca de sus hijas —exvoto de algún ateniense—. En el centro del comedor puso unas ánforas de oro.

Entonces un heraldo se puso de puntillas y anunció que todo aquel que quisiese podía ir al banquete. Una vez que el recinto cubierto se hubo llenado de gente, todos se adornaron con guirnaldas e iban saciando sus apetitos con exquisitos manjares[81].

---

[79] Acaba de describir el curso de una noche, desde que se retira al atardecer el sol, con la aparición de las estrellas nocturnas, hasta la aparición al alba de la Aurora, que vuelve a dar paso al sol. Urano es la personificación del cielo como elemento fecundo; algunas leyendas lo identifican como marido de Gea, la Tierra, por ser el único a su medida, capaz de cubrirla entera. Aparece también la personificación de la Noche. Se enumeran a continuación diversas constelaciones y estrellas. Con la presencia de la Aurora, las estrellas se retiran hasta el próximo final del día.

[80] Cécrope es uno de los reyes míticos de Atenas. La parte inferior de su cuerpo era de serpiente. Sus hijas son, como ya se ha mencionado antes, aquellas a las que Atenea confió el cuidado de su hijo Erictonio.

[81] Se describe aquí adecuadamente cómo transcurre un banquete, en el que un individuo adinerado, corriendo con todos los gastos, ha invitado, en este caso concreto, a todos los amigos de su hijo para festejar su encuentro y su viaje a Atenas. Claramente se marca la transición entre la primera parte, en la que propiamente se come, después de coronar a los invitados con guirnaldas, y la segunda, dedicada principalmente a la bebida, además de otro tipo de distracciones lúdicas.

[1170] Entonces, cuando ya habían terminado con estos placeres, un anciano fue hasta el medio de la tienda y se quedó allí plantado en pie[82]. Provocó abundantes risas entre los comensales al ejecutar unas ofrendas preparatorias. En efecto, de unos cántaros iba vertiendo agua para lavarse las manos, hacía destilar gotas de mirra e iba ordenando a la gente que bebiese en copas de oro, atribuyéndose a sí mismo esta tarea[83]. Entonces, cuando se llegó al momento de las flautas y de compartir las crateras, el viejo dijo: «Hay que dejar inmediatamente las copas pequeñas de vino y pasar a las grandes, [1180] para alcanzar más rápidamente la satisfacción y alegría del alma.» Costó trabajo llevar y traer las copas trabajadas en plata y oro. Cogió una copa que había puesto aparte y, como si fuese a prestar un favor al que, a la sazón, era su nuevo amo, se la dio ya llena, después de echarle un potente veneno que dicen que le había entregado su señora, con la finalidad de que el nuevo hijo dejase la vida. Nadie lo había visto; sin embargo, cuando aquel que había sido revelado como hijo se encontraba sosteniendo con ambas manos la copa de las libaciones, uno de los criados de la casa pronunció una palabra de mal agüero. [1190] Entonces él, como se había criado en un templo y entre notables adivinos, lo interpretó como un presagio y ordenó que le llenasen otra copa nueva. Echó al suelo la anterior libación al dios[84] y nos dijo a todos que vertiésemos las libaciones. Sobrevino un silencio. Entonces llenamos las crateras sagradas con agua y con la bebida de Biblos[85]. Durante

[82] Cfr. las órdenes de Creúsa al anciano en los versos 1032-4: «Cuando hayan terminado de comer y se dispongan a verter las libaciones en honor a los dioses, tú, que ocultarás esto entre tus ropajes, lo echas y lo dejas caer en la copa del joven.»

[83] Solía haber en los banquetes un *simposiarca*, cuya función principal consiste en fijar las proporciones de la mezcla de vino y agua, y decidir cuánto tenía que beber cada invitado. El viejo se ha atribuido a sí mismo esta función, con intención de embriagar a los asistentes para adelantar y lograr más fácilmente su posterior objetivo.

[84] Se empezaba a beber con las libaciones habituales en honor de los dioses, sobre todo de Dioniso.

[85] Vino de aquel lugar.

esta tarea, una bandada alada de palomas vino a posarse en las tiendas (pues en el templo de Loxias viven tranquilas) y, como habíamos vertido el vino al suelo, a él dirigieron sus picos, pues necesitaban beber, y lo iban sorbiendo camino de sus plumíferos gaznates. Mientras para todas las demás la libación del dios resultaba inofensiva, una se posó donde la había vertido el nuevo hijo y probó la bebida. Al punto su plumífero cuerpo empezó a temblar, a actuar como si sufriese algún trastorno y empezó a emitir un sonido ininteligible entre gemidos. Toda la multitud de los convidados se quedó atónita ante los sufrimientos del pájaro. Finalmente murió entre espasmos y estertores, dejando caer sus garras rojizas.

Entonces, el hijo que habían revelado los oráculos dejó caer sus brazos desnudos sobre la mesa, al tiempo que se apartaba los vestidos, y grita: «¿Quién tenía intenciones de matarme? Indícamelo tú, anciano, pues tuya ha sido la intención y de tus manos tomé mi copa.» De inmediato agarra al viejo por el brazo y trata de investigar el asunto, para pillar al anciano y que él mismo lo confesase todo. Finalmente se descubrió y denunció, casi a la fuerza, el osado plan de Creúsa y la trampa de la bebida. A continuación, el joven revelado por el oráculo pitio de Loxias reúne a los convidados, sale fuera corriendo y se planta ante los gobernantes pitios y les dice las siguientes palabras: «¡Oh, tierra augusta! Por obra de la hija de Erecteo, la mujer extranjera, han tratado de matarnos.» Entonces los soberanos de Delfos determinaron no con un solo voto que mi señora muriese despeñada, por pretender matar a un ser sagrado y por cometer el asesinato en un templo[86]. Toda la ciudad anda buscando a la desgraciada que se precipitó por una desgraciada senda. Vino por deseo de hijos al santuario de Febo y ha perdido su cuerpo mortal a la vez que sus hijos. *(El* CRIADO *se retira.)*

---

[86] Doble sacrilegio.

CORO.

¡No hay, no hay de la muerte escapatoria para mí, desdichada! ¡A la luz, a la luz ya ha salido la conspiración: libaciones de uvas de Dioniso mezcladas con una gota de sangre de mortífera serpiente! ¡Sin duda alguna nos sacrificarán a los muertos! ¡Ruina de mi vida! ¡Muerte por lapidación a mi señora! ¿Qué camino recorrer podría para escapar por los aires o penetrar bajo tierra en sus oscuras profundidades, para evitar una muerte dolorosa por lapidación? ¿Montaría sobre caballos de velocísimas pezuñas o sobre la popa de un navío?

No es posible ocultarnos, a no ser que un dios quiera cargar con nosotras y sacarnos de aquí. ¿Qué esperas ahora, pobre señora mía, sufrir en tu alma? ¿Acaso por desear obrar mal contra el prójimo vamos a sufrir nosotras, como manda la justicia?

(Llega CREÚSA *corriendo y sofocada.)*

CREÚSA.—Sirvientas, me están persiguiendo para matarme y degollarme después de resultar vencida en votación de los pitios. He sido traicionada.

CORIFEO.—Ya conocemos, cuitada, tus circunstancias, en qué infortunio te hallas.

CREÚSA.—Entonces, ¿adónde huiría? A duras penas conseguí poner mis pies fuera del edificio para no morir y he venido aquí en secreto evitando a mis enemigos.

CORIFEO.—Pues, ¿a qué otro lugar que al altar?

CREÚSA.—¿Y por qué esto es mejor para mí?

CORIFEO.—No está permitido matar a una suplicante.

CREÚSA.—Pero me han condenado a muerte de acuerdo con la ley.

CORIFEO.—Si es que caes en sus manos.

CREÚSA.—*(Ve venir a sus perseguidores.)* Por cierto, ya están aquí los soldados, espada en mano, que me andan acosando sin piedad.

CORIFEO.—Siéntate, pues, sobre el altar. Si mueres estando ahí, en su contra sobre quienes te maten se volverá tu sangre. Debes soportar esta suerte.

(CREÚSA *se sienta sobre el altar. Entra* IÓN *acompañado de soldados armados.)*

obrasen sentarse en un altar, sino alejarse de ellos. Tampoco es un acto honesto que éstos toquen con sus malvadas manos a la divinidad, a excepción de los individuos justos. Debería sentarse en suelo sagrado sólo aquel hombre que fuese víctima de una injusticia, y no recibir idéntico trato de parte de los dioses tanto el que es honrado como el que no lo es, cuando acuden al mismo lugar.

(Sale del templo la PITIA, *la profetisa de Delfos. Lleva colgado del brazo un canastillo.)*

PITIA.—[1320] ¡Detente, hijo! He dejado el trípode oracular y he traspasado con mi pie estos muros en calidad de profetisa de Febo, escogida de entre todos los delfios para preservar y mantener la antigua costumbre del trípode[88].

IÓN.—Hola, querida madre mía, aunque no me hayas parido.

PITIA.—Así, desde luego, me llaman y no me resulta desgradable esa palabra.

IÓN.—¿Has oído contar cómo ha intentado matarme esta mujer con sus trucos?

PITIA.—Lo he oído. Pero, al ser así de cruel, estás cometiendo un error.

IÓN.—¿No debo pagar con la muerte a quien ha intentado matarme?

PITIA.—Las esposas en todo tiempo y lugar han sido hostiles con sus hijastros.

IÓN.—[1330] Y yo con las madrastras, después de haber sido maltratado primero.

PITIA.—No se trata de eso. Deja el templo y dirígete a tu patria.

IÓN.—¿Qué me aconsejas que debo hacer?

PITIA.—Ve puro a Atenas bajo buenos auspicios.

IÓN.—Puro queda —que lo sepas— todo aquel que mata a sus enemigos[89].

---

[88] El trípode en el que, efectivamente, la sacerdotisa de Delfos se sentaba.

[89] Cfr. versos 1045-7: «Tener en estima la piedad es un acto hermoso que favorece a los afortunados, mas cuando alguien quiere obrar mal contra sus enemigos, ninguna ley se antepone como obstáculo.»

PITIA.—Tú no, desde luego. Escucha por mi parte con detalle lo que tengo que decirte.

IÓN.—Habla. Cuanto digas lo dirás con buena intención.

PITIA.—¿Ves este canastillo bajo mi brazos?

IÓN.—Veo una vieja canastilla con cintas.

PITIA.—Pues en ella te encontré cuando no eras más que un recién nacido.

IÓN.—[1340] ¿Qué estás diciendo? Esta noticia que me cuentas es completamente nueva.

PITIA.—Porque lo he mantenido en silencio, pero ahora lo saco a la luz.

IÓN.—¿Por qué ocultabas que me habías recogido tú hace tiempo?

PITIA.—Quiso el dios tenerte en su templo como siervo.

IÓN.—¿Y ahora ya no lo quiere? ¿Por qué medio debo averiguarlo?

PITIA.—Tras revelarte quién es tu padre te da orden de abandonar este país.

IÓN.—¿Has guardado esto en secreto a consecuencia de alguna orden, o por algún otro motivo?

PITIA.—Loxias me hizo en aquel tiempo tener escrúpulos al respecto.

IÓN.—¿Para hacer qué cosa? Dilo, lleva tus palabras hasta final.

PITIA.—Para guardar el secreto de este descubrimiento hasta la fecha actual.

IÓN.—[1350] ¿Qué daño o provecho tiene esto para mí?

PITIA.—*(Señalando el canastillo que lleva.)* Aquí se han mantenido ocultos los pañales en los que estabas envuelto.

IÓN.—¿Estás trayéndomelos para que pueda averiguar quién es mi madre?

PITIA.—Sí, porque ahora lo quiere el dios, y antes no.

IÓN.—¡Qué feliz es este día de descubrimientos!

PITIA.—Cógelos, pues, y encuentra a la madre que te parió. *(Le entrega el canastillo.)*

IÓN.—Sí, voy a recorrer toda Asia y los confines de Europa.

PITIA.—Tú sabrás. Yo te crié por voluntad del dios, hijo, y te devuelvo ahora lo que él quiso que yo, sin ordenármelo, encontrase y conservase, [1360] aunque no puedo explicar

por qué lo quiso. Ningún hombre mortal sabía que yo lo tenía ni dónde permanecía escondido. Adiós, te abrazo igual que si te hubiese parido.

Tienes que empezar por averiguar de dónde procede tu madre. Primero, si alguna muchacha de Delfos te parió de soltera y te expuso en este templo; luego, si fue alguna griega. Por mi parte ya tienes todo, y también de la de Febo, que este acto ha tramado. *(Regresa al interior del templo.)*

IÓN.—¡Ay, ay! De mis ojos cómo fluyen y caen las lágrimas al dirigir mi mente a este pensamiento, cuando mi madre, tras haber mantenido alguna relación amorosa secreta, me abandonó a escondidas sin tan siquiera darme el pecho. Por mi parte, yo he llevado en el templo del dios una vida de sirviente sin tener un nombre.

La divinidad ha sido buena, pero el destino ha sido una pesada carga. Sí, porque durante el tiempo en el que yo tendría que haber vivido plácidamente en brazos de mi madre y gozar de todas las alegrías de la vida, quedé sin embargo privado de los cuidados de mi muy querida madre. También ha sido desdichada la mujer que me parió, toda vez que ha padecido el mismo sufrimiento al perder la fuente de alegría de un hijo.

(Se dirige al templo.) Bien, ahora voy a coger y llevar este canastillo para ofrecérselo al dios, con la finalidad de no descubrir nada que no quiera. Porque, si resulta que es una esclava la que me parió, encontrar a mi madre sería peor que callar y renunciar a encontrarla. *(Se dispone a entregar la ofrenda.)* Febo, en tu templo deposito esta ofrenda. *(Se lo piensa mejor.)* Pero, ¿qué me está pasando? ¿Estoy entrando en disputa con los deseos del dios, que ha estado preservando para mí las pruebas para el reconocimiento de mi madre? Hay que tener valor y abrirlo. ¡Jamás quebrantaría yo lo decretado por el destino! *(Refiriéndose al canastillo.)* Oh, ¿qué me habéis estado ocultando durante este tiempo, sagradas ínfulas y cintas en que permanecía protegido lo que más quería? ¡Mira, la tapa del canastillo redondo! ¡No ha envejecido a causa de la intervención del dios, y no hay moho en las junturas! ¡Y bien largo ha sido entre tanto el tiempo que ha permanecido guardado!

CREÚSA.—*(Se percata de que ese canastillo es en el que antaño expuso a su hijo.)* ¿Qué inesperada aparición estoy viendo en estos momentos?

IÓN.—Tú calla. Bastantes problemas me has dado antes.

CREÚSA.—No he de guardar silencio ante algo que a mí me atañe. No me reprendas, porque estoy viendo el canastillo en que yo te expuse hace tiempo, a ti, sí, hijo mío, cuando no eras más que un recién nacido balbuciente, [1400] en la gruta de Cécrope, donde las Rocas Largas. Voy a abandonar este altar, aunque por ello deba morir. *(Intenta dirigirse junto a su hijo, que sostiene el canastillo.)*

IÓN.—Prendedla. Ha saltado del altar y de la imagen, enloquecida por alguna divinidad. Sujetadle los brazos.

CREÚSA.—No podríais detenerme ni aunque me degollaseis, que voy a mantenerme bien agarrada a ti, a esta cesta y a lo que esconde en su interior.

IÓN.—¿No es esto una barbaridad? Me está tratando con sus engaños como si fuese yo su garantía y su recompensa.

CREÚSA.—No, sino que tus seres queridos están ganando un nuevo ser querido.

IÓN.—¿Yo un ser querido tuyo? ¿Y por eso has intentado matarme en secreto?

CREÚSA.—¡Si eres mi hijo, lo más querido para unos padres!

IÓN.—[1410] *(Irritado.)* ¡Deja de enmarañar —ya te cogeré yo— tus enredos![90].

CREÚSA.—Ojalá a eso llegue. Ése es mi objetivo, hijo[91].

IÓN.—¿El canastillo está vacío o qué contenido alberga?

CREÚSA.—Los objetos con los que yo te envolví y te expuse entonces.

IÓN.—¿Y podrías ir diciendo sus nombres de principio a fin antes de verlos?

---

[90] Ión se enfada con la mujer que ya lo ha reconocido como hijo suyo. Una situación idéntica se ha producido en los versos 517 y siguientes, cuando ha sido su padre —que no lo es en realidad— el que lo ha reconocido como hijo (cfr. verso 524: «¿No vas a apartarte, antes de que mis flechas te alcancen en los pulmones?»).

[91] Se refiere, por supuesto, a que la coja en el sentido amistoso y cariñoso de abrazarla y tocarla, no de atraparla.

Creúsa.—Sí, y en caso de que no te los vaya señalando, consiento en morir.

Ión.—Habla, que ese aplomo y convencimiento tuyos tienen algo de inquietante.

Creúsa.—Mirad la tela que tejí yo cuando era entonces una niña.

Ión.—¿Cómo es? Hay telas de chicas jóvenes de muchos tipos.

Creúsa.—Está sin terminar, como un ejercicio de principiante en la lanzadera.

Ión.—¿Qué forma tiene? En esto no vas a pillarme.

Creúsa.—Tiene a Gorgona en el centro del entramado de la tela.

Ión.—*(Reconoce la tela en el interior del canastillo.)* ¡Ay, Zeus! ¿Qué destino me está dando caza?

Creúsa.—Y está rodeada de serpientes, al estilo de la égida[92].

Ión.—¡Aquí está! Ésta es la tela en cuestión. *(Le enseña la tela.)*

Creúsa.—¡Oh, labor tejida en mi adolescencia, cuánto tiempo!

Ión.—¿Hay algo más además de esto o sólo has acertado en este punto?

Creúsa.—Dos serpientes centelleantes con la mandíbula toda de oro, regalo de Atenea, con las que dijo que criásemos a nuestros hijos, imitación de las de Erictonio en el pasado[93].

Ión.—¿Qué hay que hacer? ¿Para qué es —explícamelo— ese objeto de oro?

Creúsa.—Hay que ponérselas en el cuello al recién nacido, hijo.

Ión.—*(Se las enseña.)* Aquí están. Tengo ganas de saber cuál es el tercer objeto.

Creúsa.—Te puse aquel día una guirnalda de olivo, de aquel que primero introdujo Atenea en la Acrópolis[94]. Si efectiva-

[92] Cfr. nota al verso 996, sobre la égida de Atenea.

[93] Cfr. nota al verso 23, y cfr. también los versos 24-6: «De ahí tienen los hijos de Erecteo la costumbre de criar a sus hijos entre serpientes trabajadas en oro.»

[94] Lecturas de los manuscritos.

mente está ahí, no habrá perdido su verdor, sino que estará fresco y lozano por haber brotado de un olivo puro.

ION.—*(Ya convencido.)* ¡Ay, queridísima madre mía! ¡Qué contento estoy ahora que te veo! ¡He venido a caer ante tus mejillas también dichosas!

CREÚSA.—¡Hijo, luz para tu madre más refulgente que el sol [1440] —que dios me perdone—! ¡Ya te tengo entre mis brazos! ¡Hallazgo inesperado! Creía que habitabas bajo tierra en compañía de los muertos infernales y de Perséfone.

IÓN.—Pues mira, madre mía querida, entre tus brazos está el muerto que ahora vivo aparece.

CREÚSA[95].—*¡Ay, ay, inmensidad enorme del claro éter! ¿Qué gritos y qué voces proferiré? ¿De dónde este placer surgió inesperado y conmigo dio? ¿De dónde procede esta alegría que acabo de recibir?*

IÓN.—[1450] Había pensado que me sucedería cualquier otra cosa antes que esto, madre: ser hijo tuyo.

CREÚSA.—*Todavía me estremezco de miedo.*

IÓN.—¿Acaso por perderme ahora que me tienes?

CREÚSA.—*Sí, porque había desechado bien lejos estas esperanzas. ¡Ay, ay, mujer! ¿De dónde a mi niñito recogiste para acunarlo entre tus brazos? ¿Por qué manos has pasado hasta llegar al templo de Loxias?*

IÓN.—Eso es cosa de la divinidad. ¡Venga! ¡Seamos felices con la dicha futura, que el pasado bien triste ha sido!

CREÚSA.—*Hijo, libre de lágrimas tu nacimiento no estuvo, sino que entre llantos míos fuiste arrancado de las manos de tu madre. [1460] Ahora, en cambio, junto a tus mejillas el aire respiro, tras alcanzar de los placeres el más dichoso.*

IÓN.—Tus palabras son también las mías.

CREÚSA.—*Ya no soy por más tiempo una mujer estéril y sin hijos. Nuestra casa reafirma sus cimientos, el país ya tiene soberanos y Erecteo rejuvenece de nuevo. La familia nacida de la tierra ya no contempla su ocaso, sino que levanta su mirada a la luz del sol.*

---

[95] De aquí, verso 1445, al verso 1509, se extiende un *kommós* o diálogo lírico entre madre e hijo. Efectivamente, este tipo de diálogos es usado frecuentemente en momentos muy emotivos, como esta escena de reconocimiento. Cfr. asimismo el reconocimiento de Ifigenia y Orestes en *Ifigenia entre los Tauros*, 827 ss.

Ión.—Madre, que venga también mi padre y que participe de esta alegría que yo os he dado.

Creúsa.—*Hijo, ¿qué estás diciendo? ¡A qué prueba, a qué prueba me estás sometiendo!*

Ión.—¿Cómo dices?

Creúsa.—*¡De otro naciste, de otro!*

Ión.—¡Ay de mí! ?¿Me engendraste fuera del matrimonio?

Creúsa.—*No te engendraron los cantos de mi boda, hijo, bajo teas y celebraciones*[96].

Ión.—¡Ay, ay! Madre, ¿procedo de un bajo linaje? ¿De cuál?

Creúsa.—*Sépalo la que a Gorgona mató*[97]...

Ión.—¿Por qué has dicho eso?

Creúsa.—*...que en la acrópolis de mi ciudad, sobre la colina en que los olivos brotan se sienta.*

Ión.—Me estás diciendo palabras esquivas y nada claras.

Creúsa.—*Donde la roca del ruiseñor, con Febo...*

Ión.—¿Por qué mencionas a Febo?

Creúsa.—*...me acosté. Oculta ha permanecido esta relación amorosa.*

Ión.—Cuéntame; que estás diciendo palabras queridas y felices para mí.

Creúsa.—*Al cumplirse el décimo ciclo del mes, para Febo te parí, ocultando el parto.*

Ión.—¡Has dicho las palabras más queridas, si es verdad lo que cuentas!

Creúsa.—*Por aparentar que era virgen ante mi madre, te envolví entre estos pañales, telas defectuosas de mi lanzadera. No te di ni con mi leche ni con mi pecho la crianza de una madre, ni te bañé con mis manos, sino que, retornando a aquella gruta solitaria, fuiste expuesto y destinado a morir como pasto que las aves devoraban con sus picos, camino del Hades.*

Ión.—¡Ay, madre! ¡Osados y terribles esos actos tuyos!

Creúsa.—*Hijo, intenté arrebatarte la vida porque estaba sometida con cadenas de miedo. Intenté matarte contra mi voluntad.*

Ión.—También tú ibas a morir a mis manos de modo ilícito.

---

[96] Ritos habituales en las celebraciones matrimoniales.

[97] Atenea. Cfr. versos 989 y siguientes.

CREÚSA.—*¡Ay, ay! ¡Terribles, sí, aquellos actos de entonces, y terribles también los de ahora! Damos vueltas de aquí para allá entre fortuna e infortunio una y otra vez, mientras los vientos van cambiando sin cesar.*

¡Estense quietos! ¡Suficientes fueron ya los males del pasado! ¡Ojalá ahora llegase un viento favorable, lejos de males, hijo!

CORIFEO.—Que ningún hombre crea que nada tiene remedio, en vista de los éxitos hoy alcanzados.

IÓN.—¡Oh, fortuna, que a innumerables hombres has arrojado de un estado a otro, del infortunio a volver a tener éxito nuevamente![98]. ¡A qué punto extremo de mi vida he llegado! ¡Matar a mi madre y sufrir inmerecidamente!

¡Huy! ¿Acaso durante el curso radiante del sol es posible, en un solo día, abarcar y conocer todos estos acontecimientos? Enteramente cierto es que un querido hallazgo en ti, madre, he hallado, y que este linaje en absoluto es, en mi opinión, digno de cualquier reproche.

El resto sólo a ti quiero dártelo a conocer. Ven aquí, que quiero decirte unas palabras al oído y envolver entre tinieblas estos hechos. *(Se lleva a su madre* CREÚSA *aparte y le habla confidencialmente.)* Mira, madre, no sea que hayas tropezado y cometido el desliz ese que les pasa a las jóvenes solteras con los amores secretos, y luego le atribuyas la responsabilidad al dios para intentar rehuir la vergüenza, y digas que me pariste para Febo, sin haberme parido de él.

CREÚSA.—¡No, por Atenea Nike, que en su carro armada de escudo luchó antaño junto a Zeus contra los hijos de la Tierra![99]. Hijo, tu padre no es ningún hombre mortal, sino aquel que precisamente te crió, el soberano Loxias.

IÓN.—Entonces, ¿por qué a su propio hijo se lo entregó a otro padre, y afirma que yo soy hijo de Juto?

CREÚSA.—No dijo que realmente lo fueses, sino que te ofreció como un don, aunque habías nacido de él. En efecto,

---

[98] Esta mudanza de la fortuna es una de las ideas que más viene repitiéndose en la presente tragedia. No obstante, es también uno de los tópicos —reales— que más veces nos encontramos en estas tragedias.

[99] Cfr. *Heracles*, 907, *Ión*, 209 y 887 ss.

un amigo puede a otro amigo entregarle a su propio hijo como señor de su casa.

ION.—¿El oráculo del dios era verdadero o falso? Con toda razón, madre, este hecho turba mi mente.

CREÚSA.—Escucha, pues, hijo, lo que se me acaba de venir a la mente. [1540] Loxias, para procurarte un bien, hizo que te establecieses en una casa noble. Si se hubiese revelado que eras hijo del dios, no habrías obtenido nunca ni la casa en herencia ni el nombre de tu padre. ¿Cómo, pues, mantener yo ocultas aquellas relaciones amorosas e intentar matarte en secreto? Él, entonces, para ayudarte, te entrega a otro padre.

IÓN.—No me convence tan fácilmente esa explicación, sino que voy a entrar en el templo de Febo y le voy a preguntar si procedo de padre mortal o de Loxias.

(Ve aparecer a la diosa ATENEA *en lo alto del templo.)* ¡Eh! ¿Qué divinidad está apareciendo sobre este templo, casa de sacrificios, [1150] dejando ver su faz frente al sol? Huyamos, madre, no sea que contemplemos a la divinidad en el momento en que no debamos contemplarla.

ATENEA.—No huyáis, no escapéis de mí como si fuese vuestra enemiga, pues tanto aquí como en Atenas os soy favorable. Yo, Palas, diosa epónima de vuestra tierra[100], aquí he venido, apresurándome a la carrera, de parte de Apolo, que no ha creído conveniente aparecer aquí ante vuestros ojos, para no recibir públicas censuras por sus actuaciones del pasado[101].

Por eso, me ha enviado a mí para que os dé a conocer unas palabras suyas. [1560] A saber, que esta mujer te engendró con tu padre Apolo, y que te entregó a quien de he-

---

[100] Palas Atenea es, efectivamente, como dice el original griego, la diosa *epónima* de Atenas.

[101] Cfr. versos 436-9: «Sin embargo, tengo que reprender a Febo. ¿Qué le pasa? ¿Abandona a las jovencitas después de haberlas tomado a la fuerza? ¿Tiene hijos en secreto y no se preocupa de si van a morir?» La figura de Apolo no sale especialmente favorecida en esta tragedia. Él también está sometido a la inconstancia del azar; ha trazado una serie de planes que se le han desbaratado completamente. Ha sido precisa la intervención de un *deus ex machina* para resolver los conflictos planteados por un Apolo que no se atreve a dar la cara.

cho te entregó, aunque no fuese tu progenitor, a fin de que te llevase a una muy noble casa. Pero, cuando este asunto se destapó y se descubrió, como temía que tú murieses por obra de los planes de tu madre y que ella muriese a tus manos, a los dos os protegió por medio de sus artimañas. El soberano tenía intención, manteniéndolo al principio en silencio, de daros a conocer a ti y a ella ya en Atenas que tú eras su hijo y que Febo era tu padre. Pero, para ir concluyendo mi misión, [1570] escuchad los oráculos del dios, motivo por el que yo he uncido y aprestado mi carro.

Tú, Creúsa, coge a tu hijo, ve a la tierra de Cécrope[102] y siéntalo en el trono real, pues, como ha nacido de la estirpe de los hijos de Erecteo, lícito es que él gobierne mi país. Será afamado a lo largo y ancho de Grecia porque sus hijos, que serán cuatro y nacidos de un único tronco familiar, darán nombre a la tierra y a los pueblos del país distribuidos por tribus que habitan mi acrópolis.

El primero será Geleón, luego en segundo lugar [1580] Hoples, Argades y Egicoreo, [1580] que ocuparán cada uno una tribu, los Geleontes, Argadeos Hopletes y Egicoreos (a partir de mi égida). A su vez, los hijos de éstos colonizarán, llegado el momento, las ciudades isleñas de las Cíclades y las tierras ribereñas, hecho que procurará poder a mi país. También se establecerán en los llanos tierra adentro, a ambos lados del estrecho, en Asia y en Europa. Se llamarán jonios gracias al nombre de éste y alcanzarán la fama.

Juto y tú también tendréis descendencia en común. [1590] Primero Doro y, gracias a él, en himnos a la Dóride se la celebrará y a su pueblo a lo largo de toda la tierra de Pélope. El segundo será Aqueo, que será rey de la tierra costera cerca de Río. Un pueblo recibirá como marca de distinción el hecho de llamarse con su nombre.

Apolo lo arregló todo bien. Primero te asistió y te procuró un parto sin dolor, de modo que no se enterasen tus seres queridos. Cuando diste a luz a tu hijo y lo expusiste en-

---

102 Atenas. Cécrope es uno de sus reyes míticos. Ya ha sido mencionado varias veces.

vuelto en pañales, ordenó a Hermes que cogiese al niño recién nacido en brazos y lo trajese aquí. [1600] Lo crió y no permitió que perdiese el aliento de la vida. Así que tú mantén en secreto ahora que es hijo tuyo, para que Juto siga creyendo contento lo que él cree y tú, mujer, por tu parte, conserves tu bien y puedas marcharte. Adiós, pues. A partir del momento en que os toméis un respiro, libres de estos males, os anuncio un destino dichoso.

IÓN.—¡Oh, Palas, hija de Zeus altísimo! Acogemos tus palabras sin incredulidad, y me muestro plenamente convencido de ser hijo de mi padre Loxias y de esta mujer. No obstante, incluso antes el asunto no era digno de descrédito[103].

CREÚSA.—Ahora escucha mis palabras. Alabo a Apolo, a quien antes no alababa, [1610] porque me devuelve al hijo del que en el pasado se despreocupó. Ahora estas puertas y esta sede oracular del dios me resultan hermosas a la vista, si bien antes me eran hostiles. Ahora incluso mis manos agarran con gusto estos aldabones y dirijo mis saludos con placer a estas puertas[104].

ATENEA.—Con gusto apruebo que cambies de opinión y que hables bien del dios. Cierto es que la acción divina en ocasiones llega con retraso, pero al final no queda sin efecto su poder.

CREÚSA.—Hijo, vayamos a casa.

ATENEA.—Id, que yo os seguiré.

IÓN.—¡Bien digna de nosotros esta compañera de viaje!

CREÚSA.—¡Y amante —sí— de la ciudad!

ATENEA.—Siéntate en un trono ya añoso.

IÓN.—Digna posesión a mis ojos.

---

[103] Se han propuesto conjeturas que ofrecen, en este punto del texto, un sentido radicalmente opuesto, en la línea de «Aunque antes el asunto no era fácil de creer». Sin embargo, todo parece indicar que, aunque Ión desconfiaba de algunos detalles de la historia, tenía plenamente aceptada la idea de la paternidad de Apolo, superadas algunas dudas iniciales. Se puede defender con igual convicción tanto una postura como otra.

[104] Sin embargo, sus palabras antes eran sustancialmente distintas: versos 425-8: «Sin embargo, Loxias, en caso de que quiera ahora reparar sus faltas de antaño, no llegará a ser mi amigo del todo; no obstante, como es dios, habré de aceptar todo cuanto él desee.»

CORO.—*¡Oh, Apolo, hijo de Zeus y de Leto! ¡Adiós! [1620] Aquel cuya casa zarandeada se vea por adversas circunstancias, honrar a los dioses debe y confianza tener, pues al final los valientes obtienen lo que bien les cuadra y los cobardes, en cambio, justo por ser como son, nunca jamás podrían el éxito alcanzar.*

(Salen todos.)

ÍNDICE

Eurípides nació en la isla ateniense de Salamina, hacia el 484 a.C., y murió en Macedonia, en el 406. Su gran innovación consistió en retratar a sus conciudadanos con toda lucidez y crudeza. Los problemas de sexualidad, de la esclavitud o de la condición de la mujer pudieron, así, encontrar un puesto en la escena griega.

Este volumen recoge seis obras que, cronológicamente, continúan a las siete ya publicadas en esta misma colección. Se incluyen aquí: *Las Suplicantes, Electra, Heracles, Las Troyanas, Efigenia entre los Tauros* e *Ión.*





0120283

LETRAS UNIVERSALES